

el chancellor

Jules Verne



de

Cuando los pasajeros del *Chancellor* descubren que su barco está ardiendo, aún no son capaces de imaginar los horrores que les aguardan. Verne, gran admirador de Poe, pretendió escribir un relato de tal crueldad, que recordara *La narración de Arthur Gordon Pym*. «Le llevaré un volumen de un realismo espantoso —escribió a su editor—. Creo que la balsa de La Medusa no ha producido nada tan terrible».

Con el estilo cortado propio de un diario, uno de los náufragos va contando las torturas que padecen en una balsa perdida en el océano. Pero, como es habitual en Verne, siempre hay personajes cuya abnegación, inocencia y heroísmo alcanzan límites insospechados.



Jules Verne

El Chancellor

Viajes extraordinarios - 13

ePub r1.0

trifidus 28.04.15

Título original: *Le Chancellor*
Jules Verne, 1875
Traducción: F. Cabañas Ventura
Ilustraciones: Édouard Riou

Editor digital: trifidus
ePub base r1.2





ANIVERSARIO
E P U B L I B R E

*"Sólo el que sabe es libre,
y más libre el que más sabe...
Sólo la cultura da libertad.*

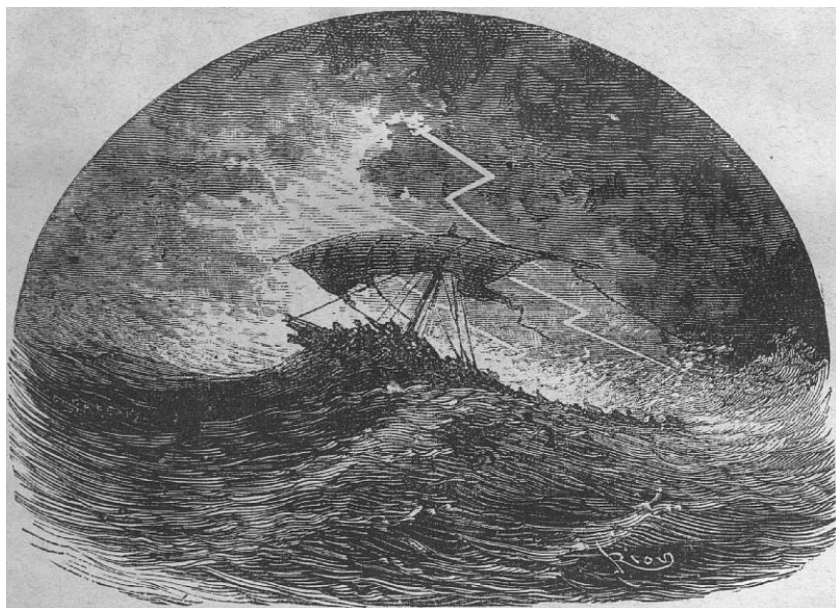
*No proclaméis la libertad de volar,
sino dad alas;
no la de pensar,
sino dad pensamiento.*

La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura."

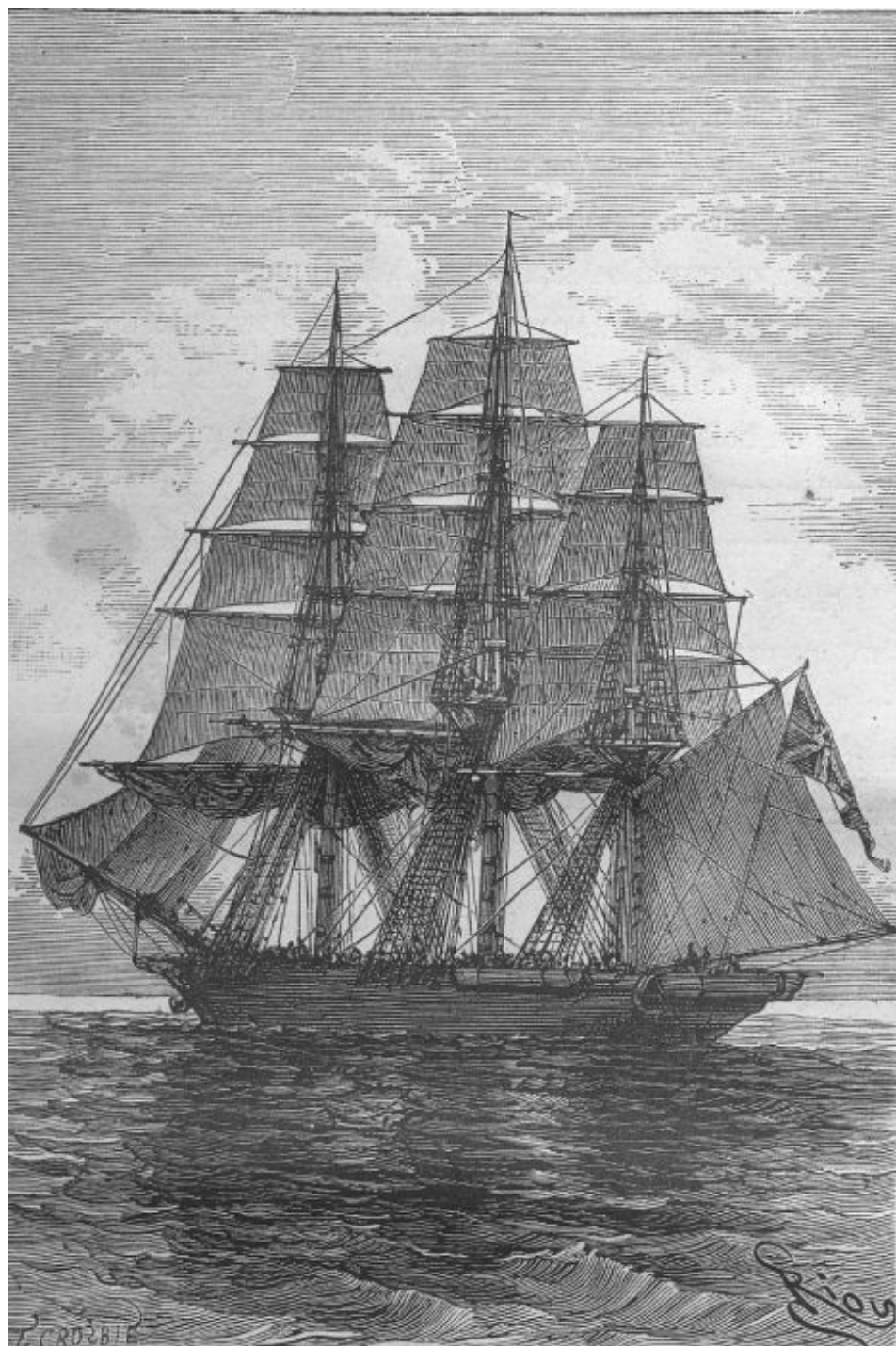
EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

EL *CHANCELLOR*







CAPÍTULO PRIMERO

SALIDA DE CHARLESTON. — EL *CHANCELLOR*. — ¿HICE BIEN?
¿HICE MAL?

Charleston, 27 de setiembre de 1869.

A las tres de la tarde salimos del muelle de la Batería y el reflujo nos impulsó rápidamente a alta mar. El capitán Huntly hizo desplegar todas las velas, altas y bajas, y la brisa del Norte llevó al *Chancellor* al través de la bahía. No tardamos en doblar el fuerte Sumpter, dejando a la izquierda las baterías rasantes de la costa.

A las cuatro de la tarde, el estrecho, por donde se escapaba una rápida corriente de reflujo, dio paso al buque, pero la alta mar distaba mucho aún y, para llegar a ella, había que enfilear los estrechos que las olas han abierto entre los bancos de arena.

El capitán Huntly entró, pues, en el canal del Sudoeste, y pasó frente al faro de la punta por el ángulo izquierdo del fuerte Sumpter. Las velas del *Chancellor* ciñeron el viento, y a las siete nos lanzamos al Atlántico, rasando la última punta arenosa de la costa.

El *Chancellor*, hermoso buque de tres palos y de novecientas toneladas, era propiedad de la opulenta casa de Leard hermanos, de Liverpool. Hacía dos años que se había construido y estaba forrado y claveteado en cobre, entablado con madera de teca, y sus palos bajos, excepto el de mesana, eran de hierro, lo mismo que el aparejo. Este buque, sólido y fino, considerado como de primera clase, efectuaba entonces su tercer viaje entre Charleston y

Liverpool.

Al salir de los pasos de Charleston se arrió el pabellón británico, pero, al ver el buque, cualquier marino podría decir con seguridad cuál era su origen, pues indudablemente parecía lo que era, inglés desde la línea de flotación al tope de los mástiles.

¿Que por qué había tomado pasaje a bordo del *Chancellor*, que volvía a Inglaterra? No me faltaron motivos para ello.

Como no había servicio directo de vapores entre la Carolina del Sur y el Reino Unido, para tomar una línea transoceánica, era preciso, o subir por el Norte de los Estados Unidos hasta Nueva York, o bajar por el Sur de Nueva Orleáns.

Entre Nueva York y el antiguo continente había varias líneas, inglesa, francesa, hamburguesa, y un *Escotia*, un *Pereire* o un *Holsatia* habrían podido llevarme rápidamente a mi destino. Entre Nueva Orleáns y Europa, los buques de la *compañía nacional de vapores* en combinación con la línea francesa transatlántica de Colón y de Aspinwall, efectuaban el viaje con gran rapidez; pero, al recorrer los muelles de Charleston, vi el *Chancellor*, me agradó, y no sé qué instinto me llevó a bordo de este buque, cuyos camarotes eran bastante cómodos. Además, la navegación en buques de vela cuando el viento y el mar son favorables, resulta casi tan rápida como la que se efectúa en buques de vapor, y preferible en todos conceptos. Al principio del otoño, en esas latitudes, ya bajas, la estación es todavía muy agradable... y, por todo esto, decidí tomar pasaje en el *Chancellor*.

¿Hice bien? ¿Hice mal? ¿Tendría que arrepentirme de haber seguido los impulsos de mi corazón? Sólo el porvenir podría decirlo. El lector lo sabrá, si se toma la molestia de leer el Diario de mis aventuras que voy a escribir día por día, si mi Diario está destinado a ser leído por alguien.

CAPÍTULO II

LA TRIPULACIÓN DEL *CHANCELLOR*. —DOS PASAJEROS

28 de setiembre.

EL capitán del *Chancellor*, llamado Juan Sila Huntly, es un escocés de Dundee, de cincuenta años de edad, que tiene fama de hábil navegante del Atlántico. De estatura mediana, hombros estrechos y cabeza pequeña, que acostumbra llevar algo inclinada hacia la izquierda, es uno de esos hombres a quienes se puede juzgar a primera vista, aunque no se sea buen fisonomista.

A mí, Sila Huntly, a pesar de su reputación de ser buen marino y de saber perfectamente su oficio, me parece un carácter poco firme y desprovisto de la energía física y moral que se le supone.

En efecto, su actitud es pesada y su cuerpo adolece de cierta especie de abatimiento. La indecisión de su mirada, el movimiento pasivo de sus manos, y la oscilación que lleva lentamente a sostenerse, ya sobre una pierna, ya sobre la otra, revelan que es hombre negligente, y que, por consiguiente, dista mucho de ser enérgico y obstinado, porque sus ojos no se contraen, sus quijadas son blandas y sus puños no tienen tendencia habitual a cerrarse. Además, le encuentro un aire singular que no acierto a explicarme aún, pero le observaré con la atención que merece el comandante de un buque, es decir, *el amo después de Dios*.

Ahora bien, si no me equivoco, entre Dios y Sila Huntly hay a bordo otro hombre que, en caso necesario, ocupa un lugar

importante, y éste es el segundo del *Chancellor*, a quien todavía no he estudiado con detenimiento, pero del que hablaré oportunamente.



Roberto Curtis el segundo del buque.

Componen la tripulación del *Chancellor* el capitán Huntly, y el segundo Roberto Kurtis, el teniente Walter, un contramaestre y catorce marineros, ingleses o escoceses, que suman, en total dieciocho hombres, los suficientes para la maniobra de un buque de tres palos, de novecientas toneladas.

Estos marinos parece que conocen bien su oficio, y, por lo menos hasta ahora, han maniobrado con habilidad, a las órdenes del segundo, en los pasos de Charleston.

Además de la tripulación, van a bordo del *Chancellor* el mayordomo Hobbart, el cocinero Jynxtrop, y ocho pasajeros, incluyéndome a mí. Apenas los conozco aún; pero la monotonía de una travesía, los incidentes diarios, el roce continuo con personas obligadas a vivir en un estrecho espacio, la necesidad natural de hablar y la curiosidad innata en el corazón del hombre, no tardarán en acercarnos unos a otros. Hasta ahora los cuidados del embarque, la toma de posesión de los camarotes, los preparativos que exige un viaje que puede durar de veinte a veinticinco días y otras varias ocupaciones, nos han tenido alejados a unos de otros, y ni ayer ni hoy se han presentado todos a la mesa, acaso porque se encuentran mareados. No he visto a todos los pasajeros; pero sé que entre ellos hay dos señoras que ocupan los camarotes de popa, cuyas ventanas dan al espejo del buque.

La lista de los pasajeros, que he copiado del rol del buque, es la siguiente:

Señor y señora Kear, norteamericanos de Buffalo.

La señorita Herbey, inglesa, señorita de compañía de los señores Kear.

El señor Letourneur y su hijo Andrés Letourneur, franceses del Havre.

Guillermo Falsten, ingeniero de Manchester, y Juan Ruby, negociante de Cardiff, ambos ingleses.

Y J. R. Kazallon, de Londres, autor de estas notas.



La lista de los pasajeros.

CAPÍTULO III

MIL SEISCIENTAS BALAS DE ALGODÓN

29 de setiembre.

EL acta en que constan las mercancías que van en el *Chancellor* y las condiciones de transporte de ellas, está redactada en estos términos:

«BRONSFIELD Y COMPAÑÍA», COMISIONISTAS.
CHARLESTON

»Yo, Juan Sila Huntly, de Dundee (Escocia), capitán del buque *Chancellor*, de novecientas toneladas poco más o menos, encontrándome en Charleston, con el propósito de hacerme a la mar cuando el tiempo lo permita, para dirigirme en línea recta, bajo el amparo de Dios, hasta la ciudad de Liverpool, donde haré mi descarga, declaro haber recibido en mi buque, bajo su cubierta alta, de los señores «Bronsfield y Compañía», aquí presentes, comisionistas de mercancías de Charleston, mil setecientas balas de algodón, valoradas en veintiséis mil libras esterlinas, todo bien acondicionado, marcado y numerado como se expresa al margen, cuyos efectos me comprometo a transportar en buen estado (si los riesgos del mar no lo impiden) a Liverpool, y entregar a los señores «Leard Hermanos», quienes pagarán

por el flete la suma de dos mil libras, según carta-partida y además las averías, según los usos y costumbres establecidos. Y en cumplimiento de lo arriba estipulado he obligado y obligo mi persona, bienes y buque con todas sus dependencias.

»En fe de lo cual, extendiendo y firmo esta acta por triplicado, en Charleston, el 13 de setiembre de 1869.

«J. S. HUNTLY».

El *Chancellor* lleva, por consiguiente, a Liverpool mil setecientas balas de algodón que los señores «Bronsfield y Compañía», de Charleston, envían a los señores «Leard Hermanos» de Liverpool.

La carga se ha hecho con el mayor cuidado, pues el buque ha sido construido expresamente para el transporte de algodón. Las balas ocupan toda la bodega, excepto una pequeña parte reservada para los equipajes de los pasajeros, habiéndose colocado todas ellas unas sobre otras, por medio de grúas, de suerte que sólo forman una masa en extremo compacta. La bodega, por consiguiente, se encuentra totalmente ocupada, circunstancia que es motivo de satisfacción para el capitán, que lleva a bordo de su buque el máximo de mercancías.

CAPÍTULO IV

EL SEÑOR LETOURNEUR Y SU HIJO ANDRÉS. — IDEAS RESPECTO
AL CAPITÁN Y AL SEGUNDO DEL BUQUE. — LOS SEÑORES KEAR. —
LA SEÑORITA HERBEY. — EL INGENIERO FALSTEN. — EL
NEGOCIANTE RUBY

Del 30 de setiembre al 6 de octubre.

EL *Chancellor*, que es muy andador, podría dar, sin perjudicarse, los juanetes a más de un buque del mismo tamaño. Cuando la brisa refresca, extiéndese hasta perderse de vista detrás de su popa un largo surco como si fuera una larga banda de encaje blanco, tendida sobre un fondo azul.

El viento que agita las olas del Atlántico no es muy fuerte, y nadie a bordo se encuentra incómodo, ni por el balanceo ni por el cabeceo del buque. Verdad es que todos los pasajeros han navegado ya otras veces y están más o menos familiarizados con el mar. Por lo tanto, no hay ningún sitio desocupado en la mesa a la hora de las comidas.

Los pasajeros comienzan a entablar relaciones entre sí y la vida de a bordo se hace menos monótona.

El francés señor Letourneur y yo conversamos con frecuencia.

Letourneur tiene cincuenta y cinco años, estatura alta y barba gris. Representa más edad de la que en realidad tiene, a causa de lo mucho que ha sufrido, pues le han afligido penas profundas, y aun le afligen, según me ha dicho. Lleva consigo evidentemente un

manantial inagotable de tristeza, como revelan su cuerpo un poco abrumado y su cabeza con frecuencia inclinada sobre el pecho. Jamás se ríe, y si alguna vez sonrío es a su hijo; su mirada es benévola, pero entristecida por una especie de velo húmedo; su rostro ofrece una mezcla característica de amargura y de amor, y la expresión general de su fisonomía es de bondad y cariño.

Diríase que tiene que reconvenirse por alguna desgracia involuntaria.

Y, efectivamente, es así; ¿pero a quién, que sepa las reconvenciones, indudablemente exageradas, que ese padre se hace a sí mismo, no inspirará profunda compasión?

El señor Letourneur se encuentra a bordo con su hijo Andrés, que tiene unos veinte años de edad y un rostro interesante y simpático. Este joven es el retrato un poco gastado de su padre; pero, y éste es el dolor incurable del señor Letourneur, está achacoso. Su pierna izquierda, miserablemente impulsada hacia fuera, le obliga a cojear, y sólo puede andar apoyándose en un bastón.

El padre adora a aquel hijo, en quien parece que tiene toda su vida reconcentrada. La enfermedad nativa del joven le hace padecer más que al mismo paciente, y acaso le pide perdón por ella. Su afecto hacía Andrés es de todos los instantes; no lo abandona, espía sus menores deseos y sus menores actos; y sus brazos, que pertenecen más al hijo que a él mismo, lo rodean y lo sostienen cuando el joven se pasea por el puente del *Chancellor*.

El señor Letourneur, que ha simpatizado mucho conmigo, me habla continuamente de su hijo.

—Acabo de separarme de Andrés —le he dicho—. Señor Letourneur, tiene usted un hijo muy bueno, inteligente e instruido.

—Sí, señor Kazallon —responde el señor Letourneur, cuyos labios bosquejan una sonrisa—; es un alma hermosa encerrada en un cuerpo miserable, el alma de su pobre madre, muerta al darlo a luz.

—Le ama a usted mucho.

—¡Pobre hijo mío! —balbucea el señor Letourneur, inclinando la cabeza—. ¡Ah! —Agrega después—. No puede comprender lo que padece un padre al ver a su hijo enfermo... enfermo de nacimiento.

—Señor Letourneur —le he respondido—, en la desgracia que ha

herido a su hijo y a usted por consiguiente, no atribuye usted a cada uno la parte que le corresponde. Andrés es digno de compasión, sin duda; pero ¿no significa nada, el amor que usted le profesa? Una enfermedad física se sufre mejor que un dolor moral, y el dolor moral es todo para usted. Observo atentamente a su hijo y veo que si alguna cosa le disgusta es la aflicción de usted...

—Se la oculto cuanto puedo —responde el señor Letourneur—, y mi única preocupación es distraerlo en todos los momentos de su vida. He conocido que, a pesar de la enfermedad, tiene la pasión de los viajes, porque su alma posee piernas y hasta alas, y desde hace muchos años viajamos juntos. Hemos visitado toda Europa primero y ahora acabamos de recorrer los principales Estados de la Unión. No queriendo enviarlo a un colegio, lo he educado yo mismo y esta educación la completo por medio de los viajes. Andrés está dotado de una inteligencia viva y de una imaginación ardiente; es sensible y a veces me complazco en creer que olvida su enfermedad apasionándose por los grandes espectáculos de la naturaleza.

—Sí, señor... sin duda... —le digo asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Pero, si él la olvida —prosiguió el señor Letourneur estrechándome la mano—, yo no la olvido ni la olvidaré jamás. ¡Ah, señor Kazallon! ¿Cree usted que mi hijo perdona a su madre y a mi el haberlo engendrado enfermo?

El dolor de este padre acusándose de una desgracia de que no es responsable me conmueve profundamente. Deseo consolarlo, pero su hijo se presenta en este momento, y el señor Letourneur corre hacia él para ayudarlo a subir la escalera un poco empinada que termina en la toldilla.

Allí Andrés Letourneur toma asiento en uno de los bancos dispuestos sobre las jaulas de gallinas, y su padre se coloca a su lado. Charlamos los tres sirviéndonos de tema la navegación del *Chancellor*, las probabilidades de hacer una buena travesía y el programa de la vida de a bordo. El señor Letourneur tiene, lo mismo que yo, una idea muy mediana del capitán Huntly, cuya indecisión y apariencia soñolienta le han impresionado desagradablemente. Por lo contrario, el segundo le merece una opinión muy favorable. Éste, llamado Roberto Kurtis, es un hombre de treinta años, bien constituido, de gran fuerza muscular, siempre

en actitud de obrar y cuya voluntad parece dispuesta siempre a manifestarse por medio de actos.

Roberto Kurtis acaba de subir al puente. Lo observo con atención y me sorprende su actitud: tiene el cuerpo erguido, el aire desembarazado, la mirada magnífica y los músculos superciliares apenas contraídos. Es un hombre enérgico y debe poseer el valor frío y sereno de un buen marino. Es al mismo tiempo una persona bondadosa, que se interesa por el joven Letourneur y se apresura a servirle en todas las ocasiones.

Después de haber examinado el estado del cielo y el velamen del buque, acercóse a nosotros y empezó a charlar.

Al joven Letourneur le agrada hablar con él.

Roberto Kurtis nos da algunas noticias acerca de los pasajeros con quienes todavía no hemos entablado relaciones muy íntimas.

Los señores de Kear son americanos del Norte que han realizado grandes ganancias en la explotación de pozos de petróleo. Y, efectivamente, éste es el origen de muchas riquezas modernas de los Estados Unidos, pero el señor Kear, hombre de cincuenta años, que más bien parece enriquecido que rico, es un triste compañero que sólo busca su propia comodidad. Un ruido metálico sale a cada instante de sus bolsillos, en los que siempre lleva metidas las manos. Orgulloso, vanidoso, ególatra y despreciable, afecta una suprema indiferencia hacia todo lo que no es su persona. Se hincha como un pavo, se mira y se remira, y es, en suma, un necio forrado de egoísta, por lo que no me explico por qué ha tomado pasaje a bordo del *Chancellor*, buque mercante que no puede ofrecerle ninguna de las comodidades de los vapores transatlánticos.

La señora Kear, su esposa, es una mujer insignificante, negligente, indiferente, de cuarenta años de edad, y que no posee el menor talento, estudios ni conversación. Mira, no ve; escucha y no oye, y no me atrevería a afirmar que piensa.

Su única ocupación es hacerse servir a cada paso por su señorita de compañía, la señorita Herbey, joven inglesa, de veinte años de edad, amable y bondadosa, que gana con humillación las pocas libras de sueldo que le arroja el mercader de petróleo.

Es una rubia de ojos azules oscuros muy linda, cuya graciosa fisonomía no tiene la falta de expresión que se observa en ciertas inglesas. Su boca sería encantadora si alguna vez tuviera tiempo u

ocasión de sonreír; ¿a quién ni con qué motivo podría sonreír la pobre niña, expuesta constantemente a las ridiculeces y a los necios caprichos de su señora? Sin embargo, si la señorita Herbey sufre interiormente, se resigna con su suerte.

Guillermo Falsten es un ingeniero de Manchester, de aire excesivamente inglés. Dirige una gran fábrica de motores hidráulicos en la Carolina del Sur, y va a Europa a buscar nuevos aparatos perfeccionados, entre otros, los molinos de fuerzas centrífuga de la casa Cail. Tiene cuarenta y cinco años de edad y es una especie de sabio que no piensa sino en máquinas, y cuyo espíritu absorbe por entero la mecánica y el cálculo, y que fuera de ellos no ve nada más.

Cuando logra apoderarse de una persona, charla por los codos y no es posible meter baza en la conversación.

En cuanto al señor Ruby, es el prototipo del negociante vulgar, sin grandeza ni originalidad. Durante veinte años no ha hecho sino comprar y vender, y como generalmente ha comprado barato y vendido caro, ha hecho fortuna; pero nadie puede decir lo que hará de ella. Como ha pasado la vida embruteciéndose en el comercio al por menor, no piensa ni reflexiona; su cerebro está cerrado a toda impresión y no justifica de modo alguno la frase de Pascal: *El hombre ha sido creado sin duda alguna para pensar, y en esto consisten su dignidad y su mérito.*

CAPÍTULO V

DIEZ DÍAS DE VIAJE. — EL RUMBO DEL BUQUE. — LAS BERMUDAS

7 de octubre.

HACE diez días que salimos de Charleston y, según parece, hemos avanzado mucho. Hablo con frecuencia con el segundo del buque, y ya se ha establecido entre ambos cierta intimidad.

Roberto Kurtis me dice que no debemos encontrarnos muy lejos del grupo de las Bermudas, es decir, el cabo Hatteras, y así debe ser en efecto, pues, según la observación hecha, estamos a 32° 20' de latitud Norte y 64° 50' de longitud Oeste del meridiano de Greenwich.

—Antes de que anochezca veremos las Bermudas y más particularmente la isla de San Jorge —me dice el segundo.

—Pero —le pregunto—, ¿acaso nos dirigimos a las Bermudas? Creía que un buque que sale de Charleston para ir a Liverpool debería dirigirse al Norte siguiendo la corriente del Gulf-Stream.

—Sin duda, señor Kazallon —respondió Roberto Kurtis—, esa es la dirección que se toma generalmente; pero esta vez el capitán ha tenido por conveniente variar de ruta.

—¿Por qué?

—Lo ignoro; pero ha ordenado hacer rumbo al Este y el *Chancellor* va al Este.

—¿Y no ha hecho ninguna observación?

—Le he dicho que no seguíamos el rumbo habitual, y me ha

respondido que sabía perfectamente lo que se hacía.

Y, al hablar, Roberto Kurtis frunce con frecuencia el entrecejo y se pasa maquinalmente la mano por la frente. Creo observar que calla algo.

—Sin embargo, señor Kurtis —le he dicho—, estamos ya a 7 de octubre, y me parece que no es ocasión de buscar nuevas rutas. No tenemos un día que perder si queremos llegar a Europa antes de que empiece la mala estación.

—No, señor Kazallon, ni un día.

—Señor Kurtis, ¿será una indiscreción preguntarle qué piensa del capitán Huntly?

—Pienso —me responde—, pienso que... es mi capitán.

Esta respuesta evasiva me hace reflexionar.

Roberto Kurtis no se ha equivocado. Hacia las tres el marinero de vigía anuncia tierra a barlovento hacia Nordeste; pero no se distingue sino como un vapor.

A las seis subo al puente en compañía de los Letourneur y contemplamos el grupo de las Bermudas, islas relativamente poco elevadas, a las que defiende una cadena formidable de rompientes.

—Ése es el archipiélago encantado —dice Andrés Letourneur—, el grupo pintoresco que un poeta, Tomás Moore, ha celebrado en sus odas. Ya en 1643 el desterrado Walter lo describió con entusiasmo y, si no me engaño, las señoras inglesas, durante algún tiempo, no quisieron llevar otros sombreros que los que se hacían con ciertas fibras obtenidas de las palmeras de las Bermudas.

—Tiene usted razón, mi querido Andrés —he respondido—. El archipiélago de las Bermudas estuvo muy de moda en el siglo XVII; pero ahora ha caído en el más completo olvido.

—Amigo Andrés —agrega Roberto Kurtis—, los poetas que hablan con entusiasmo de este archipiélago no están de acuerdo con los marinos, porque esas islas cuyo aspecto les ha seducido, son difícilmente abordables para los buques, y los escollos, a dos o tres leguas de tierra, forman un cinturón semicircular sumergido bajo las aguas, al que temen mucho los navegantes. Añadiré que la serenidad del cielo, que tanto ensalzan los indígenas de esas islas, se ve turbada frecuentemente por los huracanes. El archipiélago recibe el coletazo de las tempestades que devastan las Antillas, coletazo que, como el de una ballena, es sumamente temible, por lo que no

aconsejaría yo a los que navegan que dieran mucho crédito a las relaciones de Walter ni de Tomás Moore.

—Señor Kurtis —replica sonriendo Andrés Letourneur—, usted debe tener razón; pero los poetas, como los proverbios, se contradicen unos a otros. Si Tomás Moore y Walter han dicho que ese archipiélago es una mansión maravillosa, el más grande de los poetas ingleses, Shakespeare, por lo contrario, ha colocado en él las más terribles escenas de su drama *La Tempestad*.

Efectivamente, las inmediaciones del archipiélago de las Bermudas son parajes muy peligrosos, y, sin duda por esto, los ingleses, a quienes ha pertenecido desde su descubrimiento, no lo utilizan sino como puesto militar, situado entre las Antillas y Nueva Escocia. Por lo demás, parece destinado a acrecentarse, y probablemente en grande escala, pues ese principio del trabajo de la naturaleza, ese archipiélago, que ahora se compone de ciento cincuenta islas o islotes, llegará, en el transcurso del tiempo, a constar de mayor número, porque las madréporas trabajan incesantemente formando nuevas Bermudas, que se unirán entre sí poco a poco hasta llegar a constituir un nuevo continente.

Ni los otros tres pasajeros ni los señores Kear se han molestado aún en subir al puente para examinar este curioso archipiélago. En cuanto a la señorita Herbey apenas ha llegado a la toldilla, cuando la voz áspera de la señora Kear la llama, obligándola a sentarse nuevamente a su lado.

CAPÍTULO VI

MAR GRUESA. — ¿SE HA VUELTO LOCO EL CAPITÁN? — ASPECTO SINGULAR

Del 8 al 13 de octubre.

EL viento comenzó a soplar del Norte con cierta violencia, y el *Chancellor*, navegando bajo sus gavias, con rizos bajos y su mesana, se ha puesto a capa corrida.

La mar es muy gruesa, y el buque, cuyos tabiques de cámara gimen con ruido que crispa los nervios, se fatiga mucho. La mayoría de los pasajeros permanecen bajo la toldilla.

Yo prefiero estar en el puente, a pesar de que una fina lluvia, cuyas moléculas pulveriza el viento, me penetra hasta los huesos.

Esta situación dura dos días. El movimiento de las capas atmosféricas ha pasado de *gran fresco* a *golpe de viento*, y se calan los masteleros de juanete. El viento corre ahora con una velocidad de cincuenta a sesenta millas por hora, es decir, unos treinta metros por segundo.

A pesar de las excelentes condiciones del *Chancellor*, deriva mucho y vamos arrastrados hacia el Sur. El estado del cielo, oscurecido por las nubes, no permite tomar la altura, por lo que nos vemos obligados a suponerla, juzgando por deducción.

Mis compañeros de viaje, a quienes el segundo nada ha dicho, ignoran que llevamos un rumbo absolutamente inexplicable. Inglaterra está al Nordeste y nosotros corremos hacia el Sudoeste.

Roberto Kurtis no comprende la obstinación del capitán, que, por lo menos, debería cambiar sus amuras, y haciendo rumbo al Noroeste, de nuevo tomar las corrientes favorables. Por lo contrario, desde que el viento ha saltado al Nordeste, el *Chancellor* se inclina cada vez más al Sur.

Encontrándome aquel día en la toldilla solo con Roberto Kurtis, le pregunto:

—¿Ha perdido el juicio el capitán?

—Eso pregunto yo también, señor Kazallon —contesta Roberto Kurtis—; usted debe saberlo, puesto que lo ha observado ya atentamente.

—No sé qué responder, señor Kurtis; pero confieso que su singular fisonomía, sus ojos extraviados... ¿Ha navegado usted ya otra vez con él?

—No, ésta es la primera vez.

—¿Y le ha advertido usted de nuevo que no llevamos buen rumbo?

—Sí; pero me ha respondido que estamos en buen camino.

—Señor Kurtis, ¿y qué opinan el teniente Walter y el contraamaestre de su conducta?

—Lo mismo que yo.

—¿Y si el capitán Huntly quisiera conducir el buque a China...?

—Le obedecerían todos como yo.

—Sin embargo, la obediencia tiene también sus límites.

—No, mientras la conducta del capitán no ponga al buque en peligro de perderse.

—Pero ¿y si está loco?

—En ese caso, señor Kazallon, sabré lo que debo hacer.

Ésta es una complicación que no pude esperar al embarcarme en el *Chancellor*.

Entretanto, el tiempo ha empeorado cada vez más, y en esta parte del Atlántico se desencadena un verdadero huracán. El buque se ha visto obligado a ponerse a la capa su gavia mayor con rizos bajos y el foque, es decir, que hace, en cierto modo, frente al viento, presentando sus fuertes cachetes a la mar; pero como ya he dicho, deriva mucho y cada vez somos impulsados hacia el Sur.

Esto es tan evidente, cuanto que en la noche del 11 al 12 el *Chancellor* entra de lleno en el mar de los Sargazos.



Este mar, cerrado por la tibia corriente del Gulf-Stream, es una vasta extensión de agua cubierta de algas a las que se da el nombre de sargazos, y donde las carabelas de Colón no navegaron sin trabajo, cuando por vez primera atravesaron el océano.

Al amanecer, el Atlántico ofrece a nuestros ojos un aspecto singular y los Letourneur vienen a observarlo, a pesar de las

violentas ráfagas de viento que hacen resonar los obenques metálicos, como cuerdas de arpa. Nuestros vestidos pegados a nuestro cuerpo, se desgarrarían por completo si opusieran la menor resistencia al aire. El buque salta sobre este mar espeso a causa de la abundancia de plantas fucáceas, vasta llanura vegetal, que corta con la roda lo mismo que la reja de un arado. A veces, largos filamentos recogidos por el aire arróllanse a las cuerdas como un sarmiento de vid, formando una cortina de verdor, que se extiende de uno a otro mástil. Entre estas algas, interminables cintas que miden de trescientos a cuatrocientos pies de largo, hay algunas que van a arrollarse hasta la perilla de los masteleros, simulando gallardetes flotantes. Durante algunas horas, es preciso luchar contra esta invasión de algas, habiendo momento en que el *Chancellor*, con su arboladura cubierta de hidrofitos ligados por estas lianas caprichosas, parece un bosque movable en medio de una inmensa pradera.

CAPÍTULO VII

SEGUIMOS CON RUMBO AL SUDESTE. — RUIDO EXTRAÑO. —
ESCOTILLAS CERRADAS. — SE RIEGAN LOS ENCERADOS QUE LAS
CUBREN

14 de octubre.

EL *Chancellor* ha salido, al fin, de este océano vegetal y el viento ha disminuido en su violencia, volviendo a ser *buen fresco*. Con los rizos en las gavias marchamos con gran rapidez.

El sol brilla en el espacio con vivo resplandor; la temperatura comienza a ser muy cálida; y, hechas las oportunas observaciones nos encontramos a los 21° 33' de latitud Norte y 50° 17' de longitud Oeste. El *Chancellor*, por consiguiente, ha bajado más de diez grados hacia el Sur.

¡Continuamos, pues, marchando con rumbo al Sudeste!

Con el deseo de conocer la causa de esta inconcebible obstinación del capitán Huntly, he hablado varias veces con él. ¿Está en su juicio o no? Lo ignoro, porque habla con bastante cordura. ¿Se encuentra, acaso, bajo la influencia de una locura parcial, de una especie de distracción, en cuanto se refiere a las cosas de su oficio? Se han dado ya algunos de estos casos fisiológicos y del asunto he hablado a Roberto Kurtis, que me escucha con frialdad y me contesta, como antes, «que no tiene derecho a sustituir a su capitán, mientras el buque no corra peligro de perderse por un acto de locura claramente definido». En efecto,

esta sustitución sería una medida grave y de una seria responsabilidad.

Hacia las ocho de la noche vuelvo a mi camarote, y, a la claridad de una lámpara de balance, he pasado una hora leyendo y reflexionando. Después, me he acostado y dormido; pero, a las pocas horas, me ha despertado un ruido extraño. Sobre el puente resuenan pasos muy pesados y llegan a mis oídos vivas interpelaciones y respuestas. Parece que la gente de la tripulación corre precipitadamente de una parte a otra. ¿A qué se debe esta agitación extraordinaria? Sin duda se bracean las vergas, cosa necesaria para virar de bordo... Pero es imposible que sea eso, porque el buque continúa dando la banda por estribor, y, por lo tanto, no ha cambiado sus amuras.

Se me ocurre subir al puente, pero en el mismo momento cesa el ruido y oigo al capitán Huntly volver a entrar en su cámara, situada delante de la toldilla. Yo vuelvo entonces a acostarme.

Seguramente, tantas idas y venidas han sido motivadas por alguna maniobra; pero, esto no obstante, los movimientos del buque no han aumentado, lo que revela que no ha arreciado el viento.

Al día siguiente, 14, a las seis de la mañana, subo a la toldilla y empiezo a reconocer el buque.

Nada ha cambiado a bordo..., por lo menos, aparentemente. El *Chancellor* corre amuras a babor con sus velas bajas, sus gavias y juanetes, y marcha admirablemente por el mar, cuyas olas son agitadas por una brisa fresca y suave. Su celeridad, muy grande en este momento, no debe ser inferior a once millas por hora.

Los Letourneur, padre e hijo, no tardan en presentarse en el puente. Ayudo al joven, que aspira con placer el aire de la mañana, tan vivificador y tan cargado de perfumes marinos, a subir a la toldilla.

Les pregunto si no les ha despertado durante la noche un ruido de pasos que denotaban gran agitación a bordo.

—No, a mí no —responde Andrés Letourneur—; he dormido toda la noche de un tirón.

—Querido —dijo el padre—, has dormido muy bien entonces, porque a mí también me ha despertado ese ruido de que habla el señor Kazallon; y hasta creo haber oído estas palabras; «¡Pronto, pronto, a las escotillas, a las escotillas!».

—¡Ah! —exclamé—. ¿A qué hora fue eso?

—A las tres de la madrugada, poco más o menos —respondió Letourneur.

—¿Y no ha averiguado usted la causa de ese ruido?

—No, señor Kazallon, pero no puede ser grave, puesto que no han llamado a ninguno de nosotros al puente.

Miro las escotillas, situadas delante y detrás del palo mayor, que dan acceso a la bodega del buque, y las veo cerradas como de costumbre, pero advierto que están cubiertas por espesos encerados, como si se hubiera adoptado todas las precauciones necesarias para cerrarlas herméticamente. ¿Por qué se han cerrado tan cuidadosamente estas aberturas? Indudablemente existe algún motivo que no puedo adivinar. Confiando en que Roberto Kurtis me lo dirá, espero que le llegue el turno de su cuarto, y no digo nada de lo que he observado al señor Letourneur.

El día debe ser hermoso, porque el sol, al salir, brilla con intensidad y el aire es bastante seco, lo cual es buen presagio. Vese también, por encima del horizonte opuesto, el disco de la luna no completo, y que no se pondrá antes de las diez y cincuenta y siete de la mañana. Dentro de tres días entrará el cuarto menguante, y el 24 será luna nueva. Según mi calendario, ese día tendremos una hermosa marea de sicigia; pero esto nos importa poco a nosotros, que, encontrándonos en pleno océano, no podemos ver los efectos de esa marea. En todas las costas de los continentes y de las islas el fenómeno será curioso, porque la luna nueva levantará las masas de agua a una altura grandísima.

Como los Letourneur han bajado a tomar el té, me quedo solo en la toldilla, adonde espero al segundo del buque.

A las ocho, Roberto Kurtis viene a hacer su cuarto, relevando al teniente Walter, y yo me apresuro a estrecharle la mano. Antes de saludarme, Roberto Kurtis dirige una rápida mirada al puente del buque y arruga ligeramente el entrecejo. Después examina el cielo y el velamen del buque.

Acercándose luego al teniente Walter, pregunta:

—¿Dónde está el capitán Huntly?

—No lo he visto aún.

—¿No ocurre nada nuevo?

—Nada.

Después, Roberto Kurtis y Walter conversan en voz baja unos instantes.

A una pregunta que el primero le dirige responde Walter negativamente.

—Envíeme usted al contraмаestre, Walter —dice Kurtis al separarse del teniente.

El contraмаestre no tarda en presentarse, y Roberto Kurtis le hace algunas preguntas a las que aquél responde en voz baja; pero moviendo la cabeza con displicencia. Después, por orden del segundo, el contraмаestre llama a la brigada de cuatro y les hace regar los encerados que cubren la escotilla mayor.

Al poco rato, me aproximo a Roberto Kurtis y empezamos a hablar de cosas insignificantes; pero al ver que el segundo no alude al objeto que quiero tratar, le pregunto:

—A propósito, señor Kurtis, ¿qué ha sucedido a bordo esta noche?

Roberto Kurtis me mira con atención, y me da la callada por respuesta.

—Sí —insisto—, me ha despertado un ruido extraño, que también ha interrumpido el sueño del señor Letourneur. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada, señor Kazallon —responde Roberto Kurtis—; un falso golpe de barra del timonel estuvo a punto de hacer tomar por avance al buque, y ha sido necesario bracear de improviso, lo que ha producido cierta agitación en el puente; pero en seguida se ha corregido el error y el *Chancellor* ha recobrado inmediatamente su rumbo.

Me parece que Roberto Kurtis, que siempre ha hablado con sinceridad, no dice la verdad en esta ocasión.

CAPÍTULO VIII

¿QUÉ OCURRE EN LA BODEGA? — CONVERSACIÓN ENTRE LOS
MARINEROS. — INQUIETUD DE ROBERTO KURTIS. — LOS PASAJEROS
SE QUEJAN. — LIMPIEZA EXTRAORDINARIA. — LA CAUSA
VERDADERA

Del 15 al 18 de octubre.

CONTINUAMOS navegando en las mismas condiciones; el viento, que sopla del Nordeste, se mantiene flojo, y para quien no esté prevenido parece que a bordo no ocurre nada anormal.

Sin embargo, algo ocurre. Los marineros, con frecuencia agrupados, hablan entre sí, y, cuando se aproxima alguno de nosotros, guardan silencio. Muchas veces he cogido al vuelo la palabra *escotilla*, que ya ha chocado a Letourneur. ¿Qué pasa en la bodega del *Chancellor*, que exige tantas precauciones? ¿Por qué están las escotillas cerradas tan herméticamente? Si tuviéramos una tripulación enemiga encerrada en el entrepuente, no se adoptarían medidas más severas para guardarla.

El 15, paseándome por el alcázar de proa, oigo al marinero Owen que dice a sus compañeros:

—Tened entendido, muchachos, que yo no esperaré hasta el último momento. Cada uno debe mirar por sí.

—Pero ¿qué vas a hacer, Owen? —Le pregunta el cocinero Jynxtrop.

—¡Vaya una pregunta! —Responde Owen—. Para algo se han

inventado las chalupas.

Esta conversación se interrumpe y no puedo oír más.

¿Se conspira contra los oficiales del buque? ¿Habrá sorprendido Roberto Kurtis algunos síntomas de rebelión? Siempre ha sido temible la mala voluntad de ciertos marineros, y es necesario imponerles una disciplina de hierro.

Han transcurrido tres días, durante los cuales nada nuevo he podido observar; pero desde ayer advierto que el capitán y el segundo conferencian frecuentemente. Roberto Kurtis tiene ciertos movimientos de impaciencia, lo que me sorprende por ser un hombre muy dueño de sí mismo, y me parece que a consecuencia de estas conversaciones, el capitán se obstina más que nunca en sus ideas. Además, parece que está poseído de una sobreexcitación nerviosa, cuya causa no puedo adivinar.

Los Letourneur y yo hemos observado durante la comida que el capitán está taciturno y Roberto Kurtis inquieto. A veces, el segundo trata de animar la conversación, pero ésta vuelve a decaer en seguida, sin que el ingeniero Falsten ni Kear consigan reanimarla y mucho menos Ruby.

Estos últimos comienzan a quejarse, con razón, de lo largo de la travesía, y el señor Kear, como persona ante quien deben someterse los elementos, parece hacer responsable al capitán Huntly de la demora y le reconviene en voz alta.

El día 17, por orden del capitán, se riega el puente con extraordinaria frecuencia. De ordinario, esta operación sólo se hace por la mañana; pero, seguramente, se hace ahora así a causa de la elevación de la temperatura que sufrimos, pues hemos sido rechazados muy hacia el Sur. Los encerados que cubren las escotillas se encuentran en estado constante de humedad, y su tejido ha sido estrechado en forma de telas absolutamente impermeables. El *Chancellor* tiene bombas que facilitan este gran lavado.

El puente de las goletas más lujosas del Yacht-Club no es sometido a una limpieza más completa.

Durante la noche del 23 al 24, la temperatura de los camarotes y de la cámara sube de tal modo que llega a ser sofocante, por lo que he tenido que dejar abierta la portilla de luz de mi camarote, que se encuentra en las paredes de estribor del buque.

Indudablemente se conoce que estamos bajo los trópicos.

Al amanecer subo al puente, y, fenómeno bastante inexplicable, la temperatura exterior no está en relación con la interior del buque. Por el contrario, la mañana es fresca porque el sol está todavía muy bajo, y, sin embargo, no me he engañado, hacía realmente demasiado calor en la toldilla.

A la sazón, los marineros se ocupan en el incesante lavado del puente, y las bombas arrojan agua que, según la inclinación del buque, se desliza por los imbornales de estribor y de babor.

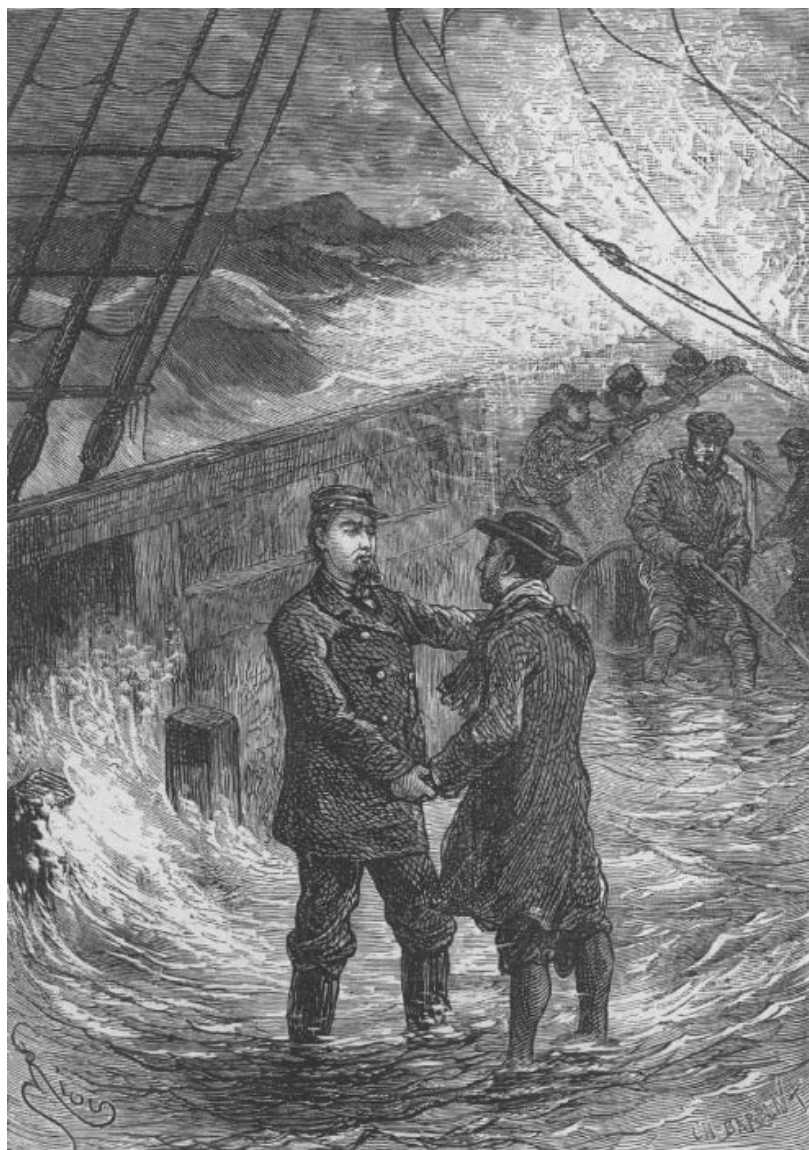
Los marineros, con los pies desnudos, corren por aquella sabana límpida que forma espuma levantando pequeñas olas.

Sin saber por qué, experimento deseos de imitarles, y, acto seguido, me descalzo e introduzco mis pies en aquella agua fresca del mar.

Entonces advierto, no sin gran sorpresa, que el puente del *Chancellor* abrasa y no puedo contener una exclamación.

Roberto Kurtis al oírme, se vuelve, viene hacia mí, y, respondiendo a una pregunta que todavía no le he dirigido, dice:

—Efectivamente, tenemos fuego a bordo.



—Efectivamente, tenemos fuego a bordo.

CAPÍTULO IX

LOS PROGRESOS DEL INCENDIO. — PRECAUCIONES. —
ESPERANZAS

19 de octubre.

TODO queda explicado; los conciliábulos de los marineros, sus ademanes recelosos, las palabras de Owen, el riego del puente para mantenerlo constantemente húmedo, y, por último, el calor casi intolerable que se esparce ya por la cámara. Los pasajeros se quejan como yo; pero no aciertan a comprender la causa de una temperatura tan extraordinaria.

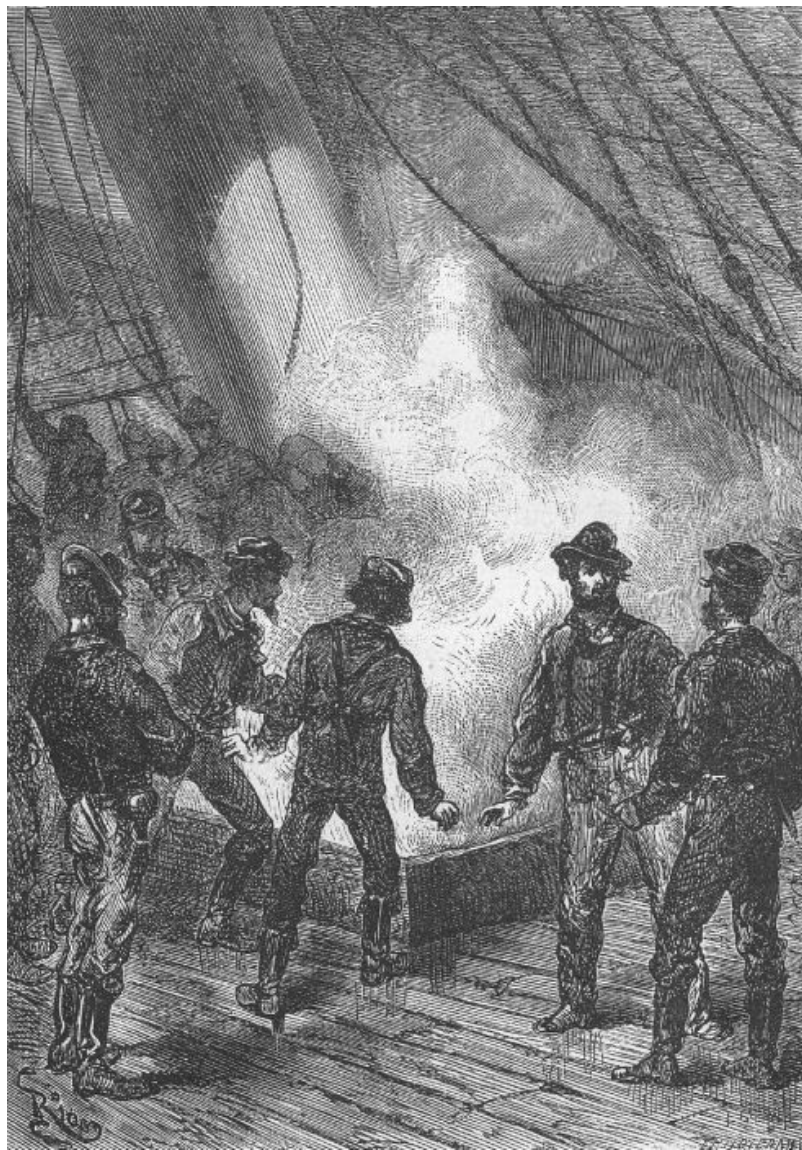
Roberto Kurtis, después de darme la noticia del incendio, enmudece, esperando, sin duda, que le interroge; en el primer momento se ha apoderado de mí un temblor que me impide formular pregunta alguna. Entre todos los peligros que podían arrostrarse en una travesía, el del fuego es el más temible, y no hay hombre, por sereno que sea y dueño de sí mismo, que pueda oír sin estremecerse tan siniestra noticia.

Sin embargo, recobro en seguida la tranquilidad, y pregunto a Roberto Kurtis:

—¿Desde cuándo hay fuego a bordo?

—Desde hace seis días.

—¡Seis días! —exclamó—. ¿Entonces fue aquella noche...?



—Sí —responde Roberto Kurtis—, aquella noche que hubo tanta agitación en el puente del *Chancellor*. Los marineros de cuarto habían visto que una leve humareda se escapaba por los intersticios de la escotilla mayor e inmediatamente avisaron al capitán y a mí. No había duda alguna, se habían incendiado las mercancías en la bodega y no se podía penetrar hasta el foco del siniestro. Entonces,

hicimos lo único que podía hacerse en semejantes circunstancias, es decir, condenar las escotillas de modo que el aire no pudiera penetrar en el interior del buque. Confiaba en que con ello lograríamos sofocar ese principio de incendio, y durante los primeros días he creído que lo habíamos dominado efectivamente; pero desde hace tres días, por desgracia, se ha averiguado que el fuego, lejos de disminuir, progresa. El calor que se desarrolla bajo nuestros pies aumenta sin cesar, y, a no ser porque he adoptado la precaución de mantener el puente constantemente húmedo, no sería ya soportable. De todos modos, es preferible que sepa usted estas cosas, señor Kazallon —añadió Roberto Kurtis—, y por eso se las digo.

He escuchado en silencio la relación del segundo, haciéndome cargo de la gravedad que entraña un incendio cuya intensidad aumenta de día en día, y que acaso ningún poder humano podrá dominar.

—¿Sabe usted qué ha originado el incendio? —pregunto a Roberto Kurtis.

—Probablemente —me responde— se debe a la combustión espontánea del algodón.

—¿Ocurre eso con frecuencia?

—Con frecuencia no, pero ocurre algunas veces, porque si el algodón se embarca antes de que esté bien seco, puede producirse la combustión espontáneamente en las condiciones en que se encuentra en el fondo de la bodega húmeda que es difícil ventilar. Yo no tengo la menor duda de que el incendio que ha estallado a bordo no tiene otra causa.

—De todos modos, ¿qué importa la causa? —replico—. ¿Hay algo que hacer, señor Kurtis?

—No, señor Kazallon —me responde—, y repito a usted que hemos adoptado las precauciones que las circunstancias reclaman. Al principio, pensé abrir un boquete en la línea de flotación del buque para introducir cierta cantidad de agua que las bombas habrían agotado en seguida, pero, si el incendio, como parece, se ha propagado a las capas intermedias del cargamento, sería necesario anegar enteramente la bodega para llegar hasta el foco. Sin embargo, he hecho perforar el puente en ciertos sitios, y durante la noche se introduce agua por esas aberturas, aunque no es bastante.

Verdaderamente sólo hay una cosa que hacer, que es lo que se hace siempre en semejantes casos, y es intentar sofocar el incendio cerrando toda salida exterior, para que se extinga por sí mismo por falta de oxígeno.

—Pero ¿continúa el incendio?

—Sí, y esto demuestra que el aire penetra en la bodega por alguna abertura que, a pesar de las investigaciones practicadas, no hemos descubierto.

—¿Ha habido buques que hayan resistido en tales condiciones, señor Kurtis?

—Sin duda alguna, señor Kazallon, y no es raro que lleguen a Liverpool o a El Havre buques cargados de algodón con parte del cargamento consumido por el incendio; pero, en estos casos, el fuego ha podido extinguirse, o, por lo menos, contenerse durante la travesía. He conocido a más de un capitán que ha llegado al puerto con un buque, cuyo puente casi le quemaba los pies. Cuando esto ha ocurrido, se ha hecho rápidamente la descarga y se ha salvado la parte sana de las mercancías, al mismo tiempo que el buque; pero este caso es distinto, porque el fuego, lejos de contenerse, hace nuevos progresos cada día. Necesariamente existe alguna abertura, que no se ha logrado descubrir, y por la que penetra el aire exterior, con lo que se activa el incendio.

—¿No se puede retroceder y dirigirnos a la tierra más próxima?

—Quizá —responde Roberto Kurtis—, y eso es precisamente lo que el teniente, el contramaestre y yo vamos a discutir hoy mismo con el capitán. Pero a usted no le ocultaré que he tomado bajo mi responsabilidad el cambio de rumbo, y que ahora corremos viento en popa hacia el Sudoeste, o lo que es lo mismo, hacia la costa.

—¿Desconocen los pasajeros el peligro que les amenaza?

—En absoluto, y ruego a usted que guarde el secreto para que el terror de las mujeres y de la gente pusilánime no dificulte nuestras maniobras. Por eso la tripulación tiene orden de no decir nada.

Comprendiendo las razones graves que hacen proceder de este modo al segundo, le prometo solemnemente guardar absoluto silencio respecto a lo que me acaba de revelar.

CAPÍTULO X

LOS PASAJEROS EN LA TOLDILLA. — NUEVA Y TERRIBLE
COMPLICACIÓN

20 y 21 de octubre.

EN estas condiciones prosigue navegando el *Chancellor*, con toda la lona que su arboladura puede soportar, desplegada. A veces los masteleros de juanete se doblan bajo el peso hasta el punto que parece que van a romperse; pero Kurtis vigila constantemente, y, situado cerca de la rueda del timón, no permite que el timonel maniobre por sí mismo. Dando pequeñas guiñadas hábilmente producidas, cede a la brisa cuando la seguridad del buque podría verse comprometida, y el *Chancellor* continúa su marcha con la misma celeridad bajo la mano que lo dirige.

El día 20 de octubre, los pasajeros han subido todos a la toldilla, donde sin duda alguna han debido notar la elevación anormal de la temperatura en el interior de la cámara; pero, como no pueden sospechar la verdad, no abrigan el menor recelo. Por lo demás, sus pies, convenientemente calzados, no han sentido el calor que penetra las tablas del puente, a pesar del agua que sin cesar se arroja sobre ellas. Ni aun siquiera esta maniobra ha llamado su atención, y la mayor parte de ellos, sentados en sus bancos, se dejan mecer por el balanceo del buque en estado de perfecta e ignorante tranquilidad.

Sólo el señor Letourneur ha parecido sorprenderse, al observar

que la tripulación se entrega a una limpieza poco común en los buques mercantes, y me hace algunas observaciones respecto al particular, a las que respondo con indiferencia. Sin embargo, como este francés es hombre enérgico, podría sin inconveniente revelárselo todo, pero he prometido a Roberto Kurtis guardar secreto y me callo.

Después, cuando reflexiono acerca de las consecuencias de la catástrofe que puede producirse en el momento más inesperado, se me oprime el corazón, porque a bordo hay veintiocho personas, todas las cuales podemos ser pasto de las llamas.

Hoy han conferenciado el capitán, el segundo, el teniente y el contraмаestre, y de esta conferencia depende la salvación del *Chancellor*, de los pasajeros y de la tripulación.

Roberto Kurtis me ha notificado la resolución adoptada. El capitán Huntly ha perdido por completo el juicio, lo que era fácil prever, y no tiene serenidad ni energía, por lo que ha dejado el mando del buque a Roberto Kurtis. El progreso del incendio en el interior del buque es ya indiscutible, siendo difícil permanecer a proa. Evidentemente, no se puede dominar el incendio y tarde o temprano estallará con su máxima violencia.

¿Qué se debe hacer en este caso? Sólo hay un partido que adoptar, y es llegar lo antes posible a la tierra más próxima, que, según los cálculos hechos, es la de las Pequeñas Antillas, y, si continúa reinando el viento del Nordeste, es de esperar que se llegue pronto a ella.

Adoptada esta resolución, el segundo no tiene que hacer sino mantener el rumbo que sigue desde hace veinticuatro horas. Los pasajeros, poco familiarizados con las indicaciones de la brújula, no han advertido el cambio de dirección ni la marcha del *Chancellor* que con todas las velas desplegadas y los sobrejuanetes y rastreras marcha a las Antillas, de las que lo separan aún más de seiscientas millas.

Sin embargo, Roberto Kurtis, respondiendo a una pregunta que le dirige el señor Letourneur, respecto al cambio de rumbo, dice; que, no pudiendo adelantar mucho a barlovento, va a buscar hacia el Oeste corrientes más favorables.

Tal es la única observación a que el cambio de rumbo del *Chancellor* ha dado origen.

Al día siguiente, 21 de octubre, continuamos en la misma situación. Para los pasajeros la navegación continúa en condiciones ordinarias y la vida de a bordo no ha sufrido modificación alguna.

Por lo demás, los progresos del incendio no se advierten exteriormente, lo cual es buena señal. Las aberturas han sido cerradas tan herméticamente, que ni la más ligera voluta de humo indica la combustión interior. Quizá se pueda aún reconcentrar el fuego en la bodega, y por falta de aire se extinga o quede estacionado sin propagarse a todo el cargamento. Por lo menos, ésta es la esperanza que abriga Roberto Kurtis, quien, para mayor precaución, ha hecho tapar también cuidadosamente el orificio de las bombas, cuyo tubo, prolongándose hasta el fondo de la bodega, podía dar paso a algunas ráfagas de aire.

¡Que el Cielo nos proteja, porque nosotros nada podemos hacer!

Aquel día habría transcurrido sin incidente si la casualidad no me hubiera hecho oír algunas palabras de las que resulta que nuestra situación, ya gravísima, puede llegar a ser espantosa.

El lector juzgará.

Había yo tomado asiento en la toldilla junto a dos pasajeros que hablaban en voz baja sin sospechar que pudiera oírlos. Eran el ingeniero Falsten y el negociante Ruby, que solían conversar con frecuencia.

En seguida llamó mi atención un ademán expresivo del ingeniero que parecía reconvénir con viveza a su interlocutor. Apliqué entonces el oído y oí estas palabras:

—Eso es absurdo —dijo Falsten—; ¡no puede cometerse mayor imprudencia!

—Bah —respondió Ruby en tono indiferente—, no ocurrirá nada.

—Por el contrario, pueden ocurrir grandes desgracias —repuso el ingeniero.

—¡Quíá! Lo he hecho ya otras veces.

—¿Por qué no ha avisado usted al capitán?

—Porque se habría negado a traer a bordo mi caja.

Y, como el viento arreciara en aquel momento, no pude oír más; pero el ingeniero continuaba insistiendo mientras Ruby se encogía de hombros con indiferencia.

Después pude oír las siguientes palabras:

—Sí, sí —dijo Falsten—; es preciso advertir al capitán; es preciso arrojar esa caja al mar; no quiero volar por los aires.

Al oír esto, me pongo en pie, de un salto. ¿Qué quiere decir el ingeniero? ¿A qué alude? Puesto que desconoce la situación del *Chancellor*, debe ignorar también que el cargamento es presa de las llamas.

Pero sus palabras, palabras espantosas en las circunstancias actuales, me sobresaltaron de un modo extraordinario. La frase es *picrato de potasa*, que se repite con frecuencia en la conversación.

Me aproximo a los pasajeros, e involuntariamente, con fuerza irresistible, cogiendo a Ruby por el cuello, le digo:

—¿Hay picrato de potasa a bordo?

—Sí —responde Falsten—; una caja que contiene treinta libras.

—¿Dónde está?

—En la bodega, donde están todas las mercancías.

CAPÍTULO XI

EL PICRATO DE POTASA. — SUSTO GENERAL. — LOCURA DE RUBY

Continuación del 21 de octubre.

AL oír la respuesta de Falsten, experimento una sensación inexplicable. Más que de espanto, me encuentro poseído de una especie de resignación, pareciéndome que el picrato de potasa completa la situación y hasta puede desenlazarla. Por lo mismo, voy tranquilamente a buscar a Roberto Kurtis, que estaba en el alcázar de proa.

Éste, al saber que hay a bordo una caja que contiene treinta libras de picrato, es decir, lo suficiente para hacer volar una montaña, y que está en el foco mismo del incendio, pudiendo, por consiguiente, el buque hacer explosión de un momento a otro, se queda inmóvil y apenas si su frente se arruga y su pupila se dilata.

—Bien —me responde—; no diga nada de esto. ¿Dónde está Ruby?

—En la toldilla.

—Venga usted conmigo, señor Kazallon.

Llegamos juntos a la toldilla, donde el ingeniero y el negociante continuaban disputando.

Roberto Kurtis se dirige directamente a ellos.

—¿Ha traído usted picrato de potasa? —Pregunta a Ruby.

—Sí, señor, sí, lo he traído —responde con tranquilidad Ruby, que sólo se consideraba culpable de un pequeño fraude.

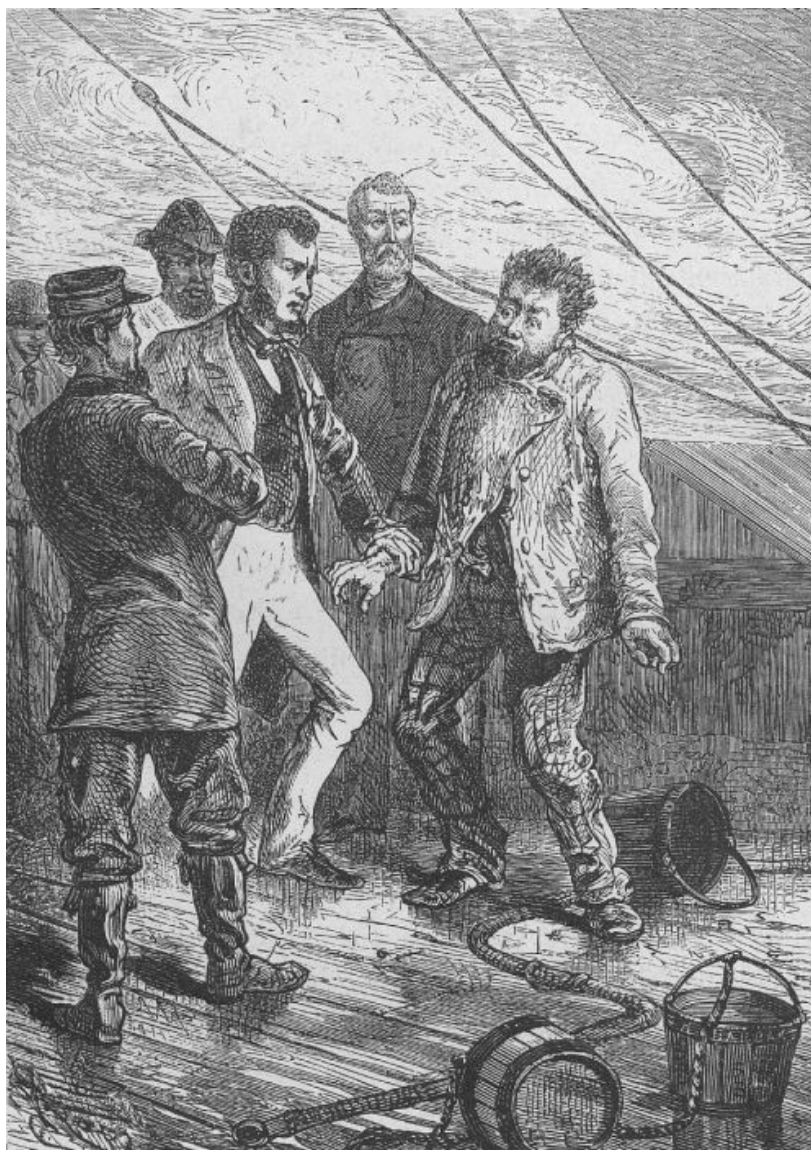
Por un instante me parece que Roberto Kurtis va a aplastar al desdichado pasajero, que no comprende la gravedad de su imprudencia; pero, al fin, logra dominarse y aprieta las manos que tiene cruzadas a la espalda para no verse obligado a ahogar con ellas a Ruby.

Después, con voz tranquila, lo somete a un interrogatorio y Ruby confirma los hechos que ha referido. Entre los bultos de su equipaje hay una caja que contiene unas treinta libras de la sustancia peligrosa. Sin duda alguna, el pasajero ha procedido en la ocasión presente con la imprudencia propia de las razas anglosajonas, introduciendo esa mezcla explosiva en la bodega del buque como un francés hubiera podido introducir una botella de vino, y, si no ha declarado la naturaleza de aquel bulto, es porque sabía que el capitán se habría negado a admitirlo.

—Después de todo —agrega encogiéndose de hombros—, esto no merece que ahorquen a un hombre; y si esa caja les molesta a ustedes tanto, arrójenla al mar. Mi equipaje está asegurado.

Al oír esta respuesta, como no tengo la serenidad de Roberto Kurtis, me es imposible dominarme, y, poseído de cólera irresistible, me abalanzo sobre Ruby antes que el segundo lo pueda impedir.

—¡Miserable! —le increpo—. ¿No sabe usted que tenemos fuego a bordo?



Apenas pronuncio estas palabras, cuando me arrepiento de haberlas dicho; pero ya es tarde. El efecto que producen en Ruby es indescriptible: el desdichado se pone a temblar; el cuerpo se le paraliza, apoderándose de él una rigidez tetánica; se le erizan los cabellos; abre los ojos desmesuradamente; la respiración se le oprime como si estuviera asmático; enmudece y en su rostro se

refleja el terror. De repente, se agitan sus brazos; mira el puente del *Chancellor*, que puede saltar de un momento a otro; se lanza de la toldilla abajo; se levanta, y recorre el buque gesticulando como un loco. Después, recobrando el uso de la palabra, empieza a gritar:

—¡Fuego a bordo, fuego a bordo!

Al oír este grito, toda la tripulación acude al puente, creyendo sin duda que el siniestro se ha manifestado ya al exterior y que ha llegado la hora de huir en las lanchas. Inmediatamente acuden también los pasajeros. El señor Kear, su esposa, la señorita Herbey y los dos Letourneur. Roberto Kurtis quiere imponer silencio a Ruby, pero éste ha perdido el juicio.

En aquel momento reina gran confusión. La señora Kear ha caído desmayada sobre el puente; pero su marido no se cuida de ella, dejando a la señorita Herbey la tarea de socorrerla. Los marineros han enganchado ya el aparejo de la chalupa a fin de lanzarla al mar.

Entre tanto, refiero a los Letourneur lo que ignoran, es decir, que el cargamento es presa de las llamas, y el padre, pensando sólo en el peligro que corre su hijo, lo estrecha en sus brazos. El joven conserva una gran serenidad y tranquiliza a su padre diciéndole que el peligro no es inminente.

Roberto Kurtis, ayudado por el teniente, consigue contener a la tripulación afirmando que el incendio no ha hecho nuevos progresos, que el pasajero Ruby no sabe lo que hace ni lo que dice; que no debe obrarse con precipitación y que, cuando sea necesario, se abandonará el buque en la forma que sea más conveniente.

La mayor parte de los marineros, al oír la voz del segundo, a quien estiman y respetan, se tranquilizan y contienen, logrando éste lo que el capitán Huntly no habría podido conseguir, y la chalupa queda en su sitio.

Afortunadamente, Ruby no ha hablado del picrato encerrado en la bodega, porque si la tripulación llega a conocer la verdad y a saber que el buque es un volcán próximo tal vez a abrirse bajo sus pies, se habría desmoralizado, habría sido imposible sujetarla y huiría a toda costa.

El segundo, el ingeniero Falsten y yo somos los únicos que sabemos la terrible complicación que se une al incendio, y no conviene que nadie más se entere de ello.

Al restablecerse el orden, Roberto Kurtis y yo nos reunimos con Falsten en la toldilla. El ingeniero permanece allí con los brazos cruzados pensando quizás en algún problema de mecánica en medio del espanto general, y le recomendamos que no diga una palabra de la imprudencia cometida por Ruby.

Falsten promete guardar silencio. En cuanto al capitán Huntly, que desconoce aún la terrible verdad de la situación, Roberto Kurtis se encarga de decírsela; pero antes es preciso apoderarse de Ruby, porque el desdichado se encuentra en completo estado de demencia; no tiene conciencia de sus actos y corre por el puente gritando sin cesar:

—¡Fuego, fuego!

Roberto Kurtis manda a los marineros que se apoderen del loco, y, al fin, logran atarle sólidamente y ponerle una mordaza después de lo cual lo llevan a su camarote, donde lo encierran y le ponen centinelas de vista.

Afortunadamente, la terrible revelación no ha salido de su boca.



Corre por el puente gritando sin cesar: ¡Fuego, fuego!

CAPÍTULO XII

ROBERTO KURTIS SE ENCARGA DEL MANDO. — SE MANTIENE EL
RUMBO AL SUDOESTE

22 y 23 de octubre.

ROBERTO Kurtis ha informado de todo al capitán Huntly, a quien por ser su jefe, no podía ocultar la situación.

El capitán no responde una sola palabra, y después de pasarse la mano por la frente como si quisiera desechar una idea importuna, vuelve a entrar tranquilamente en su camarote sin dar ninguna orden.

—Es imposible detener el incendio —dice Kurtis—, y ya la temperatura del puente de proa es inaguantable. Llegará el momento, y quizá pronto, en que la intensidad del fuego será tal que las llamas salgan al exterior. Si antes de esto, el estado del mar nos permite utilizar las lanchas, abandonaremos el buque. Si, por el contrario, no nos es posible dejar el *Chancellor*, lucharemos contra el fuego hasta el último momento. Tal vez combatiremos mejor al enemigo que da la cara que al enemigo que se oculta.

—Esa es mi opinión —responde tranquilamente el ingeniero.

—Y la mía —contesto yo—, pero señor Kurtis, ¿ha olvidado usted que hay treinta libras de una sustancia explosiva encerradas en la bodega?

—No, señor Kazallon —responde Roberto Kurtis—, no he olvidado nada; pero ese es un detalle del que prescindo. ¿Y por qué

no había de prescindir? ¿Puedo ir a buscar esa sustancia entre el cargamento incendiado y en una bodega donde es peligroso dejar que penetre el aire? No, no quiero pensar en eso. ¿No es cierto que el picrato puede producir efecto en el momento menos pensado? Pues bien, o el fuego llega o no llega a inflamarlo, y, por consiguiente, esa circunstancia de que usted habla no existe para mí: es asunto de Dios y no mío evitar esa catástrofe suprema.

Roberto Kurtis ha pronunciado estas palabras con tono grave y todos inclinamos la cabeza sin responder. Dado el estado del mar, la fuga inmediata es imposible, y, por consiguiente, como dice Kurtis, hay que prescindir de esa circunstancia.

—La explosión no es necesaria, diría un formalista, sólo es contingente.

Esta observación la hace el ingeniero con la mayor tranquilidad del mundo.

—Deseo que conteste a una pregunta, señor Falsten —digo—, y es la siguiente: ¿El picrato de potasa puede inflamarse sin haber choque?

—Ciertamente —responde el ingeniero—. En condiciones ordinarias el picrato no es más inflamable que la pólvora común, pero lo es tanto como ella, y, por lo tanto...

Hemos subido sobre el puente; pero al salir de la cámara, Roberto Kurtis me agarra la mano y me dice, profundamente conmovido:

—Señor Kazallon, ¡ver devorar por el fuego este buque, este *Chancellor* que yo amo tanto, y no poder hacer nada! ¡Nada!

—¡Señor Kurtis, está usted muy emocionado!

—Dispense usted; no he sido dueño de mí mismo; pero usted sólo habrá visto lo que sufro. Esto se ha concluido —añade haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo.

—¿Es decir, que la situación es desesperada? —le pregunto.

—Nuestra situación —responde con frialdad Roberto Kurtis— es análoga a la de quien se encuentra amarrado a la boca de un horno de mina cuya mecha está encendida. Falta saber si esa mecha será larga.

Y, dicho esto, se retira.

De todos modos, la tripulación y los demás pasajeros ignoran toda la gravedad de nuestra situación.

Desde que se ha sabido que hay fuego a bordo, el señor Kear se ocupa en reunir sus objetos más preciosos sin acordarse de su esposa para nada. Después de intimar al segundo la orden de apagar el fuego haciéndole responsable de todas las consecuencias, vuelve a entrar en su camarote de popa sin dejarse ver más. La señora Kear lanza continuos gemidos, y, a pesar de sus ridiculeces, inspira compasión. La señorita Herbey en estas circunstancias se cree menos que nunca exenta de sus deberes para con su ama y la cuida con extremada solicitud, como si el deber lo fuera todo para la simpática joven.

Al día siguiente, 23 de octubre, el capitán Huntly sostiene con el segundo una conferencia, en su camarote, cuyos términos me ha referido poco después Roberto Kurtis.

—Señor Kurtis —dice el capitán, cuyos ojos extraviados revelan la turbación de sus facultades mentales—, ¿es cierto que soy marino?

—Sí, señor.

—Pues bien, figúrese que desconozco mi oficio... Ignoro lo que me pasa... Pero se me olvida todo, ya no sé nada. ¿No hemos seguido la dirección del Nordeste desde nuestra salida de Charleston?

—No, señor —responde el segundo—; hemos marchado con rumbo al Sudeste, siguiendo las órdenes que usted ha dado.

—¿Pero no llevamos cargamento para Liverpool?

—Sí, señor.

—¿Y el...? ¿Cómo se llama el buque, señor Kurtis?

—El *Chancellor*.

—¡Ah! Sí, el *Chancellor*. ¿Dónde se encuentra ahora...?

—Al sur del trópico.

—Entonces, señor Kurtis, yo no me encargo de volver a ponerlo con rumbo al Norte, no, no podría... No deseo ya salir de mi camarote porque la vista del mar me hace daño.

—Señor capitán —responde Roberto Kurtis—, espero que nuestros cuidados...

—Sí, sí, veremos..., más adelante. Ahora voy a dar a usted una orden, que será la última que reciba de mí.

—Usted dirá —responde el segundo.

—Señor Kurtis —dice el capitán—, desde este momento no soy

nada a bordo y usted se encarga del mando del buque... Las circunstancias son más fuertes que yo y comprendo que me es imposible dominarlas. Mi cabeza se extravía... Sufro mucho — añade Huntly, oprimiéndose la frente con las manos.

El segundo, después de examinar atentamente al que hasta entonces mandaba a bordo, se limita a responder:

—Está bien.

Después vuelve a subir al puente y me refiere lo ocurrido.

—Sí —le digo—, ese hombre tiene por lo menos enfermo el cerebro si no ha perdido completamente el juicio, por lo que resulta preferible haya abdicado el mando.

—Lo remplazo en circunstancias graves —me responde Roberto Kurtis—; pero cumpliré mi deber.

Esto dicho, Roberto Kurtis manda a un marinero a buscar al contraмаestre, que acude en seguida.

—Contraмаestre —le dice Roberto Kurtis—, reúna usted la tripulación al pie del palo mayor.

El contraмаestre se retira y a los pocos momentos la tripulación del *Chancellor* está reunida en el sitio indicado.

—Muchachos —dice Roberto Kurtis con voz serena—, en la situación en que nos encontramos y por razones que no me son desconocidas, el señor Sila Huntly ha creído deber renunciar a sus funciones de capitán, y me ha confiado el mando del buque.

De este modo, se ha efectuado este cambio que puede redundar en beneficio de todos, pues el nuevo capitán es un hombre enérgico y seguro, que no retrocederá ante ninguna medida para la salvación común.

Los Letourneur, el ingeniero Falsten y yo nos apresuramos a felicitar a Roberto Kurtis, y el teniente y el contraмаestre unen sus cumplimientos a los nuestros.

Se mantiene el rumbo del buque al Sudoeste, y Roberto Kurtis, forzando velas, trata de llegar lo antes posible a la más próxima de las Pequeñas Antillas.

CAPÍTULO XIII

MAR DURA. — INTRANQUILIDAD. — CATORCE DÍAS DE INCENDIO.
— TERRORES. — LLAMAS. — MUERTE DE RUBY

Del 24 al 29 de octubre.

DURANTE los cinco días siguientes, la mar se mantiene muy dura. El *Chancellor* ha renunciado a luchar contra ella, y corre, impulsado por el viento y las olas, sufriendo grandes sacudidas, por lo que no tenemos un solo momento de tranquilidad y contemplamos con envidia el agua que rodea al buque y que nos atrae y fascina.

—Pero —he preguntado a Roberto Kurtis—, ¿no se puede perforar el puente e inundar de agua la bodega? Aun cuando el buque se llenara de agua, ¿qué mal habría de ello? Apagado el incendio, las bombas arrojarían luego toda esa agua al mar.

—Señor Kazallon —responde Roberto Kurtis—, ya he dicho a usted y le repito que, si dejamos penetrar el aire, por poco que sea, el fuego se propagará inmediatamente a todo el buque, y las llamas lo envolverán desde la quilla hasta el tope de los palos. Estamos condenados a la inacción, y hay circunstancias en que es necesario tener el valor de permanecer inactivos. Cerrar herméticamente todas las salidas, es el único medio de combatir el incendio, y esto es lo que hacemos.

Sin embargo, el incendio progresa incesantemente, y quizá con mayor rapidez que la que suponemos. Poco a poco el calor se ha ido

haciendo tan fuerte, que los pasajeros han tenido necesidad de refugiarse sobre el puente, y los camarotes de popa, iluminados por las ventanas del espejo, son los únicos que pueden ser ocupados. El señor Kear no sale del uno, y el otro lo ha puesto Roberto Kurtis a disposición del negociante Ruby.

He ido varias veces a visitar a este desdichado que ha perdido por completo el juicio y a quien es preciso tener atado para evitar que rompa la puerta de su camarote. Cosa singular: ha conservado en su locura un sentimiento de terror, y no cesa de lanzar horribles gritos, como si, bajo la influencia de un fenómeno fisiológico, sintiera verdaderas quemaduras.

También he ido varias veces a visitar al excapitán, que se encuentra muy tranquilo y habla razonablemente, excepto en lo que se refiere a su oficio de marino. Respecto a este punto, todo cuanto dice no tiene sentido común. Le ofrezco mis servicios porque sufre realmente, pero no quiere aceptarlos y no sale tampoco de su camarote.

Hoy, el lugar en que se encuentra la tripulación ha sido invadido por una humareda acre y nauseabunda que se filtra por los intersticios de los tabiques. El incendio aumenta, sin duda alguna, por aquel lado, y aplicando el oído se oyen chasquidos sordos. ¿Dónde toma ese fuego el aire que lo alimenta? La espantosa catástrofe debe estar ya próxima. Quizá no es cuestión más que de algunos días, o de algunas horas, y, desgraciadamente, la mar está tan gruesa que no hay que pensar en huir en las lanchas.

Roberto Kurtis ordena que se cubran todos los tabiques con un encerado que incesantemente se empapa en agua; pero, a pesar de esto, el humo transpira en medio de un calor húmedo que se esparce por la proa del buque, haciendo el aire casi irrespirable.

Por fortuna, el palo mayor y el de mesana son de hierro, sin lo cual se habrían quemado por el pie y venido abajo.

Roberto Kurtis despliega toda la tela posible, e impulsado por el viento del Nordeste, que cada vez es más fresco, el *Chancellor* marcha con rapidez.

Ya hace catorce días que se ha declarado el incendio, cuyos progresos son incesantes porque no hemos podido combatirlo. Ahora se maniobra a bordo con gran dificultad,



En la toldilla, cuyo pavimento no está sobre la bodega, se puede permanecer aún; pero en el puente hasta el castillo de proa es imposible andar ni aun con calzado fuerte. El agua es ya insuficiente para refrescar aquellas tablas, que no cesa el fuego de lamer y que se arrufan sobre sus barrotes. La resina de la madera de abeto se encoge alrededor de los nudos, las costuras se abren y la

brea, líquida por el calor, corre sobre el puente formando dibujos caprichosos conforme el barco se balancea.

Para colmo de desgracia, el viento salta bruscamente al Noroeste, soplando con furia. Es un verdadero huracán como los que se presentan a veces en aquellos parajes y que nos aparta de las tierras de las Antillas adonde deseamos llegar. Roberto Kurtis pretende mantenerse firme capeando el temporal; pero el viento sopla con tal furia, que el *Chancellor* no puede mantenerse a la capa y pronto se hace necesario emprender la fuga con la finalidad de evitar los golpes de mar que son terribles cuando acometen a un buque por el costado.

El 29 la tempestad se encuentra en todo su apogeo. El océano está agitadísimo y el embate de las olas cubre completamente al *Chancellor*. Sería imposible arrojar una lancha al mar sin que fuera inmediatamente sumergida. Nos refugiamos unos en la toldilla y otros en el castillo de proa, mirándonos unos a otros sin que nadie se atreva a hablar.

Ya no nos acordamos de la caja de picrato de potasa, y hasta ignoro realmente si la explosión del buque, que desenlazaría la situación, sería o no de desear, porque la persona amenazada durante largo tiempo por un peligro, concluye por ansiar el arrostrarlo, ya que la inminencia de una catástrofe inevitable es más horrible que la realidad.

Mientras era tiempo todavía, el capitán Kurtis mandó retirar parte de los víveres almacenados en la despensa, en la que ya no se podría penetrar después. El calor había deteriorado gran cantidad de provisiones, pero quedaban algunos barriles de carne salada y de galleta, un tonel de aguardiente y varias barricas de agua, que se colocaron sobre el puente juntamente con varias mantas, instrumentos, una brújula y velas, a fin de poder, en caso necesario, abandonar el buque inmediatamente.

A las ocho de la noche, en medio del fragor del huracán y del ruido del incendio, las escotillas del puente se levantan bajo la presión del aire caldeado y torbellinos de humo negro se escapan, lo mismo que el vapor, por la válvula de la caldera.

La tripulación pide imperiosamente órdenes a Roberto Kurtis; pero todos tienen la idea de huir de aquel volcán próximo a estallar bajo sus pies.

Roberto Kurtis contempla el océano, cuyas olas monstruosas rompen con estrépito sobre el buque. No es posible acercarse siquiera a la chalupa colocada en su calzo, en medio del puente; pero es todavía posible utilizar la canoa izada sobre sus pescantes de estribor, así como la ballenera suspendida en la popa.

Los marineros precipítanse hacia la canoa.

—No —grita Roberto Kurtis—, no. Eso sería jugar a un golpe de mar la última probabilidad que tenemos de salvarnos.

Algunos marineros, medio locos de terror, con Owen a la cabeza, intentan, sin embargo, lanzar al agua la canoa, pero Roberto Kurtis se precipita a la toldilla, y cogiendo un hacha, exclama:

—¡Al primero que toque el aparejo le parto el cráneo!

Los marineros retroceden, subiendo algunos a los flechastes de los obenques, mientras otros se refugian en las cofas.

A las once óyense detonaciones violentas en la bodega. Son los tabiques que estallan, dando paso al aire caliente y al humo.

Inmediatamente después salen torrentes de vapor por la funda de proa, y una larga lengua luminosa lame el mástil de mesana.

Gritan todos los pasajeros; la señora Kear, sostenida por la señorita Herbey, huye precipitadamente de las cámaras, adonde llega ya el fuego, y preséntase Sila Huntly con el rostro ennegrecido por el humo, y, después de saludar tranquilamente a Roberto Kurtis, se dirige hacia los obenques de proa, sube por los flechastes y se instala en la gavia de mesana.

Al ver a Sila Huntly recuerdo que ha quedado aprisionado otro hombre bajo la toldilla, precisamente en el camarote que va a ser devorado por las llamas.

¿Dejaremos perecer a ese desgraciado Ruby? Me lanzo hacia la escalera en el momento en que el desventurado acaba de romper las ligaduras que lo sujetan y sale con los cabellos quemados y los vestidos ardiendo.

Marcha en silencio por el puente sin sentir calor en los pies y se arroja entre los torbellinos de humo, que no le sofoca, como si fuera una salamandra humana que corre a través de las llamas.

Oyese entonces una nueva detonación y la chalupa salta hecha pedazos; la escotilla de en medio salta también, desgarrando el encerado, y un chorro de fuego, largo tiempo comprimido, llega hasta la mitad del mástil.

El loco grita en aquel momento de un modo espantoso, y de sus labios se escapan estas palabras:

—¡El picrato, el picrato! ¡Todos vamos a volar, a volar!

Después, sin que nadie pueda sujetarle para evitarlo, se arroja por la llameante escotilla en aquel horno ardiente.



—¡El picrato, el picrato! ¡Vamos a volar!

CAPÍTULO XIV

LA CHALUPA Y LA CANOA SE PIERDEN. — SE INTERRUMPE LA
COMUNICACIÓN ENTRE POPA Y PROA. — EL INCENDIO REDOBLA SU
VIOLENCIA. — GRAVE ALTERNATIVA

Durante la noche del 29 de octubre.

AUNQUE nos encontramos en una situación sumamente desesperada, todos han experimentado el horror de la tragedia que acaba de desarrollarse.

Ruby no existe ya; pero sus últimas palabras van a tener consecuencias muy funestas. Los marineros, que le han oído gritar, «¡El picrato, el picrato!», han comprendido que el buque puede saltar hecho pedazos de un momento a otro, y que no es sólo un incendio, sino una explosión lo que les amenaza.

Algunos, no pudiendo ya contenerse, quieren huir a todo trance y en seguida, y gritan:

—¡La canoa, la canoa!

Sin duda no ven o no quieren ver los insensatos que el mar está alborotado y que no hay lancha que pueda arrostrar el empuje de las olas embravecidas que se elevan a una altura prodigiosa. Nada puede contenerlos y ya no oyen la voz del capitán, quien se arroja en medio de ellos inútilmente. El marinero Owen excita a sus compañeros; se largan las trapas de la lancha y la embarcación es empujada al exterior.

Balancéase un instante en el espacio y, obedeciendo al

movimiento del buque, va a chocar contra la vagara. Los marineros hacen otro esfuerzo y consiguen desprenderla, y, cuando ya está a punto de llegar al mar, una ola monstruosa la toma por debajo, la aparta momentáneamente y con fuerza irresistible la estrella contra el costado del buque.

Habiendo sido destruidas la chalupa y la canoa, sólo nos quedó ya una frágil y estrecha ballenera.

Los marineros, presa de estupor, permanecen inmóviles. No se oye más que los silbidos del viento entre las cuerdas y los ronquidos del incendio. El horno se abre profundamente en el centro del buque y por las escotillas brotan torrentes de vapor fuliginoso que ascienden al cielo. Desde el castillo de proa a la toldilla ya no se ve, y el *Chancellor* queda dividido en dos partes por una barrera de llamas.

Los pasajeros y dos o tres hombres de la tripulación van a refugiarse detrás de la toldilla. La señora Kear permanece tendida sin conocimiento sobre una de las jaulas de las gallinas, y la señorita Herbey se encuentra a su lado auxiliándola. El señor Letourneur se ha apoderado de su hijo y lo estrecha sobre su corazón; y yo soy víctima de una agitación nerviosa que me es imposible dominar.

Mientras tanto, el ingeniero Falsten consulta con tranquilidad su reloj y anota la hora en su libro de memorias.

¿Qué sucede a proa, donde se han quedado el teniente, el contramaestre y el resto de la tripulación a quienes no podemos ver?

Se ha interrumpido la comunicación entre las dos mitades del buque y nadie podría atravesar la cortina de fuego que sale por la escotilla mayor.

—¿Está todo perdido? —pregunto a Roberto Kurtis, acercándome.

—Todavía no —me responde—. Puesto que está abierta la escotilla, vamos a arrojar por ella un torrente de agua a este horno y quizá consigamos apagarlo.

—Pero ¿cómo es posible manejar las bombas en ese puente que abraza los pies, señor Kurtis? ¿Cómo va usted a dar órdenes a los marineros a través de las llamas?

Como Roberto Kurtis no me respondiese inmediatamente, insistí:

—¿Está todo perdido?

—No, señor, no —me dice Roberto Kurtis—; y mientras haya una sola tabla bajo mis pies no perderé la esperanza.

Mientras tanto, redobla la violencia del incendio, que esparce sobre las aguas del mar una claridad rojiza; por encima de nuestras cabezas, las nubes, bastante bajas, se cubren de reflejos leonados; de las escotillas salen continuamente grandes chorros de llamas y nosotros nos refugiamos sobre el coronamiento de popa, detrás de la toldilla. La señora Kear ha sido depositada en la ballenera, que permanece suspendida de sus pescantes de popa, y la señorita Herbey se encuentra a su lado.

¡Qué noche tan trágica! ¡Qué pluma podría describir sus horrores!

El huracán, en toda su violencia a la sazón, sopla sobre aquel brasero como un inmenso ventilador, y el *Chancellor* corre en las tinieblas como un brulote gigantesco. No hay más alternativa que la de arrojarse al mar o perecer abrasado entre las llamas.

Pero ¿cómo es que no se inflama, el picrato? ¿No se abrirá el volcán bajo nuestros pies? ¿Habrán mentido Ruby? ¿No habrá semejante sustancia explosiva encerrada en la bodega?

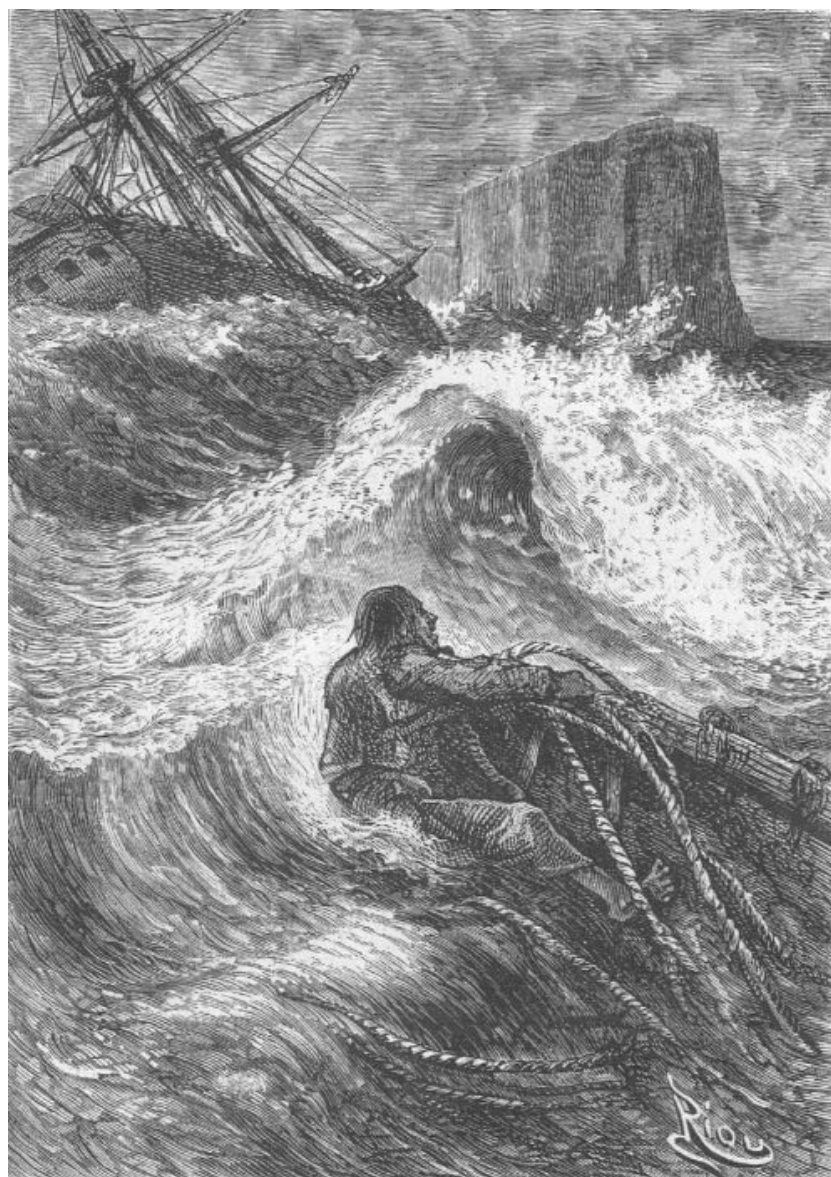
A las once y media, en el momento en que el mar está más imponente que nunca, óyese un estrépito particular, el más temido por los marineros, que viene a aumentar el de los elementos desencadenados.

—¡Rompientes, rompientes a estribor! —Grita una voz a proa.

Roberto Kurtis salta sobre el parapeto, dirige una rápida mirada a las blancas olas, y, volviéndose hacia el timonel, grita imperativamente:

—¡La barra a estribor, toda!

Pero ya es tarde. En aquel momento, una ola monstruosa nos levanta sobre sus espaldas y de repente se produce el choque. El buque toca en un obstáculo por la proa, talonea, y el mástil de mesana, roto a raíz del puente, cae al mar.



CAPÍTULO XV

ENCALLADOS. — EL AGUA ENTRA EN EL BUQUE. SE VA
EXTINGUIENDO EL FUEGO

Continuación de la noche del 29 de octubre.

NO son todavía las doce, y como la luna no brilla en el espacio, la oscuridad es profunda. ¿En qué sitio acaba el buque de encallar? Nos es imposible saberlo. Violentamente rechazado por la tormenta, ¿habrá llegado el buque a la costa americana y estaremos a la vista de tierra?

El *Chancellor*, después de haber taloneado varias veces, había quedado absolutamente inmóvil. Pocos instantes después, se oyó hacia proa un ruido de cadenas, lo que revela a Roberto Kurtis que se han echado las anclas.

—Bien, bien —dice—; el teniente y el contraмаestre han echado las dos anclas, y es de esperar que resistirán.

Entonces veo a Roberto Kurtis avanzar por los parapetos hasta el límite adonde permiten llegar las llamas; se desliza por la mesa de guarnición de estribor, por el lado donde el buque da la banda, y permanece allí durante algunos minutos, a pesar de las grandes oleadas que amenazan arrebatarlo. Presta oído como si percibiera un ruido particular en medio del rumor de la tormenta.

Al fin vuelve a la toldilla, diciendo:

—El agua entra en el buque, y esa agua, si el Cielo nos ayuda, puede apagar el incendio.

—Pero ¿y después? —le pregunto.

—Señor Kazallon —responde Roberto Kurtis—, después nuestro porvenir está en las manos de Dios. Ahora sólo debemos pensar en lo presente. Lo primero que debería hacerse es acudir a las bombas, pero en este momento es imposible llegar a ellas entre las llamas. Probablemente, por alguna abertura de la tablazón, hundida en el fondo del buque, entra gran cantidad de agua, porque creo que ya disminuye la violencia del fuego y se oyen silbidos atronadores, que revelan que los dos elementos luchan entre sí. La base del foco del incendio ha sido seguramente atacada por el agua, y la primera fila de las balas de algodón se encuentra ya anegada. Pues bien, cuando el agua haya extinguido el fuego, nosotros la combatiremos a su vez. Quizá sea menos temible que el fuego, porque es el elemento del marino, y éste está ya acostumbrado a vencerla.

Con ansiedad indescriptible esperamos que transcurran las tres horas que faltan aún para que concluya esta trágica noche. ¿En dónde estamos? Las olas se retiran poco a poco, y su furor se apacigua. El *Chancellor* debe de haber encallado una hora después de la pleamar, pero es difícil saberlo con exactitud, sin hacer cálculos ni observaciones. Si es así, podemos tener alguna esperanza, si, por fin, se apaga el fuego, de ponernos a flote muy en breve, cuando vuelva la próxima marea.



Conseguimos distinguir más allá un grupo negro.

Hacia las cuatro y media de la madrugada, empieza a disiparse poco a poco la cortina de llamas tendida entre la proa y la popa del buque, y conseguimos distinguir más allá un grupo negro. Es la tripulación refugiada en el estrecho castillo de proa. Al poco rato se

restablece la comunicación entre los extremos del *Chancellor*, y el teniente y el contraмаestre vienen a la toldilla, marchando por las vagaras, porque no es posible poner el pie en el puente.

El capitán Kurtis, el teniente y el contraмаestre conferencian en mi presencia, conviniendo en que no puede hacerse nada hasta que amanezca. Si la tierra está cerca y el mar practicable, nos dirigiremos a la costa, con la ballenera o con una balsa que se construya. Si no hay tierra a la vista, y el *Chancellor* ha encallado en un arrecife aislado, se tratará de ponerlo nuevamente a flote, y repararlo en lo posible, con objeto de que pueda llegar al puerto más próximo.

—Pero —dice Roberto Kurtis, y así opinan también el teniente y el contraмаestre— es difícil adivinar dónde nos encontramos, porque con estos vientos del Noroeste, el *Chancellor* ha debido ser arrojado muy lejos, hacia el Sur. Ya hace mucho tiempo que no he podido tomar la altura; pero como no sé que exista ningún escollo en esta parte del Atlántico, creo que habremos encallado en tierras de la América del Sur. —Pero —pregunto yo— continuamos bajo la amenaza de una explosión. ¿No podremos abandonar el *Chancellor* y refugiarnos en alguna parte?

—¿En este arrecife? —Replica Roberto Kurtis—. Pero ¿qué forma tiene y de qué se compone? ¿No lo cubre totalmente el agua durante la pleamar? ¿Podemos reconocerlo en medio de esta oscuridad? Dejemos que amanezca y veremos lo que se puede hacer.

Me apresuro a comunicar estas palabras de Roberto Kurtis a los demás pasajeros, y, aunque no son muy tranquilizadoras, nadie se detiene a pensar en el nuevo peligro que entraña la situación del buque, si desgraciadamente hubiera sido arrojado sobre algún arrecife desconocido a muchos centenares de millas de tierra. Una sola consideración domina a las demás, y es la de que en estos momentos el agua combate por nosotros y lucha ventajosamente contra el incendio y, por consiguiente, contra las probabilidades de explosión.

Efectivamente, a las rojas llamas ha sucedido poco a poco una humareda densa y negra que se escapa por la escotilla en húmedos torbellinos. Todavía se proyectan algunas lenguas ardientes entre las sombrías volutas, pero se extinguen casi inmediatamente. A los

ronquidos del fuego suceden los silbidos del agua que se evapora en el foco interior, a causa, sin duda, de que el mar hace allí lo que no habrían podido hacer nuestros cubos ni nuestras bombas, porque era necesario toda una inundación para extinguir aquel incendio propagado en medio de mil setecientas balas de algodón.

CAPÍTULO XVI

COMPOSICIÓN DEL ESCOLLO. — EL PALO DE MESANA. — SILA
HUNTLY. — NO SE VE TIERRA. — CINCO PIES DE AGUA EN LA
BODEGA. — DESPERFECTOS. — SUBE LA MAREA. — A OCHOCIENTAS
MILLAS DE TIERRA

30 de octubre.

APARECEN, al fin, los primeros resplandores de la mañana blanqueando el horizonte; pero las brumas del mar impiden ver muy lejos. Hasta ahora no se distingue tierra alguna, y, sin embargo, nuestros ojos registran con impaciencia toda la parte occidental y meridional del océano. En este momento el mar se ha retirado casi por completo y no hay seis pies de agua alrededor del buque, que cala unos quince en plena carga. Algunas puntas de roca sobresalen acá y allá, y por ciertos colores del fondo adivínase que el escollo está compuesto de rocas basálticas. ¿Cómo ha podido el *Chancellor* ser trasladado tan adentro del arrecife? Necesariamente lo ha levantado una ola enorme, y eso es sin duda lo que yo sentía momentos antes de encallar. Por esta razón, después de haber examinado la línea de rocas que lo rodean, me pregunto si será fácil, o, a lo menos, posible, sacarlo del sitio en que se encuentra. Está inclinado de popa a proa, lo que hace muy difícil la marcha por el puente, y, además, a medida que el nivel del océano desciende, se inclina más a babor. Roberto Kurtis ha llegado a temer que zozobrara en la bajamar; pero su inclinación se ha fijado

al fin inmediatamente, y no hay nada que temer respecto a este punto.

A las seis de la mañana se sienten choques violentos, ocasionados por el palo de mesana que, después de haber sido arrastrado por el mar, vuelve a batir los costados del *Chancellor*. Al mismo tiempo se oye una voz que llama a gritos a Roberto Kurtis, y en la semiclaridad del alba vemos un hombre agarrado a la cofa del mástil de mesana. Es Sila Huntly, que, arrastrado por el palo, al caer, se ha salvado milagrosamente de la muerte.

Roberto Kurtis se precipita a socorrer a su antiguo capitán, y, arrostrando mil peligros, logra traerlo a bordo. Sila Huntly, sin pronunciar una palabra, va a sentarse en el rincón más apartado de la toldilla. Convertido en un ser absolutamente pasivo, es ya imposible contar con él para nada.

Después de no pocos esfuerzos, se consigue hacer pasar a sotavento el palo de mesana, y se le amarra sólidamente al buque. ¿Nos servirá para algo en lo sucesivo? ¡Quién sabe!

Es ya completamente de día y las sombras comienzan a levantarse. La mirada puede recorrer el horizonte hasta más de tres millas; pero no se ve nada que se parezca a una costa. La línea de rompientes corre al Sudoeste y Nordeste durante una milla. Al Norte divísase una especie de islote de forma irregular; es una caprichosa aglomeración de rocas que sobresale del agua a una distancia de doscientas brazas del sitio en que está encallado el *Chancellor* y a cincuenta pies de altura. Debe, pues, dominar el nivel de las mareas más altas. Una especie de calzada muy estrecha, pero practicable, en la baja marea, nos permitirá llegar a dicho islote si de ello hubiese necesidad.

Más allá, el mar recobra su color oscuro; allí el agua tiene mucha profundidad; allí termina el escollo.

La situación del buque nos desespera a todos, porque tememos que las rompientes no estén unidas a tierra.

A las siete de la mañana, el día es claro y las brumas han desaparecido completamente. El horizonte se presenta alrededor del *Chancellor* con nitidez perfecta; pero la línea de agua y la línea del cielo se confunden en la lejanía y el mar ocupa todo el espacio visible.

Roberto Kurtis, inmóvil, observa el océano, especialmente hacia

el Oeste. El señor Letourneur y yo, en pie uno junto a otro, examinamos sus menores movimientos y creemos adivinar en su rostro las ideas que pasan por su cerebro. Su sorpresa es grande porque creía estar cerca de tierra, puesto que desde que estuvimos a la vista de las Bermudas siempre había avanzado con rumbo al Sur. Sin embargo, en el horizonte no se divisa tierra alguna.

En aquel momento Roberto Kurtis sale de la toldilla, y por los parapetos llega hasta los obenques, se lanza a los flechastes, atraviesa las barras y llega rápidamente a la encapilladura del mástil de juanete, desde donde, durante algunos minutos, examina con sumo cuidado todo el espacio. Luego, tomando uno de los brandales, se descuelga hasta la vagara y vuelve a nuestro lado.

Le interrogamos con la vista y responde fríamente:

—No hay tierra.

El señor Kear se adelanta entonces, y con tono de mal humor le pregunta:

—¿Dónde estamos, caballero?

—Lo ignoro —responde Roberto Kurtis.

—Pues debía usted saberlo —replica neciamente el mercader de petróleo.

—Sin embargo, no lo sé.

—Pues bien —agrega el señor Kear—, le advierto que no tengo intención de permanecer eternamente en su buque, y que es preciso que marchemos.

Roberto Kurtis se limita a encogerse de hombros.

Luego, dirigiéndose al señor Letourneur y a mí, dice:

—Tomaré la altura si sale el sol y entonces sabremos a qué punto del Atlántico hemos sido arrojados por la tempestad.

Roberto Kurtis se ocupa entonces en hacer distribuir víveres a los pasajeros y a la tripulación, y como todos estamos extenuados de hambre y cansancio, comemos con avidez el bizcocho y la carne en conserva que nos entregan. Luego, Roberto Kurtis, sin perder momento, adopta varias medidas para volver a poner a flote el buque.

El incendio ha disminuido mucho y ya no salen llamas al exterior. El humo es menos abundante, aunque negro todavía. El *Chancellor* tiene indudablemente una gran cantidad de agua en su bodega; pero no es posible averiguarlo porque el puente no es

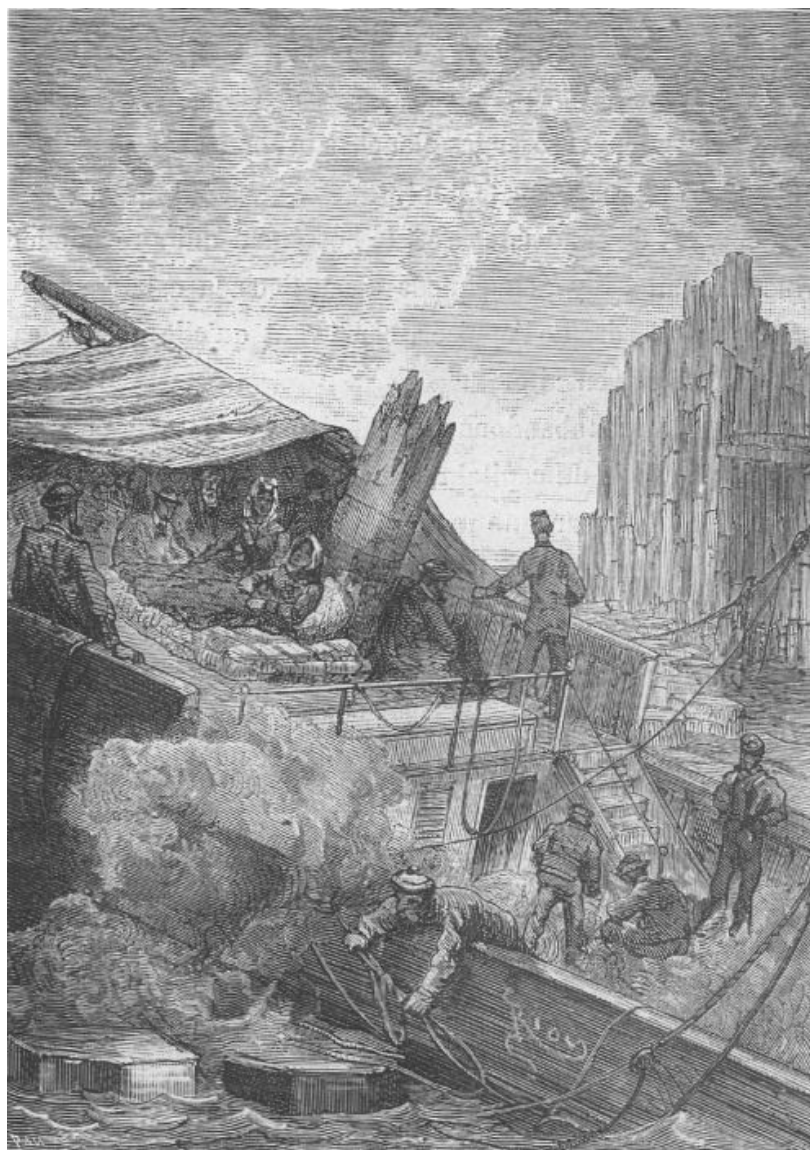
practicable aún.

Roberto Kurtis manda regar las tablas, y dos horas más tarde los marineros pueden ya caminar sobre el puente.

El primer cuidado es sondar la bodega, y el contramaestre procede a esta operación, comprobando que hay cinco pies de agua; pero el capitán no da orden de acotarla, porque quiere que acabe la obra emprendida.

¿Será preferible abandonar inmediatamente el buque y refugiarse en el escollo? El capitán Kurtis se opone a ello, y lo mismo opinan el teniente y el contramaestre. En efecto, con una mar tan mala no es posible sostenerse en estas rocas, ni aun en las más elevadas, que deben ser barridas por las grandes olas, y, por lo tanto, no hay, por el momento, necesidad de arrostrar ese peligro puesto que las probabilidades de que el buque haga explosión han disminuido ya notablemente. El agua ha invadido sin duda la parte de la bodega donde se encuentra el equipaje de Ruby, y, por consiguiente, la caja de picrato. Se decide, pues, permanecer todos en el *Chancellor*.

Luego, se resuelve preparar en la popa, sobre la toldilla, una especie de campamento y se colocan los colchones, que no se han quemado, para las dos pasajeras. Los hombres de la tripulación que han salvado sus abrigo, los colocan en el castillo de proa, adonde trasladan su alojamiento, puesto que los camarotes han quedado absolutamente inhabitables.



Por fortuna, los desperfectos no han sido grandes en la despensa; se han salvado bastantes víveres y los barriles de agua. El almacén de velas de repuesto está igualmente intacto.

¿Hemos llegado al término de nuestras penalidades? Así debe creerse, pues desde la mañana el viento ha amainado mucho y la mar es menos gruesa, circunstancia en extremo favorable, porque si

el *Chancellor* fuese batido por los golpes de mar no tardarían en hacerse pedazos en estos duros basaltos.

Los Letourneur y yo hemos hablado extensamente acerca de los oficiales del buque, de la tripulación y de su comportamiento durante este período de peligros. Todos han demostrado valor y energía, distinguiéndose especialmente el teniente Walter, el contramaestre y el carpintero Daoulas; buena gente, buenos marinos, con quienes se puede contar. En cuanto a Roberto Kurtis es superior a todo elogio; ahora, como siempre, se multiplica y en todas partes se encuentra, no habiendo dificultad que no esté dispuesto a resolver, animando a los marineros con la palabra y con la acción, y siendo, en suma, el alma de la tripulación, que no se mueve sino por sus órdenes.

A las siete de la mañana empezó a subir el mar, y a las once todos los picos de las rompientes han desaparecido bajo las aguas, por lo que es de presumir que el nivel de éstas haya subido también en la bodega del *Chancellor*. Y esto es precisamente lo que sucede, porque la sonda indica que hay nueve pies de agua, que seguramente ha anegado otras capas de algodón, de lo cual debemos felicitarnos.

Desde que la marea ha subido, han desaparecido de la vista la mayor parte de las rocas que rodean al buque, quedando sólo visible el marco de una pequeña cuenca circular de doscientos cincuenta a trescientos pies de diámetro, y cuyo ángulo Norte ocupa el *Chancellor*. La mar está aquí tranquila y las olas no llegan hasta el buque, circunstancia afortunada, porque, de otro modo, como se encuentra inmóvil, el buque sería batido como un escollo.

A las once y media el sol, cubierto por las nubes desde las diez, se ha mostrado con oportunidad. El capitán, que ha podido ya calcular un ángulo horario por la mañana, se dispone a tomar la altura meridiana, y a las doce hace una observación muy exacta.

Después baja a su camarote, calcula el punto, vuelve a la toldilla, y se acerca a nosotros.

—Nos encontramos —dice— a los 18° 5' de latitud Norte y 45° 53' de longitud Oeste.

Luego explica la situación a todos los que no están familiarizados con los números de longitud y latitud, pues no quiere ocultar nada, para que todos sepan con exactitud a qué atenerse

respecto a la situación.

El *Chancellor* se encuentra encallado a los 18° 5' de latitud Norte y 45° 53' de longitud Oeste, en un escollo que no está indicado en las cartas. ¿Cómo es posible que existan semejantes arrecifes en esta parte del Atlántico sin que nadie los conozca? ¿Sería éste de formación reciente y producido por algún levantamiento plutoniano? El hecho no tiene otra explicación.

De todos modos, el islote se encuentra situado a ochocientas millas de las Guayanas, por lo menos, es decir, de la tierra más próxima.

Esto es lo que la carta demuestra de la manera más concluyente.

El *Chancellor* ha sido, por consiguiente, arrastrado al Sur hasta el paralelo dieciocho, primero por la necia obstinación del capitán Huntly, y, después, por el viento del Noroeste que le ha obligado a huir. Tiene, por lo tanto, necesidad de navegar todavía un espacio de ochocientas millas para poder llegar a la costa más inmediata.

Tal es la situación, grave sin duda, que resulta de la comunicación del capitán; pero ¿qué nuevos peligros podrían ya conmovernos a los que acabamos de librarnos del incendio y de la explosión? Se olvida que la bodega del buque está invadida por el agua, que la tierra se encuentra muy distante y que el *Chancellor*, cuando vuelva a hacerse a la mar, puede zozobrar en su camino. Como los ánimos están bajo la impresión del terror pasado, al recobrar un poco de tranquilidad, se muestran confiados.

¿Qué va a hacer en semejantes circunstancias Roberto Kurtis?

Sencillamente lo que el buen sentido ordena: apagar por completo el incendio, arrojar al mar toda o parte de la carga, incluso la caja de picrato, tapar la vía de agua y, aligerado el buque, aprovechar la marea alta para salir del escollo lo más pronto posible.

CAPÍTULO XVII

SITUACIÓN. — PELIGROS. — ACTIVIDAD. — EL MAYORDOMO
HOBBART. — VISITA AL ARRECIFE

Continuación del 30 de octubre.

HE hablado detenidamente con el señor Letourneur respecto a la situación en que nos encontramos y he creído poder asegurarle que nuestra permanencia en el arrecife será corta si las circunstancias nos favorecen.

—Temo, por el contrario —responde el señor Letourneur, que disiente de mi opinión—, que nos veamos obligados a estar mucho tiempo aquí.

—¿Y por qué? —le pregunto—. Algunos centenares de balas de algodón que arrojar al agua no constituyen una tarea larga y difícil, y en dos o tres días puede quedar terminada.

—Seguramente, señor Kazallon, eso podría hacerse con rapidez, si la tripulación pudiera dedicarse a ello en seguida; pero es absolutamente imposible penetrar en la bodega del *Chancellor*, porque allí el aire no es respirable; ¡y quién sabe los días que habrán de transcurrir antes de que se pueda bajar, porque la capa intermedia del cargamento arde todavía! Además, cuando se haya dominado el fuego, ¿podremos navegar? No; será necesario tapar la vía de agua, que debe ser grande, y cegarla cuidadosamente si no queremos irnos al fondo después de haber corrido el riesgo de morir abrasados. No, señor Kazallon, yo no me hago ilusiones y

consideraré como una circunstancia felicísima el que dentro de tres semanas hayamos podido salir del escollo. ¡Quiera el Cielo que no se desencadene alguna tempestad antes de habernos hecho a la mar, porque el *Chancellor* se haría pedazos, como si fuese de vidrio, en este arrecife, donde pereceríamos todos!

Este es el peligro mayor que nos amenaza. El incendio se apagará seguramente; el buque podrá ponerse a flote, a lo menos todo induce a creerlo así, pero nos encontramos a merced de un golpe de viento, y, aun admitiendo que la parte más alta del escollo pueda servirnos de refugio durante una tempestad, ¿qué será de los pasajeros y de la tripulación del *Chancellor* cuando no quede del buque sino los restos de un naufragio?

—Señor Letourneur, ¿tiene usted confianza en Roberto Kurtis?
—le pregunté.

—Absoluta, señor Kazallon, y considero como un favor del Cielo que el capitán Huntly le haya confiado el mando del buque. Cuanto sea necesario hacer para sacarnos de este mal paso lo hará Roberto Kurtis seguramente.

Al preguntar al capitán cuánto podrá durar nuestra permanencia en el arrecife, me responde que todavía no puede calcularlo y que dependerá de las circunstancias, pero que supone que el tiempo nos favorecerá. En efecto, el barómetro sube continuamente y sin oscilar como oscila cuando las capas atmosféricas no están todavía bien equilibradas. Hay, pues, síntomas de calma duradera y, por lo tanto, presagios felices para nuestra maniobra.

Además, no se pierde el tiempo y todos trabajan con actividad.

Roberto Kurtis se preocupa, en primer lugar, de extinguir por completo el incendio que consume todavía las capas superiores de las balas de algodón por encima del nivel del agua en la bodega, sin perder tiempo en salvar el cargamento. Evidentemente, lo único que hay que hacer consiste en sofocar el fuego entre dos sábanas líquidas, a cuyo efecto las bombas han comenzado ya a funcionar.

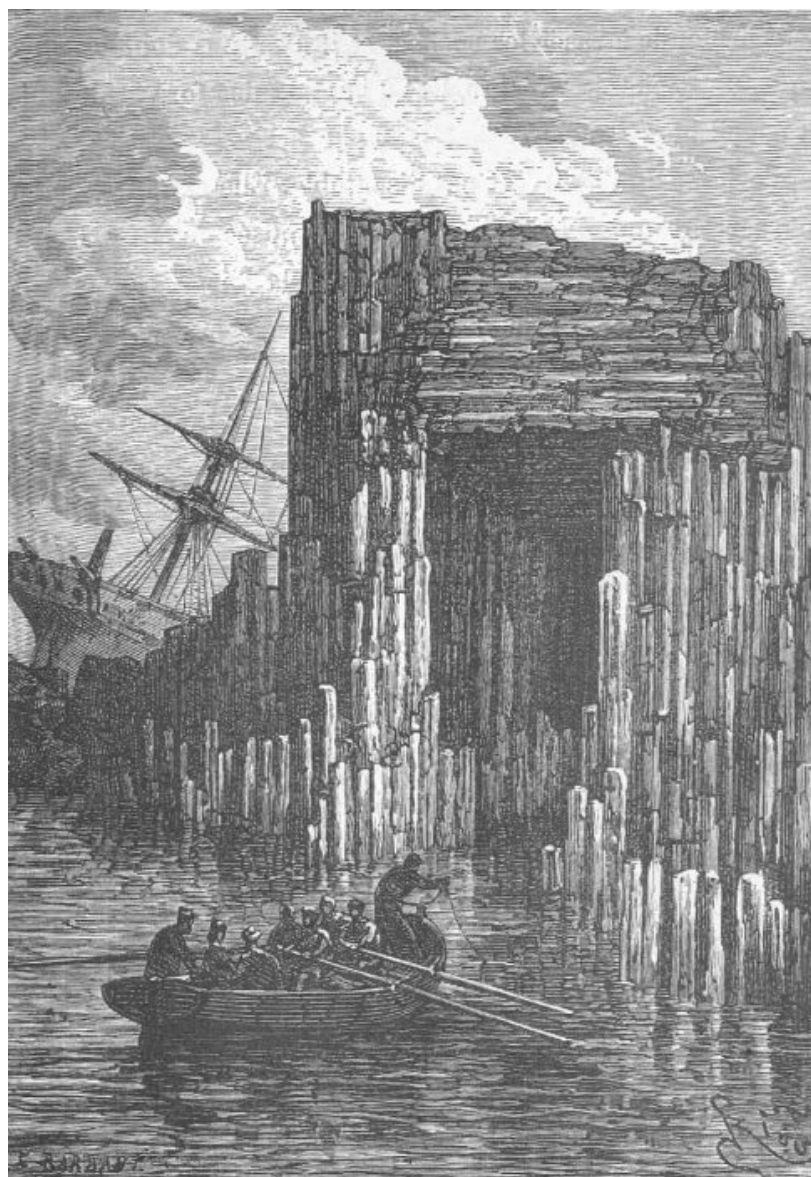
Para efectuar estas primeras operaciones no ha habido necesidad de pedir auxilio a los pasajeros, aunque todos estamos dispuestos a ofrecer nuestros brazos, cuya fuerza no es de despreciar cuando se proceda a la descarga del buque, porque la tripulación es suficiente para manejar las bombas, y mientras tanto los Letourneur y yo ocupamos el tiempo en hablar, o en leer, dedicando yo, además,

algunas horas a redactar este Diario. El ingeniero Falsten, poco comunicativo, se absorbe en sus cálculos o traza croquis de máquinas con plano, corte y alzada. ¡Quiera Dios que invente algún aparato poderoso para poner a flote el *Chancellor*! Los Kear se mantienen alejados de todos evitándonos el fastidio de oír sus recriminaciones incesantes, y como la señorita Herbey permanece al lado de ellos, la vemos muy poco. Sila Huntly no interviene para nada en las operaciones del buque; el marino no existe en él y el hombre apenas si vegeta. El mayordomo Hobbart presta su servicio habitual como si el buque estuviera en curso regular de navegación. Es un personaje obsequioso, disimulado, generalmente en desacuerdo con su cocinero Jynxtrop, negro de mala catadura, de aire brutal e imprudente, que se entiende con el resto de la tripulación más de lo conveniente.

Las distracciones son muy raras a bordo; pero, afortunadamente, se me ocurre la idea de explorar el arrecife desconocido donde ha encallado el *Chancellor*. El paseo no será largo ni ameno, sin duda, pero me proporciona la ocasión de dejar el buque durante algunas horas, y estudiar un suelo cuyo origen debe ser curioso.

Conviene, además, levantar el plano de este arrecife, que no está indicado en los mapas, y creo que los Letourneur y yo podemos efectuar con facilidad este trabajo de hidrografía, dejando luego al capitán Kurtis el cuidado de completarlo, cuando haya calculado nuevamente la longitud y la latitud del escollo con la mayor exactitud posible.

Los Letourneur aceptan mi proposición, el capitán pone a nuestra disposición la ballenera, provista de sondaderas y conducida por un marinero, y dejamos el *Chancellor* el 31 de octubre por la mañana.



CAPÍTULO XVIII

UN ISLOTE EXTRAÑO. — ORIGEN PLUTÓNICO. — LA ROCA DEL
JAMÓN. — HERMOSA GRUTA. — LO QUE SE PUEDE PAGAR POR EL
ALQUILER DE ELLA

Del 31 de octubre al 5 de noviembre.

COMENZAMOS dando la vuelta al islote, que tiene un cuarto de milla de longitud, poco más o menos. Este pequeño viaje de circunnavegación queda pronto terminado, y con la sonda en la mano observamos que las proximidades del arrecife son muy acantiladas, el agua junto a las rocas es profundísima, y no hay duda de que es un brusco levantamiento, un violento empuje debido a la acción de las fuerzas plutonianas, el que ha lanzado este escollo fuera de las aguas.

Su origen es indiscutiblemente volcánico, pues por todas partes se ven bloques de basalto dispuestos en orden perfecto y cuyos prismas regulares dan al conjunto el aspecto de una gigantesca cristalización. La mar es maravillosamente transparente en torno del escollo, por lo que permite ver el curioso haz de fustes prismáticos que sostienen esta notable substrucción.

—¡Qué islote tan extraño! —Exclama el señor Letourneur—. Su aparición es sin duda muy moderna.

—Evidentemente —asiente el joven Andrés. Y agrega—: Es un fenómeno análogo a los que han hecho surgir del agua la isla Julia en la costa de Sicilia y el grupo de los Santorinos del Archipiélago.

Este fenómeno ha formado seguramente el islote en que nos encontramos, sólo para que encallemos en él.

—Efectivamente —respondo—, es preciso que haya habido hace poco tiempo un levantamiento plutoniano en esta parte del mar, porque este escollo no figura en las cartas más modernas, y no podría haberse escapado a las investigaciones de los marinos en esta parte tan frecuentada del Atlántico. Explorémoslo, pues, con cuidado y lo pondremos en conocimiento de los navegantes.

—¿Quién sabe si también desaparecerá en breve a causa de otro fenómeno semejante al que lo ha producido? —Responde Andrés Letourneur—. Usted sabe, señor Kazallon, que muchas de estas islas volcánicas tienen muy poca duración, y cuando los geógrafos hayan inscrito ésta en sus nuevas cartas, acaso haya dejado ya de existir.

—Sin embargo, hijo mío —responde el señor Letourneur—, es preferible indicar un peligro imaginario que dejar de avisar uno que existe realmente, y los marinos no se quejarán si no encuentran ya el escollo en el sitio donde nosotros lo hayamos señalado.

—Es verdad, padre —responde Andrés—, pues al fin y al cabo es posible que este islote dure tanto tiempo como nuestro continente. De todos modos, si ha de desaparecer, el capitán Kurtis preferirá que desaparezca dentro de algunos días, cuando haya reparado las averías del *Chancellor*, porque esto le ahorraría el trabajo de ponerlo a flote.

—Parece, Andrés —dije riéndome—, que usted pretende disponer de la Naturaleza como soberano, pues quiere que levante o sumerja un escollo conforme a su capricho o a su necesidad personal, y después de haber creado estas rocas, especialmente, para apagar el incendio del *Chancellor*, pretende usted que desaparezcan al golpe mágico de su varita de virtudes con el fin de desprenderlo del escollo.

—Yo no quiero nada, señor Kazallon —responde complaciente el joven—, sino dar gracias a Dios por la manifiesta protección que nos ha dispensado. Dios ha hecho que nuestro buque encalle en este arrecife y su Providencia lo pondrá a flote cuando llegue el momento oportuno.

—Pero nosotros ayudaremos con todas nuestras fuerzas, ¿verdad?

—Sí, señor Kazallon —responde el señor Letourneur—, porque

es la ley de la humanidad que uno se ayude a sí mismo. De todos modos, Andrés tiene razón al poner su confianza en Dios, porque, aunque el hombre aventurándose al mar hace un uso notable de las cualidades que le ha concedido la naturaleza, en este océano sin límites, cuando los elementos se desencadenan, comprende lo frágil que es el buque que lo conduce y lo débil y desarmado que se encuentra él. Por eso, creo que la divisa del marino debería ser ésta: confianza en sí mismo y fe en Dios.

—Evidentemente, señor Letourneur —he respondido—, y por lo mismo creo que hay pocos marinos cuya alma no sea profundamente religiosa.

Y, mientras discurrimos de este modo, examinamos detenidamente las rocas que forman la base del islote, acabándonos de convencer de que su origen es reciente. En efecto, en sus paredes de basalto no hay una sola concha ni alga adheridas, hasta el extremo de que un naturalista no encontraría en qué ocuparse en este amontonamiento de piedras, donde la naturaleza vegetal y animal no ha impreso todavía su sello. No hay aquí molusco ni hidrófitos alguno, el viento no ha traído todavía un solo germen y las aves marinas no han buscado aún refugio en este islote, donde únicamente el geólogo puede encontrar materia para un estudio interesante examinando esta substrucción basáltica, que sólo presenta indicios de formación plutoniana.

En este momento vuelve nuestra canoa a la punta Sur de la isla en que se encuentra encallado el *Chancellor* y propongo a mis compañeros saltar a tierra.

—En el caso de que el islote esté llamado a desaparecer —dice riendo el joven Andrés—, bueno será que los hombres le hagan antes una visita.

Se aproxima la canoa y saltamos sobre la roca basáltica. Andrés va delante, porque el suelo es bastante practicable y el joven no necesita que se le dé el brazo para sostenerse. Su padre va algo detrás, cerca de mí, y los tres subimos por una pendiente suave, que conduce a la cima más alta del escollo.

En un cuarto de hora recorreremos esta distancia y los tres nos sentamos sobre el prisma basáltico que corona la roca más alta del islote. Andrés Letourneur saca un cuaderno de su bolsillo y comienza a dibujar el arrecife cuyos contornos se proyectan con

claridad a nuestros ojos sobre el fondo verde de las aguas.

El cielo está puro, y la mar, baja a la sazón, deja al descubierto las últimas puntas que sobresalen al Sur, entre el estrecho paso seguido por el *Chancellor* antes de haber encallado.

La forma del escollo es muy extraña y exactamente análoga a la de un jamón de York, cuya parte central va elevándose hasta la tumefacción, en cuya cima hemos tomado asiento.

Así, cuando Andrés concluye de trazar el perímetro del islote, su padre le dice:

—¡Pero hijo, no has dibujado otra cosa que un jamón!

—Sí, padre —responde Andrés—, un jamón basáltico de un tamaño capaz de regocijar a Gargantúa; y, si el capitán Kurtis lo permite, daremos a este arrecife el nombre de Roca del Jamón.

—Realmente —digo yo— no puede dársele nombre que mejor le cuadre: ¡Escollo de la Roca del Jamón! Advertiremos a los navegantes que no se acerquen mucho, porque no tienen los dientes bastante duros para morderlo.

El *Chancellor* está encallado en el extremo Sur del islote, es decir, en la pierna del jamón y en la pequeña ansa, formada por la concavidad de esta pierna. El buque encuéntrase sobre estribor y da directamente la banda, porque la marea está en su nivel más bajo.

Cuando Andrés Letourneur hubo terminado su dibujo, bajamos por otra pendiente suave que se dirige al Oeste, y encontramos una hermosa gruta, que parece una obra de arquitectura análoga a las que ha fundado la Naturaleza en las Hébridas y especialmente en la isla de Staffa. Los Letourneur, que han visitado la gruta de Fingal, la encuentran muy parecida a ésta, aunque sus proporciones son más reducidas; la misma disposición de prismas concéntricas debida al especial enfriamiento del basalto; el mismo dosel de vigas negras cuyas juntas están marcadas por una materia amarilla; la misma pureza de aristas prismáticas más limpiamente perfiladas que lo que hubiera podido hacer el cincel del mejor ornamentista, y, por último, el mismo susurro del aire al través de estos basaltos sonoros, de que los bardos del país de Gales han formado las arpas de las sombras fingalianas. La única diferencia que hay entre una y otra gruta consiste en que en Estaffa el suelo es una sabana líquida, y aquí el mar sólo llega a las grandes oleadas y mareas y el campo de los fustes prismáticos forma un pavimento sólido.

—Además —observa Andrés Letourneur—, la gruta de Staffa es una espaciosa catedral gótica, y ésta no es sino la capilla de aquella catedral. Pero ¿quién habría esperado encontrar semejante maravilla en un desconocido arrecife del océano?

Después de descansar durante una hora en la gruta de la Roca del Jamón, seguimos recorriendo el litoral del islote y regresamos al *Chancellor*, donde notificamos a Roberto Kurtis el resultado de nuestro descubrimiento. El capitán se apresura a inscribir el islote en su carta con el nombre que le ha dado Andrés Letourneur.

En los días siguientes vamos a dar un paseo a la gruta de la Roca del Jamón, donde pasamos algunas horas. Roberto Kurtis la ha visitado también, pero, como hombre que tiene cosas más graves en qué pensar, es decir distraídamente y sin darle importancia. Falsten ha ido una vez a examinar la naturaleza de las rocas y romper algunos pedazos con la crueldad de un geólogo. Kear no ha querido molestarse y ha permanecido confinado a bordo, a pesar de haberle yo propuesto que nos acompañe a una de nuestras excursiones. La molestia de embarcarse en la canoa y de experimentar algún cansancio, le ha inducido a no aceptar mi proposición.

El señor Letourneur ha invitado también a la señorita Herbey a visitar el arrecife, suponiendo que esta excursión le agradaría, y la joven ha aceptado la proposición, muy contenta de verse libre, aunque sólo sea durante una hora, de la tiranía caprichosa de su señora; pero, desgraciadamente, ésta le niega el permiso.

Indignado ante esta conducta, intervengo cerca de la señora Kear en favor de la señorita Herbey, y como le he prestado algunos servicios, la egoísta pasajera concluye por ceder a mis instancias.

La señorita Herbey nos acompaña, pues, algunas veces en nuestros paseos por las rocas, y, en ocasiones, también paseamos por el litoral del islote y almorzamos alegremente en la gruta, al son de las arpas basálticas que la brisa hace vibrar. El placer que experimenta la señorita Herbey al verse libre durante algunas horas nos regocija.

El islote es pequeño, pero nada ha parecido tan grande a la joven. Nosotros también amamos este árido arrecife, y dentro de poco no habrá en él una piedra que no nos sea conocida, ni un sendero que no hayamos seguido alegremente. Es una vasta posesión comparada con el estrecho puente del *Chancellor*, y tengo

la completa seguridad de que a la hora de la partida no lo dejaremos sin sentimiento.

A propósito de la isla de Staffa, nos dice Andrés Letourneur que es propiedad de la familia de los Mac Donald, que la arriendan por doce libras esterlinas al año.

—En este caso, señores —pregunta la señorita Herbey—, ¿creen ustedes que se podría arrendar esta isla en más de cinco reales?

—Ni en dos cuartos, señorita —me apresuré a responder sonriendo—. ¿Acaso tiene usted la intención de tomarla en arrendamiento?

—No, señor Kazallon —contesta la joven ahogando un suspiro—, aunque éste es quizás el único sitio en que he sido feliz.

—Y yo también —murmura Andrés.

La repuesta de la señorita Herbey revela muchos dolores ocultos. ¡La joven, pobre, sin padres y sin amigos, sólo ha encontrado la felicidad en una ignorada roca del Atlántico!



CAPÍTULO XIX

ABERTURA EN EL CASCO. — DESCARGA DEL BUQUE. — EXAMEN DE LA AVERÍA. — DISPOSICIONES. — LAS BOMBAS EN ACCIÓN

Del 6 al 15 de noviembre.

DURANTE los cinco primeros días después de haber encallado el *Chancellor*, se escapan de la bodega vapores acres y espesos que luego van disminuyendo poco a poco, y el 6 de noviembre puede ya considerarse extinguido el incendio. Sin embargo, por vía de precaución, Roberto Kurtis ordena que prosiga la maniobra de las bombas, hasta que quede anegado el casco a la altura del entrepuente. Sólo cuando descende la marea, baja también el agua que inunda la bodega, nivelándose las dos superficies líquidas interior y exteriormente.

—Esto prueba —me dice Roberto Kurtis— que la vía de agua es muy grande, puesto que la evacuación se efectúa rápidamente.

Electivamente, la abertura hecha en el casco mide cuatro pies cuadrados de superficie. Uno de los marineros, llamado Flaypol, se ha sumergido durante la baja marea, para reconocer la posición e importancia de la avería, y ha comprobado que la vía de agua se abre a treinta pies delante del timón, y que la punta de una roca ha arrancado tres tablones a dos pies por encima del alefriz de la quilla. El choque ha sido muy violento, porque el buque iba muy cargado y la mar era gruesa, y hasta es extraño que no se haya abierto el casco en muchos sitios. ¿Será fácil cegar la vía? Lo

sabremos cuando se quite el cargamento y pueda el maestro carpintero llegar hasta ella; pero es imposible penetrar en la bodega del *Chancellor* y sacar de ella las balas de algodón que han sido respetadas por el fuego hasta que no hayan transcurrido dos días.

Mientras tanto, Roberto Kurtis trabajaba activamente secundado por toda la tripulación.

En primer lugar, restablece el palo de mesana que cayó al encallar el buque y que se encontró sobre el arrecife con todo su aparejo. Por medio de unos pescantes instalados hacia popa, ha podido volverse a poner el palo sobre su antiguo pie después de escopleado por el carpintero Daoulas. Las dos partes rotas han sido nuevamente unidas con fuertes ligaduras y clavos de hierro.

Hecho esto, se revisa cuidadosamente todo el aparejo; los obenques, los brandales y los estays, vuelven a enderezarse; se cambian algunas velas, y después de restablecidas las maniobras corrientes, creemos ya poder navegar con seguridad.

Como el incendio ha ocasionado grandes deterioros, es preciso trabajar mucho para reparar los desperfectos, y como se dispone de tiempo y el trabajo se hace sin vacilar, pronto podremos volver a entrar en nuestros camarotes.

Hasta el día 8 no se puede comenzar útilmente la descarga del *Chancellor*. Estando la bodega llena de agua durante la alta marea, se instalan aparejos por encima de las escotillas, y los pasajeros ayudamos a la tripulación a subir aquellas pesadas balas de algodón que en su mayor parte están por completo averiadas. Se las desembarca una a una en la ballenera y todas son trasladadas al arrecife.

Después de descargada la primera fila de balas es preciso sacar, por lo menos, una parte del agua que llena la bodega, y de aquí la necesidad de tapar herméticamente la abertura que ha hecho la roca en el casco del buque: tarea difícil, pero que desempeñan el marinero Flaypol y el contraamaestre con celo superior a todo elogio. Durante la marea baja consiguen, sumergiéndose bajo el costado de estribor, clavar una lámina de cobre sobre el agujero; pero como esta lámina no podrá soportar la presión cuando las bombas hagan descender el nivel interior, Roberto Kurtis trata de asegurar la obturación amontonando balas de algodón contra las juntas de los tablones rotos. La materia abunda y pronto el fondo del *Chancellor*

se encuentra como blindado interiormente por aquellas pesadas e impermeables balas que suponemos que servirán para dar resistencia a la lámina de cobre.

El procedimiento del capitán ha tenido éxito, lo que se advierte en seguida que las bombas empiezan a funcionar, porque el nivel del agua baja poco a poco en la bodega y la tripulación puede ya continuar descargando el buque.

—Probablemente —dice Roberto Kurtis— conseguiremos llegar al sitio de la avería y repararla interiormente. Es indudable que habría sido preferible tratar de carenar el buque y cambiar los tablones de forro, pero carecemos de medios para emprender una operación tan grande, y además me detendría el temor de que llegara el mal tiempo mientras el buque permanecía encallado y a merced, por consiguiente, de un golpe de mar. Sin embargo, puedo dar a ustedes la seguridad de que quedará convenientemente cegada la vía de agua y de que pronto podremos tratar de llegar a la costa en condiciones suficientes de seguridad.

Después de dos horas de trabajo queda casi agotada el agua en la bodega y se hace la descarga de las últimas balas sin dificultad. Los pasajeros hemos tenido que manejar las bombas para aliviar de trabajo a la tripulación, y lo hemos hecho concienzudamente. Andrés Letourneur, a pesar de su debilidad, se ha unido a nosotros, y todos hemos cumplido nuestro deber en la medida de nuestras fuerzas; pero, como éste es un trabajo muy penoso, no podemos continuar largo tiempo sin tomar algún descanso. Los brazos y los riñones se fatigan pronto con el vaivén de los guimbaletes, y comprendo que esta tarea no sea muy grata a los marineros, porque tampoco lo es a nosotros, a pesar de que la desempeñamos en condiciones favorables, puesto que el buque está sobre un fondo sólido y no tenemos el abismo bajo nuestros pies. No defendemos nuestra vida contra las invasiones del mar ni tampoco tenemos que luchar con el agua, que entra por un lado a medida que se la expulsa por el otro. ¡Dios quiera que no nos veamos jamás sometidos a semejante prueba en un buque próximo a zozobrar!



CAPÍTULO XX

SE DESCUBRE LA CAJA DE PICRATO. — IMPOSIBILIDAD DE
REPARAR LAS AVERÍAS. — ÚNICA SOLUCIÓN POSIBLE. — LAS ROCAS
OBSTRUYEN LA ENTRADA. — ¿PASAREMOS?

Del 15 al 20 de noviembre.

HOY se ha podido visitar la bodega y se ha logrado descubrir la caja de picrato colocada a popa en un sitio donde afortunadamente no llegó el incendio. Se encuentra intacta, sin que el agua haya deteriorado su contenido.

La caja es depositada en un lugar seguro al extremo del islote; pero ¿por qué no la han arrojado al mar inmediatamente? Lo ignoro; pero lo cierto es que no se ha hecho.

Roberto Kurtis y Daoulas han observado, durante la visita, que el puente y los baos que lo sostienen han sufrido menos de lo que se suponía. El inmenso calor a que han estado sometidas esas gruesas tablas y fuertes traviesas las han arrufado, pero sin roerlas profundamente, y el fuego parece haber ejercido especialmente su acción en los costados del casco.

Efectivamente, las vagaras han sido devoradas por las llamas en toda su longitud; por doquier salen extremos de cabillas carbonizadas, y las cuadernas del buque se encuentran también, desgraciadamente, muy deterioradas. La estopa se ha removido en las costuras y puede considerarse como un milagro que el buque no se haya abierto por todas partes hace mucho tiempo.

Preciso es confesar que todo esto es muy desagradable. El *Chancellor* ha sufrido tan graves averías, que es evidente que Roberto Kurtis no puede repararlas con los escasos medios de que dispone, ni tampoco puede devolver al buque la solidez necesaria para una larga travesía.

Por esta razón, el capitán y el carpintero vuelven al puente seriamente preocupados. El daño sufrido es de tal importancia, que Roberto Kurtis, si en vez de encontrarse en un escollo que puede ser barrido por el mar en el momento menos pensado, se hubiera encontrado en una isla, no habría vacilado en deshacer el buque para reconstruir otro más pequeño y del que fuera posible, a lo menos, fiarse.

Pero Roberto Kurtis, tomando en seguida su partido, nos reúne a todos, tripulación y pasajeros, en el puente del *Chancellor* y nos dice:

—Amigos míos, las averías son mucho más graves de lo que suponíamos, y el casco del buque se encuentra seriamente comprometido. Como carecemos de medios para recomponerlo y en este islote donde estamos a merced del primer golpe de mar, no tenemos tiempo de construir otro buque, me propongo hacer lo siguiente: tapar la vía de agua tan sólidamente como sea posible y hacer rumbo al puerto más inmediato. Nos encontramos a ochocientas millas de la costa septentrional de la Guayana Holandesa, y en diez o doce días, si el tiempo nos favorece, podremos llegar hasta allí.

Como no había otra cosa que hacer, la resolución de Roberto Kurtis es aprobada por unanimidad.

Daoulas y sus ayudantes se ocupan entonces en tapar interiormente la vía de agua, y consolidar en lo posible los pares de las cuadernas deterioradas por el fuego; pero es evidente que el *Chancellor* no ofrece ya seguridad suficiente para una navegación algo larga y que será condenado en el primer puerto en que haga escala.

El carpintero calafatea también las costuras exteriores de los tablones del forro en la pared del casco que sobresale del agua durante la marea baja; pero no puede reparar la que está cubierta por el mar, por lo que tiene que limitarse a la recomposición de la parte interior.

Estas diversas tareas duran hasta el 20, en cuyo día, hecho cuanto era humanamente posible para reparar el buque, Roberto Kurtis se decide a hacerse a la mar.

Excusado es decir que desde que la bodega ha quedado desocupada del cargamento y del agua que contenía, el *Chancellor* no ha cesado de flotar un instante durante la marea alta, y como se ha anclado a popa y a proa, no ha sido arrojado sobre el arrecife y ha quedado en la pequeña cuenca natural defendida a derecha e izquierda por las rocas que el agua no cubre por completo ni aun en lo más alto del flujo. Ahora bien, esta cuenca en su parte más ancha, puede permitir al *Chancellor* virar en redondo, y esta maniobra se hace con suma facilidad por medio de guindalezas fijadas en sus escollos, de suerte que el buque presenta ahora su proa al Sur.

Según todas las apariencias, será fácil sacar al *Chancellor* de este dique, o izando sus velas si el viento es bueno, o con los remos, llevándolo hasta fuera del paso, si el viento es contrario. Sin embargo, la operación ofrece algunas dificultades que es preciso vencer.

Efectivamente, una especie de cortina basáltica, cuya parte superior durante la alta marea deja apenas al agua la altura necesaria para el calado del *Chancellor*, aun completamente descargado, obstruye la entrada del paso. Si lo salvó, pasando por encima de esta cortina antes de encallar, debióse a que fue levantado por una ola enorme y arrojado a la cuenca donde se halla. Además, aquel día no solamente había una marea muy alta, sino que era también la mayor del año y es preciso que transcurran muchos meses antes que se reproduzca una marea equinoccial tan fuerte.

Pero Roberto Kurtis no puede esperar muchos meses, y, como es gran marea de sicigia, piensa aprovecharla para sacar de aquí al buque, y, una vez fuera de la cuenca, le pondrá lastre de manera que pueda soportar la lona y hacer rumbo.

Precisamente el viento es favorable porque sopla del Nordeste y, por consiguiente, en dirección del paso; pero el capitán cree que no se debe lanzar el buque a toda vela contra un obstáculo que puede detenerlo de pronto, especialmente si se tiene en cuenta que su solidez es muy problemática. Así, pues, luego de haber

conferenciado con el teniente Walter, el carpintero y el contra maestre, se decide remolcar el *Chancellor*, a cuyo efecto deja a popa una áncora fija, para el caso en que la operación no tuviera buen éxito y se necesitara volver al buque al fondeadero. Después se echan las otras dos áncoras fuera del paso, cuya longitud no excede de doscientos pies; se empaquetan las cadenas en forma de molinete, la tripulación se pone sobre las crucetas de los palos y a las cuatro el *Chancellor* comienza a moverse.

A las cuatro y veintitrés minutos debe llegar el flujo al punto más alto, y, para aprovecharlo, diez minutos antes se hala el buque cuanto su calado permite; pero la parte anterior de la quilla no tarda en rozar la cortina de rocas y tiene que detenerse. Ahora, pues, que la extremidad inferior de la roda ha salvado el obstáculo, Roberto Kurtis une la acción del viento al poder mecánico del molinete; despliegan las velas altas y bajas y se orienta viento en popa. Ha llegado el momento; el mar está tranquilo, los pasajeros y la tripulación se encuentran en las crucetas del molinete; los Letourneur, Falsten y yo tenemos el guimbalet de estribor; Roberto Kurtis está en la toldilla vigilando el velamen, el teniente en el castillo de proa y el contra maestre en el timón.

El *Chancellor* sufre algunas sacudidas, y la mar, hinchándose, lo levanta ligeramente, pero por fortuna está tranquila.

—Vamos, amigos míos —grita Roberto Kurtis con voz tranquila y confiada—, fuerza y unión; ¡adelante!

Los guimbaletes del molinete se ponen en movimiento; se oye el chasquido de los linguetes, y las cadenas, tendiéndose, hace fuerza sobre los escobenes. El viento refresca, y como el buque no puede marchar con suficiente rapidez, los mástiles se inclinan bajo el empuje de las velas. Se ganan veinte pies; un marinero entona una canción gutural, cuyo ritmo favorece la simultaneidad de nuestro movimiento; redoblamos los esfuerzos y el *Chancellor* se estremece; pero trabajo inútil, porque comienza a descender la marea y es evidente que no pasaremos.

Ahora bien, no pudiendo pasar el buque, tampoco puede quedarse balanceándose sobre la cortina, porque se haría dos pedazos cuando la marea concluyese de bajar. Así, pues, el capitán manda amainar las velas, por lo que el áncora echada a popa nos va a servir inmediatamente. No hay tiempo que perder; se trata de

retroceder y hay un momento de ansiedad terrible... Pero el *Chancellor* deslízase sobre su quilla y vuelve a la cuenca que le sirve de prisión.

—Y bien, capitán —pregunta entonces el contramaestre—, ¿cómo vamos a pasar?

—Lo ignoro —responde Roberto Kurtis—; pero seguramente pasaremos.

CAPÍTULO XXI

PARA LO QUE SIRVE EL PICRATO. — BARRENO EN EL BASALTO. —
EXPLOSIÓN. — EL *CHANCELLOR* FLOTA SOBRE EL MAR LIBRE —
CONTINÚA LA NAVEGACIÓN

Del 21 al 23 de noviembre.

ES absolutamente necesario salir en seguida de aquel estrecho fondeadero. El tiempo, que nos ha favorecido durante todo el mes de noviembre, amenaza cambiar en breve. El barómetro lo indica desde ayer, y la mar se presenta más gruesa alrededor de la Roca del Jamón. El islote no puede servirnos de refugio contra un golpe de viento, que destrozaría al *Chancellor*.

Esta misma noche, durante la bajamar, Roberto Kurtis, Falsten, el contraмаestre. Daoulas y yo, hemos ido a examinar la cortina basáltica que está al descubierto, y nos hemos convencido de que sólo hay un medio de abrir paso, y es el de atacarla a golpes de pico en una anchura de diez pies, y una longitud de seis. Con rebajarla ocho o nueve pulgadas, bastaría para el calado del *Chancellor*, y balizando cuidadosamente el pequeño canal, lo atravesaríamos y llegaríamos adonde el agua tiene bastante profundidad.

—Este basalto es tan duro como el granito —observa el contraмаestre— y el trabajo será largo, tanto más cuanto que no podrá ejecutarse sino en la marea baja, es decir, durante dos horas cada día.

—Por lo mismo, contraмаestre, no se debe perder un instante —

respondió Roberto Kurtis.

—Pero, capitán —dice Daoulas—, tenemos aquí trabajo para un mes. ¿No se podría hacer saltar esta roca? A bordo tenemos pólvora.

—No será suficiente —responde el contraмаestre.

La situación es gravísima. ¡Un mes de trabajo! Antes de un mes, el buque habrá sido completamente destruido por el mar.

—Tenemos algo mejor que la pólvora —dice entonces Falsten.

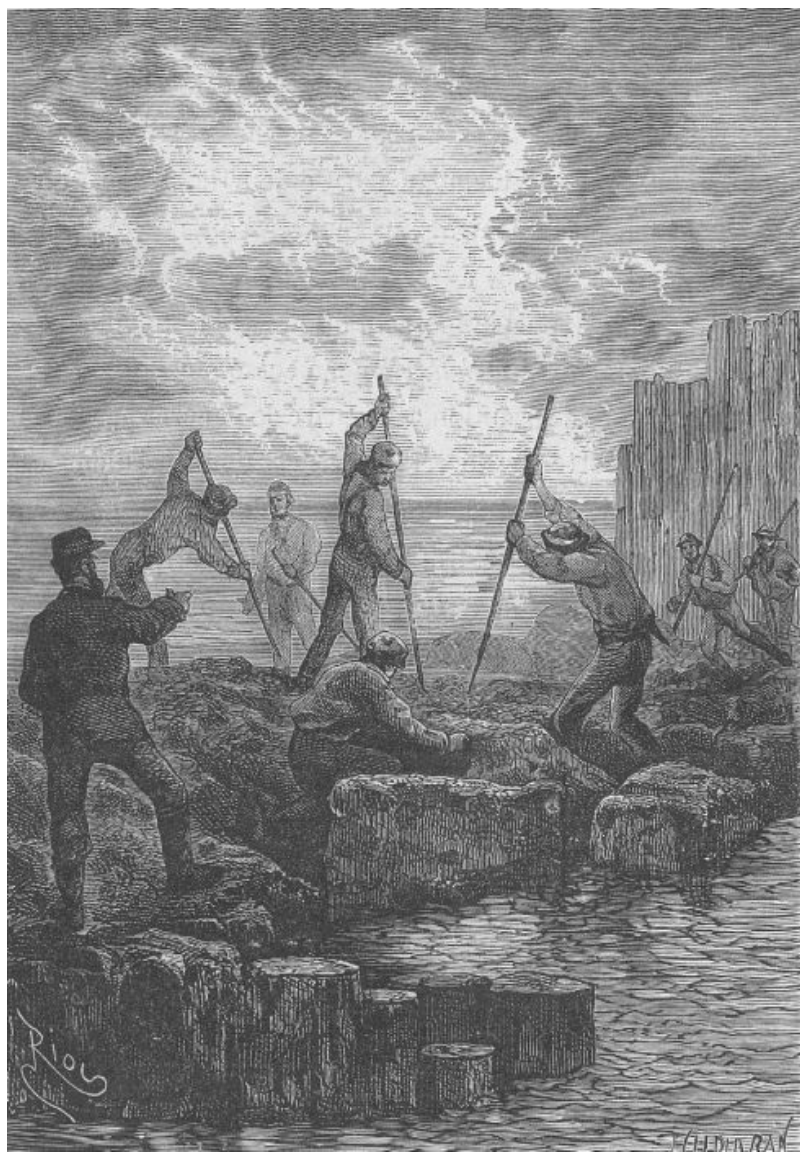
—¿Qué es ello? —Pregunta Roberto Kurtis, volviéndose hacia el ingeniero.

—Picrato de potasa —responde Falsten.

Efectivamente, tenemos la caja de picrato de potasa, embarcada por el desdichado Ruby. La sustancia explosiva que ha estado a punto de hacer volar el buque, podrá hacer saltar el escollo. Se perforará el basalto, y desaparecerá el dique.

La caja de picrato, como ya he dicho, estaba en el arrecife en lugar seguro, y es realmente una fortuna y hasta un suceso providencial que no haya sido arrojada al mar, cuando se la extrajo de la bodega.

Los marineros van en busca de picos, y Daoulas, dirigido por Falsten, comienza a abrir una mina en el sitio en que se supone que ha de producir el mejor efecto. Todo nos permite esperar que se acabará la operación durante la noche, y que mañana al amanecer, producido el efecto deseado por la explosión, tendremos el paso libre.



El picrato de potasa es un producto cristalino y amargo que se extrae del alquitrán de hulla, y que, combinado con la pólvora, forma una sal amarilla cuya fuerza explosiva es inferior a la del algodón fulminante y la dinamita, pero muy superior a la de la pólvora ordinaria. En cuanto a su inflamación, puede ser producida fácilmente por un choque violento y seco, y no nos costará trabajo

conseguirlo con pistones de fulminato.

Daoulas, ayudado por la tripulación, trabaja con ardor; pero transcurre la noche, amanece el nuevo día y aun no está concluida la operación. Como no es posible abrir el horno sino en la baja marea o, lo que es lo mismo, como únicamente se puede trabajar durante una hora, seguramente se necesitaran cuatro mareas para darle la profundidad requerida.

Hasta el 23 por la mañana no quedó terminado el trabajo. La cortina de basalto quedó agujereada por una abertura oblicua que puede contener unas diez libras de la sal explosiva, y aquel hornillo de mina ha de ser cargado inmediatamente. Son las ocho de la mañana.

A ir a introducir el picrato en el agujero, dice Falsten:

—Creo que deberíamos mezclarlo con pólvora ordinaria, lo que nos permitirá dar fuego a la mina con una mecha en lugar de pistones, cuya explosión habría que determinar por medio de un choque. El uso de la mecha nos facilitará mucho la tarea; y, además, es sabido que el uso simultáneo de la pólvora y de picrato hace saltar más pronto las rocas duras. El picrato, muy violento por naturaleza, prepara el camino a la pólvora que, más lenta para inflamarse y más mesurada, desunirá en seguida el basalto.

El ingeniero Falsten no suele hablar mucho; pero, cuando lo hace, lo hace bien. Siguiendo su consejo, se mezclan las dos sustancias y, después de haber introducido una mecha hasta el fondo del hornillo, se le carga con la mezcla y se le cubre de manera conveniente.

El *Chancellor* se encuentra a suficiente distancia de la mina para que no tenga nada que temer de la explosión. Sin embargo, por precaución, pasajeros y tripulación nos refugiamos en la gruta que hay en el extremo del arrecife.

El señor Kear, a pesar de sus recriminaciones, tiene que dejar el buque.

Falsten, después de encender la mecha que debe arder durante diez minutos, viene a nuestro lado.

Transcurrido el tiempo necesario, se produce una explosión sorda, como ocurre siempre que las minas se abren a gran profundidad. Corremos hacia el escollo y vemos que la operación ha tenido éxito completo. La cortina de basalto ha quedado reducida

materialmente a polvo, y un pequeño canal, que empieza a llenarse con la marea ascendente, hace desaparecer el obstáculo y deja el paso libre.

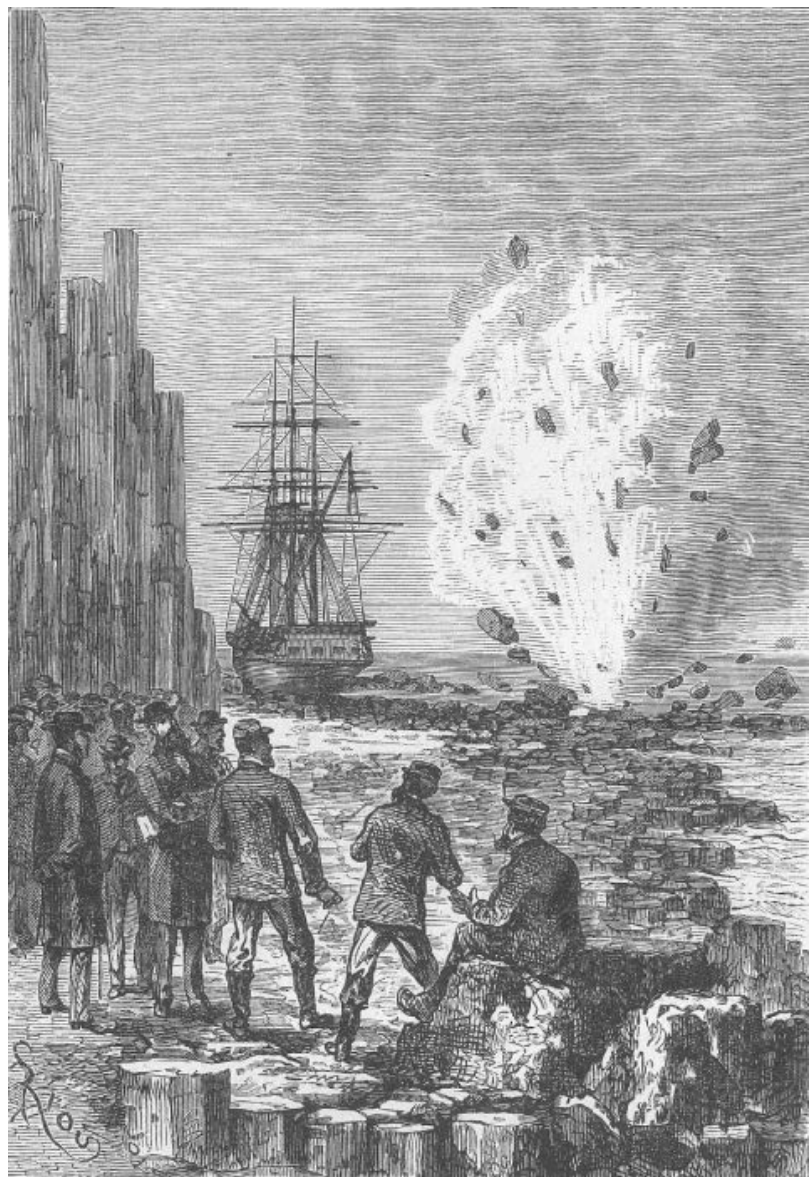
La puerta de la prisión está ya abierta y los presos pueden huir. ¡Hurra!

Al llegar la marea, el *Chancellor*, halado sobre sus áncoras, atraviesa el paso y se balancea sobre el mar libre.

Pero aún tiene que permanecer una hora cerca del islote, porque no puede navegar en las condiciones en que se encuentra, y es necesario embarcar el lastre suficiente para asegurar su estabilidad. Así, pues, durante las veinticuatro horas que siguen, la tripulación se ocupa en embarcar piedras y las balas de algodón que están menos averiadas.

Durante este día, los Letourneur, la señorita Herbey y yo paseamos por los basaltos de este arrecife que jamás volveremos a ver, y en el que hemos permanecido tres semanas. Andrés graba el nombre de *Chancellor* en aquel escollo, y la fecha de nuestra llegada en una de las paredes de la roca donde hemos pasado muchos días, algunos de los cuales serán quizá los más felices de nuestra existencia.

Al fin, el 24 de noviembre, durante la marea de la mañana, el *Chancellor* aparece con sus velas bajas, sus gavias y juanetes, y dos horas más tarde desaparece de nuestra vista, bajo el horizonte, la cumbre más elevada de la Roca del Jamón.



CAPÍTULO XXII

RUMBO AL SUDOESTE. — CAMBIO DEL VIENTO. — DOS PIES DE AGUA. — ¿ESTÁ DIOS A BORDO? — NUEVOS SONDEOS. — SUBE EL AGUA EN LA BODEGA. — EL *CHANCELLOR* SOBRE EL ABISMO

Del 24 de noviembre al 1.º de diciembre.

ESTAMOS, pues, en alta mar y en un buque de muy poca solidez; pero, afortunadamente, no se trata de hacer una larga travesía, porque sólo tenemos que recorrer ochocientas millas, y si el viento continúa soplando del Nordeste durante algunos días, El *Chancellor*, que va viento en popa, llegará seguramente a la costa de la Guayana.

Navegamos con rumbo al Sudoeste, y la vida de a bordo se regulariza.

En los primeros días no ocurre incidente alguno digno de mención; la dirección del viento continúa siendo buena, pero Roberto Kurtis no quiere cargarse de tela, temeroso de que se abra de nuevo la vía de agua si imprime demasiada celeridad al buque.

¡Triste travesía, en suma, la que se hace en estas condiciones cuando el buque que lo lleva a uno no inspira confianza! Además, volvemos a recorrer el camino andado en vez de ir hacia delante, y a los pasajeros les falta esa animación comunicativa que suele establecerse entre unos y otros durante una navegación segura y rápida.

El día 29 el viento sube un cuarto al Norte, y se hace preciso bracear las vergas, orientar las velas y tomar las amuras a estribor; de aquí la necesidad de que el buque dé una banda bastante fuerte.

Roberto Kurtis carga los juanetes, conociendo lo mucho que fatiga la inclinación al casco del *Chancellor*; y hace bien, porque no

sólo se trata de hacer una travesía rápida, sino también de llegar sin nuevos accidentes a la vista de tierra.

La noche del 29 al 30 es oscura y brumosa. La brisa sigue refrescando; pero, por desgracia, se declara del Noroeste. La mayor parte de los pasajeros vuelven a sus camarotes, pero el capitán Kurtis no deja la toldilla, y toda la tripulación permanece sobre el puente. El buque continúa muy inclinado, aunque no lleva desplegada ninguna de sus velas altas.

Hacia las dos de la madrugada me dispongo a bajar a mi camarote, cuando un marinero, llamado Burke, que estaba en la bodega, sube corriendo.

—¡Dos pies de agua! —Grita.

Roberto Kurtis y el contramaestre descienden rápidamente la escalera y comprueban que la funesta noticia es, desgraciadamente, exacta. O se ha vuelto a abrir la vía de agua anterior, a pesar de todas las precauciones tomadas, o se han desunido algunas costuras mal calafateadas y el agua penetra en la bodega con suma rapidez.

El capitán, que ha vuelto a subir al puente, manda poner de nuevo el buque popa al viento para fatigarlo menos y espera la llegada del día.

Al amanecer se hace el sondeo y se verifica que hay tres pies de agua.

Miro a Roberto Kurtis. Una palidez fugitiva ha blanqueado sus labios, pero aún permanece tranquilo. Los pasajeros, algunos de los cuales han subido al puente, se enteran de lo que sucede, cosa que habría sido difícil ocultarles.

—¿Una nueva desgracia? —Pregunta el señor Letourneur.

—Era de prever —responden—; pero debemos estar ya cerca de tierra, y espero que conseguiremos llegar a ella.

—¡Dios le oiga a usted! —Contesta mi interlocutor.

—¿Acaso está Dios a bordo? —Exclama Falsten encogiéndose de hombros.

—Está, sí, señor —responde la señorita Herbey.

El ingeniero, al oír aquella respuesta llena de encantadora fe, enmudece.

Mientras tanto, Roberto Kurtis ha ordenado que se empleen las bombas para achicar el agua de la bodega, y la tripulación se pone a trabajar con más resignación que ardor, pero se trata de la

salvación general, y los marineros, divididos en dos bandos, se relevan en los guimbaletes.

Durante el día el contraмаestre manda practicar nuevos sondeos, y se comprueba que el agua penetra con lentitud, pero sin cesar, en el interior del buque.

Desgraciadamente, las bombas, a fuerza de trabajar, se descomponen muchas veces y es preciso acudir también a componerlas, pues se obstruyen, ya con cenizas, ya con las briznas de algodón que ocupan todavía la parte baja de la bodega. De aquí la necesidad de que haya que limpiarlas con frecuencia, lo que hace perder una parte del trabajo hecho.

En la mañana del día siguiente, después de un nuevo sondeo, se observa que el nivel del agua ha subido hasta cinco pies, de suerte que, si por una causa cualquiera se suspendiera la maniobra, el buque se anegaría y en un espacio de tiempo muy breve iríamos al fondo. La línea de flotación del *Chancellor* está ya anegada en un pie de agua, y su cabeceo se hace más duro, porque sólo a impulso de las olas vuelve a levantarse y, aun así, con gran dificultad.

El capitán Kurtis frunce el entrecejo cada vez que el contraмаestre o el teniente le dan un parte, detalle que no presagia nada bueno.

La maniobra de las bombas continúa durante todo el día y toda la noche; pero el mar nos va ganando terreno. La tripulación está extenuada de cansancio y entre ella se advierten síntomas de desaliento. Sin embargo, el contraмаestre y el segundo predicán con el ejemplo, y los pasajeros ayudan a maniobrar.

La situación ha variado mucho desde que el *Chancellor* estuvo encallado en el suelo firme de la Roca del Jamón, porque ahora flota sobre un abismo en el que puede sepultarse de un momento a otro.

CAPÍTULO XXIII

SE PROCURA CEGAR LA VÍA DE AGUA. — REFRESCA EL VIENTO. —
EL BUQUE SE VA HUNDIENDO. — EL MARINERO OWEN

Del 2 al 3 de diciembre.

CONTINUAMOS luchando heroicamente durante veinticuatro horas más, y conseguimos impedir que el nivel del agua suba en el interior del buque; pero es indudable que ha de llegar el momento en que las bombas no podrán sacar una cantidad de agua igual a la que penetra por la fractura del casco.

El capitán Kurtis, que no descansa un momento, hace personalmente este día un nuevo reconocimiento en la bodega, acompañado por el carpintero, el contramaestre y por mí. Se quitan del lugar que ocupan, varias balas de algodón, y, prestando oído, percibimos una especie de gluglú, que debe producirlo la reapertura de la vía de agua, si es que no obedece a una dislocación general de todo el casco, porque no se puede averiguar exactamente. En todo caso, Roberto Kurtis va a tratar de hacer el casco más impermeable a popa envolviéndolo exteriormente con velas embreadas, con lo que quizá consiga interceptar toda comunicación, a lo menos provisionalmente, entre el exterior y el interior. Si se detiene momentáneamente la entrada del agua, se podrá trabajar con mayor eficacia con las bombas y levantar el buque.

La operación es difícilísima, porque se necesita, en primer lugar, disminuir la velocidad del buque, y, después de haber pasado bajo

la quilla fuertes velas mantenidas por andariveles, deslizaría hasta el sitio donde estaba la antigua vía de agua, envolviendo completamente en ellas aquella parte del casco del *Chancellor*.

Las bombas comienzan a ganar algo y reanudamos el trabajo con vigor. El agua continúa sin duda penetrando en el buque, pero en cantidad menor, y, al terminar el día, se observa que el nivel ha bajado algunas pulgadas. ¡Algunas pulgadas solamente! Esto no obstante, como las bombas arrojan ya más agua por los imbornales de la que entra por la bodega, no las abandonamos un solo instante.

El viento refresca mucho durante la noche, que es oscura; sin embargo, el capitán Kurtis ha querido conservar toda la tela posible, porque sabe que el casco del *Chancellor* es una garantía muy pobre, y desea llegar cuanto antes a la vista de tierra. Si pasara algún buque a distancia conveniente, no vacilaría en pedir socorro y en desembarcar los pasajeros y hasta la tripulación, aunque se quedara él solo a bordo hasta que el *Chancellor* zozobrara bajo sus pies.

Todas estas medidas no debían producir el resultado apetecido, desgraciadamente.

En efecto, durante la noche la cubierta de tela ha cedido a la presión exterior, y a la mañana siguiente, 3 de diciembre, el contraмаestre, después de hacer otro sondeo, ha dejado escapar estas palabras:

—¡Otra vez hay en la bodega seis pies de agua!

El hecho es demasiado cierto. El buque ha vuelto a llenarse y empieza a hundirse, encontrándose ya anegada su línea de flotación.

Sin embargo, continuamos trabajando con las bombas con más ardor que nunca, agotando en este penoso trabajo nuestras últimas fuerzas. Nuestros brazos se cansan, nuestros dedos chorrean sangre, y a pesar de tantas fatigas el agua no cesa de ganar espacio. Roberto Kurtis forma entonces una cadena de hombres a la entrada de la escotilla mayor, y los cubos pasan de mano en mano con vertiginosa rapidez; pero todo es inútil.

A las ocho y media de la mañana se observa que el agua aumenta en la bodega. Esto lleva la desesperación al ánimo de algunos marineros, quienes, considerando que sus esfuerzos son inútiles, se niegan a trabajar a pesar de las órdenes de Roberto Kurtis.

Entre estos hombres hay uno díscolo e inclinado a la rebelión, llamado Owen, de quien he hablado ya. Tiene unos cuarenta años; su rostro termina en punta por una barba rojiza, casi nula en las mejillas; sus labios están plegados hacia dentro, y sus ojos, de color leonado tienen un punto rojo en la unión de los párpados. Su nariz es recta; sus orejas muy apartadas, y su frente está profundamente plegada por arrugas.

Él es el primero que abandona su puesto.

Cinco o seis de sus compañeros lo imitan, entre ellos el cocinero Jynxtrop, que también es mala persona.

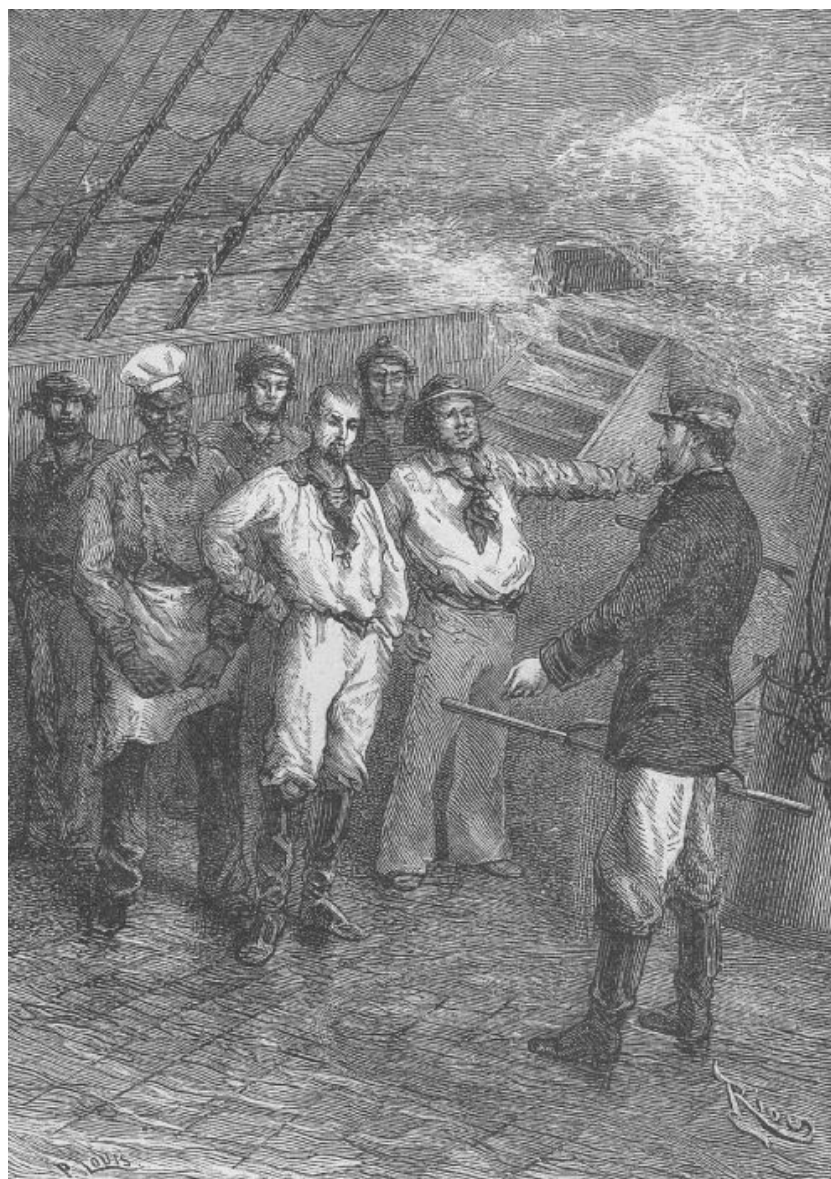
Roberto Kurtis les ordena que vuelvan a las bombas; pero Owen responde groseramente, negándose a obedecer.

El capitán se acerca al rebelde, quien dice fríamente, subiendo al castillo de proa:

—Aconsejo a usted que no me toque.

Roberto Kurtis se dirige hacia la toldilla, entra en su camarote, y sale armado con un revólver.

Owen mira de un modo amenazador a Roberto Kurtis; pero Jynxtrop le hace señas y todos reanudan el trabajo.



CAPÍTULO XXIV

SUBEN LAS OLAS. — SE VA A CONSTRUIR UNA Balsa. — SE SIGUE
TRABAJANDO CON LAS BOMBAS. — GRITOS DE TERROR. — SE
DETIENE EL HUNDIMIENTO

4 de diciembre.

LA enérgica actitud del capitán ha reprimido el primer movimiento de rebelión; pero ¿ocurrirá lo mismo en lo sucesivo? Debemos esperarlo, porque la indisciplina de la tripulación agravaría la situación que es ya terrible.

Durante la noche las bombas cesan ya de trabajar. Los movimientos del buque son pesados, y como le es muy difícil levantarse sobre las olas, recibe golpes de mar que penetran por las escotillas, aumentando el agua de la bodega.

La situación va pronto a ser tan amenazadora como en las últimas horas del incendio. Los pasajeros, la tripulación, todos conocen que el buque va poco a poco hundiéndose bajo sus pies y ven subir lenta, pero incesantemente, las olas, que les parecen tan temibles como lo fueron las llamas.

Sin embargo, la tripulación continúa trabajando bajo las amenazas de Roberto Kurtis, y de buena o mala gana luchan con energía; pero todos se encuentran rendidos de cansancio, sin que puedan agotar el agua que se renueva sin cesar y cuyo nivel sube de hora en hora. Los que trabajan con los cubos vense obligados también a dejar la bodega, donde ya estaban con el agua a la

cintura y donde corren el peligro de morir ahogados, y suben al puente.

Sólo queda un recurso, y, al día siguiente después de conferenciar el teniente, el contramaestre y el capitán Kurtis, se resuelve abandonar el buque, y, como la ballenera, única embarcación que nos queda, no puede llevarnos a todos, se va a construir inmediatamente una balsa. La tripulación continuará trabajando en las bombas hasta que llegue el momento de embarcar.

El carpintero Daoulas está prevenido, y con las vergas de repuesto y los maderos de respeto que van a bordo, precisamente serrados y arreglados a las medidas necesarias, se procederá en seguida a la construcción de la balsa.

El mar, relativamente tranquilo ahora, facilitará la operación, siempre difícil aun en las circunstancias más favorables.

Por lo tanto, sin perder tiempo, Roberto Kurtis, el ingeniero Falsten, el carpintero y diez marineros provistos de sierras y hachas cortan y arreglan las vergas antes de lanzarlas al mar, para que no les quede otra cosa que hacer sino unir las fuertemente y disponer una armazón sólida sobre la que repose la plataforma de la balsa, que medirá cuarenta pies de largo por veinticinco de anchura.

Los pasajeros y el resto de la tripulación continuamos achicando el agua con las bombas. Andrés Letourneur a quien su padre no cesa de mirar con profunda emoción, se encuentra a mi lado. ¿Qué será de este joven sí tiene que luchar contra las olas en circunstancias en que una persona bien constituida no se salvaría sino con trabajo? En todo caso, seremos dos a ayudarlo y no lo abandonaremos.

Se ha ocultado la inminencia del peligro al señor Kear, que está casi sin conocimiento a causa de un gran sopor.

La señorita Herbey se ha presentado varias veces en el puente, aunque por breves instantes. El cansancio la tiene pálida, pero continúa fuerte; le recomiendo que esté dispuesta para cuanto pueda sobrevenir.

—Yo siempre estoy dispuesta, caballero —me responde la valerosa joven, que vuelve en seguida al lado de la señora Kear.

Andrés Letourneur sigue a la joven con la vista, y en su rostro se refleja un sentimiento de tristeza.

Hacia las ocho de la noche se encuentra ya casi terminada la

armazón de la balsa; luego, se bajan a ella barriles vacíos y herméticamente cerrados, destinados a asegurar la flotación del aparato y que deben sujetarse sólidamente a los maderos de repuesto.

Dos horas después se oyen grandes gritos en la toldilla, donde se presenta gritando el señor Kear.

—¡Que nos hundimos! ¡Que nos hundimos!

Inmediatamente veo a la señorita Herbey y a Falsten que llevan en brazos a la señora Kear desmayada.

Roberto Kurtis corre a su camarote para volver inmediatamente con una carta, un sextante y una brújula.

Resuenan gritos de angustia, y se produce gran confusión a bordo. La tripulación precipítase hacia la balsa, cuya armazón, a la que aun falta la plataforma, no puede sostenerla.

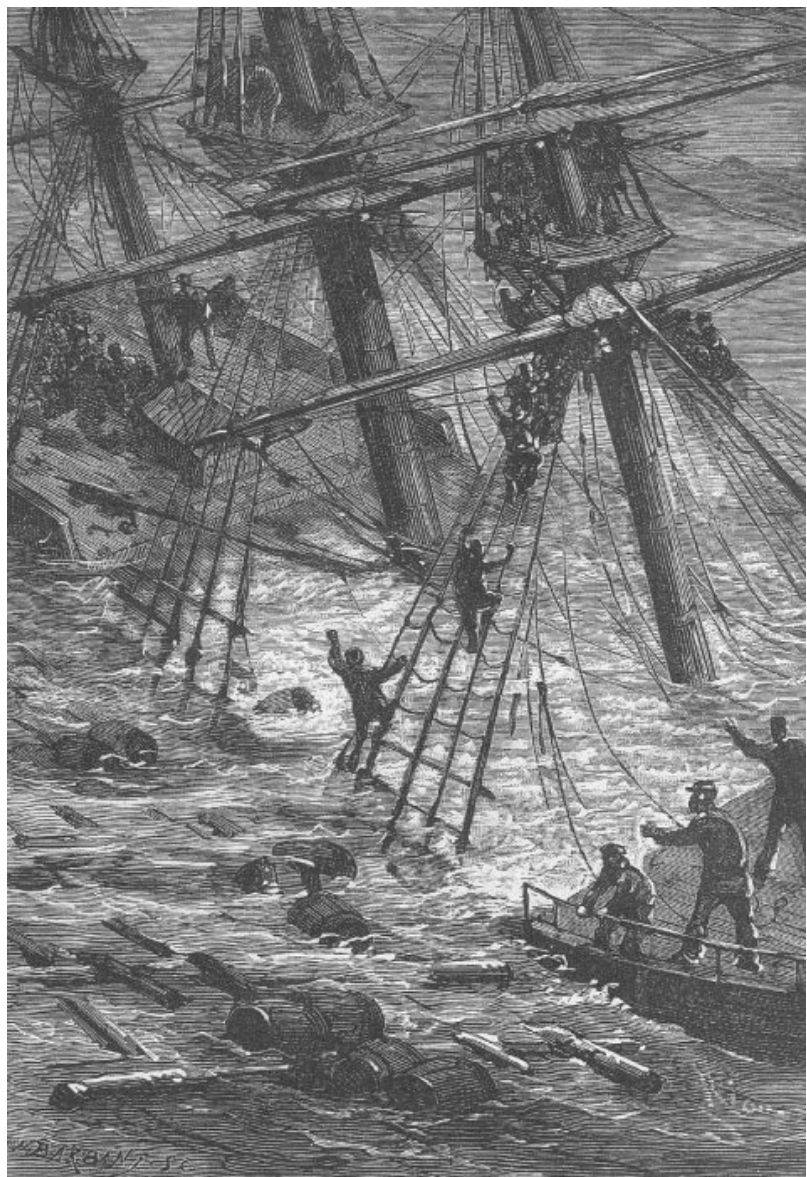
Imposible decir todos los pensamientos que en este instante cruzan por mi mente, ni pintar la rápida visión de toda mi vida que se ofrece a mi imaginación, como si se concentrara en este minuto supremo en que está a punto de terminar. Bajo mis pies se doblan las tablas del puente, y el agua sube alrededor del buque como si el océano se abriera bajo su quilla.

Algunos marineros se refugian en los obenques lanzando gritos de terror. Al intentar seguirlos, una mano me detiene. El señor Letourneur, que me muestra a su hijo, mientras de sus ojos brotan gruesas lágrimas.

—Sí —le digo, estrechándole la mano—. Los dos lo salvaremos.

Pero antes que yo, Roberto Kurtis se ha aproximado a Andrés con el propósito de llevarlo a los obenques del palo mayor; pero en este momento el *Chancellor* se detiene dando una sacudida violenta.

El buque se hunde. El agua me llega a las piernas, e instintivamente echo mano a una cuerda; pero de repente se detiene la inmersión y, cuando el puente está ya a dos pies bajo el nivel del agua, queda inmóvil el *Chancellor*.



CAPÍTULO XXV

LA TRIPULACIÓN EN LAS GAVIAS. — ESPERANZAS. — DESAPARECE
LA MADERA DE LA BALSA. — MAR GRUESA. — LA SEÑORA KEAR EN
LA GAVIA MAYOR

Noche del 4 al 5 de diciembre.

ROBERTO Kurtis se ha llevado a Andrés Letourneur, y, corriendo por el puente inundado, lo coloca en los obenques de estribor. Su padre y yo subimos hasta donde él se encuentra.

Después miro en mi derredor, y, como la noche es bastante clara, puedo ver lo que pasa. Roberto Kurtis, que ha vuelto a su puesto, está de pie en la toldilla. A popa, cerca del coronamiento que todavía no se ha sumergido, distingo entre la sombra al señor Kear y a su mujer, la señorita Herbey y Falsten. En el extremo del castillo de proa se encuentran el teniente y el contraмаestre, y en las gavias y en los obenques el resto de la tripulación.

Andrés Letourneur ha sido subido a la gavia mayor, gracias a su padre, que ha tenido que ponerle el pie en cada escalón, y, a pesar del balanceo, ha llegado sin contratiempo; pero ha sido imposible hacer entrar en razón a la señora Kear, que ha quedado en la toldilla a riesgo de ser arrastrada por las olas, si el viento llega a aumentar. La señorita Herbey permanece a su lado, negándose a abandonarla.

El primer cuidado de Roberto Kurtis, al detenerse el hundimiento del buque, ha sido hacer amainar en seguida todas las

velas, y luego bajar las vergas y los mástiles de juanete para no comprometer la estabilidad del *Chancellor*, Tomadas estas precauciones, el hundimiento del buque se detendrá; ¿pero no puede zozobrar de un momento a otro? Me acerco a Roberto Kurtis y le pregunto acerca del porvenir del buque.

—No puedo saberlo —me responde tranquilamente—, porque depende del estado del mar. Lo cierto es que el buque está ahora en equilibrio; pero esta situación puede variar de un momento a otro.

—¿El *Chancellor* puede seguir navegando en el estado en que se encuentra, con dos pies de agua sobre el puente?

—No, señor Kazallon, pero puede derivar, impulsado por la corriente y el viento; y, si se mantiene así durante algunos días, llegará a un punto cualquiera de la costa. Por lo demás, tenemos como último recurso la balsa que se terminará dentro de breves horas, y en la que podremos embarcarnos cuando amanezca.

—¿No ha perdido usted, pues, toda esperanza? —pregunto, sumamente sorprendido, a Roberto Kurtis.

—La esperanza jamás se pierde por completo, señor Kazallon, aun en las circunstancias más terribles. Todo lo que puedo decirle es que, si de cien probabilidades tenemos noventa y nueve en contra, debemos procurar aprovecharnos de la centésima. Además, si mi memoria no me es infiel, el *Chancellor*, medio sumergido, se encuentra precisamente en las condiciones en que estuvo la *Juno*, buque de tres palos, en 1795, el cual, durante más de veinte días, se mantuvo suspendido entre dos aguas. Pasajeros y marineros habíanse refugiado en las gavias, y, habiendo llegado a la vista de tierra, los que sobrevivieron a las fatigas y al hambre se salvaron. Este caso es muy conocido en los anales de la marina, y por esta razón lo recuerdo perfectamente. No hay, por consiguiente, razón alguna para que los sobrevivientes del *Chancellor* sean más desgraciados que los de la *Juno*.

Seguramente habría mucho que objetar a este discurso de Roberto Kurtis, pero lo que resulta de sus palabras es que el capitán no ha perdido la esperanza por completo.

Sin embargo, puesto que las condiciones de equilibrio del barco pueden modificarse a cada momento, es preciso abandonar lo antes posible el *Chancellor*. Por consiguiente se decide que mañana, cuando el carpintero haya concluido la balsa, nos embarquemos

todos en ella.

Pero juzgúese la horrible desesperación que se apodera de la marinería, cuando hacia las doce de la noche Daoulas advierte que la balsa ha desaparecido. Las amarras, aunque eran sólidas, se han roto a causa del movimiento vertical del buque, y la armazón hace más de una hora que ha sido arrebatada por la corriente.

Cuando los marineros se enteran de esta última desgracia, lanzan gritos de angustia.

—¡Al mar, al mar los mástiles! —Repiten aquellos infelices, perdiendo el juicio.

Y pretenden cortar el aparejo para hacer caer los mástiles de gavia y construir en seguida otra balsa; pero Roberto Kurtis los contiene, gritando:

—¡A vuestros sitios, muchachos, y que no se corte un hilo sin que yo lo ordene! ¡El *Chancellor* está en equilibrio y no se hunde todavía!

La tripulación recobra la serenidad, y, a pesar de la mala voluntad de algunos marineros, todos vuelven al lugar que les está designado.

Al amanecer, Roberto Kurtis sube a las crucetas y su mirada recorre detenidamente todo el mar en un ancho radio alrededor del buque. ¡Inútil investigación! La balsa se encuentra ya fuera del alcance de nuestra vista.

¿Deberá armarse la ballenera y emprender una pesquisa que puede ser larga y peligrosa?

Es imposible, porque la mar está demasiado gruesa y fuerte para que pueda navegar una embarcación tan frágil.

Se necesita construir inmediatamente otra balsa.

Al aumentar la fortaleza de las olas, la señora Kear decide al fin dejar el sitio que ocupaba detrás de la toldilla y logra llegar a la gavia mayor, sobre la que se tiende, quedando en un estado de completa postración al lado de Huntly. Cerca de la señora Kear y de la señorita Herbey se sitúan los Letourneur. El sitio es bastante estrecho, como puede presumirse, porque esta plataforma no mide más de doce pies en su mayor diámetro; pero se han tendido algunas cuerdas de un obenque al otro, que les permiten resistir a los balanceos. Además, Roberto Kurtis ha puesto por encima de la gavia una vela que abriga a las dos mujeres.

También se han subido a las gavias, y amarrado sólidamente a los estays, algunos barriles que flotaban entre los mástiles del buque después de la inmersión. Son cajas de conservas y bizcocho y barricas de agua dulce que constituyen ahora todas nuestras provisiones.

CAPÍTULO XXVI

LO QUE QUEDA DEL *CHANCELLOR* SOBRE EL NIVEL DEL MAR. —
LA SEGUNDA BALSA. — EL IRLANDÉS. — LA SEÑORA KEAR Y HUNTLY.
— UN PUNTO NEGRO

5 de diciembre.

EL día es caluroso. Diciembre, bajo el paralelo 16, no es un mes otoñal, sino un verdadero mes de verano, y, si la brisa no templá los ardores del sol, nos veremos irremisiblemente condenados a sufrir grandes calores.

Sin embargo, la mar continúa gruesa, y el casco del buque, sumergido en sus tres cuartas partes, es batido como un escollo por las olas, cuya espuma salta hasta las gavias, empapando nuestros vestidos como una lluvia fina.

Del *Chancellor* sólo quedan fuera del nivel de las aguas los tres palos bajos coronados por sus masteleros de gavia; el bauprés, del que se ha suspendido la ballenera para que no la rompan las olas; la toldilla y el castillo de proa reunidos únicamente por la estrecha línea de los parapetos. El puente está sumergido por completo.

Tan difícil es la comunicación entre las gavias, que únicamente los marineros, izándose por los estays pueden pasar de una a otra a través de los palos desde el coronamiento hasta el castillo de proa. La mar, que rompe sobre el casco como sobre una roca, va desprendiendo poco a poco las paredes del buque, cuyos tabiques procuramos recoger. ¡Espectáculo horrible para los pasajeros,

refugiados en estrechas plataformas, que ven y oyen mugir el océano bajo sus pies! Los palos que salen del agua se estremecen y bambolean a cada golpe de mar, y puede creerse que van a ser arrastrados por las aguas.

Es preferible, por consiguiente, en este caso, no mirar y no reflexionar, porque el abismo atrae y se tienen tentaciones de precipitarse en él.

Mientras tanto, la tripulación trabaja incesantemente para construir la segunda balsa.

Los mástiles de gavia que sobresalen, los mástiles de juanete y las vergas, se emplean en esto y bajo la dirección de Roberto Kurtis ejecútase la obra lo más concienzudamente posible. Parece que el *Chancellor* no va ya a zozobrar, y, como ha dicho el capitán, es probable que durante algún tiempo permanezca así equilibrado entre dos aguas.

Roberto Kurtis trabaja para que la balsa quede construida con toda la solidez posible, porque la travesía debe ser larga, puesto que la costa más próxima es la de la Guayana, que dista centenares de millas del sitio en que nos encontramos. Por consiguiente, es preferible pasar un día más en las gavias y tomarse todo el tiempo necesario para construir un buen aparato flotante con el que se pueda contar, cosa en que todos estamos conformes.

Los marineros han recobrado la tranquilidad y trabajan con orden.

Sólo un marinero viejo, de sesenta años de edad, cuya barba y cuyos cabellos han blanqueado bajo las ráfagas del viento, se resiste con la más resuelta oposición a abandonar el *Chancellor*, Es un irlandés llamado O'Ready.



Estando yo en la toldilla, se ha acercado a mí y, mascando tabaco con gran indiferencia, me dice:

—Señor Kazallon, los compañeros opinan que debemos dejar el buque; pero yo no, porque yo he naufragado nueve veces, cuatro en alta mar y cinco en la costa, y mi verdadera profesión es naufragar, cosa que entiendo perfectamente. Pues bien, Dios me condene si no

he visto siempre perecer miserablemente a los cobardes que huían en balsas o en chalupas. Mientras un buque se sostiene a flote, se debe permanecer en él. Téngalo usted entendido.

Y, dichas estas palabras, el viejo irlandés, que sin duda al hacer esta observación trataba de descargar su conciencia, enmudece.

Hacia las tres de la tarde observo que el señor Kear y el excapitán Sila Huntly hablan con gran animación en la gavia de mesana.

El mercader de petróleo parece que insta vivamente a su interlocutor proponiéndole algo, y Huntly parece que hace varias objeciones. El capitán mira con frecuencia y con suma atención el mar y el cielo moviendo la cabeza hasta que, al fin, al cabo de una hora de conversación, pasa por el estay de mesana hasta el extremo del castillo de proa, se acerca al grupo de marineros y lo pierdo de vista.

Sin dar importancia a este incidente, vuelvo a subir a la gavia mayor, donde los Letourneur, la señorita Herbey, Falsten y yo pasamos charlando las horas. El calor es insoportable, y sin la vela que nos preserva del sol no podríamos estar allí.

A las cinco comemos bizcocho y carne seca y bebemos medio vaso de agua por persona. La señora Kear, muy abatida por la fiebre, no come, y la señorita Herbey se esfuerza en vano por proporcionarle algún alivio humedeciéndole de vez en cuando los labios ardientes. La infeliz mujer padece mucho y creo que no podrá soportar durante mucho tiempo tantas desgracias.

Su esposo no le ha preguntado ni una sola vez, hasta ahora, cómo se encuentra; pero hacia las seis de la tarde parece conmoverse el corazón de aquel egoísta, porque llama a varios marineros del castillo de proa y les ruega que le ayuden a bajar de la gavia de mesana. ¿Querrá acaso pasar a la gavia mayor donde está su mujer? Al principio los marineros no le responden; pero él insiste con viveza, prometiendo pagar bien a los que le presten el servicio que solicita.

Dos marineros, Burke y Sandon, se lanzan sobre los parapetos, y cuando llegan al lado del señor Kear discuten largamente con él las condiciones del trato. Es evidente que piden mucho y que el señor Kear quiere dar poco, y ya están aquéllos a punto de dejar al pasajero en la gavia, cuando, al fin, parece que se ponen de acuerdo

las partes contratantes. El señor Kear saca de su cinturón un legajo de papel moneda y lo entrega a uno de los marineros, quien cuenta atentamente la suma que, según mi cálculo, no debe ser inferior a cien duros.

Se trata entonces de llevar al señor Kear al castillo de proa por el estay de mesana, a cuyo efecto Burke y Sandon le atan alrededor del cuerpo un cabo que arrollan después sobre el estay y lo dejan deslizarse como un bulto cualquiera, imprimiéndole fuertes sacudidas que hacen reír a sus compañeros.

Pero el señor Kear no deseaba visitar a su mujer en la gavia mayor, y se ha quedado en el castillo de proa cerca de Sila Huntly, que lo espera, y la oscuridad me los hace perder de vista.

Al llegar la noche, el viento calma, pero la mar continúa gruesa. La luna, que ha salido a las cuatro de la tarde, sólo se deja ver a intervalos entre estrechas bandas de nubes, que, en los extremos del horizonte, se colorean de un tinte rojo que anuncia que mañana soplará la brisa con fuerza. ¡Plegue al Cielo que venga del Noroeste y nos empuje hacia tierra! Un cambio cualquiera en su dirección nos sería fatal aunque nos encontremos en la balsa, porque ésta sólo puede marchar viento en popa.

Roberto Kurtis sube a la gavia mayor a las ocho de la noche, tratando de adivinar lo que sucederá mañana. Permanece un cuarto de hora en observación, y antes de bajar me estrecha la mano en silencio y vuelve a su sitio detrás de la toldilla.

Intento dormir en el estrecho espacio que me está reservado en la gavia, pero me es imposible conseguirlo; tengo tristes presentimientos; la actual tranquilidad de la atmósfera me preocupa, porque me parece demasiada calma. Apenas de vez en cuando pasa un soplo por el aparejo haciendo vibrar sus betas metálicas, y la mar presiente algo, porque está agitada por extensas olas, experimentando, sin duda, el choque de alguna tempestad lejana.

Hacia las once de la noche, se rasgan las nubes, brilla la luna con vivo esplendor, y las olas resplandecen como si estuvieran iluminadas por una claridad submarina.

Me levanto y miro. ¡Cosa extraña! Me parece ver durante algunos instantes un punto negro que se levanta y se baja en medio de la inmensa blancura de las aguas, y que no puede ser una roca

porque sigue los movimientos de las olas. ¿Qué será?

Después vuelve a ocultarse la luna, una profunda oscuridad invade el espacio y me tiendo cerca de los obenques de babor.



CAPÍTULO XXVII

CAMBIO DEL VIENTO. — LA TOLDILLA Y EL CASTILLO DE PROA AL NIVEL DEL MAR. — FUGA. — DESAPARICIÓN DE LA BALLENERA. — CINCO QUE SE HAN SALVADO O QUE SE HAN PERDIDO

6 de diciembre.

DESPUÉS de dormir algunas horas, me despierta de pronto el silbido del viento a las cuatro de la madrugada.

Entre el ruido de las ráfagas, cuyas sacudidas conmueven la arboladura del buque, oigo la voz de Roberto Kurtis.

Me levanto y fuertemente agarrado a las cuerdas trato de descubrir lo que sucede debajo y alrededor de mí.

En la oscuridad oigo los mugidos del mar. Grandes sábanas de espumas, lívidas, más que blancas, pasan por los mástiles, haciéndolos oscilar. Dos sombras negras se destacan hacia popa sobre el color blanquecino del mar; son el capitán Kurtis y el contraamaestre; sus voces, apagadas por el estrépito de las olas y los silbidos de la brisa, llegan a mis oídos como un largo gemido.

Uno de los marineros, que ha subido a la gavia para amarrar un cabo, pasa junto a mí en aquel momento y le pregunto:

—¿Qué ocurre?

—El viento ha cambiado...

El marinero agrega algunas palabras que no he podido oír; pero me parece que ha sido: *de medio a medio*.

¡De medio a medio! Entonces el viento ha saltado del Nordeste

al Sudoeste, y nos rechaza a alta mar. Mis presentimientos no me han engañado.

Empieza a amanecer. El viento no ha cambiado absolutamente en dirección contraria, pero, lo que es igualmente funesto para nosotros, sopla del Nordeste, y, por consiguiente, nos aleja de la tierra. Además, hay cinco pies de agua sobre el puente, cuyos parapetos han desaparecido por completo bajo el mar. El buque se ha hundido durante la noche, y el castillo de proa, lo mismo que la toldilla, se encuentran ahora al nivel del mar, que no cesa de barrerlos. A sotavento, Roberto Kurtis y su tripulación trabajan en la construcción de la balsa, pero el trabajo no puede ir de prisa, y la violencia del mar obliga a tomar serias precauciones para que la armazón no se disloque antes de estar absolutamente concluida.

En aquel momento, los Letourneur se encuentran a mi lado en pie, y el padre sostiene al hijo para que la violencia de los balanceos no lo haga caer.

—¡Esta gavia va a romperse! —Exclama el señor Letourneur oyendo los crujidos de la estrecha plataforma que nos sostiene.

Mis Herbey se levanta al oír esto, y, mostrando a la señora Kear, que está tendida a sus pies, nos pregunta:

—¿Qué hacemos, señores?

—Continuar donde estamos —respondo.

—Señorita Herbey —añade Andrés Letourneur—, de todas maneras éste es nuestro refugio más seguro. No tema usted nada...

—No temo por mí —replica la joven tranquilamente—, sino por los que tienen alguna razón para apreciar la vida.

A las ocho y cuarto el contramaestre grita a la tripulación:

—¡Eh! ¡A proa!

—¿Qué se ofrece, maestro? —Responde un marinero, que me pareció O'Ready.

—¿Tenéis la ballenera?

—No, maestro.

—¡Entonces se la ha llevado el agua!

Efectivamente, la ballenera no está suspendida del bauprés, y casi en seguida se advierte la desaparición del señor Kear y de Huntly. Temiendo que el *Chancellor* zozobrase antes que se terminara la construcción de la balsa, se han conjurado para huir y han decidido, a fuerza de dinero, a tres marineros a que se

apoderen de la ballenera. El miserable ha abandonado a su esposa y el indigno capitán ha abandonado su buque robándonos la canoa, es decir, la única embarcación que nos quedaba.

—Cinco que se han salvado —dice el contramaestre.

—Cinco que se han perdido —rectifica el viejo irlandés.

El estado del mar parecía justificar las palabras de O'Ready.

No somos ya más que veintidós a bordo. ¿Cuántos quedaremos al fin?

Al enterarse de la cobarde desertión y del robo de la ballenera, la tripulación colma de injurias a los fugitivos, quienes, si la casualidad los trajera nuevamente a bordo, pagarían cara su traición.

Aconsejo que se oculte a la señora Kear la fuga de su marido, porque la infeliz se encuentra tan enferma, que es de temer que no viva mucho tiempo.

CAPÍTULO XXVIII

LA BALSA ESTA CONSTRUIDA.— SITUACIÓN DE TODOS.— MUERTE
DE LA SEÑORA KEAR. — WALTER MUY DÉBIL. — UN CADÁVER QUE
SE ECHARA DE MENOS

Continuación del 6 de diciembre.

EL *Chancellor* no se sostiene ya en equilibrio entre las capas de agua, y es probable que se disloque por completo su casco, porque se va hundiendo poco a poco.

Afortunadamente, esta noche quedará terminada la balsa y nos podremos instalar en ella enseguida, si Roberto Kurtis no prefiere embarcarse de día, en cuyo caso habrá que esperar hasta el amanecer. La armazón es muy sólida, las berlingas que la forman han sido ligadas entre sí con fuertes cuerdas, y, como estas piezas se entrelazan una sobre otra, el conjunto sobre sale dos pies o más sobre el nivel del mar. En cuanto a la plataforma, está construida con las tablas de la obra muerta que las olas han arrancado.

Por la tarde se empiezan a cargar los víveres, velas, instrumentos y útiles salvados; pero es necesario apresurarse, porque la gavia mayor no está ya más que a diez pies sobre el mar, y del bauprés sólo queda el extremo superior que se levanta oblicuamente.

Si el *Chancellor* no desaparece mañana definitivamente entre las aguas, quedará sorprendido.

¿En qué situación de ánimo nos encontramos? Yo, más que

resignado, permanezco indiferente. El señor Letourneur sólo vive para su hijo, y éste no piensa más que en su padre. Andrés manifiesta una resignación valerosa y cristiana que sólo se puede comparar con la resignación de la señorita Herbey. Falsten es siempre él mismo, y hasta en estos momentos angustiosos escribe números en su cuaderno. La señora Kear se muere, a pesar de los solícitos cuidados que la joven y yo le prodigamos.

En cuanto a los marineros, dos o tres permanecen serenos; pero los demás están muy próximos a perder la cabeza. Algunos, impulsados por su natural grosería, parecen dispuestos a entregarse a excesos, y no se les podrá contener, porque sufren la perniciosa influencia de Owen y de Jynxtrop.

El teniente Walter está muy débil y, a pesar de su valor, se va a ver obligado a dejar de prestar servicio. Roberto Kurtis y el contraamaestre, enérgicos e inmovibles, son hombres a quienes la Naturaleza ha forjado en toda su dureza, expresión tomada del argot metalúrgico que los pinta perfectamente.

Hacia las cinco de la tarde la señora Kear, nuestra compañera de infortunio, ha dejado de sufrir, pasando a mejor vida, después de una dolorosa agonía, tal vez sin haberse dado cuenta de lo terrible de su situación. Ha exhalado algunos suspiros, y todo ha concluido; la señorita Herbey la ha cuidado con cariñosa solicitud hasta el último momento, manifestándole una adhesión que nos ha conmovido a todos profundamente.

La noche ha transcurrido sin incidentes. Por la mañana, al amanecer, he estrechado la mano de la muerta, que estaba fría, y cuyos miembros estaban ya rígidos, y como el cadáver no puede permanecer más tiempo en la gavia, la señorita Herbey y yo lo envolvemos en sus vestidos, se rezan algunas oraciones por el descanso eterno de su alma, y la primera víctima de tantas miserias es arrojada al mar.

En aquel momento uno de los hombres que se encuentran en los obenques pronuncia estas espantosas palabras:

—¡Ése es un cadáver que echaremos de menos!

Me vuelvo. Es Owen el que ha hablado.

Efectivamente, se me ocurre pensar que quizá los víveres lleguen a faltarnos algún día.



CAPÍTULO XXIX

LOS PASAJEROS Y LA TRIPULACIÓN EMBARCADOS EN LA BALSA.
— EL BUQUE SE HUNDE. — SE PIERDEN DOS MARINEROS Y UN
GRUMETE. — ULTIMO DÍA DEL *CHANCELLOR*

7 de diciembre.

CONTINÚA el hundimiento del buque, en el que el agua llega ya a las jaretas de la gavia de mesana. La toldilla y el castillo de proa están completamente sumergidos, y el extremo superior del bauprés ha desaparecido también bajo las aguas, de las que únicamente sobresalen los tres palos.

Por fortuna, la balsa está ya terminada y cargada de cuanto ha podido salvarse. En la parte de proa se ha dispuesto una carlinga, destinada a recibir un mástil, sostenido por los obenques sujetos a los costados de la plataforma. La vela del sobrejuanete mayor irá envergada y probablemente nos impulsará hacia la costa. Lo que el *Chancellor* no ha podido realizar, ¿podrá conseguirlo ese frágil conjunto de tablas menos fácil de sumergir? La esperanza se arraiga tan profundamente en el corazón humano, que yo espero aún.

A las siete de la mañana, cuando nos disponemos a embarcarnos en la balsa, húndese el buque de improviso y tan precipitadamente, que el carpintero y los hombres ocupados en la construcción de aquélla vense obligados a cortar la amarra para no ser arrastrados a la vorágine.

Entonces nos acomete una ansiedad dolorosísima, pues

precisamente cuando el buque desciende al abismo es cuando nuestra única tabla de salvación se aleja a la deriva.

Dos marineros y un grumete, perdiendo el juicio, se tiran al mar, pero en vano tratan de luchar contra el oleaje. Pronto se hace evidente que no podrán alcanzar la balsa, ni volver a la embarcación, teniendo en contra de ellos el viento y el oleaje. Robert Kurtis ata un cabo a su cintura y se precipita a socorrerlos. ¡Esfuerzo inútil! ¡Antes de que hubiera podido llegar a donde estos tres infortunados, que intentan resistir, desaparecen, después de abrir vanamente los brazos hacia nosotros!

Recogemos a Robert Kurtis, totalmente contusionado por esta especie de resaca que bate la base de los mástiles.

Mientras tanto, Daoulas y sus marineros, por medio de tablas, de las que se sirven a guisa de remos, tratan de volver hacia la embarcación. Más después de una hora de esfuerzos, —una hora que nos parece un siglo, una hora durante la cual el mar sube hasta el nivel de la borda —la balsa, que se había alejado sólo dos largos de amarra^[1], puede acercarse de nuevo al *Chancellor*. El contramaestre le echa una amarra a Daoulas, y la balsa es atada de nuevo a la base del palo mayor.

No hay tiempo que perder, pues un remolino violento se apodera del armazón inmerso del navío, y unas burbujas enormes de aire suben en gran número a la superficie del agua.

—¡Embarcar! ¡Embarcar! —Grita Robert Kurtis.

Nos precipitamos sobre la balsa. Andrés Letourneur, después de haber cuidado de la instalación de la señorita Herbey llega afortunadamente a la plataforma. Su padre se junta enseguida con él. Un instante después, todos nosotros nos embarcamos, salvo el capitán Kurtis y el viejo marinero O'Ready.

Robert Kurtis, en pie sobre una gran gavia, no quiere dejar su embarcación hasta ver como desaparece en el abismo. Es su deber y es su derecho. ¡El *Chancellor* al que quiere, en el qué todavía manda. Notamos como la emoción le embarga el corazón en el momento de dejarlo!

El irlandés está sobre el palo del trinquete.

—¡Embarca, viejo! Le grita el capitán.

—¿La embarcación se hunde? Pregunta el testarudo con la sangre fría más grande del mundo.

—Se va a pique.

—Entonces embarco, responde O'Ready, cuando el agua ya le llega a la cintura.

Y, sacudiendo la cabeza, se lanza sobre la balsa.

Robert Kurtis todavía se queda un instante sobre la borda, echa una mirada alrededor de él; y luego, por último, pasa a la balsa.

Ya es tiempo. Cortan la amarra, y la balsa se aleja lentamente.

Miramos todos hacia el lugar donde zozobra el navío. Primero desaparece la extremidad del mástil de trinquete; luego el trozo del palo mayor, y, pronto, no queda nada más de este bello navío que era El *Chancellor*.



CAPÍTULO XXX

NUEVO APARATO FLOTANTE. — DE VEINTIOCHO QUEDAN
DIECIOCHO. — ESCASEZ DE PROVISIONES. — SIN VESTIDOS

Continuación del 7 de diciembre.

BOGAMOS con nuestro nuevo artilugio flotante. No puede hundirse suceda lo que suceda porque las piezas de madera que lo componen flotan sobre el mar. ¿Pero el mar no desensamblara esta balsa? ¿No romperá las cuerdas que la atan? ¿No perecerán al fin los náufragos que están amontonados en ella?

De las veintiocho personas que contaba El *Chancellor* a la salida de Charleston, diez ya han desaparecido.

Somos pues todavía dieciocho, dieciocho sobre esta balsa que forma una especie de cuadrilátero irregular, midiendo cerca de cuarenta pies de longitud por veinte de anchura.

He aquí los nombres de los supervivientes del *Chancellor*: Los Letourneur, el ingeniero Falsten, la señorita Herbey y yo, como pasajeros; —el capitán Robert Kurtis, el teniente Walter, el contraamaestre, el mayordomo Hobbart, el cocinero negro Jynxtrop, el carpintero Daoulas—; los siete marineros Austin, Owen, Wilson, O'Ready, Burke, Sandon y Flaypol.

¿Ya nos ha probado suficiente La Providencia desde hace setenta y dos días que dejamos la costa americana, cesara en fin su mano poderosa de pesar sobre nosotros? El más optimista no se atrevería a esperarlo.

Pero dejemos el futuro, soñemos sólo con el presente, y continuemos registrando los incidentes de este drama a medida que se presentan.

Ya mencionamos los pasajeros de la balsa. He aquí ahora cuales son sus recursos.

Robert Kurtis sólo pudo embarcar unos restos que quedaban de unas provisiones del pañol, cuya máxima parte se perdió en el momento en el que se sumergió el puente del *Chancellor*. Estas provisiones son muy pocas, si se considera que somos dieciocho a los que hay que alimentar y que todavía pueden transcurrir muchos días antes de que una embarcación o una tierra sean avistadas. Un barril de bizcochos, un barril de carne seca, un pequeño tonel de aguardiente, dos barricas de agua, he aquí todo lo que se pudo salvar. Por eso es importante empezar a racionarse desde este primer día.

De ropas de recambio, no tenemos absolutamente nada. Algunos pedazos de velas nos servirán a la vez de colchas y de abrigo. Los instrumentos y utensilios que tenemos son: las herramientas del carpintero Daoulas, el sextante, la brújula y una carta marina del capitán, nuestras navajas, un hervidor de metal, y una taza de hierro que no quiso dejar nunca el viejo irlandés O'Ready: tales son los instrumentos y los utensilios que nos quedan. Todas las cajas, depositadas sobre el puente y destinadas a la primera balsa, se perdieron en el momento de sumergirse parcialmente la embarcación, y, desde este momento, ya no fue posible penetrar en el interior del navío.

He aquí pues la situación. Es grave sin ser desesperada. Desgraciadamente, tenemos serios motivos para temer que la energía moral al mismo tiempo que la energía física nos falte a más de uno. ¡Por otra parte, entre nosotros hay gente cuyos malos instintos serán muy difíciles de contener!

CAPÍTULO XXXI

EL VIENTO SE INCLINA AL NORTE. — SE INSTALA EL MÁSTIL EN LA
BALSA Y SE IZA LA VELA. — A SEISCIENTAS CINCUENTA MILLAS DE
TIERRA. — RÉGIMEN DE A BORDO

Continuación del 7 de diciembre.

EN este primer día no ha sucedido ningún otro incidente reseñable.

Hoy, a las ocho de la mañana, el capitán Kurtis nos reunió a todos nosotros, pasajeros y tripulación.

—Amigos míos, dijo, tomen nota de esto. Comando esta balsa como comandaba a bordo en el *Chancellor*. Cuento pues que todos sin excepción me presten obediencia. ¡Pensemos sólo en la salvación común, estemos unidos, y que el cielo nos proteja!».

Estas palabras fueron bien acogidas.

La pequeña brisa que sopla en este momento, y de la que el capitán determina la dirección por la aguja del compás, rola hacia el norte. Es una circunstancia feliz que hay que aprovechar sin demora para aproximarnos lo antes posible a la costa americana. El carpintero Daoulas se ocupa entonces de instalar el mástil cuyo emplazamiento ha sido elegido en la proa de la balsa, y dispuesto de dos cabos de arbotantes que deben mantenerlo más sólidamente.

Mientras trabaja, el contraamaestre y los marineros envergan el sobrejuanete grande sobre la verga que ha sido reservada para este uso.

A las nueve horas y media, el mástil es levantado. Obenques, puestos tiesos sobre los costados de la balsa, aseguran la solidez. La vela es izada, amurada sobre la borda, y la balsa, empujada viento en popa, se desplaza bastante sensiblemente bajo la acción de la

viento que no ha amainado.

Terminada esta faena, el carpintero procura instalar un timón que permita a la balsa seguir la dirección deseada. Los consejos de Robert Kurtis y del ingeniero Falsten no le faltan. Después de dos horas de trabajo, una suerte de espadilla está colocada detrás, más o menos semejante a aquellas que se emplean en las embarcaciones malayas.

Durante este tiempo, el capitán Kurtis hizo las observaciones necesarias para obtener exactamente su longitud, y, cuando llega el mediodía, toma la altura del sol con bastante exactitud.

El punto que obtiene con bastante aproximación es el siguiente:

Latitud, 15° 7' norte.

Longitud, 49° 35' oeste de Greenwich.

Marcado el punto sobre la carta, muestra que estamos aproximadamente a seiscientos cincuenta millas al nordeste de la costa de Paramaribo, es decir de la porción más acercada al continente americano, que, así como esto ya ha sido anotado, forma el litoral de la Guayana holandesa.

Entonces, tomando la media de todas las probabilidades, no podemos esperar, hasta con la ayuda constante de los alisios, hacer más de diez o doce millas al día, sobre un aparato tan imperfecto como una balsa que no puede correr más que con viento en popa. Tenemos pues dos meses de navegación, suponiendo las circunstancias más favorables, salvo el caso, poco probable, de ser encontrados por algún navío. Pero el Atlántico es menos frecuentado en esta parte, más que al norte o al sur. Hemos ido a caer, desgraciadamente, entre las líneas de las Antillas y las del Brasil, las que siguen los transatlánticos ingleses o franceses, y mejor es no contar con un encuentro fortuito de algún navío. ¡Por otra parte, si sobrevienen las calmas, si el viento cambia y nos empuja al este, tendremos que navegar, no diré dos, pero cuatro, o seis meses, y cierto es que careceríamos de víveres antes de finalizar el tercer mes!

La prudencia exige pues que desde ahora consumamos sólo lo estrictamente necesario. El capitán Kurtis nos pide consejo a este respecto, y formulamos con severidad el programa de alimentación a seguir. Las raciones son calculadas para todos ellos, indistintamente, de modo que el hambre y la sed sean satisfechos a

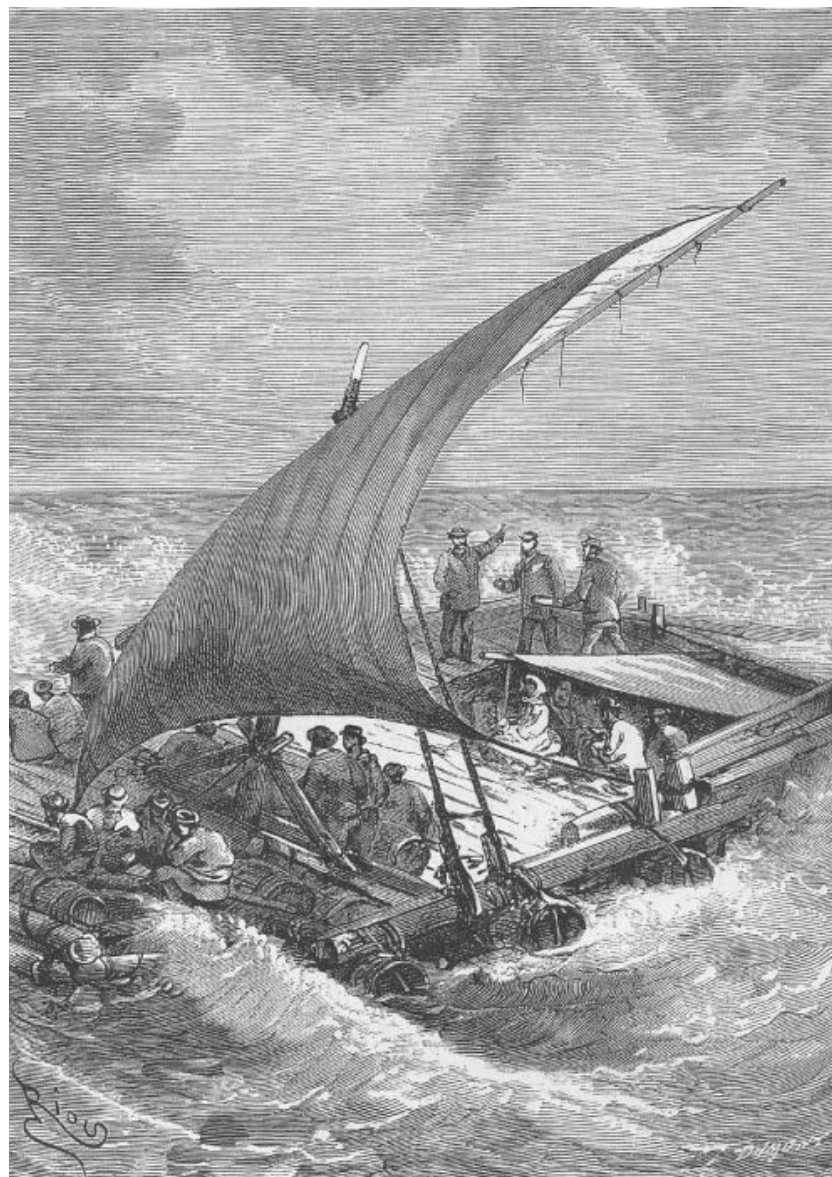
medias. La maniobrabilidad de la balsa no exige un gran gasto de esfuerzo físico. Una alimentación limitada debe bastar para todos. En cuanto al aguardiente, cuyo barril contiene sólo cinco galones^[2], será distribuido sólo con extrema precaución y ninguno tendrá derecho a tocarlo sin la autorización del capitán.

El régimen de a bordo queda pues ajustado de este modo: cinco onzas de carne y cinco onzas de bizcocho al día por persona. Es poco, pero la ración no podrá ser mayor, porque dieciocho bocas, en estas proporciones, absorberán un poco más de cinco libras de cada cosa, es decir, en tres meses, seiscientas libras. Entonces, totalmente comprendido, poseemos no más de seiscientas libras de carne y de bizcocho. Hay que fijarse pues en esta cifra. En cuanto al agua, su cantidad puede ser estimada en ciento treinta y dos galones^[3], y convengo que el consumo diario sea racionado para cada persona a una pinta^[4], lo que asegurará también tres meses de agua para todos.

La distribución de los víveres la efectuará el contramaestre cada mañana, a las diez horas. Cada uno recibirá para el día su ración de bizcocho y de carne: la consumirá cuando y como le convenga. En cuanto al agua, por falta de utensilios suficientes para recogerla, ya que tenemos sólo el hervidor y la taza del irlandés, será distribuida dos veces al día, a las diez de la mañana y a las seis de la tarde: cada uno deberá beberla inmediatamente.

Hay que observar también que tenemos otras posibilidades que pueden aumentar nuestras reservas: la lluvia, que nos daría el agua, y la pesca, que nos proporcionaría peces. Por eso preparamos dos barricas vacías que están dispuestas para recibir el agua de lluvia. En cuanto a las artes de pesca, los marineros se ocupan de prepararlas, con el fin de poner algunas líneas de arrastre provistas de anzuelos.

Tales son las disposiciones tomadas. Han sido aprobadas y serán rigurosamente mantenidas. Solamente observando una regla tan severa podemos esperar escapar de los horrores del hambre. ¡Demasiados ejemplos nos enseñan a ser previsores, y si estamos abocados a las últimas privaciones, no será por culpa nuestra si no porque la suerte nos habrá abandonado!



CAPÍTULO XXXII

TIEMPO DE CALMA. — CALOR. — SITUACIÓN RELATIVAMENTE
PREFERIBLE. — ROBERTO KURTIS ABSORTO EN SUS REFLEXIONES. —
BUENA PESCA. — MONSTRUOS

Del 8 al 17 de diciembre.

AL anochecer, nos acurrucamos bajo las velas. Muy fatigado por las largas horas pasadas en la arboladura, puedo dormir durante algunas horas. La balsa, al estar relativamente poco cargada, se balancea suavemente. Así estando el mar en calma, no sufrimos por las olas. Desgraciadamente, si el oleaje mengua, es porque el viento baja, y, por la mañana, me veo obligado a anotar en mi diario: el tiempo está tranquilo, la mar en calma.

Cuando amanece, no tengo nada nuevo que apuntar. Los Letourneur también durmieron durante parte de la noche y más de una vez nos estrechamos la mano. La señorita Herbey también ha descansado, de modo que a la mañana, en su cara, aparece reflejada su serenidad habitual.

Nos encontramos bajo el undécimo paralelo. El calor durante el día es extremadamente fuerte, y el sol brilla con áspero esplendor. Una especie de vapor ardiente impregna la atmósfera. Como la brisa viene sólo por bocanadas, la vela cuelga sobre el mástil durante las calmas momentáneas, que se prolongan durante bastante tiempo. Mientras Robert Kurtis y el contramaestre, por indicios que sólo los marineros pueden reconocer, piensan que una corriente de dos a

tres millas a la hora nos arrastra hacia el oeste. Sería pues una circunstancia favorable, que podría abreviar considerablemente nuestra travesía. ¡Quiera Dios que el capitán y el contramaestre no se hayan equivocado, porque, desde los primeros días y por el calor tropical, la ración de agua apenas basta para calmar nuestra sed!

Y sin embargo, desde que dejamos El *Chancellor* o más bien, las gavias de la embarcación, para embarcar sobre esta balsa, ha mejorado mucho nuestra situación. El *Chancellor* podía a cada minuto que pasara irse a pique y tragarnos, y, por lo menos, esta plataforma, que ocupamos, es relativamente sólida y estable. Sí, lo repito, la situación es menos peligrosa, y, por lo tanto, nos encontramos todos mejor. Gozamos de ciertas comodidades, y hasta podemos andar de un lado para otro. De día, nos reunimos, conversamos, discutimos, contemplamos el mar. Por la noche, dormimos abrigados al amparo de las velas. Ponemos interés en la observación del horizonte y en la vigilancia de las líneas de arrastre para la pesca.

«¡ Señor Kazallon, me dice Andrés Letourneur algunos días después de nuestra instalación sobre este nuevo artilugio, —me parece que volvemos a encontrar aquí esos días de calma que marcaron nuestra estancia sobre la Roca del Jamón!

—En efecto, mi querido Andrés, respondí.

—¡Pero añado que, la balsa tiene una ventaja considerable sobre la roca, porque a diferencia de ella, ésta se desplaza!

—Mientras el viento sea bueno, Andrés, la ventaja está evidentemente en la balsa, pero si el viento gira...

—¡Bueno, señor Kazallon! Responde el joven. ¡No nos dejemos abatir, y tengamos confianza en Dios!».

¡Pues bien! ¡Esta confianza, no nos falta! ¡Sí! ¡Parece que hayamos salido de pruebas terribles para no volver a pasarlas! Las circunstancias se han vuelto más favorables. ¡Todos nosotros nos sentimos tranquilos y esperanzados!

No sé lo que pasa en el corazón de Roberto Kurtis, y no puedo decir si comparte nuestras esperanzas, porque se mantiene casi siempre aparte de nosotros. ¡El caso es que pesa sobre él la responsabilidad! ¡Él es el jefe, a él le compete no sólo salvar su vida, si no también la de todos nosotros! Sé qué es así como comprende su deber, también está a menudo absorto en sus

reflexiones, y no nos atrevemos a distraerlo.

Durante estas largas horas, la inmensa mayoría de los marineros duermen a proa de la balsa. Por orden del capitán, la popa ha sido reservada para los pasajeros, y hemos conseguido montar aquí una barraca o especie de tienda, que nos proporciona algo de sombra. En suma, nos encontramos en un estado satisfactorio de salud. Únicamente, el teniente Walter no consigue recobrar sus fuerzas. Los cuidados que le prodigamos no le hacen nada, y cada día se debilita más.

Nunca aprecié tanto a Andrés Letourneur como en las circunstancias actuales. Este joven amable es el alma de nuestra pequeña colonia. Se distingue por lo original de su espíritu, por la singularidad de su modo de ver las cosas y por sus actos. Su conversación nos distrae, a menudo nos instruye. Mientras que Andrés habla, su fisonomía un poco enfermiza se anima. Su padre parece beber sus palabras. Algunas veces, tomándole las manos, las conserva durante horas enteras apretadas entre las suyas.

La señorita Herbey algunas veces se une durante unos minutos a nuestras conversaciones, a pesar de la vida tan recatada que lleva, cada uno de nosotros se esfuerza por hacerle olvidar con mil cuidados y cariños la pérdida de los que habrían debido de ser sus protectores naturales. Esta joven muchacha encuentra en el Sr. Letourneur un amigo, como si fuera un segundo padre, y ella le habla con la libertad que la edad le autoriza. A sus instancias le cuenta su vida, —una vida de coraje y de abnegación que es la suerte de las huérfanas pobres. Hacía dos años que entro en la casa de Mrs. Kear, mantenida sin recursos, sin ningún futuro, pero siempre animosa, porque no recela en afrontar las más duras pruebas. La señorita Herbey, por su carácter, su energía moral, impone respeto, y ninguno de los hombres groseros de a bordo se atrevería a afrontarla ni por palabras ni por gestos.

Los días 12, 13 y 14 de diciembre no traen ningún cambio en la situación. El viento continúa soplando del este en rachas desiguales. Ningún incidente de navegación. Ninguna maniobra que haya que ejecutar en la balsa. La barra, o más bien la espadilla, no necesita ser modificada. La balsa corre viento en popa, y no tiene suficiente velamen como para desviarse hacia un bordo u otra. A proa van siempre algunos marineros de cuarto, con la orden de vigilar el mar

con la más escrupulosa atención.

Han transcurrido siete días desde que abandonamos el *Chancellor* y reconozco que nos vamos acostumbrando al racionamiento impuesto por las circunstancias, por lo menos en cuanto a los víveres. Es verdad que nuestras fuerzas no han sido puestas a prueba por el cansancio físico. «No hacemos gasto», — expresión vulgar que traduzco en mi forma de pensar—, y, en tales condiciones, poca cosa hace falta al hombre para sostenerse. Nuestra privación más grande es la privación relativa de agua, porque, por estos grandes calores, la cantidad que tomamos es notoriamente insuficiente.

El día 15, aparecen en torno a la balsa un cardumen de peces, de la especie de los sargos. Aunque nuestras artes de pesca sólo constan por cuerdas largas armadas de un clavo doblado con pequeños pedazos de carne seca que sirven de cebo, pescamos un número bastante grande de estos peces, por lo voraces que son.

Verdaderamente es una pesca milagrosa, y, este día, se diría que hay fiesta a bordo. De estos peces, unos los tostamos, otros los cocimos en agua de mar, sobre un fuego de madera encendido en la proa de la balsa. ¡Qué delicia! Lo que hemos ahorrado sobre nuestros alimentos. Tanto abundan estos sargos, que en dos días, hemos cogido cerca de doscientas libras de peces. Si ahora lloviese no podría irnos mejor.

Por desgracia, esta banda de peces no permanece mucho tiempo en nuestras aguas. El día 17, algunos grandes tiburones —que pertenecen a la especie monstruosa de las lijas atigradas, y que son de cuatro a cinco metros de longitud— aparecen en la superficie del mar. Tienen las aletas y la parte superior del cuerpo negros, con manchas y bandas transversales de color blanco. La presencia de estos escualos horribles es siempre inquietante. A consecuencia de la poca elevación de la balsa, casi estamos al mismo nivel que ellos, y muchas veces sus colas pegan con nuestras tablas con una violencia espantosa. Sin embargo, los marineros han podido alejarlos a golpes con maderos. Me admiraría si no nos siguen obstinadamente como una presa reservada para ellos. Con estos monstruos no tengo muy buenos presentimientos.



CAPÍTULO XXXIII

MAR GRUESA. — LOS BARRILES DE PROVISIONES. —
CONCILIÁBULOS ENTRE LOS MARINEROS. — LA MALA SALUD DEL
TENIENTE WALTER. — ¿PARA QUIÉN SE GUARDA EL AGUARDIENTE?

Del 18 al 20 de diciembre.

HOY, el tiempo se ha modificado, refrescando el viento. No nos quejamos, porque todavía es favorable. Hemos tomado la precaución de sujetar el mástil por medio de obenques, con el fin de que la vela no pueda rasgarse por la tensión. Esto hace, que la balsa se desplace con una velocidad un poco mayor y deja una especie de larga estela detrás de ella.

Por la tarde, algunas nubes cubrieron el cielo, y el calor fue un poco menos fuerte. El mar más picado sacude bastante la balsa, y dos o tres olas barren la cubierta. Afortunadamente, empleando algunas tablas, el carpintero fabrica una borda de dos pies de altura que nos defiende mejor contra los embates del mar.

Atamos también fuertemente, por medio de cordajes dobles, los barriles que contienen las provisiones, así como las barricas de agua. Un golpe de mar que se los llevara nos reduciría al desamparo más horrible. ¡No podemos pensar sin estremecernos en tal eventualidad!

El día 18, los marineros recogieron algunas de estas plantas marinas conocidas con el nombre de sargazos, más o menos semejantes a aquellas que encontramos entre las Bermudas y la

Roca del Jamón. Son laminas sacarinos, que contienen un principio azucarado. Aconsejo a mis compañeros que mastiquen los tallos. Así lo hacen y consiguen refrescar sensiblemente la garganta y los labios.

Durante este día, nada de nuevo. Observo solamente que algunos marineros, principalmente Owen, Burke, Flaypol, Wilson y el negro Jynxtrop, tienen entre ellos unos conciliábulos frecuentes cuyo motivo ignoro. Observo también que se callan cuando uno de los oficiales o pasajeros se les acerca. Robert Kurtis hizo antes que yo la misma observación. Estas conversaciones secretas no le gustan. Se promete vigilar atentamente a estos hombres. El negro Jynxtrop y el marinero Owen son evidentemente dos tunantes de quienes hay que desconfiar, porque pueden arrastrar a sus compañeros a un motín.

El día 19, el calor fue excesivo. No hay una nube en el cielo. La brisa no puede hinchar la vela, y la balsa queda sin movimiento. Algunos marineros se sumergieron en el mar, y este baño les proporcionó un alivio verdadero disminuyendo la sed que les quema. Más el peligro es grande al aventurarse bajo estas aguas infestadas de tiburones, y ninguno de nosotros sigue el ejemplo de estos imprudentes. ¿Quién sabe sin embargo si más tarde, intentaremos imitarlos? Al ver la balsa inmóvil, las anchas ondulaciones del océano sin una arruga, la vela inerte sobre el mástil, ¿no presagian tal vez que esta situación se prolongue?

La salud del teniente Walter no deja de preocuparnos cada vez más. Este joven hombre arde por una fiebre lenta que se manifiesta por accesos irregulares. Posiblemente el sulfato de quinina combatiría esta fiebre. Más, repito, la inmersión del alcázar del *Chancellor* fue tan rápida, que no hubo tiempo de salvar la caja de farmacia de a bordo, que desapareció en los remolinos. Además, este pobre chico seguramente esta tísico, y, desde hace algún tiempo, esta incurable enfermedad se ha ido agravando en él. Los síntomas exteriores no pueden engañarnos. Walter tiene ataques de tos seca; respira con dificultad, y transpira abundantemente, sobre todo por la mañana; está adelgazando, su nariz se afila, sus pómulos salientes destacan por su coloración sobre la palidez general de la cara, sus mejillas se hunden, sus labios se retraen, y sus conjuntivas están relucientes y ligeramente azuladas. A nada que la dolencia

estuviese un poco adelantada, la medicina no podría hacer nada ante este mal que no perdona.

El día 20, la misma temperatura, la misma inmovilidad de la balsa. Los rayos ardientes del sol perforan la tela de nuestra tienda, y agobiados por el calor, nos dificulta la respiración. ¡Con qué impaciencia esperamos el momento en el que el contramaestre nos distribuye la ración tan somera de agua! ¡Con qué avidez nos precipitamos sobre estas gotas de líquido caliente! Quien no ha padecido los tormentos de la sed no sabría comprenderlo.

El teniente Walter esta muy alterado, y es el que más sufre de todos nosotros por esta escasez de agua. Vi a la señorita Herbey reservar para él, la ración casi entera de agua que le es asignada a ella. Compasiva y caritativa, esta joven chica hace todo lo que puede, si no para apaciguar, por lo menos para atenuar los sufrimientos de nuestro infortunado compañero.

Hoy, la señorita Herbey me dice:

«Este infortunado se debilita más cada día, señor Kazallon.

—¡Sí, señorita, respondo, y no podemos hacer nada por él!

—¡Hablemos bajo, dice la señorita Herbey, podría oírnos!».

Luego, va a sentarse a la extremidad de la balsa, y, con la cabeza apretada sobre sus manos, permanece pensativa.

Hoy se produjo un hecho lamentable que debo registrar.

Durante aproximadamente una hora, los marineros Owen, Flaypol, Burke y el negro Jynxtrop tienen una conversación muy animada. Discuten en voz baja, y sus gestos indican una gran irritación. Después de esta conversación, Owen se levanta y se dirige deliberadamente hacia la popa, a la parte de la balsa que es reservada para los pasajeros.

¿Dónde vas Owen? Le dice el contramaestre.

—Donde me da la gana, responde insolentemente el marinero.

A esta réplica grosera, el contramaestre deja su sitio, pero antes que él, Robert Kurtis se planta cara a cara con Owen.

El marinero aguanta la mirada de su capitán, y en tono descarado dice:

«Capitán, tengo que hablarle de parte de mis compañeros.

—Habla, responde fríamente Robert Kurtis.

—Es en relación al aguardiente, continua Owen. Bien sabe, que tenemos un pequeño barril... ¿Es para los peces o para los oficiales

que lo ha estado guardando?

—¿Y que más? Dice Robert Kurtis.

—Pedimos que cada mañana nuestro ración nos sea distribuida como de costumbre.

—No, responde el capitán.

—¿Cómo dice? Exclama Owen.

—Digo: no».

El marinero mira fijamente a Robert Kurtis, y frunce los labios en una sonrisa de mal augurio. Vacila un instante, preguntándose si debe insistir, pero se detiene, y, sin añadir una palabra, regresa hacia sus compañeros, que conferencian en voz baja.

¿Robert Kurtis hizo bien en negarse de una manera tan drástica? El futuro nos lo dirá. Cuando le hablo de este incidente, me responde:

«¡ Dar aguardiente a estos hombres! ¡Preferiría echar el barril al mar!».

CAPÍTULO XXXIV

PRELUDIOS DE TEMPESTAD. — LA REGIÓN DE LAS TORMENTAS. —
¡LA RÁFAGA!

21 de diciembre.

ESTE incidente todavía no ha tenido ninguna consecuencia, hoy, por lo menos. Durante algunas horas, los sargos se muestran de nuevo a lo largo de la balsa, y podemos pescar todavía un gran número de ellos. Los amontonamos en una barrica vacía, y este aumento de provisión nos hace esperar que, por lo menos, no pasaremos hambre. Va cayendo la tarde, sin refrescar la atmósfera como es costumbre. Generalmente las noches son frescas bajo los trópicos, pero ésta amenaza con ser sofocante, masas de vapor se elevan pesadamente por encima del mar. A la una y treinta minutos de la madrugada será luna nueva. Por eso, es tan profunda la oscuridad de la noche, hasta el momento en que unos relámpagos de calor, de fulgurante intensidad, vienen a iluminar todo el cielo. Son extensas y anchas descargas eléctricas, que sin forma determinada abarcan todo el horizonte. Pero no oímos truenos, y hasta podemos decir que la calma absoluta de esta atmósfera llega a ser inquietante. Durante dos horas, la señorita Herbey, Andrés Letourneur y yo, esperando respirar alguna bocanada fresca de aire, contemplamos estos preliminares de la tempestad que es como un ensayo de la naturaleza, y olvidamos la situación presente para admirar este sublime espectáculo de un combate de nubes cargadas

de electricidad. Diríamos que son como fuertes almenados cuya cresta se cubre de fuegos. Hasta las almas más endurecidas se conmueven ante estas grandes escenas, y veo a los marineros mirar atentamente esta deflagración incesante de las nubes. Sin duda, les asustan esos relámpagos vagabundos que no irrumpen en ningún punto determinado del horizonte, anunciando una lucha inminente de los elementos. Y tienen razón ¿En efecto, que será de la balsa, débil juguete en medio de los furores del cielo y del mar? Hasta medianoche, nos quedamos sentados en popa. Los efluvios luminosos, cuya blancura aumenta la oscuridad de la noche, difunden por nosotros un tinte lívido, semejante a este color espectral que toman los objetos, cuando se los alumbraba a la llama del alcohol impregnado con sal.

—¿Tiene miedo de la tormenta, señorita Herbey? Le pregunta Andrés Letourneur a la joven chica. No, señor, responde la señorita Herbey, el sentimiento que experimento es más bien de respeto que de miedo. ¿No es uno de los fenómenos más bellos que pudiéramos admirar? Tiene mucha razón, señorita Herbey, repite Andrés Letourneur, sobre todo cuando ruge el estruendo del trueno. El oído no puede oír un ruido más majestuoso, ¿que son, al lado, las detonaciones de la artillería, estos estruendos secos y sin ecos? El trueno llena el alma, y es más bien un sonido que un ruido, un sonido que se amplía y disminuye como la nota obligada de un tenor. Y, para decirle la verdad, señorita Herbey, la voz de un artista jamás me emocionó como esta grandeza incomparable de la voz de la naturaleza.

—Voz de bajo profundo, digo riéndome.

—¡En efecto, responde Andrés, y quiera Dios que podamos oírlo dentro de poco, porque estos relámpagos sin truenos son monótonos! ¡Que ideas, mi querido Andrés! Respondí. Afrontemos la tormenta, si viene, pero no la deseemos. ¡Sin embargo! ¡La tormenta, es el viento que nos falta! ¡Y agua, sin duda, añade la señorita Herbey, el agua que tan poca poseemos! No me faltaría que responder a estos jóvenes imprudentes, más no quiero mezclar mi triste prosa a su poesía. Contemplan la tormenta bajo un punto de vista especial, y, durante una hora, los oigo devanear invocando al huracán con todo el ardor de sus deseos.

Entretanto, el cielo se va cubriendo poco a poco con espesas

nubes. Los astros por encima de nosotros se van apagando uno a uno, poco después que las constelaciones zodiacales hayan desaparecido bajo las brumas del horizonte. Los vapores negros y pesados forman nubes por encima de nuestras cabezas y oscurecen las últimas estrellas del cielo, incesantemente, en esta masa oscura se superponen grandes luces blanquecinas, sobre las cuales se recortan las pequeñas nubes grisáceas. Todo este depósito de electricidad, establecido en las altas regiones de la atmósfera, acaba sin ruido hasta ahora. Pero al ser el aire muy seco, y, por esto mismo, mal conductor, el fluido sólo podrá disiparse por choques terribles, y parece imposible que la tormenta no estalle pronto con una enorme violencia. De la misma opinión son Robert Kurtis y el contramaestre. Éste no tiene otra guía que su instinto infalible de hombre de mar. En cuanto al capitán, junto al instinto de «*weatherwise*^[5]», se unen los conocimientos propios de un oficial instruido. Me muestra, por encima de nosotros, un espesor de nubes que los meteorólogos llaman «*cloudring*^[6]», y que se forman casi exclusivamente en las regiones de la zona tropical, saturadas por todo el vapor de agua que los alisios aportan de todos los puntos del océano. Sí, señor Kazallon, me dice Roberto Kurtis, estamos en la región de las tormentas, porque el viento arrastró nuestra balsa hasta esta zona, donde un observador, dotado de sentidos muy sensibles, continuamente oiría los estruendos del trueno. Esta observación ha sido hecha ya desde hace mucho tiempo, y la considero justa me parece, respondí aguzando el oído, oír estos estruendos continuos de los que usted me habla. En efecto, dice Roberto Kurtis, son los primeros gruñidos de la tormenta, que, antes de dos horas, estallará con toda virulencia. ¡Pues bien! Estaremos dispuestos a recibirla. Ninguno de nosotros piensa en dormir, y no podría, porque el aire es abrumador. Los relámpagos se extienden, se desarrollan por el horizonte sobre una extensión de cien o cientocincuenta grados, y después corren en un círculo entero en el cual el cielo parece encontrarse con el mar. Toda la atmósfera se envuelve en una clara fosforescencia. Por fin, los ruidos del trueno se acentúan y se vuelven más penetrantes; pero, si puede expresarse así, todavía son ruidos redondos, sin ser recrudescentes, gruñidos que el eco todavía no los aumenta. Se diría que la bóveda celeste esta acolchada por estas nubes, cuya elasticidad sofoca la sonoridad

de las descargas eléctricas. El mar hasta ahora esta tranquilo, pesado, casi estancado. Sin embargo, los marineros no se equivocan al ver las anchas olas que comienzan a levantarse. Para ellos, el mar se prepara para la lucha, y ya se va haciendo presente la agitación de la lejana tempestad. El terrible viento no está lejos, y, por medida de prudencia, una embarcación ya estaría a la capa; pero la balsa no puede maniobrar, y su único recurso es huir, escapar delante del temporal. A la una de la mañana, un relámpago vivo, seguido de una descarga atronadora después de un intervalo de unos pocos segundos, indica que la tormenta la tenemos encima. El horizonte desaparece de repente en una bruma húmeda, se diría que echándose sobre la balsa. Enseguida, se oye la voz de uno de los marineros: «¡La ráfaga! ¡La ráfaga!».



CAPÍTULO XXXV

OLAS MONSTRUOSAS. —LOS PASAJEROS SE AMARRAN. — LA
TEMPESTAD EN SU APOGEO. — PIEDRA. — SE ARRANCAN LAS
TABLAS DE BABOR. — LA BALSA SE INCLINA. —DOS MARINEROS AL
AGUA

La noche del 21 al 22 de diciembre.

EL contramaestre se precipita a la driza que sostiene la vela, y la verga es arriada sin demora. Ya es tiempo, pues la ráfaga pasa sobre nosotros rápida como un rayo. Sin el grito del marinero que nos previno, posiblemente habríamos sido derribados y precipitados al mar. La tienda de popa, ha sido llevada por el vendaval. Pero si la balsa no tiene nada que temer directamente por el viento, por ser demasiado baja, si tiene que temer sobre todo por las olas monstruosas, levantadas por el huracán. Estas olas se muestran durante algunos minutos, aplastadas bajo la presión del aire; luego, se levantan más furiosamente, y su altura aumenta en la misma razón en que han venido sufriendo por la compresión del aire. En seguida, la balsa sigue los movimientos desordenados de este oleaje, y se desplaza con, un va y viene incesante, para oscilar de babor a estribor y de proa a popa. —¡Amárrense! ¡Amárrense!—. Nos grita el contramaestre, echándonos unos cabos. Roberto Kurtis corre rápidamente en nuestra ayuda. Pronto los Letourneur, Falsten y yo, nos atamos sólidamente al maderamen de la balsa, el mar sólo nos arrastrara si la balsa se descoyunta. La señorita Herbey se ata por la

cintura a uno de los soportes que sostienen la tienda, y, a la luz de los relámpagos, veo su figura siempre serena. Ahora la electricidad se manifiesta sin interrupción, por los relámpagos y por los truenos. Nuestras oídos y nuestros ojos están llenos de ellos. Los truenos son continuos, y los relámpago nunca se extinguen. En medio de estos resplandecientes fulgores, la bóveda celeste parece incendiarse entera. Se diría también que el océano esta incendiado como el cielo, y veo varios relámpagos ascendentes que, elevándose desde las crestas de las olas, se cruzan con los que bajan del cielo. La atmósfera esta impregnada de emanaciones sulfurosas, sin embargo hasta ahora el rayo nos ha evitado y sólo nos hiere el mar.

A las dos de la mañana, la tormenta está en todo su apogeo. El viento ha pasado al estado de huracán, y el oleaje, que es espantoso, amenaza con desunir la balsa. El carpintero Daoulas, Roberto Kurtis, el contraamaestre y otros marineros, trabajan para consolidarlo con cabos. A menudo descargan verticalmente sobre nosotros enormes golpes de mar, que nos calan hasta los huesos con un agua casi tibia. El Sr. Letourneur sale al encuentro de estas olas furiosas, como para cubrir a su hijo de un choque demasiado violento. La señorita Herbey esta inmóvil. Parece la estatua de la resignación.

En este momento a la rápida luz de los relámpagos, percibo gruesas nubes, muy extensas y probablemente muy profundas, que tienen un color rojizo, y un chisporroteo, semejante a un fuego de mosquetes, resuena en el aire. Es una crepitación particular, producida por una serie de descargas eléctricas, a las cuales los granizos sirven de intermediarios entre las nubes opuestas. Y, en efecto, a consecuencia del encuentro de una nube tempestuosa y de una corriente de aire fría, el granizo se forma y cae con extrema violencia. Somos ametrallados por estos granizos, del grosor de una nuez, que golpean la plataforma con una sonoridad metálica.

El meteoro persiste así durante una media hora y contribuye abatiendo la violencia del viento; pero éste, después de haber saltado a todos los puntos del compás, prosigue luego con una violencia incomparable. El mástil de la balsa, cuyos obenques se rompen, está recostado de través sobre el piso de ésta, y nos apresuramos a soltarlo de su ensambladura, con el fin de que no se quiebre por el pie. El timón es desmontado por un golpe de mar, y

la espadilla se va a la deriva sin que sea posible retenerla. Al mismo tiempo, los tablones que forman la borda de babor son arrancados, y el mar entra por esta abertura.

El carpintero y los marineros quieren reparar la avería, pero los enormes balanceos no les dan tregua, derrumbándoles y rodando unos sobre otros en el momento que la balsa es llevada por olas monstruosas, que la inclinan bajo un ángulo de más de cuarenta y cinco grados. ¿Cómo no son estos hombres arrebatados por el mar? ¿Cómo no se rompen los cabos que nos retienen? ¿Cómo no somos todos echados al abismo? Es inexplicable. ¡En cuanto a mí, me parece imposible que, en uno de estos movimientos desordenados, la balsa no sea volteada, y entonces, atados a estas tablas, perezcamos asfixiados bajo el agua!

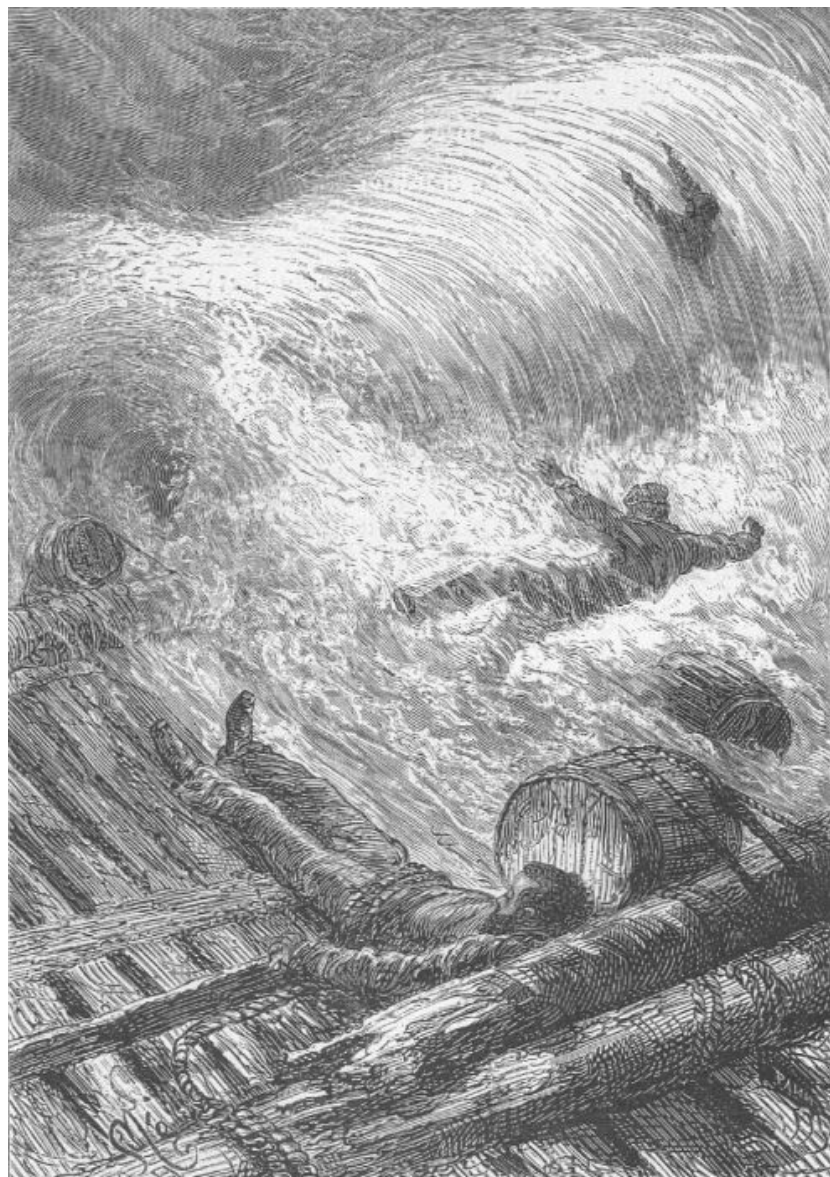
En efecto, hacia las tres de la mañana, en el momento en el que el huracán se desencadena más violentamente que nunca, la balsa, llevada sobre la cresta de una ola se coloca, por decirlo así, casi vertical. ¡Gritos de pavor se escapan! ¡Vamos a morir!... No... La balsa se mantiene sobre la cresta de la ola, a una altura inconcebible, y bajo la luz intensa de los relámpagos que se cruzan en todos los sentidos, contemplamos espantados y aterrados este mar de espuma como las rompientes de la costa.

Luego, la balsa recupera enseguida su posición horizontal; pero, durante este desplazamiento oblicuo, los tirantes de sujeción de las barricas se rompen. Veo pasar una por la parte superior de la borda, y la otra caerse dejando escapar el agua que contiene.

Algunos marineros se precipitan para retener el segundo barril que guarda las conservas de carne seca. Pero el pie de uno de ellos se traba entre las tablas desjuntadas de la plataforma que se estrechan, y el desgraciado suelta aullidos de dolor.

Quiero socorrerle, consigo desatar las cuerdas que me atan... Pero es demasiado tarde, y en un relámpago deslumbrante, veo al infortunado, cuyo pie se suelta, como es arrebatado por un golpe de mar que se estrella sobre nosotros. Su compañero desaparece con él, sin que haya sido posible auxiliarles.

En cuanto a mí, el golpe de mar me tumba sobre la plataforma, golpeándome la cabeza contra una barra, perdiendo el conocimiento.



CAPÍTULO XXXVI

DAÑOS. — ¿EN QUÉ CONSISTEN Y CUANTO DURARÁN LAS
PROVISIONES? — ABATIMIENTO GENERAL.

22 de diciembre.

AMANECE por fin, apareciendo el sol entre las últimas nubes que la tempestad ha dejado tras ella. La lucha de los elementos ha durado sólo algunas horas, pero ha sido espantosa, el aire y el agua batiéndose con una violencia sin igual.

Sólo he podido indicar los incidentes principales, porque el desvanecimiento que ha seguido a mi caída no me ha permitido observar el fin de este cataclismo. Sé solamente que, poco tiempo después del golpe de mar que arrebató a los dos hombres, el huracán se calmó bajo el efecto de aguaceros violentos, y que la tensión eléctrica de la atmósfera se aminoró. La tempestad pues, ha acabado antes de amanecer. ¡Pero en este corto espacio de tiempo, nos ha causado enormes daños, nos ha infligido unas pérdidas irreparables, y como consecuencia, nos esperan unas dolorosas miserias! ¡Ni siquiera hemos podido conservar una gota de estos torrentes de agua que nos cayeron!

Vuelvo en mí, gracias a los cuidados de los Letourneur y de la señorita Herbey, pero es a Roberto Kurtis a quien debo no haber sido arrastrado por un segundo golpe de mar.

Uno de los marineros que perecieron durante la tempestad es Austin, un joven hombre de veintiocho años de edad, buen sujeto,

activo y animoso. ¡El segundo, es el viejo irlandés O'Ready, superviviente de tantos naufragios!

¡No quedamos más que dieciséis sobre la balsa, es decir que cerca de la mitad de los que se embarcaron a bordo del *Chancellor* ya han desaparecido!

¿Y ahora, qué víveres nos restan?

Robert Kurtis procede a hacer un balance exacto de las provisiones. En qué consisten, y cuánto tiempo durarán.

El agua por ahora no faltará, porque todavía quedan en el fondo de la barrica quebrantada cerca de catorce galones^[7], y la segunda barrica esta intacta. Pero el barril que contenía la carne seca y en el que guardábamos los peces que habíamos pescado, nos lo ha robado el mar, y de esta reserva no queda absolutamente nada. En cuanto al bizcocho, Roberto Kurtis calcula en más de sesenta libras las que han podido ser salvadas de las garras del mar.

Sesenta libras de bizcocho para dieciséis personas, esto apenas nos da alimento para ocho días a un poco menos de media libra por cabeza y día.

Robert Kurtis nos hizo saber toda la situación. Le escuchamos en silencio. Silenciosos también pasamos este día 22 de diciembre, concentrados cada uno en si mismos, pero evidentemente, los mismos pensamientos nacían en el espíritu de todos. Parece que nos miramos de modos diferentes y que todos entrevemos el espectro del hambre. Hasta ahora, no nos hemos privado todavía de comer y beber. ¡Pero, ahora, la ración de agua va a ser drásticamente reducida, en cuanto a la de bizcocho...!

En cierta ocasión, me acerco al grupo de los marineros, tumbados en proa, y oigo a Flaypol decir en tono irónico:

—Los que deben morir harían bien apresurándose.

—¡Es verdad, responde Owen! ¡Por lo menos, dejarían su parte a otros!

Así pasamos el día tristes y abatidos. Cada uno recibió su media libra de bizcocho reglamentario. Unos lo devoraron inmediatamente con cierta especie de rabia, otros prudentemente la reservaron. Me parece que el ingeniero Falsten divide su ración en tantas partes como comidas suele hacer habitualmente al día.

Si alguno ha de sobrevivir, será Falsten.

CAPÍTULO XXXVII

SE AMARRA EL MÁSTIL. — DESESPERADA SITUACIÓN DE WALTER.
— CAÑAS DE PESCAR. — ¿CÓMO CEBARLAS?

Del 23 al 30 de diciembre.

DESPUÉS de la tempestad, el viento viro al nordeste, y se conserva fresco. Hay que sacar provecho de esta situación, ya que tiende a acercarnos a la costa. El mástil, restablecido en su sitio por Daoulas, es sólidamente sujetado, la vela es largada en la verga, y la balsa marcha viento en popa a razón de dos millas a dos millas y media por hora.

Nos ocupamos también de reajustar la espadilla, que esta fabricada por medio de un palo y una tabla ancha. Mal que bien funciona aceptablemente; aunque para la velocidad que el viento imprime a la balsa, no es necesario un gran esfuerzo para manejarla.

La plataforma también es reparada con cabos y cuñas, que unen las tablas desjuntadas. La borda de babor arrancada por el mar, es reemplazada y así nos libra de los embates del agua. En una palabra, todo lo que es posible hacer para consolidar este conjunto de mástiles y de vergas ha sido hecho, pero el peor peligro no es ese.

Con la limpieza de la atmósfera vuelve el calor tropical, del que tanto sufrimos los días precedentes. Hoy, afortunadamente la brisa es moderada. Al haber sido reparada la tienda en la popa de la

balsa, nos refugiamos todos dentro alternativamente.

Sin embargo, la insuficiente alimentación comienza a hacerse sentir más seriamente. Se ve claramente que sufrimos hambre. Las mejillas se nos hunden, tenemos los rostros afilados y demacrados. En casi todos nosotros, está afectado el sistema nervioso central, y la constricción del estómago nos produce sensaciones dolorosas. ¡Si al menos para engañar o para adormecer este hambre tuviéramos algún narcótico, opio o tabaco!... Más no tenemos nada.

El único de nosotros que escapa a esta imperiosa necesidad, es el teniente Walter, preso de una fiebre intensa que su misma fiebre «*alimenta*»; pero una sed ardiente lo tortura. La señorita Herbey, reserva para el enfermo una parte de su ración, y consigue también de Roberto Kurtis un suplemento de ración de agua, de cuarto en cuarto de hora humedece los labios del pobre teniente. Walter apenas puede balbucear una palabra, y con la mirada agradece la caridad de la joven chica. ¡Pobre chico! Está condenado, y los cuidados más perseverantes no lo salvarán. ¡Por lo menos, no tendrá que sufrir mucho tiempo!

Además, hoy parece ser consciente de su estado, porque me llama por señas. Voy a sentarme cerca de él. Reúne entonces todas sus fuerzas, y, con palabras entrecortadas, me dice:

«¿ Señor Kazallon, duraré mucho tiempo?».

Me demoro un poco en responder, más Walter nota mi vacilación.

«¡ La verdad!, ¡repítele, dígame toda la verdad!

—No soy médico, y no sabría ...

—¡Es lo mismo! ¡Le ruego que me responda!...».

Miro largamente al enfermo, luego, pongo mi oreja contra su pecho. Desde hace algunos días, la tisis evidentemente ha hecho en él progresos terribles. Estoy seguro que uno de sus pulmones ya no funciona, y que el otro apenas basta para satisfacer las necesidades de su respiración. Walter está preso de una fiebre, que debe ser el signo de un fin próximo en las afecciones tuberculosas.

¿Cómo puedo responder a su pregunta?

¡Su mirada es un interrogante, y no sé que decir, busco alguna respuesta evasiva!

«¡Amigo mío, le digo, ninguno de nosotros, en la situación que nos hallamos, puede contar con vivir mucho tiempo! ¿Quién sabe si

antes de ocho días, todos los que estamos en la balsa?».

—¡Antes de ocho días! Murmura el teniente, cuya mirada ardiente se fija sobre mí.

Luego, vuelve la cabeza y parece adormecerse.



Los días 24, 25, y 26 de diciembre, no se produce ningún cambio en nuestra situación. Por muy improbable que parezca, nos

acostumbramos a no morir de hambre. Las descripciones de los naufragios presentan a menudo hechos que concuerdan con aquellos que observo aquí. Leyéndolos, los encontraba exagerados. Me engañaba, ahora verifico que se puede sobrevivir con falta de alimento más tiempo de lo que pensaba. Por otra parte, el capitán creyó que a nuestra media libra de bizcocho, debía sumar algunas gotas de aguardiente, y este régimen sostiene nuestras fuerzas más de lo que razonablemente podíamos esperar. ¡Si tuviéramos para dos meses, o para un mes, al menos asegurada una ración igual! Más las provisiones se agotan, y todos prevemos el momento en que esta pobre alimentación nos faltara completamente.

Precisamos pues a toda costa, pedir al mar un suplemento de víveres, lo que ahora es difícilísimo. Sin embargo, el contraмаestre y el carpintero fabrican nuevas líneas con fibras de cabos, y los arman con clavos sacados de las tablas de la plataforma.

Concluida la fabricación de estos toscos aparejos, el contraмаestre parece bastante satisfecho de su obra.

«¡ Estos aparejos no son anzuelos perfectos, me dice, pero engancharían un pez como cualquier otro anzuelo si no faltase el cebo! Ahora sólo tenemos bizcocho, y esto no sirve como cebo. Pescado el primer pez, no sería difícil hacer cebo con su carne cruda. Pero, esa es la dificultad: ¡pescar el primer pez!».

El contraмаestre tiene razón, y es probable que la pesca sea infructuosa. Al fin, deciden experimentar y prueban fortuna, las líneas son colocadas en el arrastre, más, como se podía prever, ningún pez «*muerde*» en los anzuelos. Es evidente, además, que en estos mares son poco abundantes los peces.

Durante los días 28 y 29, nuestras tentativas continúan vanamente. Los pedazos de bizcocho con los cuales cebamos los aparejos se disuelven en el agua, hay que renunciar a esto. Por otra parte, es gastar inútilmente el bizcocho, que forma nuestro único alimento, y del cual no podemos contar más que apenas unas migajas.

Agotado estos recursos el contraмаestre, decide entonces enganchar un trozo de tela al clavo de los aparejos. La señorita Herbey le da un pedazo del mantón rojo que le envuelve. ¿Posiblemente este trapo, brillando bajo las aguas, atraiga algún pez voraz?

Este nuevo ensayo lo hacemos durante la jornada del día 30. Durante varias horas, los aparejos son largados al fondo, más, cuando los retiramos, el trapo rojo siempre aparece intacto.

El contraamaestre está completamente desanimado. Tenemos que buscar otro recurso. ¡Que no daríamos por tener este primer pez que nos permitiera posiblemente pescar otros!

«Puede que haya un medio de cebar nuestros aparejos, me dice el contraamaestre en voz baja.

—¿Cuál? Le pregunto.

—¡Después se lo diré!». Responde el contraamaestre mirándome con aire singular.

¿Que significan semejantes palabras en boca de un hombre que siempre me pareció tan reservado? Estuve pensando en ello durante toda la noche.

CAPÍTULO XXXVIII

TRES MESES DE NAVEGACIÓN. —AÑO NUEVO. — EL HAMBRE. —
MOTÍN. — LUCHA. — MUERTE DE WILSON. —PREGUNTA INSOLENT
DE OWEN.

Del 1 al 4 de enero.

HACE más de tres meses que partimos de Charleston a bordo del *Chancellor*, y ya han transcurrido veinte días que estamos en esta balsa, a la merced de los vientos y las corrientes. ¿Hemos derivado al oeste, hacia la costa americana, o bien la tempestad nos echó de nuevo al océano lejos de toda tierra? Ni siquiera podemos saberlo. Durante el último huracán que tantos perjuicios nos causó, los instrumentos náuticos del capitán se han hecho pedazos, a pesar de todas las precauciones tomadas. Roberto Kurtis no tiene compás para determinar la dirección que seguimos, ni sextante para tomar la altura. ¿Estaremos próximos o a varias centenas de millas de la costa? Sólo Dios lo sabe. Sin embargo, mucho me temo pues que después de todas las circunstancias que han estado en contra nuestra, estemos mucho más lejos de tierra.

Esta ignorancia absoluta de la situación, sin duda es desesperante; pero así como la esperanza jamás abandona el corazón del hombre, a menudo queremos creer, contra toda razón, que la costa este próxima. También, cada uno de nosotros observa el horizonte e intenta divisar sobre esa línea tan nítida una apariencia de tierra. A este respecto, nosotros los pasajeros con la

vista poco habituada a las largas distancias en el mar nos engañamos a nosotros mismos sin cesar y sufrimos la amargura de la desilusión. ¡Creemos avistar y no hay nada! Es una nube, una niebla, una ondulación del oleaje. No hay ninguna tierra, ninguna embarcación se recorta sobre este perímetro grisáceo, donde se confunden el mar y el cielo. La balsa ocupa siempre el centro de esta circunferencia desierta.

El 1 de Enero, comimos nuestro último bizcocho, o, mejor dicho, nuestras últimas migajas de bizcocho. El ¡1 de Enero! ¡Qué recuerdos nos trae este día, cuantos deseos de felicidad, y, por comparación nos parece lamentable! ¡La renovación del año, las fiestas que éste «día de año nuevo» provoca, fiestas en familia, las esperanzas con las que se alegran los corazones, nada de esto es para nosotros! La frase: «le deseo un ¡feliz Año Nuevo!». Que tantos miles de almas la dicen entre sonrisas, ¿quién de nosotros se atrevería a pronunciarla? ¿Quién de nosotros esta seguro de vivir un día más?

Y sin embargo, el contraamaestre se me acerca, y me dice de un modo extraño:

«Señor Kazallon, le deseo feliz ...

—¿Año nuevo?

—¡No! ¡Este día, y ya es mucho desear de mi parte, porque no hay nada más que comer en la balsa!».

Nada más, lo sabemos, y sin embargo, al día siguiente, cuando llega la hora de la distribución diaria, somos conscientes de la nueva situación. ¡No podemos creer en esta escasez absoluta!

Hacia la tarde, siento en el estómago unas violentas contracciones. Provocándome unos dolorosos bostezos; después se calman pasadas unas horas.

Al día siguiente, 3, me admiro de no sufrir más. Siento en mí un vacío inmenso, pero esta sensación por lo menos es tan moral como física. Mi cabeza, pesada y mal equilibrada, me parece que se bambolea sobre mis hombros, y experimento unos vértigos como los que se producen a la vista de un abismo en el cual nos precipitamos.

Pero estos síntomas no son iguales para todos. Algunos de mis compañeros sufren terriblemente. Entre otros citare, al carpintero y al contraamaestre, que son grandes comilones por naturaleza. Los

dolores les arrancan gemidos involuntarios, y para calmarlos se aprietan el estomago con una cuerda. ¡Y estamos apenas en el segundo día!

¡Oh! ¡Esa media libra de bizcocho, esa ración tan somera qué nos parecía insuficiente, nuestro deseo la engrandece ahora, cuan enorme nos parece, ahora que no tenemos nada más! ¡Si todavía se nos distribuyera, no la mitad, si no tan siquiera un cuarto, bastaría para nuestra subsistencia de varios días! ¡La comeríamos sólo migaja a migaja!

¡En una ciudad asediada, reducida a la escasez más completa, siempre es posible buscar, en los escombros, en los arroyos, en los rincones, algún hueso demacrado, alguna raíz de desecho, que engañara un instante el hambre! Pero sobre estas tablas, tantas veces lamidas por el mar, buscamos todavía, escudriñamos sus intersticios, y rascamos sus cantos donde el viento haya podido acumular algunas migajas de alimento.

¡Las noches se hacen muy largas, —más largas que los días! ¡En vano pido al sueño un apaciguamiento momentáneo! El sueño, si llega a cerrarnos los ojos, no es más que un adormecimiento febril colmado de pesadillas.

Esta noche, sin embargo, sucumbiendo al cansancio, conseguí dormir durante algunas horas, en las que mi hambre se adormecía también.

Al día siguiente, a las seis, me despiertan unos gritos sobre la balsa. Me levanto súbitamente, y, a la proa percibo al negro Jynxtrop, y los marineros Owen, Flaypol, Wilson, Burke, y Sandon, reunidos en actitud agresiva. Estos miserables se han apoderaron de los utensilios del carpintero, hachas, escoplos formones y amenazan al capitán, al contraмаestre y a Daoulas. Voy inmediatamente a juntarme con Roberto Kurtis y los suyos. Falsten me sigue inmediatamente. Sólo tenemos por armas nuestras navajas, más a pesar de todo estamos resueltos a defendernos.

Owen y su tropa se adelantan sobre nosotros. Estos desgraciados están ebrios. Durante la noche, desfondaron el barril de aguardiente, y bebieron hasta casi acabarlo.

—¿Que pretenden?

Owen y el negro, menos ebrios que los otros, los incitan a que nos asesinen, les domina una especie de furor alcohólico.

«¡ Fuera Kurtis! Exclaman. ¡Al mar, el capitán! ¡Qué mande Owen! ¡Qué mande Owen!».

El cabecilla, es Owen, y el negro Jynxtrop hace de segundo. El odio de estos dos malvados contra sus superiores, se manifiesta de momento, por este acto violento que no mejora en nada la situación, más sus partidarios, incapaces de razonar, y armados como ellos, son terribles.

Roberto Kurtis, viéndolos adelantarse, sale a su encuentro, y con una voz fuerte grita:

—¡Abajo las armas!



—¡Muerte al capitán! —Grita Owen.

Este infame excita a sus cómplices con ese gesto, pero Roberto Kurtis, apartando a la tropa ebria, se dirige hacia él.

—¿Que quieres? Le pregunta.

—¡No queremos capitán en la balsa! ¡Responde Owen! ¡Aquí somos todos iguales!

—¡Estúpido animal! ¡Pues no somos todos iguales delante de la miseria!

—¡Owen, repite una segunda vez el capitán, bajen las armas!

—¡Adelante camaradas! —Exclama Owen.

Y se enzarzan en la lucha. Owen y Wilson se precipitan sobre Roberto Kurtis, que para los golpes con un trozo de barrote, mientras que Burke y Flaypol se echan sobre Falsten y sobre el contraмаestre. Delante de mí el negro Jynxtrop, blandiendo un hacha, intenta herirme. Trato de rodearlo con mis brazos, con el fin de paralizar sus movimientos, pero la fuerza muscular de este miserable es superior a la mía. Después de luchar unos instantes, veo que voy a sucumbir, cuando Jynxtrop cae sobre la plataforma, arrastrándome con él. Es Andrés Letourneur quien cogiéndole por una pierna lo ha derribado.

Esta intervención me ha salvado. El negro, cayendo, ha soltado su hacha, de la que me apodero, y alzo el brazo para despedazar el cráneo de mi adversario, pero la mano de Andrés me detiene.

Efectivamente, los rebeldes han sido rechazados a proa de la balsa. Roberto Kurtis, después de haber esquivado los golpes de Owen, acaba por coger un hacha, y levantando la mano, le propina un golpe formidable.

Pero Owen se ladea, y el hacha alcanza a Wilson en pecho pleno. El miserable herido de muerte cae de espaldas, fuera de la balsa, y desaparece.

—¡Recójalo! ¡Recójalo! Dice el contraмаestre.

—¡Esta muerto! Responde Daoulas.

—¡Pues claro! ¡Por eso mismo!... —Exclama el contraмаestre, sin terminar su frase.

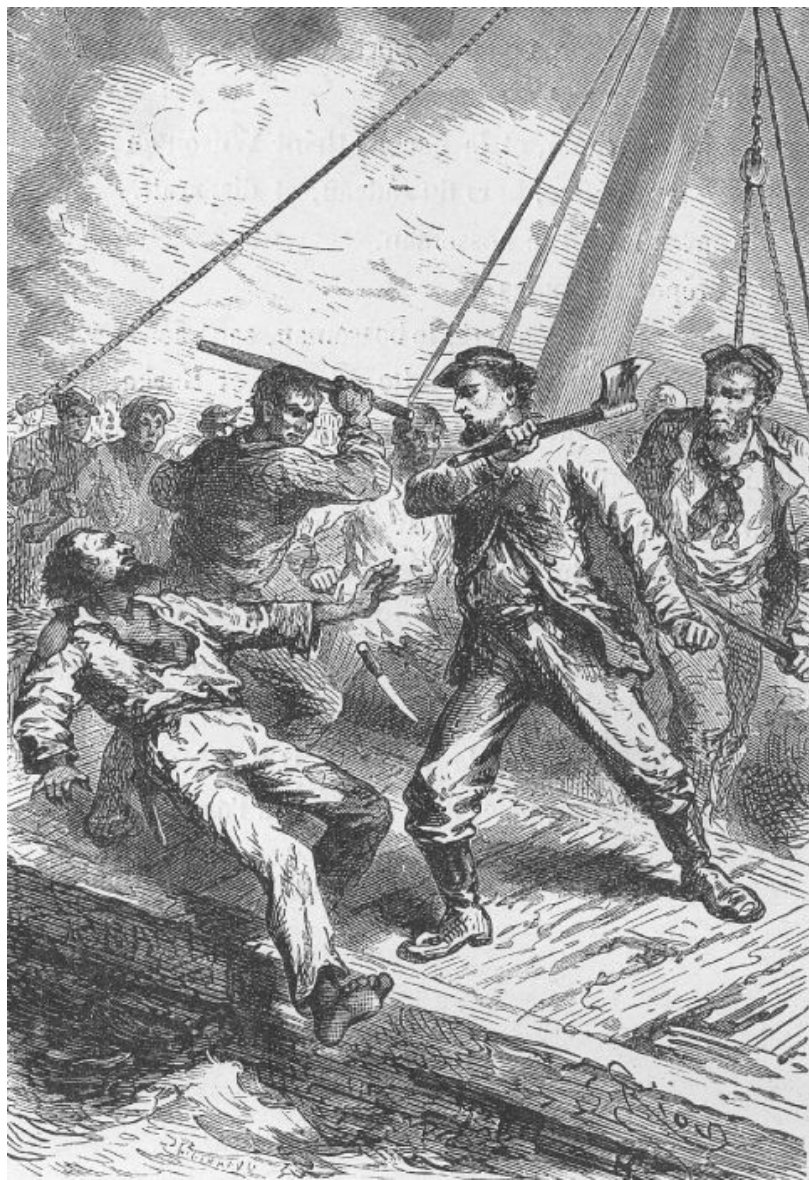
Con la muerte de Wilson se acaba el combate. Flaypol y Burke, completamente borrachos, están acostados sin movimiento, nos precipitamos entonces sobre Jynxtrop, y lo amarramos sólidamente al pie del mástil.

En cuanto a Owen, ha sido dominado por el carpintero y el contraмаestre. Roberto Kurtis se acerca entonces con el puño manchado de sangre y le dice:

—¡Ruega a Dios, porque vas a morir!

—¡Parece que tiene usted mucha prisa en comerme! —Responde Owen con un atrevimiento inaudito.

Esta respuesta atroz le salva la vida. Roberto Kurtis baja el hacha que había levantado sobre Owen, y muy pálido y desencajado, se dirige a sentarse en la popa de la balsa.



CAPÍTULO XXXIX

HORRIBLES PRIVACIONES. — EL MAYORDOMO HOBART. — EL
SEÑOR LETOURNEUR. — RESISTO A LA TENTACIÓN.

Días 5 y 6 de enero.

ESTA escena nos causa profunda impresión. La respuesta de Owen, dadas las circunstancias, hace sucumbir a los más enérgicos.

Tan pronto como sereno mi espíritu, agradezco vivamente al joven Letourneur, su intervención que me ha salvado la vida.

—«¡Usted me lo agradece, responde, cuando posiblemente debería maldecirme!

—¡Maldecirle a usted, Andrés!

—¡Señor Kazallon, al salvarle, lo único que he hecho es prolongar sus sufrimientos!

—¡Lo importante, señor Letourneur, dice entonces acercándose la señorita Herbey, es que usted cumplió con su deber!».

¡Siempre el sentimiento del deber animando a esta desgraciada joven!

Las privaciones le han hecho adelgazar; sus ropas, descoloridas por la humedad, desgarradas por los golpes, parecen harapos, pero ni una queja se escapa de su boca, y nunca se mostrará abatida.

«¿ Señor Kazallon, me dice, estamos destinados a morir de hambre?».

—Sí, señorita Herbey, respondo casi con aspereza.

—¿Cuánto tiempo se puede vivir sin comer?

—¡Más de lo que cree! ¡Posiblemente largos e interminables días!

—¿Las personas de constitución robusta son las que más sufren, no? —Añade todavía.

—Sí, pero mueren más rápido. ¡Es una ventaja!

—¿Cómo he respondido tan duramente a la pobre joven? ¡Cómo! ¿No le he dirigido una sola palabra de esperanza? ¿Le he arrojado la verdad brutal a la cara? ¿Acaso se ha extinguido en mí todo sentimiento de humanidad? Andrés Letourneur y su padre, que me oyen, me miran varias veces fijamente, con sus grandes ojos dilatados por el hambre, preguntándose si, efectivamente, soy yo quien habla de tal modo.

Poco rato después, cuando nos quedamos solos, me dice la señorita Herbey, en voz baja:

—Señor Kazallon, ¿quiere usted hacerme un favor?

—Sí, señorita —respondo, muy emocionado y dispuesto a hacer en su obsequio cuanto me sea posible.

—Si muero antes que usted —continúa la señorita Herbey—, cosa que puede suceder, aunque soy muy débil, prométame usted arrojar mi cuerpo al mar.

—Señorita Herbey, le pido a usted perdón, por...

—No, no —añade medio sonriéndose—, usted ha hecho bien en decirme lo que me ha dicho; pero prométame ejecutar mi deseo. Es una debilidad; no temo nada mientras esté viva... Pero, muerta... Prométame arrojarme al mar.

Se lo prometo, la señorita Herbey me tiende su mano y sus dedos enflaquecidos estrechan débilmente los míos.

Ha transcurrido otra noche. En algunos momentos mis padecimientos son tan atroces, que se me escapan gritos de dolor; luego, se calman y quedo sumergido en una especie de estupor. Cuando vuelvo en mí, me sorprende encontrar a mis compañeros todavía vivos.

El que de todos nosotros parece soportar mejor las privaciones es el mayordomo Hobbart, de quien he hablado poco en esta narración. Es un hombrecillo de fisonomía ambigua y mirada cariñosa, y con frecuencia se sonríe moviendo sólo los labios; lleva los ojos medio cerrados, como si quisiera disimular sus pensamientos y toda su persona respira la falsedad. Juraría que es

un hipócrita; y, en efecto, si he dicho que las privaciones no le han producido gran efecto, no es porque deje de quejarse, sino que, por el contrario, gime sin cesar, pero no sé por qué sus gemidos me parecen mentira. Ya veremos; vigilaré a ese hombre, porque sospecho algo que convendrá aclarar.

Hoy, 6 de enero, el señor Letourneur me llama aparte, y llevándome a popa me manifiesta su propósito de comunicarme un secreto; pero desea no ser visto ni oído.

Vamos al ángulo de babor, donde, como empieza a caer la noche, nadie puede vernos.

—Señor Kazallon —me dice en voz baja el señor Letourneur—, Andrés está muy débil, se muere de hambre, y yo no puedo resistir más tiempo semejante espectáculo. No, no quiero verlo.

El señor Letourneur me habla con cólera mal reprimida y su acento tiene algo de salvaje. ¡Ah, comprendo todo lo que este padre debe sufrir!

—Señor Letourneur —le digo, estrechándole la mano—, no perdamos la esperanza. Algún buque...

—No vengo —dice el padre, interrumpiéndome—, no vengo a pedir a usted consuelos vulgares. No pasará ningún buque, bien lo sabe usted. Se trata de otra cosa. ¿Cuántos días hace que mi hijo, usted y los demás no han comido?

—El 2 de enero se concluyó el bizcocho —respondo, asombrado de su pregunta—; estamos a 6, es decir, de modo que hace cuatro días que...

—Que no han comido ustedes —interrumpe el señor Letourneur—. Pues bien, yo llevo ocho sin comer.

—¡Ocho días!

—Sí, he economizado para mi hijo.

Al oír esto, se me inundaron los ojos de lágrimas y me apodero de las manos de Letourneur, que apenas puede hablar. Lo miro... ¡ocho días!

—Señor Letourneur —le digo al fin—, ¿qué quiere usted de mí?

—Silencio, no hable usted tan alto; es preciso que nadie nos oiga.

—Bien; diga usted lo que desea.

—Quiero —dijo bajando la voz—, deseo que ofrezca usted esto a Andrés...

—¿Pero usted no puede dárselo?

—No, no... Creería que me he privado del alimento por él y lo rechazaría. No; es necesario que se lo entregue usted.

—¡Señor Letourneur!

—Por compasión, hágame usted ese favor... Es el mayor que puedo pedir a usted en este momento... Además..., por el trabajo de usted...

Y, al decir esto, el señor Letourneur me coge la mano y la acaricia suavemente.

—Por el trabajo de usted, sí... podrá usted tomar... un poco.

¡Pobre padre! Al oírlo tiemblo como un chiquillo; todo mi ser se estremece y mi corazón palpita como si quisiera romperse. Al mismo tiempo, siento que el señor Letourneur me introduce en la mano un pedazo de galleta.

—Procure usted que nadie lo vea —me dice—, porque esos monstruos lo asesinarían. Sólo hay para un día... Pero, mañana... le entregaré otro tanto.

El desgraciado desconfía de mí, y acaso tenga razón, porque cuando siento el pedazo de bizcocho entre mis manos estoy a punto de llevármelo a la boca.

Resisto, sin embargo, la tentación, y los que me lean comprenderán seguramente todo lo que mi pluma no podría expresar aquí.

Al llegar la noche me aproximo a Andrés Letourneur y le presento el pedacito de galleta como ofrecido por mí.

El joven lo coge con ansia y pregunta:

—¿Y mi padre?

—El señor Letourneur ha recibido también su parte y yo la mía... Y mañana y los días siguientes, podré, seguramente, darle más... Coma, coma.

Andrés, sin tratar de averiguar la procedencia de este bizcocho, se lo ha llevado ávidamente a la boca.

Y este día, a pesar del ofrecimiento del señor Letourneur, no he comido nada... nada.

CAPÍTULO XL

LOS PIES EN CARNE VIVA. — ALIMENTOS REPUGNANTES. —
MUERTE DEL TENIENTE WALTER

7 de enero.

EL agua del mar, que cubre casi constantemente la plataforma de la balsa cuando se levanta el oleaje, ha destrozado la piel de los pies y de las piernas de algunos marineros que los tienen en carne viva. Owen, a quien el contraмаestre mantiene atado a proa desde la escena del motín, se encuentra en estado deplorable. A petición de los pasajeros, se le quitan las ligaduras. Sandon y Burke tienen igualmente los pies y las piernas en mal estado a causa de la acción del agua salada, y si los demás nos hemos preservado hasta ahora, débese a que las olas combaten menos la popa de la balsa.

El contraмаestre, a quien el hambre ha enfurecido, se ha arrojado hoy sobre algunos pedazos de vela y virutas de madera, tratando de llenar su estómago para dar tensión a la mucosa; y, luego, a fuerza de buscar, encuentra en uno de los palos que sostienen la plataforma un poco de cuero, que arranca y devora con gran avidez, pareciendo que esto le proporciona algún alivio. Siguiendo su ejemplo, todos nos dedicamos a la busca de objetos de materia animal, y pasan a nuestros famélicos estómagos un sombrero de cuero cocido y las viseras de las gorras. El instinto bestial nos arrastra y nadie podría contenernos, si se lo propusiera, pues en este momento no tenemos nada de humano. Jamás olvidaré

esta escena.

El hambre no ha quedado satisfecha; pero los tormentos se han calmado, momentáneamente a lo menos. Sin embargo, algunos de nosotros no han podido soportar este alimento repugnante y han experimentado náuseas.

Perdónenseme estos detalles; pero no debo olvidar nada de lo que han sufrido los naufragos del *Chancellor*. Desgraciadamente, preveo que nuestras miserias no han llegado aún a su máximo.

Durante esta escena he hecho una observación que confirma mis sospechas acerca del mayordomo, pues éste, sin dejar de gemir y suspirar, y aun exagerando sus sollozos, no ha tomado parte en ella. Si le hubiera de dar crédito, creería que se muere de inanición; pero claramente se advierte que no sufre los tormentos comunes. ¿Tiene este hipócrita alguna reserva oculta, que le sigue proveyendo de alimento? Lo he vigilado; pero no he descubierto nada.

El calor continúa siendo insoportable cuando no lo templá la brisa, y, aunque por este motivo la ración de agua es muy insuficiente, el hambre mata en nosotros la sed. Sin embargo, según dicen, la falta de agua nos haría padecer todavía más que la de víveres, pero no puedo creerlo. ¡Quiera Dios que no llegue a saberlo por experiencia!

Afortunadamente, quedan todavía algunas azumbres de agua en la barrica rota por la tempestad, y la segunda barrica se encuentra intacta. Aunque el número de los supervivientes del *Chancellor* ha disminuido mucho, el capitán, a pesar de las reclamaciones de algunos, ha reducido la ración cotidiana a un cuartillo por persona^[8]. Yo apruebo esta disposición.

En cuanto al aguardiente, sólo queda una azumbre, que ha sido puesta en lugar seguro a popa de la balsa.

Hoy, día 7, a las siete y media de la tarde, uno de nosotros ha expirado en mis brazos: el teniente Walter, a quien ni los cuidados de la señorita Herbey ni los míos han podido prolongarle la existencia. El desgraciado ha dejado ya de sufrir. ¡Qué Dios tenga piedad de su alma!

Algunos momentos antes de morir nos ha dado las gracias a la señorita Herbey y a mí, con voz apenas perceptible.

—Señor Kazallon —ha dicho, dejando caer de su mano temblorosa una carta arrugada—, esta carta... de mi madre..., no

tengo fuerzas..., es la última que he recibido... Me dice; «Te espero, hijo mío, y deseo volver a verte». No, madre no me verás más. Señor Kazallon, esta carta... póngala usted en mis labios... así, así... para que muera besándola... ¡Mi madre! ¡Dios mío...!

He puesto la carta del teniente Walter en su propia mano y se la he aproximado a los labios. Su mirada se ha animado momentáneamente y hemos creído oír el débil sonido de un beso.

Inmediatamente después ha exhalado el último suspiro.

La muerte del teniente Walter reduce aún más el número de los que navegamos en la balsa. Sólo quedamos ya catorce.

CAPÍTULO XLI

¿DÓNDE ESTA EL PIE DERECHO DE WALTER? — DAMOS DE COMER
A LOS TIBURONES. — SE COGEN TRES PECES. — SE RENUEVA LA
TENTATIVA. — LOS TIBURONES. — EL CONTRAMAESTRE. — ¡INFELIZ
WALTER!

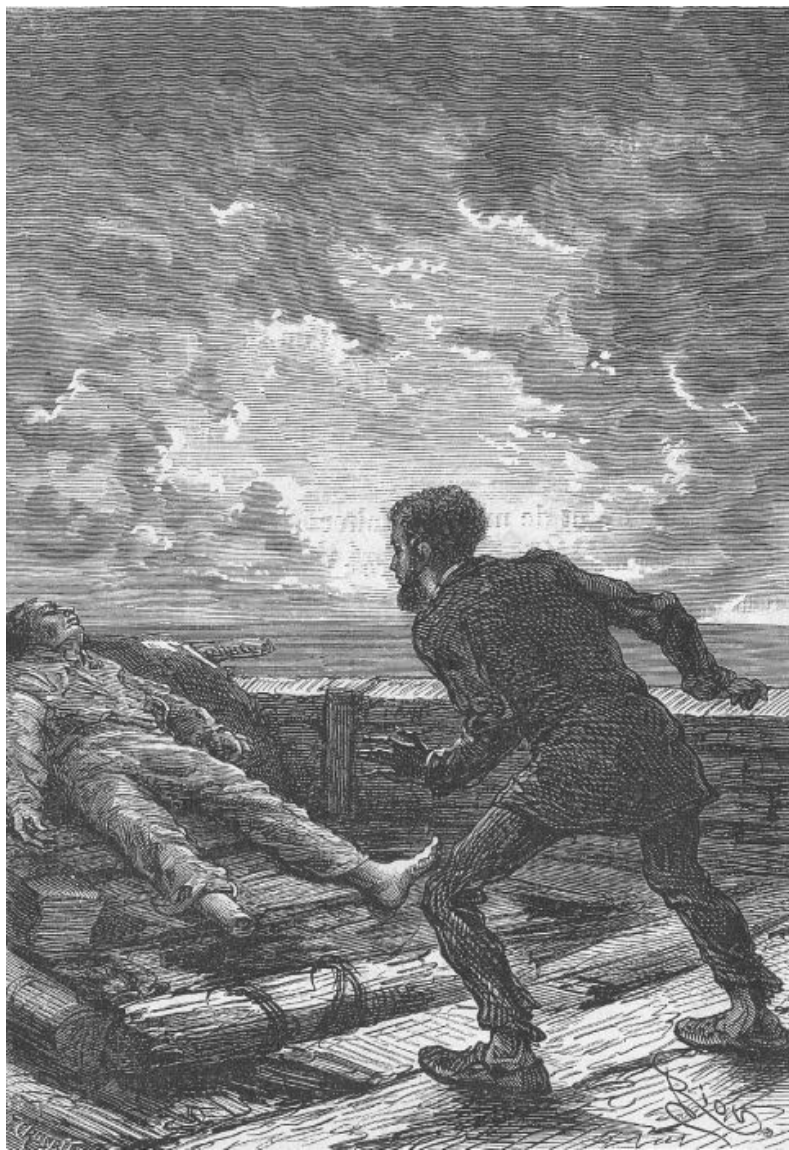
6 de enero.

HE pasado toda la noche junto al cadáver del desgraciado Walter, y la señorita Herbey ha venido varias veces a rezar por su alma.

Al amanecer, el cadáver estaba ya completamente frío. Tengo prisa, sí, prisa de arrojarlo al mar, y ruego a Roberto Kurtis que me ayude en esta triste operación. Cuando lo envolvamos en sus miserables vestidos lo arrojaremos al agua, y, gracias a su extrema delgadez creo que no sobrenadará.

Al rayar el alba, Roberto Kurtis y yo, adoptando ciertas precauciones para no ser vistos, sacamos de los bolsillos del teniente algunos objetos para enviárselos a su madre si logra alguno de nosotros sobrevivir; pero, al envolver el cadáver en los vestidos que van a servirle de sudario, me estremezco de horror. Le falta el pie derecho y la pierna sólo es un muñón sangriento.

¿Quién ha cometido semejante profanación?



Durante la noche he dormido un momento, y, sin duda, se han aprovechado de mi sueño para mutilar el cadáver. ¿Pero quién lo ha mutilado?

Roberto Kurtis mira en torno suyo de un modo terrible; pero todo está como de ordinario a bordo y no se interrumpe el silencio sino por algunos gemidos. Apresurémonos a arrojar esos restos al

mar para evitar escenas más horribles aún, porque quizá nos espían.

Por esto, después de haber rezado algunas oraciones, lanzamos el cadáver a las olas, entre las que desaparece inmediatamente.

—¡Bien damos de comer a los tiburones! —Exclama Jynxtrop.

El contraamaestre se encuentra a mi lado en este momento.

—¿Cree usted —pregunto— que esos miserables se hayan comido el pie...?

—¿El pie...? ¡Ah sí! —Me responde el contraamaestre en tono singular—. Estaban en su derecho.

—¡En su derecho! —exclamo sorprendido.

—Caballero —me dice el contraamaestre—, es preferible comer un muerto antes que un vivo.

No sabiendo qué responder, voy a tenderme a popa de la balsa.

Hacia las once ocurre un fausto suceso. El contraamaestre, que desde por la mañana ha echado sus anzuelos, ha tenido esta vez la fortuna de coger tres grandes peces.

Son tres gados de ochenta centímetros de longitud que pertenecen a la especie que, seca, se conoce bajo el nombre de stokfish^[9].

Apenas el contraamaestre ha subido a bordo los tres peces, los marinos se arrojan sobre ellos; pero el capitán Kurtis, Falsten y yo, nos lanzamos para contenerlos y el orden queda restablecido enseguida. Son poco tres gados para catorce personas; pero, de todos modos, se reparten equitativamente.

Los unos los devoran crudos y hasta puede decirse que vivos, y éstos son la mayoría. Roberto Kurtis, Andrés Letourneur y la señorita Herbey encienden en un rincón de la balsa algunos trozos de leña y los asan. Yo no he tenido valor para esperar y he comido la carne toda ensangrentada.

El señor Letourneur no ha sido más paciente que yo y se ha arrojado como un lobo hambriento sobre la parte de pez que le ha correspondido; pero ¿cómo vive todavía este desdichado haciendo tanto tiempo que no come? No puedo comprenderlo.

El júbilo del contraamaestre al retirar sus cañas ha sido tan grande que casi ha llegado hasta el delirio. Y, efectivamente, si tiene buen éxito la pesca, aun podría salvarnos de una muerte horrible.

Acabo de hablar con el contraamaestre y le animo a renovar su

tentativa.

—Seguramente —me dice— la renovaré... la renovaré.

—¿Pero por qué no vuelve usted a echar en seguida los anzuelos? —le he preguntado.

—Ahora no —me responde de una manera evasiva—. La noche es más favorable que el día para la pesca de los grandes peces y es necesario economizar el cebo. ¡Hemos cometido una estupidez enorme no guardando un poco de esos peces para cebar los anzuelos!

—Es verdad, ha sido un olvido imperdonable, pero, puesto que ha sido usted tan afortunado la primera vez sin cebo...

—Es que lo tenía.

—¿Y... bueno?

—Excelente, puesto que los peces han mordido el anzuelo.

—¿Le queda a usted aún algo con qué cebar? —le pregunto.

—Sí —responde en voz baja, y se separa de mí sin agregar una palabra más.

El escaso alimento que hemos tomado nos ha devuelto algunas fuerzas y con ellas hemos recobrado la esperanza.

Hablamos de la pesca del contraamaestre, y a todos nos parece imposible que no tenga buen éxito por segunda vez. ¿Se habrá cansado la suerte de perseguirnos?

El consuelo que han tenido nuestros ánimos nos induce a hablar nuevamente de lo pasado.

Los Letourneur, Falsten, el capitán y yo, recordamos los hechos ocurridos desde el naufragio, los compañeros que han desaparecido, los detalles del incendio, el momento en que encalló el buque, el arrecife de la Roca del Jamón, la vía de agua, la espantosa navegación sobre las gavias, la balsa, la tempestad, todos los incidentes que ya nos parecen lejanos. Sí: todo eso ha pasado y aún estamos vivos.

¡Vivimos! ¿Pero se puede llamar vida a esto? De veintiocho que éramos, hemos quedado catorce y pronto quizá no seremos sino trece.

—¡Mal número! —Exclama el joven Letourneur—. Nos costará trabajo encontrar uno que haga el catorce.

Durante la noche del 8 al 9 el contraamaestre ha vuelto a colocar las cañas a popa de la balsa y ha permanecido vigilándolas,

negándose a confiar este cuidado a nadie.

Al despuntar el día, sus ojos ardientes tratan de penetrar la oscuridad de las aguas.

Me aproximo a él; pero no me oye ni me ve llegar.

Le toco con suavidad en el hombro y se vuelve hacia mí.

—¿Qué hay, contramaestre?

—Hay —responde con voz sorda— que esos malditos tiburones han devorado los cebos.

—¿No tiene usted más?

—No.

—¿Y sabe lo que prueba esto, caballero? —Añade apretándome el brazo—. Prueba que no se deben hacer las cosas a medias.

Comprendiéndolo, le pongo la mano en la boca para que no prosiga.

¡Desgraciado Walter!

CAPÍTULO XLII

CALOR EXCESIVO. — VARIAMOS DE RÉGIMEN. — OCÉANO
INFINITO. — ¡BUQUE! — ERA UNA ILUSIÓN. — ABATIMIENTO. —
DOLORES DE OWEN. — ENVENENADO

Del 9 al 10 de enero.

HOY vuelve a reinar la calma; el sol abrasa; la brisa ha cesado por completo y no se ve una sola arruga en las largas ondulaciones del mar, que se levanta insensiblemente.

Si no nos empuja alguna corriente, cuya dirección nos es imposible averiguar, la balsa debe estar absolutamente inmóvil.

El calor es hoy asfixiante, y, por consiguiente, nuestra sed es más grande que de ordinario. La falta de agua nos hace sufrir de un modo cruel por vez primera, y preveo que nos va a atormentar más aún que el hambre. Ya la mayor parte de nosotros tienen la boca, la garganta y la faringe contraídas por la sequedad, y el aire cálido que aspiramos nos endurece las mucosas.

A instancias mías, el capitán ha modificado esta vez el régimen habitual, concediendo doble ración de agua, merced a lo cual hemos podido apagar la sed cuatro veces al día a pesar de que el agua conservada en el fondo de la barrica, aunque cubierta por una tela, está verdaderamente tibia.

En suma, el día ha sido malo, y los marineros, bajo la influencia del hambre, vuelven a desesperarse.

La brisa no se ha levantado hasta que ha salido la luna, que es

casi llena; pero, como las noches en los trópicos son frescas, experimentamos algún alivio. Durante el día la temperatura es insoportable y hay que admitir, en vista de tan sostenida elevación, que la balsa ha sido arrastrada considerablemente hacia el Sur. En cuanto a la tierra, ni siquiera tratamos de observar si existe, pareciéndonos que el globo terrestre no es otra cosa que una esfera líquida. ¡Siempre y por todas partes el océano infinito!

El día 10 reinan la misma calma y la misma temperatura. Parece que el cielo nos envía una lluvia de fuego y que respiramos aire inflamado. Nuestra sed es irresistible y llegamos a olvidar los tormentos del hambre, anhelando con furiosos deseos el momento en que Roberto Kurtis distribuya las pocas gotas de agua de nuestra ración. ¡Ah! ¡De qué buena gana beberíamos hasta hartarnos, aunque se agotara nuestra reserva y muriéramos después!

En este momento, las doce del día, uno de los compañeros acaba de ser atacado por dolores agudos que le hacen prorrumpir en espantosos gritos. Es el miserable Owen que, echado a proa, se retuerce entre convulsiones horribles.

Cualquiera que haya sido su conducta, la humanidad manda que lo socorramos, y me acerco a él.

El marinero Flaypol grita entonces también y me vuelvo para mirarlo.

Se encuentra de pie, subido en uno de los aleros del mástil y señalando con la mano al Este un punto del horizonte:

—¡Buque! —Exclama.

Todos nos ponemos en pie y la balsa queda en el silencio más absoluto. Owen, reprimiendo sus gritos, se levanta como los demás.

En efecto, en la dirección indicada por Flaypol, se distingue un punto blanco. ¿Pero se mueve aquel punto? ¿Es una vela? ¿Qué opinan los marineros cuya vista es tan penetrante?

Roberto Kurtis, con los brazos cruzados, examina el punto blanco. Todas las partes de su rostro se hinchan a consecuencia de la contracción de la orbicular, sus cejas se fruncen, y sus ojos están medio cerrados, poniendo en la mirada todo el poder de visión de que es capaz.

Si el punto blanco que se distingue en la lejanía es una vela, no se equivocará.

Pero, de pronto, mueve la cabeza y deja caer los brazos.

Miro. El punto blanco ha desaparecido. No es un buque, es un reflejo cualquiera, una cresta de una ola que ha subido más que las otras, o, si es un buque, se ha alejado.

A este instante de esperanza sucede un gran abatimiento y todos volvemos a nuestro sitio acostumbrado. Roberto Kurtis permanece inmóvil, pero no examina ya el horizonte.

Owen, que se retuerce en medio de horribles dolores y cuyo aspecto es verdaderamente espantoso, empieza a gritar de nuevo y con mayor violencia que antes. Tiene la garganta oprimida por una contracción espasmódica, su lengua está seca, el vientre abultado y el pulso es débil, frecuente e irregular. El infeliz sufre grandes movimientos convulsivos y hasta sacudidas tetánicas. Al observar estos síntomas no dudamos de que está envenenado por un óxido de cobre.

Carecemos de los medicamentos necesarios para neutralizar los efectos del veneno; pero se pueden provocar los vómitos para hacer salir las materias contenidas en su estomago. El agua tibia debe producir este resultado; se la pido a Roberto Kurtis y me la concede. Agotado el líquido de la primera barrica, voy a cogerla de la segunda, que se encuentra todavía intacta, cuando Owen, levantándose sobre las rodillas, con voz que ya no es humana, grita:

—¡No, no, no!

¿Por qué no? Vuelvo al lado de Owen para explicarle lo que deseo hacer, y me responde con mayor energía que antes que no quiere beber de aquella agua.

Trato entonces de provocar los vómitos del desgraciado excitando sus fauces con un pedazo de madera, y a los pocos momentos empieza a arrojar materias azuladas. Es evidente que Owen está envenenado con sulfato de cobre, con caparrosa^[10], y que no es posible salvarlo.

Pero ¿cómo se ha envenenado? Los vómitos le proporcionan algún alivio. Cuando, al fin, puede hablar, el capitán y yo le preguntamos.

Owen, impulsado por una sed atroz, había robado algunos cuartillos de agua de la barrica intacta, y se había envenenado.

El efecto que semejante revelación nos ha producido es imposible de describir.

CAPÍTULO XLIII

MUERTE DE OWEN. — ¡SIN AGUA! — DESCOMPOSICIÓN DEL CADÁVER. — LA SED. — BAÑOS DE MAR. — HAY, EN EFECTO, UN BUQUE A LA VISTA. — EL PAÑUELO DE LA SEÑORITA HERBEY. — ¡VIRA! — SE ENCIENDE FUEGO. — EL BUQUE TOMA OTRAS AMURAS

Del 11 al 14 de enero.

OWEN ha muerto durante la noche en medio de sacudidas tetánicas, sumamente violentas.

¡Desgraciadamente es cierto! La barrica envenenada había contenido en otro tiempo zorrabosa, y el agua que con tan solícito cuidado reservábamos en ella no se puede beber.

El cadáver de Owen ha sido arrojado al mar porque ha entrado inmediatamente en descomposición, sin que el contraamaestre haya podido cebar sus anzuelos. La muerte de este miserable ni siquiera nos ha sido útil, porque sus carnes no tenían ya consistencia.



Conociendo todos la gravedad de la situación, permanecemos en silencio. ¿Qué podríamos decir? Además, nos es penoso oír el sonido de nuestras propias voces, y es preferible que guardemos silencio, porque, habiéndonos vuelto muy irritables, la menor palabra, una mirada, un gesto, pueden provocar movimientos de rabia que sería imposible reprimir. No comprendo cómo no nos

hemos vuelto locos ya.

El 12 de enero no hemos bebido agua, porque la última gota se había consumido el día antes.

En el cielo no hay ninguna nube que pueda dar un poco de lluvia, y un termómetro centígrado marcaría cuarenta grados a la sombra, si hubiera sombra en la balsa.

El día 13 continuamos en la misma situación. El agua del mar comienza a roerme los pies hasta la carne, pero apenas me preocupa esto. En cuanto a los que padecen ya este mal, no se encuentran peor.

¡Ah! ¡Cuando pienso que evaporando o solidificando el agua que nos rodea podríamos hacerla potable! Reducida a vapor o a hielo, perdería toda la sal y podríamos beberla; pero no tenemos aparatos para practicar esta operación.

Hoy, a riesgo de ser devorados por los tiburones, se han bañado el contramaestre y dos marineros, y este baño les ha proporcionado algún alivio, refrescándoles en cierto modo. Tres de nuestros compañeros y yo, que apenas sabemos nadar, nos hemos atado a una cuerda y hemos permanecido media hora en el mar, mientras que Roberto Kurtis vigilaba las aguas; pero, por fortuna, ningún tiburón se ha aproximado. A pesar de nuestras instancias y de sus padecimientos, la señorita Herbey no ha querido imitarnos.

Hacia las once de la mañana del día 14, el capitán se acerca a mí y me dice en voz baja y al oído:

—No se mueva usted, señor Kazallon, porque puedo equivocarme y no quiero que nuestros compañeros sufran un nuevo desengaño.

Miro a Roberto Kurtis en silencio, y él prosigue:

—Esta vez acabo de ver realmente un buque.

El capitán ha hecho bien en prevenirme por anticipado, porque me habría sido imposible dominarme.

—Mire usted —añade— allí, por babor, un poco hacia atrás.

Me levanto simulando una indiferencia que estoy muy lejos de sentir y recorro con la vista el arco del horizonte indicado por Roberto Kurtis.

Aunque mis ojos no son los de un marino, distingo vagamente un buque que navega a la vela.

Casi al mismo tiempo, el contramaestre, que desde hacía un

momento miraba también hacia aquel lado, grita:
—¡Buque!



Pero este grito no produce inmediatamente el efecto que hubiera debido esperarse. No despierta ninguna emoción, ya porque no se quiera dar crédito a los oídos, o porque se hayan agotado las fuerzas. Así es que nadie se mueve, y únicamente cuando el

contra maestre ha repetido varias veces: «¡Buque! ¡Buque!», se fijan todas las miradas en el horizonte.

Esta vez el hecho es cierto, pues vemos perfectamente el buque inesperado. ¿Nos verá él?

Mientras tanto, los marineros tratan de reconocer la forma y dirección del buque y sobre todo esta última.

Roberto Kurtis, después de haber observado atentamente, dice:

—Es un bergantín que corre con amuras a estribor. Si se mantiene durante dos horas en la misma dirección, cortará, sin duda alguna, nuestro camino.

¡Dos horas! ¡Dos siglos! ¡La dirección del buque puede variar de un momento a otro, especialmente cuando es posible que esté dando bordadas para tomar viento, y, si así es, tomará sus amuras a babor y se alejará! ¡Ah! Si marchara viento en popa, o a lo menos, a velas desplegadas, tendríamos derecho a esperar.

Es preciso, por consiguiente, llamar su atención a toda costa y darle noticia de nuestra existencia. Roberto Kurtis manda hacer todas las señales posibles, porque el bergantín se encuentra aún a doce millas al Este y nuestros gritos no podrían ser oídos. Como carecemos de arma de fuego, cuyas detonaciones podrían atraer su atención, izamos al extremo del mástil el pañuelo de la señorita Herbey, que es rojo, y este color se destaca sobre los horizontes del mar y del cielo.

Izamos el pañuelo de la señorita Herbey y una ligera brisa que a la sazón arruga la superficie de las olas desarrolla sus pliegues. Al ondear de vez en cuando, se inundan de esperanza nuestros corazones, pues sabido es que, cuando un hombre se ahoga, se agarra al menor objeto que le ofrece un punto de apoyo, y, en este caso, nosotros nos agarramos al pabellón.

Durante una hora hemos pasado por mil alternativas, porque el bergantín se acerca evidentemente a la balsa; pero a veces parece que se detiene y nos preguntamos si va a virar de bordo.

¡Con cuánta lentitud avanza, a pesar de llevar sus sobrejuanetes y sus velas de estay desplegadas! Su casco es casi visible sobre el horizonte; pero el viento es débil y si cesa por completo... ¡Daríamos unos cuantos años de vida porque hubiera pasado ya una hora!

Aproximadamente a las doce y media, calculan el contra maestre

y el capitán que el bergantín está todavía a nueve millas de distancia de la balsa, lo que demuestra que sólo ha avanzado tres millas en el espacio de hora y media. Ahora parece que no se hinchán sus velas y que cuelgan a lo largo de los palos. El viento ha cesado, las olas están como adormecidas y una ráfaga de brisa que ha pasado sobre nosotros infundiéndonos esperanza, expira a poca distancia de la balsa.

Me he situado a popa, cerca de los Letourneur y de la señorita Herbey, y nuestras miradas van incesantemente del buque al capitán, quien permanece inmóvil a popa, apoyado en el mástil. A su lado se encuentra el contraмаestre y los ojos de ambos no se separan un instante del bergantín. El carpintero Daoulas exclama de pronto con acento imposible de describir:

—¡Vira!

Toda nuestra existencia está reconcentrada en este momento en nuestros ojos; nos enderezamos, unos sobre las rodillas, los otros en pie, y un juramento formidable se escapa de la boca del contraмаestre; el buque está todavía a nueve millas de nosotros y desde esa distancia no ha podido ver nuestra señal. La balsa no es otra cosa que un punto del espacio perdido en una intensa irradiación de los rayos solares. No puede ser vista. El capitán de ese buque, quienquiera que sea, ¿habría cometido la inhumanidad de huir sin socorrernos, si hubiera llegado a vernos? No, eso es inadmisibile. No nos ha visto.

—¡Fuego! ¡Humo! —Exclama entonces Roberto Kurtis—. Quememos las tablas de la balsa, amigos míos, pues es el último recurso que nos queda para que nos vean.

Se amontonan algunas tablas a proa y se les prende fuego, no sin trabajo, porque están húmedas; pero la humedad hará el humo más espeso y, por consiguiente, más visible, una columna negruzca elévase en línea recta un momento después en el aire. Si fuera de noche, si la oscuridad llegara antes que el bergantín hubiera desaparecido, las llamas de nuestra hoguera serían visibles aun a la distancia que nos separa de él; pero el tiempo pasa y el fuego se extingue.

Para someterse a la voluntad divina en tales circunstancias, es preciso un poder sobre sí mismo que a mí me falta en este momento.

No quiero ver nada, me oculto debajo de la vela y empiezo a sollozar.

Mientras tanto el buque ha tomado otras amuras, se aleja lentamente hacia el Este y, al cabo de tres horas, la vista más perspicaz no puede descubrir sus altas velas por encima del horizonte.

CAPÍTULO XLIV

NUBES AL OESTE. — TIBURONES. — DIFERENTES PUNTOS DE VISTA. — SE INTENTA PESCAR. — ANZUELO DE NUEVA ESPECIE. — SE ESCAPA LA PESCA

15 de enero.

DESPUÉS de este último desengaño, sólo podemos esperar la muerte, que será más o menos lenta, pero que seguramente llegará.

Hoy se han formado algunas nubes hacia el Oeste, trayéndonos ligeras bocanadas de viento, y la temperatura se ha hecho algo más soportable, por lo que, a pesar de nuestro estado de postración, experimentamos su benéfica influencia. Mi garganta aspira un aire menos seco; pero desde que el contraamaestre pescó los tres gados, es decir, desde hace siete días, no hemos comido. En la balsa no hay absolutamente nada que llevarse a la boca y ayer he entregado a Andrés Letourneur el último pedazo de bizcocho que su padre había reservado y que me ha dado llorando.

El negro Jynxtrop ha logrado, al fin, desembarazarse de sus ligaduras y Roberto Kurtis no ha mandado que vuelvan a atarlo.

¿Para qué? Ese miserable y sus cómplices están muy debilitados por el ayuno. ¿Qué podrían intentar ahora?

Hoy se presentan muchos tiburones de gran tamaño, cuyas grandes aletas negras vemos hendir las aguas con suma rapidez. Creyéndolos ataúdes vivos que pronto encerrarán nuestros miserables restos, en vez de asustarme, me atraen. Se acercan hasta

rozar los bordes de la balsa, y uno de ellos ha estado a punto de morder el brazo de Flaypol que colgaba hacia afuera.

El contraмаestre, con los ojos fijos y desmesuradamente abiertos, y los dientes apretados, considera los tiburones desde un punto de vista diferente del mío. Quiere devorarlos y no ser devorado por ellos, y, si lograra coger uno, no haría ascos a su carne coriácea. Ni nosotros tampoco.

El contraмаestre va a intentar la pesca del monstruo, a cuyo efecto se propone fabricar unos ganchos, que, atados a una cuerda, sirvan para el objeto. Roberto Kurtis y Daoulas, conociendo su intención, conferencian y lanzan los extremos de algunas berlingas al agua, a fin de retener los escualos alrededor de la balsa.

Daoulas ha ido a tomar su martillo de carpintero del que piensa hacer un anzuelo, y es posible que, bien por la parte cortante, o por la punta opuesta, se enrede entre las mandíbulas de un tiburón si se lo traga. En cuanto al mango, que es de madera, se puede fijar a un fuerte cabo atado a uno de los montantes de la balsa.

Sobreexcitan nuestro deseo, y esperamos el resultado con impaciencia, y llamamos la atención de los tiburones, que ya no huyen, por cuantos medios se nos ocurren y están a nuestro alcance.

El anzuelo está preparado, pero no tenemos cebo. El contraмаestre, que va y viene por la balsa hablando solo, registra todos los rincones, como si buscara un cadáver entre nosotros.

Es preciso, pues, recurrir al medio que ya ha usado en otra ocasión, y el hierro del martillo queda envuelto en un pedazo de lana roja cortado, esta vez también, del pañuelo de la señorita Herbey.

Pero el contraмаestre no quiere proceder sin todas las precauciones posibles. ¿Está el anzuelo sólidamente atado? ¿Resistirá la amarra las sacudidas de los escualos? ¿Es bastante sólido el montante? Examina todos estos puntos importantes y, satisfecho del resultado, deja caer su aparejo entre las olas.

Como el agua está muy transparente y se distinguen con facilidad los objetos a cien pies debajo de la superficie, veo bajar el anzuelo empaquetado en el trapo rojo, cuyo color se destaca claramente sobre la masa azul del mar.

Pasajeros y marineros nos inclinamos sobre el parapeto, guardando profundo silencio; pero parece que los tiburones, desde

que se ha ofrecido este cebo a su voracidad, han ido desapareciendo poco a poco. Sin embargo, no pueden encontrarse lejos, y toda presa, cualquiera que fuese, que cayera en este sitio, sería devorada en seguida.

De pronto, el contramaestre hace una señal con la mano, mostrando una enorme masa que se dirige hacia la balsa, rozando la superficie del mar. Es un tiburón de doce pies de largo que ha abandonado las profundidades del mar y nada en línea recta hacia nosotros.

Cuando llega a cuatro varas de la balsa, el contramaestre retira poco a poco la cuerda para poner a su paso el anzuelo, imprimiendo al trapo rojo un ligero movimiento, que lo asemeja en cierto modo a un animal vivo.

Mi corazón late en este momento con extremada violencia, como si de aquel golpe dependiera mi vida.

Se aproxima el escualo; sus ojos, inyectados, brillan en la superficie de las aguas, y sus mandíbulas, desmesuradamente abiertas, muestran el paladar guarnecido de dientes agudos.

Se oye un grito... El tiburón se detiene y casi inmediatamente después desaparece en las profundidades de las aguas. ¿Quién ha lanzado ese grito, involuntario sin duda? El contramaestre se levanta pálido de coraje, y dice:

—¡Al que hable lo mato!

El contramaestre tiene razón.

Vuelve a bajar el anzuelo; pero, durante media hora, ningún tiburón se presenta y es preciso sumergirlo hasta veinte brazas.

A esta profundidad las aguas se enturbian, lo cual indica que los tiburones se encuentran allí.

En efecto, la cuerda es violentamente sacudida de pronto y se escapa de las manos del contramaestre; pero, sujeta sólidamente a los montantes, no ha caído toda al agua.

Un tiburón ha mordido el anzuelo y está preso en él.

—¡Aquí, muchachos, aquí! —Exclama el contramaestre.

Pasajeros y marineros nos apresuramos a tirar todos de la cuerda. Nuestras fuerzas se reaniman con la esperanza; pero apenas bastan, porque el monstruo se agita violentamente. Todos halamos al mismo tiempo; poco a poco las capas superiores del mar se agitan con los movimientos enérgicos de la cola y de las aletas pectorales

del tiburón, y, al inclinarme sobre el agua, distingo su enorme cuerpo en medio de las olas ensangrentadas.

—¡Arriba, arriba! —Grita el contramaestre.



Al fin, sale de las aguas la cabeza del monstruo, que tiene clavado el anzuelo en el fondo de la garganta, sin que ninguna sacudida haya podido desprenderlo. Daoulas coge un hacha para

rematarlo cuando esté al nivel de la plataforma; pero, al descargar éste el golpe, el tiburón ha cerrado violentamente las mandíbulas y corta el mango del martillo, desapareciendo bajo las aguas.

El contraмаestre, Roberto Kurtis y Daoulas pretenden otra vez coger uno de los tiburones aun sin tener anzuelo ni útiles para fabricarlo, con cuyo propósito lanzan al mar cuerdas de nudos corredizos, pero estos lazos se escurren sobre la piel viscosa de los escualos. El contraмаestre llega hasta el punto de intentar atacarles, dejando su pierna desnuda fuera de la balsa, a riesgo de que una dentellada se la ampute. Después de emplear largo tiempo en estas infructuosas tentativas, volvemos a nuestro sitio habitual, para esperar en él una muerte que ya no es posible evitar.

Sin embargo, antes de alejarme, he oído al contraмаestre preguntar a Roberto Kurtis:

—Capitán, ¿cuándo echamos suertes?

Roberto Kurtis no ha dado respuesta alguna; pero la cuestión está planteada.

CAPÍTULO XLV

SUFRIMIENTOS. — LLUVIA BENÉFICA. — SE RECOGE EL AGUA EN LA BARRICA Y EN LAS VELAS, PERO LA DE LAS VELAS SE PIERDE

16 de enero.

TODOS estamos tendidos sobre las velas, y tan inmóviles y silenciosos que, si pasara a nuestro lado un buque, la tripulación de éste creería haber encontrado una balsa llena de cadáveres.

Sufro horriblemente. En el estado en que se encuentran mis labios, mi lengua y mi garganta, ¿podría comer? No lo creo; pero, esto no obstante, mis compañeros y yo nos dirigimos mutuamente miradas feroces.

El calor hoy es más fuerte que de ordinario y el cielo está tempestuoso. En el espacio se condensan gruesos vapores, pero me parece que puede llover en todas partes menos en esta balsa.

Sin embargo, todos miramos cómo se condensan las nubes, con avidez, y tendiendo los labios hacia ellas. El señor Letourneur levanta las manos suplicantes hacia el cielo despiadado.

Al fin, se oyen algunos truenos lejanos que anuncian la tempestad. Son las once de la mañana y los vapores ocultan los rayos solares, pero ya no tienen apariencia eléctrica. Es evidente que la tempestad no estallará, porque la masa de vapores ha tomado un color uniforme, y sus contornos, tan claramente dibujados al nacer el día, se han fundido en un conjunto gris, no constituyendo más que niebla.

¿No puede la lluvia desprenderse de esa niebla, aunque sea en corta cantidad, aunque sólo sean algunas gotas?

—¡Llueve! —Grita de repente Daoulas.

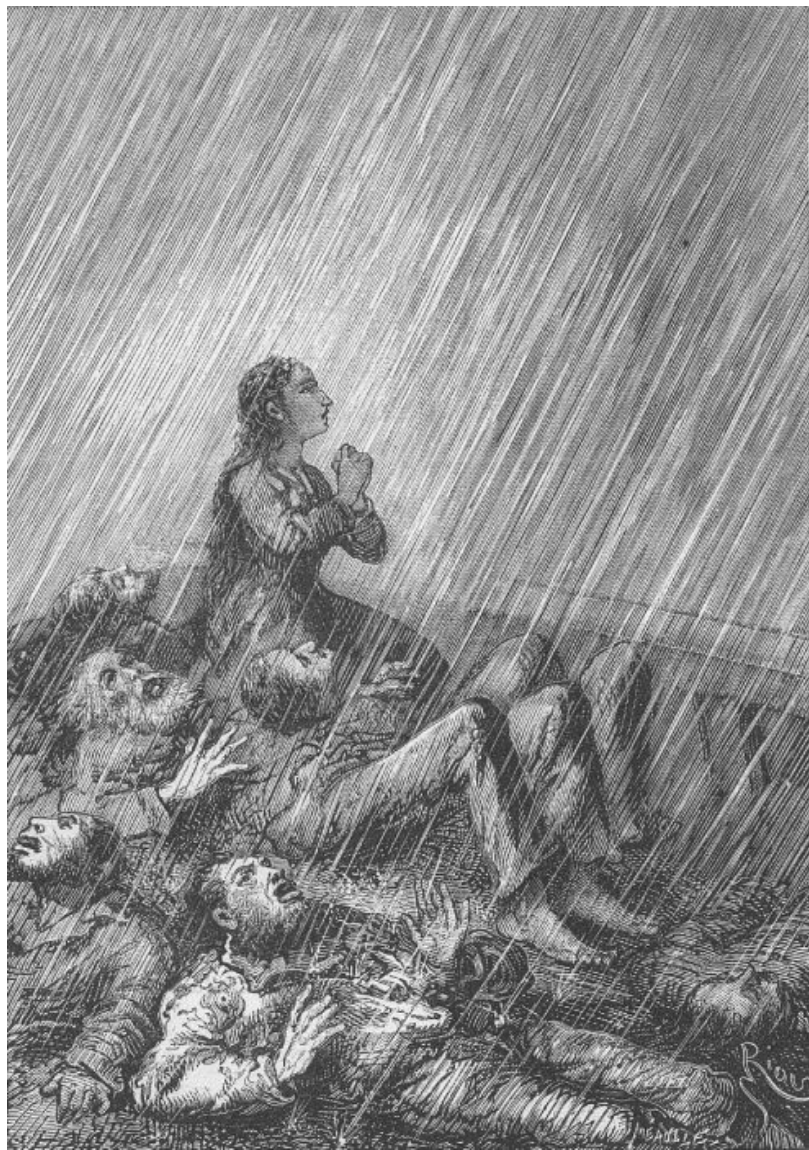
Efectivamente, a media milla de la balsa el cielo está surcado por nubes paralelas; cae la lluvia y veo las gotas rebotar sobre la superficie del océano. El viento, que ha refrescado, la trae hacia nosotros.

Dios misericordioso se ha apiadado al fin y hace que caiga la lluvia copiosamente despidiendo gotas gruesas como las que suelen bajar de las nubes tempestuosas. Pero el chaparrón no durará, porque ya un vivo rastro de luz inflama la nube por su extremo inferior sobre el horizonte, y es preciso recoger la mayor cantidad posible de agua.

Roberto Kurtis manda levantar la barrica rota, de manera que recoja el agua y se despliegan las velas para recibir la lluvia en mayor superficie.

Tendidos de espaldas y con la boca abierta, el agua riega mi rostro y mis labios, y se introduce hasta mi garganta. ¡Placer inexplicable! Es la vida que vuelve a animarnos; las mucosas de mi garganta se lubrican con este contacto y respiro al mismo tiempo que bebo, penetrando esta agua benéfica hasta lo más profundo de mi ser.

La lluvia ha durado unos veinte minutos, al cabo de los cuales, la nube, medio agotada, se ha fundido en el espacio.



Nos hemos levantado mejores, sí, mejores; nos estrechamos las manos y nos hablamos, considerándonos ya salvados. Dios en su misericordia nos enviará otras nubes que nos traigan más agua, ya que durante tanto tiempo hemos estado privados de ella.

Además, la que ha caído en la balsa no se perderá por completo, porque la barrica y las velas la han recogido, pero será preciso

conservarla como un don precioso y distribuirla gota a gota.

La barrica ha recogido cuatro o seis cuartillos; pero podremos acrecentar nuestra reserva exprimiendo las velas para aprovechar la que éstas han empapado.

Se disponen los marineros a efectuar esta operación cuando Roberto Kurtis los detiene con un ademán.

—¡Un instante! ¿Es potable esa agua?

Lo miro; ¿por qué el agua que es de lluvia no ha de ser potable? Roberto Kurtis exprime en la taza de hojalata un poco del agua que contienen los pliegues de una vela, la prueba, y con gran sorpresa mía la arroja en seguida.

La pruebo a mi vez y la encuentro tan salada, como si fuera agua de mar.

Es que las velas, expuestas desde largo tiempo a la acción de las olas, han comunicado al agua que acaban de recoger un sabor extremadamente salado. Es una desgracia irreparable; pero, esto no obstante, tenemos confianza; además, quedan algunos cuartillos potables en la barrica, y, por último, como ha llovido una vez, puede llover otras.

CAPÍTULO XLVI

LA SED COMPARADA CON EL HAMBRE. — MIS COMPAÑEROS SE
MIRAN MUTUAMENTE CON AVIDEZ. — OLOR ESPECIAL A CARNE. — A
RASTRAS COMO UNA CULEBRA. — EL TROZO DE TOCINO. — LUCHA.
— HE COMIDO

17 de enero.

AL calmarse la sed, nos acomete el hambre con más violencia. ¿No hay medio alguno, sin anzuelo ni cebo, de apoderarse de uno de esos tiburones que hormiguean en torno de la balsa? Sí; el único que queda es el de arrojarnos al mar para atacar a los monstruos a puñaladas en su propio elemento, como hacen los indios de las pesquerías de perlas. Roberto Kurtis ha pensado en intentar la aventura; pero no se lo hemos permitido, porque los tiburones son muchos y sería sacrificarse inútilmente exponiéndose a una muerte segura.

Observo aquí que si a veces se logra engañar la sed, bañándose en el agua de mar, o introduciendo en la boca algún objeto de metal, no ocurre lo mismo respecto del hambre, porque nada puede suplir la sustancia nutritiva. Además, el agua se produce siempre por un hecho natural, la lluvia, por ejemplo, y por consiguiente nunca se pierde la esperanza de beberla, pero se puede perder por completo la de encontrar comida.

Ahora bien, nosotros hemos llegado a este extremo, y, si he de confesar cuanto sucede, debo decir que algunos de mis compañeros

se miran con avidez. ¡A qué actos de salvajismo puede impulsar la miseria a cerebros agitados por un solo pensamiento!

Después de la lluvia, el cielo ha vuelto a despejarse; el viento ha refrescado un instante, pero como se calma, la vela cuelga a lo largo del mástil. Además ya no consideramos el viento como un motor, porque, ¿dónde está la balsa? ¿A qué punto del Atlántico la han empujado las corrientes? Nadie puede decirlo, y, por lo mismo, nos es indiferente que el viento sople del Este, del Norte o del Sur. Sólo pedimos a la brisa que refresque nuestros pechos, que mezcle un poco de vapor con el aire seco que nos devora y que temple el calor, que desde el cénit nos envía un sol de fuego.

Empieza a anochecer y la oscuridad será casi absoluta hasta las doce, hora en que aparecerá la luna, que entra en el cuarto menguante.

Las constelaciones, algo cubiertas por la bruma, no proyectan ese centelleo magnífico que ilumina las noches frías.

Presa de una especie de delirio, y bajo la impresión de un hambre atroz que aumenta al declinar el día, me tiendo sobre un paquete de velas a estribor, y me inclino sobre las olas para aspirar la frescura del agua.

Entre mis compañeros que también permanecen tendidos en su sitio acostumbrado, ¿cuántos encuentran en el sueño el olvido de sus padecimientos? Ninguno quizás; en cuanto a mí, tengo el cerebro vacío y acometido por sombrías pesadillas.

Pronto me invade un sopor enfermizo que no es la vigilia ni el sueño, en el que ignoro cuánto tiempo he permanecido, pues todo lo que recuerdo es que en cierto momento me ha sacado de este estado de postración una sensación particular.

¿Sueño? A mi olfato llega un olor que hace tiempo no se ha observado a bordo. Es como una emanación vaga que un resto de brisa me trae de vez en cuando. Las ventanas de mi nariz se hinchan y aspiran. ¿Qué olor es éste? Estoy a punto de gritar; pero una especie de instinto me contiene, y trato de buscar en la memoria el nombre olvidado de ese olor.

Al poco rato, la intensidad de la emanación es ya tan fuerte, que excita en mí aspiraciones más vivas.

—Pero —me digo de repente, y como hombre que recuerda al fin un hecho— éste es el olor de la carne cocida.

Una aspiración más activa me convence de que mis sentidos no me han engañado, y, sin embargo, en esta balsa...

Me levanto sobre las rodillas y aspiro nuevamente, sorbiendo por las narices, si se me permite esta expresión, el aire ambiente... Percibo el mismo olor y, por consiguiente, estoy bajo el viento del objeto que lo produce y que debe encontrarse a proa de la balsa.

Reptando como una culebra, registro, no con la vista, sino con el olfato, escondiéndome bajo las velas y entre las berlingas, con la prudencia de un gato y no queriendo en modo alguno llamar la atención de mis compañeros.

Durante algunos minutos continuó arrastrándome por todos los rincones, guiado por el olfato, llego al ángulo de estribor a popa de la balsa, y reconozco que el olor que ha llamado mi atención proviene de un pedazo de tocino ahumado; no me equivoco; todas las papilas de mi lengua se erizan de deseo.

Introduciéndome bajo una espesa cubierta de velas, sin que nadie me vea, me adelanto sobre las rodillas y sobre los codos, alargo el brazo y mi mano se posa en un objeto envuelto en un pedazo de papel; lo retiro rápidamente y lo miro a la claridad de la luna, que aparece en aquel momento en el horizonte.

No es una ilusión. Tengo en la mano un pedazo de tocino, un cuarterón escasamente, pero lo bastante para calmar durante todo un día mis tormentos.

Al ir a llevármelo a la boca, una mano coge la mía; me vuelvo, conteniendo un rugido, y conozco al mayordomo Hobbart. En el momento del naufragio había logrado salvar algunas provisiones y las reservaba para sí, alimentándose con ellas mientras nosotros nos moríamos de hambre. ¡Ah, miserable!



Pero no; Hobbart ha obrado prudentemente; es un hombre precavido, previsor, y si ha conservado algún alimento sin que lo sepamos los demás, mejor para él... y para mí.

Hobbart, que no lo entiende del mismo modo, coge mi mano y trata de recobrar el pedazo de tocino; pero en silencio, para no despertar la atención de sus compañeros.

Como yo tengo el mismo interés que él en callar, porque no nos conviene que otros nos arrebaten esta presa, lucho silenciosamente, pero con tanto más furor cuanto que oigo a Hobbart decir entre dientes: «Mi último bocado, mí último alimento».

¿Su último bocado? Es preciso que sea mío a toda costa; lo quiero y lo tendré. Me abalanzo a la garganta de mi adversario, la aprieto entre mis manos y queda en seguida sin movimiento.

Y, mientras tengo a Hobbart sujeto de este modo con una mano, me llevo a la boca, con la otra, el pedazo de tocino, y lo trago con rabia.

Después, soltando al desdichado, vuelvo, arrastrándome otra vez, a mi sitio de popa.

He comido sin que nadie me vea.

CAPÍTULO XLVII

ANSIEDAD. — UN OBJETO EXTRAÑO. — SE CORTA LA CUERDA EN
SEGUIDA. — HORRIBLE BANQUETE. — ¿ENVIDIA U HORROR?

18 de enero.

ESPERO que amanezca con singular ansiedad. ¿Qué dirá Hobbart? Me parece que tendrá derecho a denunciarme; pero, si refiero lo ocurrido, si digo que Hobbart ha vivido mientras nosotros perecíamos de hambre, que se ha alimentado sin saberlo nosotros, perjudicándonos, sus compañeros lo matarán sin piedad.

Sin embargo, deseo vivamente que sea de día.

El hambre se ha moderado algo, a pesar de lo pequeño que era el pedazo de tocino; era poca cosa, un bocado, el último, como ha dicho aquel miserable. De todos modos, ya no sufro; pero tengo un gran remordimiento por no haber repartido con mis compañeros el escaso alimento de que a viva fuerza me apoderé. Habría debido pensar en la señorita Herbey, en Andrés, en su padre... y sólo he pensado en mí.

La luna sube hacia el cénit, y pronto aparecen en el horizonte los primeros albores de la mañana. El día vendrá rápidamente porque estamos en esas latitudes bajas en que no se conocen el alba ni el crepúsculo.

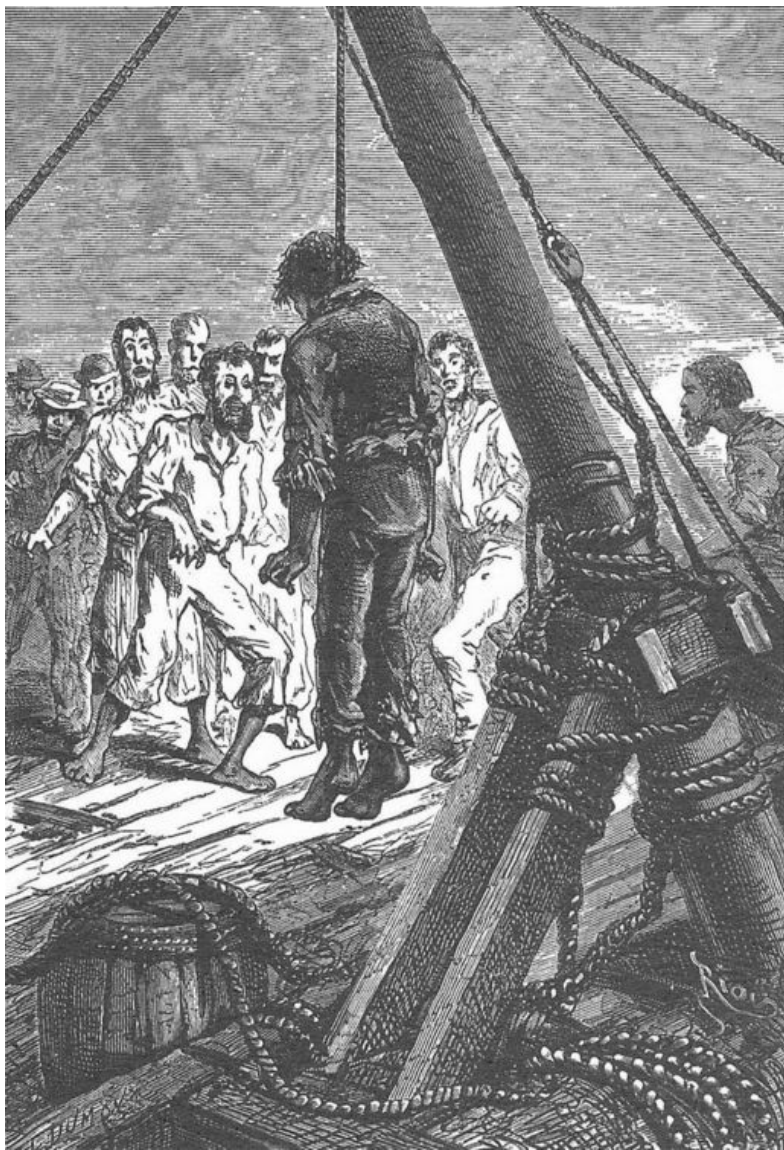
No he pegado los ojos. Al rayar el alba, veo una masa informe que se balancea hacia la mitad del mástil.

¿Qué será? Como no puedo distinguirlo todavía, permanezco

tendido sobre el montón de velas; pero los primeros rayos del sol rozan la superficie del mar, y logro distinguir un cuerpo que, colgando al extremo de una cuerda, obedece a los movimientos de la balsa.

Impulsado por un irresistible presentimiento, llego al pie del mástil.

Es el cadáver del mayordomo Hobbart que se ha ahorcado. ¡Desdichado, yo soy, yo, quien lo ha llevado al suicidio!



Exhalo un grito de horror, se levantan mis compañeros, ven el cuerpo, se precipitan... Pero no es para saber si queda en él algún resto de vida... Hobbart está muerto y su cadáver está ya frío.

Se corta la cuerda en seguida, cae el cadáver, y el contraataque, Daoulas, Jynxtrop, Falsten y otros se inclinan sobre él.

No, ¡no lo he visto! No lo he querido ver. No he tomado parte en

ese banquete macabro. Ni la señorita Herbey, ni Andrés Letourneur ni su padre, han querido obtener a semejante precio alivio a sus padecimientos.

En cuanto a Roberto Kurtis, lo ignoro... No me he atrevido a preguntárselo.

Los demás, el contraмаestre, Daoulas, Falsten, los marineros... ¡Oh! El hombre convertido en fiera... ¡Es espantoso! ¡El hombre es lobo de los hombres!

Los Letourneur, la señorita Herbey y yo nos hemos ocultado bajo la tienda, y no hemos querido presenciar el horrible espectáculo. Era ya demasiado lo que veíamos.

Andrés Letourneur quería arrojarse sobre los antropófagos y arrancarles los horribles restos del cadáver, habiéndome visto obligado a luchar con él para contenerlo.

Y, sin embargo, aquellos desdichados tenían derecho a hacer lo que hicieron, porque Hobbart estaba muerto, no lo habían matado ellos, y, como dijo un día el contraмаestre, «más vale comer un muerto que un vivo».

¡Quién sabe si esta escena no es más que el prólogo de algún drama abominable que más tarde ensangrienta la balsa!

He hecho todas estas observaciones a Andrés Letourneur, pero no he logrado calmar el horror que en él ha llegado a su colmo.

Sin embargo, debe tenerse en cuenta que estamos muriéndonos de hambre, y que ocho de nuestros compañeros van quizás a librarse a ese precio de una muerte espantosa.

Hobbart, gracias a las provisiones que había ocultado, era el más sano de todos, sin que ninguna enfermedad orgánica hubiera alterado sus tejidos, y había, por consiguiente, cesado de vivir en plena salud. ¿Pero a qué horribles reflexiones me llevaba mi espíritu?

En este momento uno de los caníbales levanta la voz. Es el carpintero Daoulas, quien dice que se debe evaporar el agua del mar al sol, a fin de recoger la sal para salar lo que queda del cadáver.

—Sí —responde el contraмаestre.

Después, todos guardan silencio. Sin duda, la proposición del carpintero ha sido aceptada, porque no vuelvo a oír más.

A bordo de la balsa reina silencio profundo, de donde deduzco

que mis compañeros duermen.
Ya no padecen hambre.

CAPÍTULO XLVIII

EXASPERACIÓN. — ¿QUIÉN LO HA HECHO? — REGISTRO
GENERAL. — PESQUISA INÚTIL. — ANDRÉS APARTA LA VISTA
CUANDO LO MIRO

19 de enero.

DURANTE el día 19 de enero, el cielo ofrece el mismo aspecto y reina igual temperatura. La noche llega sin que el estado de la atmósfera se haya modificado.

A la mañana siguiente, estallan gritos de cólera a bordo.

Los Letourneur y la señorita Herbey, que se encuentran a mi lado bajo la tienda, se levantan; retiro la tela y miro lo que pasa.

El contraмаestre, Daoulas y los demás marineros, están terriblemente exasperados. Roberto Kurtis, sentado a popa, se levanta, e informado de lo que ocasiona su furor, trata de calmarlos.

—No, no; tenemos que averiguar quién lo ha hecho —dice Daoulas, dirigiendo una mirada feroz en torno suyo.

—Sí —responde el contraмаestre—, aquí hay un ladrón, puesto que ha desaparecido lo que nos quedaba.

—No soy yo.

—Ni yo —responden uno tras otro los marineros.

Y aquellos desgraciados registran todos los rincones, levantando las velas y las berlingas.

El resultado negativo de sus investigaciones acrecienta su cólera.

—Usted debe conocer al ladrón —me dice el contraмаestre,

aproximándoseme.

—No sé lo que quiere usted decirme —le respondo.

Daoulas y algunos otros marineros se acercan.

—Hemos registrado toda la balsa —dice Daoulas—, y sólo falta registrar esta tienda.

—Ninguno de nosotros ha salido de ella, Daoulas.

—Ahora veremos eso.

—Deje usted tranquilos a los que se mueren de hambre.

—Señor Kazallon —me dice el contraмаestre conteniéndose—, nosotros no lo acusamos a usted... Si alguno de ustedes hubiera tomado su parte no habiendo querido tomarla ayer, estaba en su derecho; pero todo ha desaparecido. ¿Lo oye usted? Todo.

—Registremos la tienda —exclama Daoulas.

Los marineros, cegados por la cólera, se adelantan, sin que me sea posible contenerlos. Entonces me asalta un horrible terror: ¿será que el señor Letourneur, no para sí, sino para su hijo, haya llegado hasta tomar...? Si lo ha hecho será descuartizado seguramente por los enfurecidos marineros.

Miro a Roberto Kurtis como para pedirle protección y Roberto Kurtis se pone a mi lado: tiene las manos dentro de los bolsillos, pero adivino que están armadas.

Mientras tanto, por orden del contraмаestre, la señorita Herbey y los Letourneur han salido de la tienda, que es detenidamente registrada; pero, por fortuna, en vano.

Sin duda alguna, los restos de Hobbart han sido arrojados al agua.

El contraмаestre, el carpintero y los marineros están desesperados.

¿Pero quién ha hecho eso? Miro a la señorita Herbey y al señor Letourneur, y sus miradas me responden que no han sido ellos.

Luego dirijo la vista a Andrés, y éste vuelve a otro lado la cabeza.

¡Desdichado! ¿Ha sido él? ¿Comprende las consecuencias de su acción?

CAPÍTULO XLIX

OTRA VEZ SED. — CUARENTA Y DOS DÍAS. — EL DELIRIO. —
JYNXTROP

Del 20 al 22 de enero.

COMO han comido y bebido, los caníbales que han tomado parte en el horrible banquete del 18 de enero, han padecido poco; pero la señorita Herbey, Andrés Letourneur, su padre y yo sufrimos tormentos tan grandes, que quizá sentimos la desaparición de los restos de Hobbart. Si uno de nosotros muere, ¿resistiremos...?

El contraamaestre, Daoulas y los demás pronto vuelven a tener hambre y nos miran con ojos extraviados. ¿Somos quizás una presunta presa para ellos?

Realmente, lo que más nos hace padecer no es el hambre, sino la sed, hasta el extremo de que, entre algunas gotas de agua y algunas migajas de galleta, ninguno de nosotros vacilaría. Esto se ha dicho siempre de los náufragos que se han encontrado en las circunstancias en que estamos nosotros, y es verdad. La sed hace sufrir más que el hambre y mata también más pronto.

Y, ¡suplicio horrendo!, tenemos alrededor nuestro el agua del mar que nuestros ojos ven y que es tan semejante al agua dulce. A veces, he tratado de beber algunas gotas, pero ha provocado en mí náuseas insuperables y una sed más ardiente que antes de haberla bebido.

¡Ah, esto es demasiado! Hace cuarenta y dos días que

abandonamos el buque. ¿Quién de nosotros puede hacerse ya ilusiones? ¿No estamos destinados a morir uno después de otro y con la más espantosa agonía?

Una especie de niebla me va nublando poco a poco la inteligencia; es una especie de delirio que se apodera de mí, y lucho en vano por recobrar la lucidez de mis facultades.

He vuelto en mí, no sé después de cuántas horas, y, al recobrar el conocimiento, me encuentro con la frente cubierta de compresas empapadas en agua del mar por la señorita Herbey, pero presiento que me queda poco tiempo de vida.

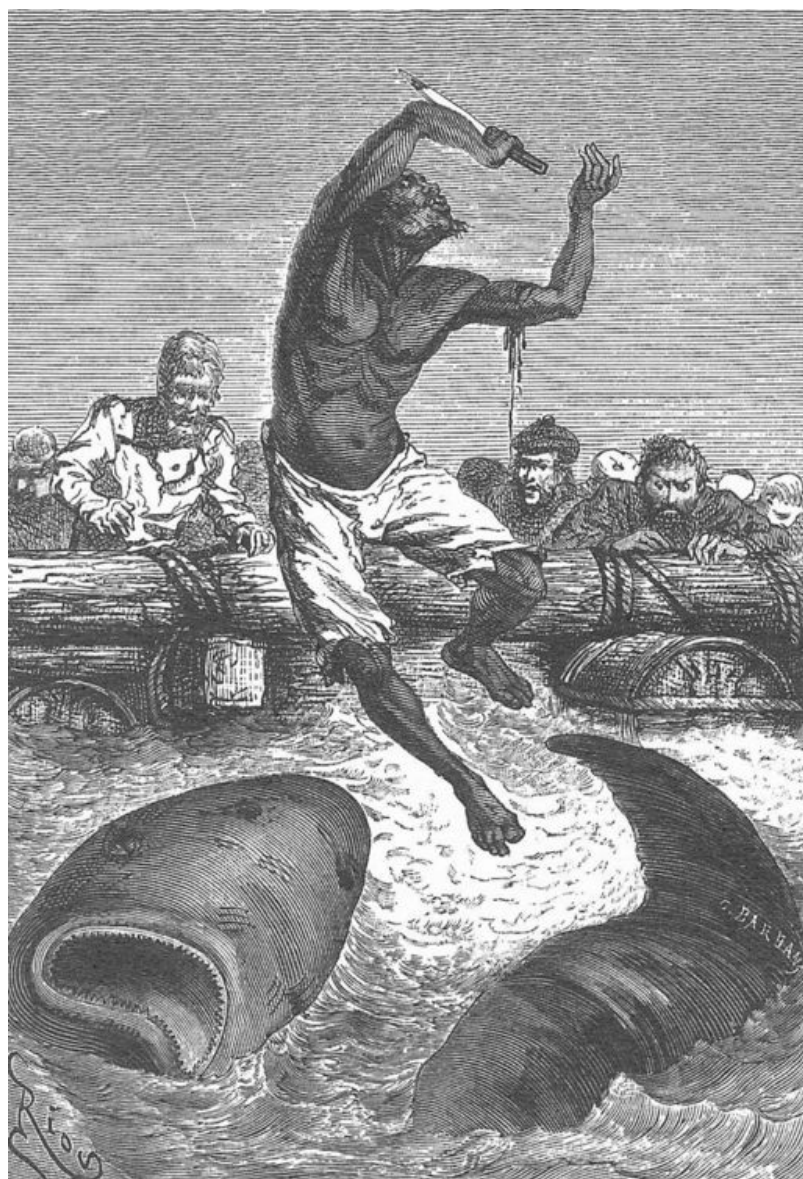
Hoy, día 22, hemos presenciado una escena espantosa. El negro Jynxtrop, acometido de pronto por un acceso de locura furiosa, recorre la balsa dando aullidos. Roberto Kurtis quiere contenerlo, pero en vano: se arroja sobre nosotros para devorarnos y es preciso defenderse contra los ataques de esa bestia feroz. Ha cogido un escoplo y es difícil parar sus golpes.

De repente, por una reacción sólo explicable por el ataque de cólera, encolerizándose contra sí mismo, sé desgarrar las carnes con dientes y uñas y nos arroja la sangre al rostro gritando:

—¡Bebed, bebed!

Después se arroja al mar.

El contraamaestre, Falsten y Daoulas se precipitan a proa de la balsa para recobrar el cuerpo; pero sólo ven un ancho círculo rojo en medio del cual se mueven monstruosos tiburones.



CAPÍTULO L

ONCE A BORDO. — REFRESCA EL VIENTO. — EL CAPITÁN. — LA
SEÑORITA HERBEY. — EL CONTRAMAESTRE

22 al 23 de enero.

SÓLO quedamos ya once personas a bordo de la balsa y me parece imposible que en lo sucesivo no haya cada día una nueva víctima. El fin de este drama, cualquiera que sea, se aproxima, y antes de ocho días, o hemos llegado a tierra, o nos hemos salvado en un buque, o habrá perecido hasta el último de nosotros.

El día 23 el aspecto del cielo ha experimentado un gran cambio y la brisa ha refrescado notablemente. El viento durante la noche se ha inclinado al Norte; se hincha la vela de la balsa, y la estela muy marcada que deja tras de sí, revela que se mueve rápidamente. El capitán calcula que marchamos a razón de tres millas por hora. Roberto Kurtis y el ingeniero Falsten son sin duda los que de todos se encuentran más fuertes. Aunque su delgadez es extrema, soportan de modo sorprendente las privaciones. No podría pintar hasta qué punto de extenuación se encuentra reducida la pobre señorita Herbey, que parece que sólo tiene ya alma, pero alma valiente todavía, y, como si ésta se hubiese refugiado en los ojos, le brillan extraordinariamente. Vive en el cielo, no en la tierra.

Persona de gran energía, sin embargo, aunque ahora está completamente abatido, es el contramaestre. Nadie lo conocería: con la cabeza inclinada sobre el pecho, las largas manos huesudas

apoyadas en las rodillas cuyas rótulas agudas se señalan bajo el pantalón gastado, permanece invariablemente en un rincón de la balsa sin levantar nunca los ojos, Al contrario que la señorita Herbey, sólo vive para el cuerpo y su inmovilidad es tan completa que a veces creo que ha cesado de vivir.

Ya no se habla, y ni siquiera se gime en la balsa, donde reina el silencio más absoluto. No se cruzan diez palabras al día, y las pocas palabras que nuestra lengua y nuestros labios tumefactos y endurecidos pueden pronunciar son absolutamente ininteligibles. La balsa no lleva más que espectros extenuados y sin sangre, que no tienen ya nada de humano.

CAPÍTULO LI

CAE LA BRISA. — EL CAPITÁN NO PIERDE LAS ESPERANZAS. —
FLAYPOL DELIRA. — SI QUIERE MATARSE, NO LO HAGA COMO
JYNXTROP

24 de enero.

¿DÓNDE estamos? ¿Hacia qué parte del Atlántico marcha la balsa? Dos veces he dirigido la misma pregunta a Roberto Kurtis, que sólo ha podido responderme de un modo vago; pero, como ha observado siempre la dirección de las corrientes y de los vientos, cree que hemos debido ser impulsados hacia el Oeste, es decir, hacia la tierra.

Hoy la brisa ha caído por completo. Sin embargo, existe en la superficie del mar una gran ondulación que revela que hacia el Este ha habido alteración en las aguas; quizás una tempestad ha trastornado esta parte del Atlántico. La balsa trabaja mucho y Roberto Kurtis, Falsten y el carpintero gastan la poca fuerza que les queda en consolidar las partes que amenazan desunirse.

¿Para qué semejante trabajo? ¡Que se desunen al fin las tablas, que nos trague el océano, porque la miserable vida no vale ya los esfuerzos que realizamos por conservarla!

Realmente, nuestros tormentos han llegado al grado más alto que puede el hombre tolerar, y es imposible que pasen más allá. El calor es tan sofocante, que parece plomo derretido lo que el cielo vierte sobre nosotros.

El sudor empapa los harapos que nos cubren, y esta transpiración acrecienta nuestra sed.

No, no puedo expresar lo que sufro, porque me faltan palabras para dar idea de estos dolores sobrehumanos. El único medio de refrescarnos que hemos podido emplear algunas veces nos está vedado ahora, porque desde la muerte de Jynxtrop los tiburones, que llegan por bandadas, rodean la balsa, y nadie piensa en bañarse.

He tratado de proporcionarme agua potable haciendo evaporar el agua del mar; pero, a pesar de mi paciencia, apenas consigo humedecer un pedazo de lienzo. Además, la caldera, que está muy usada, no ha podido resistir al fuego, se ha hendido y ha sido necesario abandonar la operación.

El ingeniero Falsten se encuentra ya casi aniquilado y no nos sobrevivirá sino muy pocos días. Cuando levanto la cabeza, ya no le veo. ¿Se ha tendido bajo las velas?, ¿está muerto? Sólo el enérgico capitán Kurtis está de pie a proa, sin cesar de examinar la superficie del mar. ¡Todavía tiene esperanza!

Yo voy a tenderme a popa, donde esperaré la muerte, y cuanto más pronto venga será mejor.

Ignoro cuantas horas han transcurrido... De repente oigo reír a grandes carcajadas. Sin duda, alguno de nosotros se ha vuelto loco.

Las carcajadas redoblan, pero no levanto la cabeza. ¿Qué me importa? Sin embargo, algunas palabras incoherentes llegan hasta mí.

—¡Una pradera, una pradera! ¡Árboles verdes y una taberna debajo de los árboles! ¡Pronto, pronto! ¡Aguardiente, ginebra, agua, agua, aunque valga a doblón la gota, yo pagaré, porque tengo oro, mucho oro!

—¡Pobre alucinado! Todo el oro del Banco no podría proporcionarte ni una gota de agua en este momento.

Es el marinero Flaypol, quien, acometido por el delirio, exclama:

—¡La tierra, la tierra está allí!

Esta palabra, capaz de galvanizar a un muerto, me hace levantar la cabeza; pero no hay semejante tierra. Flaypol pásase por la plataforma, ríe, canta y hace señales, mostrando una costa imaginaria. Ciertamente le faltan las percepciones directas del oído y de la vista; pero están suplidas por un fenómeno cerebral, y habla

de sus amigos ausentes a quienes lleva a la taberna de Cardiff, llamada de las Armas de Jorge, donde les ofrece ginebra, *whisky* y agua, agua sobre todo, agua que le embriaga. Se pasea, pisa los cuerpos tendidos, tropieza a cada paso, cae, vuelve a levantarse y canta con voz avinada. Bajo el imperio de la locura no padece ya, y hasta parece que se le ha pasado la sed. ¡Ah, yo quisiera estar loco como él!

¿Pero va a concluir este desdichado como el negro Jynxtrop, y a arrojarse al mar?

Daoulas, Falsten y el contramaestre lo creen así, pero si Flaypol quiere matarse no dejarán que lo haga sin beneficio para ellos, por cuyo motivo le siguen y lo espían sin cesar. Si Flaypol quiere arrojarse al mar, su cuerpo será disputado a los tiburones.

No ha ocurrido nada de esto. Durante su alucinación, Flaypol ha llegado al último grado de embriaguez como si hubiera bebido efectivamente los licores de que hablaba en su delirio, y, cayendo como una masa inerte, se sumerge en un profundo sueño.



CAPÍTULO LII

¿CUÁNTOS SOMOS? — PIENSO SERIAMENTE EN EL SUICIDIO. —
RESPUESTA DE ROBERTO KURTIS. — ¡AVES! — NIEBLA. — MI ÚLTIMO
DÍA. — ¡VAMOS A ECHAR SUERTES!

25 de enero.

LA noche del 24 al 25 de enero ha sido brumosa, y, a causa de no sé qué fenómeno, una de las más cálidas que puede imaginarse. Esta niebla es tan sofocante, que creo que una chispa de ella bastaría para incendiar cualquier sustancia explosiva. La balsa, no solamente no adelanta, sino que permanece absolutamente inmóvil, por lo que a veces me pregunto si flota todavía.

Durante esta noche he tratado de contar cuántos somos a bordo, y me parece que somos once todavía; pero apenas puedo reunir las ideas necesarias para establecer este cálculo, porque con frecuencia creo que sólo quedamos diez.

Después de la muerte de Jynxtrop, debemos ser once; pero mañana no serán más que diez, porque yo habré dejado de existir.

Efectivamente, no se me oculta que llego al término de mis padecimientos, porque mi memoria evoca todos los detalles de mi vida, recordando mi país, mis amigos y mi familia, a quienes, por lo menos en sueños, me es permitido ver por última vez.

Por la mañana al despertar, si puede llamarse sueño a este sopor enfermizo en que he estado sumergido, pienso seriamente en poner término a mis padecimientos.

Notifico mi resolución a Roberto Kurtis, y éste se limita a hacer un signo afirmativo.

—Por mi parte —agrega luego—, no pienso matarme, porque esto sería abandonar mi puesto, y si la muerte no me sorprende antes que a mis compañeros, me quedaré solo en la balsa.

La bruma es tan densa que ya casi no se distingue la superficie del agua, pero se conoce que por encima brilla un sol ardiente que no puede tardar en disipar todos estos vapores.

Hacia las siete de la mañana creo oír gritos de aves sobre mi cabeza. Roberto Kurtis, siempre de pie, los escucha con avidez.

Me acerco al capitán y le oigo murmurar con voz sorda:

—¡Aves! La tierra, por consiguiente, debe estar próxima.

¿Roberto Kurtis cree todavía que hay tierra? Yo no; para mí no existen continentes ni islas. El globo es sólo un esferoide líquido como en el segundo período de su formación.

Sin embargo, espero con cierta impaciencia que se disipe la bruma, no porque piense ver tierra, sino porque esta absurda esperanza irrealizable no me deja en paz, y deseo desembarazarme de ella cuanto antes.

A las once comienza, al fin, la niebla a disiparse, y mientras sus espesas volutas ruedan por la superficie de las olas, entreveo el azul del cielo. Los rayos del sol, atravesando la bruma, nos pican como flechas de metal enrojecido. Esta condensación de vapores se verifica, no obstante, en las capas altas y no es posible todavía observar el horizonte.

La niebla nos envuelve en sus torbellinos durante media hora, y, como no hay una ráfaga de viento, tarda en disiparse.

Roberto Kurtis, apoyado en el borde de la plataforma, trata de penetrar con la vista la opaca cortina de brumas.

Al fin, el sol barre la superficie del océano, la niebla retrocede, la claridad aumenta en un radio más extenso y aparece el horizonte...

Pero el horizonte es lo que ha sido desde hace seis semanas, una línea continua y circular en cuyo extremo se confunden el cielo y el agua.

Roberto Kurtis, después de haber mirado en torno suyo, guarda silencio. ¡Ah! Lo compadezco con toda sinceridad, porque es el único de todos nosotros que no tiene derecho a poner término a sus

padecimientos cuando quiera. Por mí parte, he resuelto morir mañana, y, si la muerte no me hiere antes, le ahorraré camino saliendo a recibirla. Respecto a mis compañeros, ignoro si viven todavía, pues me parece que hace muchos días que no los he visto.

Llega la noche, me es imposible dormir y, aproximadamente a las dos de la madrugada, me acometen unos dolores tan intensos, que no puedo reprimir los gritos. ¡Cómo! ¿No tendría antes de morir el supremo placer de apagar el fuego que me abrasa el pecho?

Sí. Beberé mi propia sangre a falta de la sangre de otro. Esto no me servirá de nada, lo sé, pero, a lo menos, mitigará mi mal.

Apenas se me ocurre esta idea, cuando me apresuro a ponerla en práctica. Abro la navaja, mi brazo está desnudo y de un golpe rápido corto una vena. La sangre sale gota a gota y empiezo a apagar la sed en esta fuente de mi vida. Bebo mi sangre, que apaga momentáneamente mis tormentos atroces, pero después se detiene y no tiene fuerza ya para correr.

¡Cuánto tarda en llegar el nuevo día!

Al amanecer, se forma en el extremo del horizonte una niebla espesa que estrecha el círculo cuyo centro es la balsa. La niebla es ardiente como los vapores que se escapan de una caldera.

Hoy es mi último día; pero antes de morir tendría gusto en estrechar la mano de un amigo. Roberto Kurtis está a mi lado, me arrastro hasta él y le tomo la mano. Me comprende, sabe que es mi despedida y parece que quiere contenerme infundiéndome esperanza; pero es inútil.

Habría querido también ver de nuevo a los Letourneur y a la señorita Herbey... pero no me atrevo. La joven adivinaría mi propósito y me hablaría de Dios y de la otra vida que debo esperar... ¡Esperar! No tengo valor para ello... ¡Dios me perdone!

Vuelvo a popa de la balsa, y, después de largos esfuerzos, consigo ponerme de pie cerca del mástil, para recorrer con la vista por última vez este mar azul y este horizonte que no se mueve. Aunque se me presentara la tierra, aunque viera levantarse una vela sobre las olas, creería ser juguete de una ilusión..., pero el mar está desierto.

Son las diez de la mañana; las torturas del hambre y el aguijón de la sed me desgarran las entrañas con nueva violencia. El instinto de conservación se extingue en mí y dentro de pocos instantes

habré dejado de padecer... ¡Que Dios tenga misericordia de mí!

En este momento dice Daoulas, que está cerca de Roberto Kurtis:

—Capitán, ¿vamos a echar suertes?

Ya estaba a punto de arrojarme al mar y, al oír esto, me detengo. ¿Por qué? No podría decirlo; pero lo cierto es que vuelvo a popa de la balsa.

CAPÍTULO LIII

LA SUERTE. — EL SEÑOR LETOURNEUR Y SU HIJO ANDRÉS. — LA
ÚLTIMA PAPELETA. — ABNEGACIÓN PATERNA

26 de enero.

HECHA la proposición, que, desde hacía algunos días, era una idea fija que nadie se atrevía a formular, todos guardan silencio, aunque todos la han oído y entendido perfectamente.

Vamos a echar suertes, y así todos tendrán su parte respectiva del desgraciado a quien la suerte designe morir.

Me parece que se propone hacer una excepción en favor de la señorita Herbey, y que es Andrés Letourneur quien la hace; pero los marineros la rechazan con cólera.

Somos once personas a bordo, y por consiguiente, cada cual tiene diez probabilidades en su favor y una en contra. La excepción propuesta cambiaría esta proporción, y la señorita Herbey es condenada a sufrir la suerte común.

Son las diez y media. El contraamaestre, a quien la proposición de Daoulas ha reanimado, insiste en que se echen suertes inmediatamente. Tiene razón. Además, ninguno de nosotros se empeña en vivir; el que sea designado sólo precederá en la muerte pocos días, acaso pocas horas, a sus compañeros. Todos lo saben y nadie se espanta. Lo que se desea y se piensa conseguir es no padecer siquiera un día o dos el hambre y la sed que nos atormentan.

No puedo decir cómo se ha llegado a ver cada uno de nuestros nombres escritos en un papel en el fondo de un sombrero. Sin duda, ha sido Falsten quien los ha escrito en una hoja arrancada de su libro de memorias.

Los once nombres están ahí y se acuerda sin discusión que el último nombre que salga será la víctima.

¿Quién sacará los nombres? Hay una especie de vacilación.

—Yo —responde uno de nosotros.

Me vuelvo y conozco al señor Letourneur.

Allí está en pie. Lívido, con la mano extendida, los cabellos canos cayendo sobre sus mejillas enflaquecidas, y espantoso por su tranquilidad.

¡Ah, desdichado padre! Te comprendo. Sé por qué quieres sacar los nombres; tu cariño paterno te llevará hasta ese extremo.

—Cuando usted quiera —dice el contraamaestre.

El señor Letourneur mete la mano en el sombrero, toma una papeleta, la desdobra, y pronuncia en alta voz el nombre que hay en ella y la entrega al designado en ella.

El primer nombre que sale es el de Burke, que prorrumpe en un grito de alegría.

El segundo el de Flaypol.

El tercero el del contraamaestre.

El cuarto el de Falsten.

El quinto el de Roberto Kurtis.

El sexto el de Sandon.

La mitad de los nombres, menos uno, han salido ya.

El mío no ha salido aún y trato de calcular las probabilidades que me quedan; cuatro en favor y una en contra.

Después del grito de Burke, no se ha pronunciado una palabra más.

El señor Letourneur continúa su siniestra tarea.

El séptimo nombre es el de la señorita Herbey, pero la joven no se ha estremecido.

El octavo nombre es el mío. ¡Sí, el mío!

El noveno nombre:

—¡Letourneur!

—¿Cuál? —Pregunta el contraamaestre.

—Andrés —responde el señor Letourneur.

Se oye un grito y Andrés pierde el conocimiento.

—¡Continúe usted! —Exclama con un rugido el carpintero Daoulas, cuyo nombre queda solo en el sombrero con el del señor Letourneur.

Daoulas mira a su rival como una víctima que desea devorar; por su parte, el señor Letourneur está casi risueño. Mete la mano en el sombrero, saca la papeleta, la desdobla con lentitud, y sin que su voz se debilite, con una firmeza que jamás habría esperado yo en aquel hombre pronuncia este nombre:

—¡Daoulas!

El carpintero se ha salvado y de su pecho se escapa un rugido.

Luego el señor Letourneur toma la última papeleta, y sin desdoblarla la rompe; pero un pedazo de papel rasgado vuela hacia un rincón de la balsa, me arrastro hacia aquel lado, recojo el papel y en un extremo leo: And...

El señor Letourneur se precipita hacia mí, me arranca violentamente de las manos el pedazo de papel, lo retuerce entre los dedos, y, después, mirándome con gravedad lo arroja al mar.

CAPÍTULO LIV

NO ME HABÍA EQUIVOCADO. — SÚPLICAS DE LA SEÑORITA
HERBEY. — UN DÍA MÁS. — ESPERANZAS. — CADA CUAL VUELVE A
SU SITIO. — ANOCHECE

Continuación del 26 de enero.

NO me había equivocado; el padre se sacrificaba por el hijo y, no teniendo que darle más que la vida, se la daba.

Aquellos hombres hambrientos no quieren esperar más. Los tormentos de sus entrañas se redoblan en presencia de la víctima que les está destinada. El señor Letourneur no es ya un hombre para ellos, que todavía no ha dicho nada, pero cuyos labios se adelantan en punta; sus dientes, que se descubren prontos a hundirse violentamente en las carnes, desgarrarían las del señor Letourneur como dientes de carnívoros con la voracidad brutal de las fieras. ¿Se espera, acaso, que se arrojen sobre la víctima y la devoren viva?

¿Quién creerá que en tales circunstancias se apela al resto de humanidad que alberguen en sus corazones, y que este llamamiento ha sido oído? Sí; una palabra los ha detenido en el momento en que iban a lanzarse sobre el señor Letourneur. El contraamaestre, dispuesto a representar el papel de carnicero, y Daoulas que ya estaba con el hacha en la mano, han quedado inmóviles.

La señorita Herbey se adelanta, o, mejor dicho, se arrastra hacia ellos, y les dice:

—Amigos míos, ¿queréis esperar un día más? ¿Nada más que un

día? Si mañana no se descubre tierra, si no encontramos ningún buque, nuestro pobre compañero os será entregado.

Al oír estas palabras, se estremece mi corazón. Me parece que la joven ha hablado con acento profético, y que es una inspiración del cielo la que anima su noble entendimiento. Recobro por completo la esperanza; la señorita Herbey quizás ha entrevisto la tierra o el buque en una de las visiones sobrenaturales que Dios muestra a las almas escogidas. Sí, debemos esperar un día más, ¿qué es un día después de cuanto hemos padecido?

Roberto Kurtis opina como yo, y unimos nuestras súplicas a las de la señorita Herbey; Falsten habla en el mismo sentido. Suplicamos a nuestros compañeros, al contraмаestre, a Daoulas, a los demás.

Los marineros se detienen sin murmurar; el contraмаestre arroja su hacha, y después, con voz sorda, dice:

—Lo aplazaremos hasta mañana al amanecer.

Estas palabras lo expresan todo. Si mañana no hay tierra ni buque a la vista, se consumará el horrible sacrificio.

Cada cual vuelve a su sitio, esforzándose por comprimir sus dolores. Los marineros se ocultan bajo las velas, sin tratar siquiera de observar el mar, que ya les importa poco, porque están seguros de comer mañana.

Andrés Letourneur ha recobrado el conocimiento y su primera mirada es para su padre. Después cuenta los pasajeros de la balsa... no falta ninguno. ¿A quién ha designado la suerte? Cuando Andrés se ha desmayado sólo quedaban dos nombres en el sombrero, el del carpintero y el de su padre, y sin embargo el señor Letourneur y Daoulas están allí.

La señorita Herbey se acerca entonces, y le dice sencillamente que no se ha concluido la operación de echar suertes.

Andrés Letourneur no pregunta más; estrecha la mano de su padre, que se muestra tranquilo y casi risueño, y únicamente ve y comprende que su hijo se ha salvado. Estos dos seres tan estrechamente unidos uno a otro, se sientan a popa y hablan en voz baja.

No he vuelto todavía de la impresión que me ha producido la intervención de la joven, y creo firmemente en un socorro providencial, cuya idea se ha arraigado en mi cerebro. Me atrevería

a afirmar que tocamos al término de nuestras desgracias, y si estuvieran el buque o la tierra a pocas millas a sotavento, no estaría más seguro que ahora lo estoy de nuestra salvación. No hay que admirarse de esto, porque mi cerebro está tan vacío, que las quimeras se convierten en él en realidades.

Hablo de mis presentimientos a los Letourneur, y Andrés confía como yo. ¡Infeliz muchacho! Si supiera que mañana...

El padre me escucha gravemente y me anima a tener paciencia, creyendo que Dios perdonará a los sobrevivientes del *Chancellor*, prodigando a su hijo caricias que en su concepto son las últimas.

Después, cuando estoy solo a su lado, el señor Letourneur se inclina a mi oído y dice:

—Le recomiendo a usted a mi desgraciado hijo. Que no sepa jamás que...

La voz se apaga en su garganta y gruesas lágrimas caen de sus ojos.

A mí me anima una gran esperanza.

Así, contemplo sin cesar el horizonte y lo recorro en todo su perímetro; pero lo veo desierto, a pesar de lo cual no me alarmo. Antes de que amanezca aparecerá tierra o barco.

Roberto Kurtis observa, como yo, el mar, y la señorita Herbey, Falsten y el contramaestre concentran toda su vida en sus miradas.

Llega la noche; pero estoy profundamente convencido de que algún buque se aproxima en esta oscuridad profunda, y que verá la señal que le hagamos cuando amanezca el día.

CAPÍTULO LV

ILUSIONES. — NO SE VEN BUQUE NI TIERRA. — AMANECE. —
LLEGO LA HORA. — LUCHA. — TRANQUILIDAD DE LA VÍCTIMA. —
CAIGO AL AGUA Y LA ENCUESTRO DULCE

27 de enero.

NO duermo escuchando los menores ruidos; los chasquidos del agua y el murmullo de las olas, y observo con sorpresa que no hay tiburones alrededor de la balsa, lo que me parece un feliz presagio.

La luna ha salido a las once y cuarenta y seis minutos de la noche, mostrando su semidisco de cuarto menguante, pero su escasa luz no me permite ver el mar en un radio extenso. ¡Cuántas veces he creído entrever a pocos cables de distancia el ansiado buque! Amanece. La aurora ha abierto al sol las puertas del Oriente, y los primeros rayos del astro diurno se extienden sobre un mar desierto.

Se acerca el momento terrible y poco a poco van desvaneciéndose todas mis esperanzas de la noche. No se ve buque alguno ni tampoco tierra; vuelvo a la realidad, y recuerdo el pasado. Es la hora en que va a consumarse la abominable ejecución, y no me atrevo a mirar a la víctima, cuyos ojos resignados se fijan en mí, sin que yo pueda sostener su mirada.

Un insuperable horror me oprime el pecho, y la cabeza me da vueltas como si estuviera beodo.

Son las seis de la mañana, pero ya no creo en un socorro providencial; mi corazón late con más de cien pulsaciones por

minuto, y un sudor de angustia brota de todos mis poros.

El contraмаestre y Roberto Kurtis, en pie, apoyados en el mástil, no apartan la vista del océano. El primero está espantoso; se conoce que no adelantará la hora, pero tampoco la retardará un momento.

En cuanto al capitán, me es imposible adivinar lo que piensa: su rostro está lívido y parece que toda su vida está reconcentrada en la mirada.

Los marineros se arrastran sobre la plataforma, devorando ya con sus ojos ardientes a la víctima.

No pudiendo sostenerme en pie, me deslizo hasta la proa del buque. El contraмаestre sigue mirando al mar.

—¡En fin! —Exclama.

Esta palabra me hace estremecer.

El contraмаestre, Daoulas, Falsten, Burke y Sandon se adelantan hacia popa, y el carpintero coge convulsivamente su hacha.

La señorita Herbey exhala un grito y Andrés se incorpora de pronto.

—¿Y mi padre? —Pregunta, profundamente angustiado.

—La suerte me ha designado —responde el señor Letourneur.

Andrés estrecha entre sus brazos a su padre gritando con un rugido:

—¡Jamás! Antes me matarán a mí. Mátenme ustedes; soy yo quien ha arrojado al mar los restos del cadáver de Hobbart; yo soy, yo, quien debe morir.



¡Desgraciado!

Estas palabras acrecientan la rabia de los verdugos. Daoulas se aproxima a él y a viva fuerza lo separa de los brazos del señor Letourneur, diciendo:

—Basta de aspavientos.

Andrés cae de espaldas, y dos marineros lo sostienen de manera

que no pueda moverse, mientras Burke y Flaypol se apoderan de la víctima y la arrastran hacia proa.

Esta escena espantosa pasa con más rapidez de la que empleo en describirla. El horror me ha dejado clavado en el sitio de tal modo, que me impide arrojarme entre el señor Letourneur y los verdugos, como es mi deseo.

En este momento la víctima está de pie. Ha rechazado a los marineros, que le han arrancado parte de sus harapos y muestra los hombros desnudos.

—Un instante —dice con tono que revela una indomable energía—, un instante. No intento robaros vuestra ración, pero supongo que no vais a devorarme hoy por completo.

Los marineros se detienen, lo miran y escuchan estupefactos.

El señor Letourneur prosigue:

—Sois diez. ¿No os bastarán mis brazos? Cortadlos y mañana tendréis el resto del cuerpo.

El señor Letourneur extiende los dos brazos desnudos.

—Sí —grita con voz terrible el carpintero Daoulas.

Yrápido como el rayo, levanta el hacha.

Roberto Kurtis, no pudiendo contenerse, grita:

—Este asesinato no se cometerá mientras estemos con vida.

Y se arroja en medio de los marineros para arrancarles la víctima.

Yo me precipito en medio de todos, pero, al llegar a proa, soy rechazado con violencia por uno de los marineros y caigo al agua...

Cierro la boca porque no quiero morir ahogado; pero el sofoco es más fuerte que mi voluntad, y mis labios se abren. El agua penetra en mi garganta... y, sorpresa inaudita, esta agua es dulce.

CAPÍTULO LVI

HE BEBIDO. — MIS GRITOS. — AÚN ES TIEMPO. — CESÓ LA
LUCHA. — ¿DÓNDE ESTAMOS? — TIERRA

Continuación del 27 de enero.

BEBO con avidez y renazco a la vida, que vuelve a entrar en mí. Ya no quiero morir y doy gracias a Dios por haberme salvado.

Grito, y tengo la suerte de ser oído. Roberto Kurtis me arroja una cuerda que recojo; me levanto y vuelvo a caer sobre la plataforma de la balsa, donde me apresuro a decir:

—El agua es dulce.

—¡El agua es dulce! —Grita Roberto Kurtis—, la tierra está muy cerca.



Todavía es tiempo; el asesinato no se ha perpetrado aún.

La víctima no ha podido ser herida porque Roberto Kurtis y Andrés han luchado contra los caníbales, y, en el momento en que iban a sucumbir, se ha oído mi voz, que ha suspendido la lucha.

Las palabras «el agua es dulce», repetidas por mí, resuenan por todas partes, y para acabar de convencer a todos me inclino fuera

de la balsa y bebo con avidez, a grandes tragos.

La señorita Herbey, la primera, sigue mi ejemplo, y Roberto Kurtis, Falsten y los demás se precipitan hacia esa fuente de vida. Todos beben: las bestias feroces de hace un momento levantan los brazos al cielo y algunos se persignan gritando: ¡milagro! Todos se arrodillan al borde de la balsa y beben con delicia. El éxtasis ha sucedido al furor.

Andrés y su padre son los últimos en imitarnos. —¿Pero dónde estamos?— exclamo.

—A menos de veinte millas de tierra —responde Roberto Kurtis.

Lo miramos. ¿Ha perdido el juicio el capitán? No hay costa a la vista, y la balsa continúa siendo el centro de un círculo líquido.

Sin embargo, el agua es dulce. ¿Desde cuándo? No importa; cierto es que los sentidos no nos han engañado y hemos apagado nuestra sed.

—Sí, la tierra no se ve aún, pero está muy cerca, está ahí —dice el capitán extendiendo una mano hacia el Oeste.

—¿La tierra? —Pregunta el contramaestre.

—La tierra de América, la tierra por donde corre el río de las Amazonas, el único río cuya corriente es suficientemente fuerte para quitar el sabor salado al agua del océano a veinte millas de su desembocadura.

CAPÍTULO LVII

EL RÍO DE LAS AMAZONAS. — SALVAMENTO. — DE TREINTA Y DOS QUEDAN ONCE. — REGRESO A EUROPA. — CONCLUSIÓN

Continuación del 27 de enero.

ROBERTO Kurtis no se ha engañado. La desembocadura del río Amazonas, que vierte en el mar doscientos cuarenta mil metros cúbicos de agua por hora, es el único sitio del Atlántico donde se puede encontrar agua dulce. La tierra está ahí. El viento nos lleva hacia ella.

La señorita Herbey eleva entonces su voz al cielo y todos unimos nuestras oraciones a las suyas.



Andrés Letourneur está en brazos de su padre a popa de la balsa, mientras que a proa todos los demás contemplamos el horizonte hacia el Oeste.

Una hora después Roberto Kurtis grita con indecible júbilo:
—¡Tierra!

El Diario en que he ido consignando día por día mis impresiones

y los detalles de este accidentado viaje, ha concluido, y sólo me resta referir brevemente el salvamento de los supervivientes del *Chancellor*.

La balsa llegó a las once de la mañana a la punta Magouri de la isla Marrajo, donde unos pescadores caritativos nos recogieron y dieron alimento, conduciéndonos después a Para, donde fuimos objeto de los cuidados más solícitos.

La balsa tocó en tierra a los 0° 12' de latitud Norte, después de haber sido rechazada 11° por lo menos al Sudoeste desde el día en que abandonamos el buque. Digo por lo menos, porque es evidente que debimos bajar más al Sur. Si llegamos a la desembocadura del río de las Amazonas, debióse a que la corriente del Gulf-Stream cogió la balsa y la impulsó, sin lo cual nos habríamos perdido.

De treinta y dos que nos embarcamos en Charleston, a saber: nueve pasajeros y veintitrés marinos, sólo quedamos cinco pasajeros y seis marinos, total once.

Éstos son los únicos supervivientes del *Chancellor*.

Las autoridades brasileñas levantaron acta del salvamento, y en ella pusieron su firma la señorita Herbey, J. R. Kazallon, Letourneur padre, Andrés Letourneur, Falsten, el contra maestres, Daoulas, Burke, Flaypol, Sandon y, el último, Roberto Kurtis, capitán.

Debo agregar que en Para se nos facilitaron medios de volver a la patria. Un buque nos condujo a Cayena y fuimos a encontrar en Aspinwall la línea transatlántica cuyo vapor, *Vile de Saint Nazaire*, nos llevó a Europa.

Y ahora, después de tantos infortunios sufridos en común, después de tantos peligros de que nos hemos librado milagrosamente, digámoslo así, ¿no es natural que una indestructible amistad una entre sí a los pasajeros del *Chancellor*? En cualquiera circunstancia y por lejos que la suerte los lleve a uno de otro, ¿es posible que se olviden mientras vivan? Roberto Kurtis es y será siempre el amigo leal de sus compañeros de infortunio.

La señorita Herbey deseaba retirarse del mundo y consagrar su vida al cuidado de los que padecen.

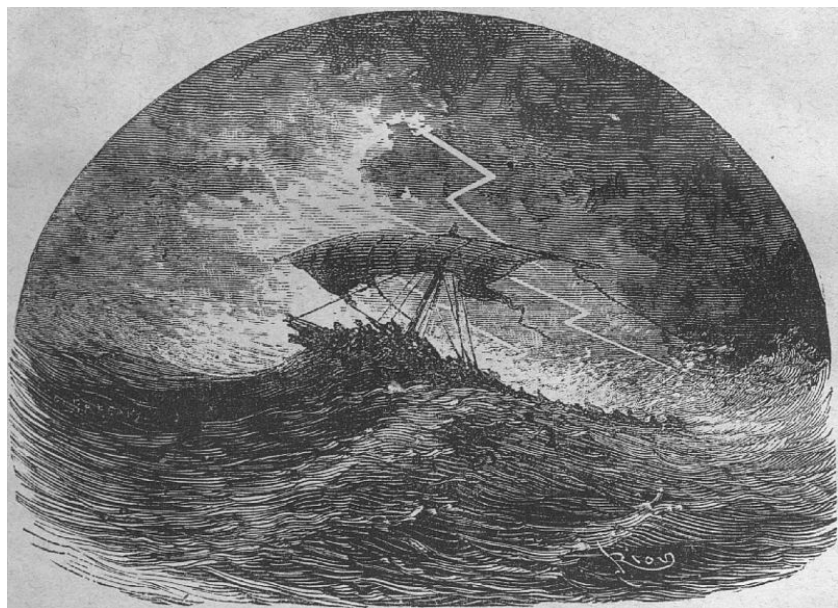
—¿Pero mi hijo, no es también un enfermo? —le ha preguntado el señor Letourneur, y ha accedido a quedarse a su lado.

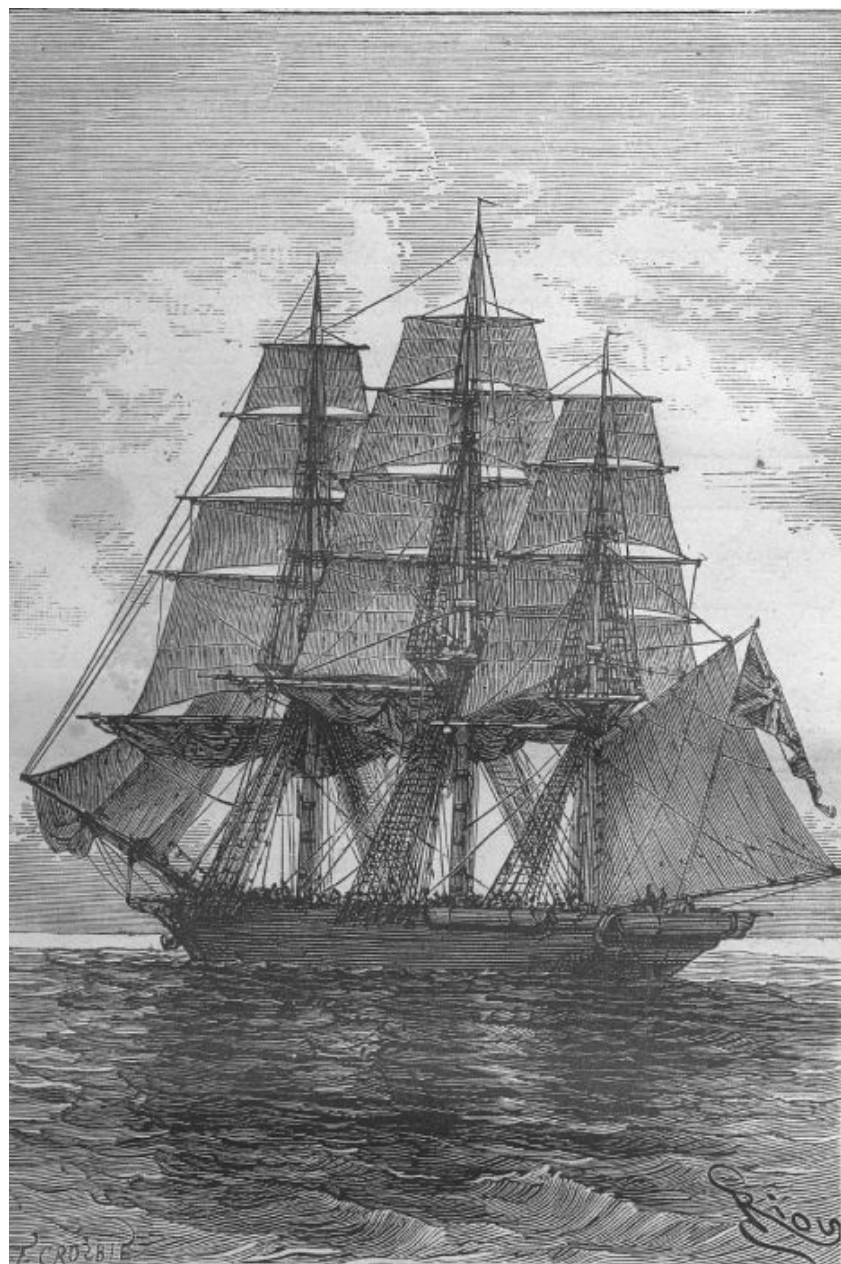
La señorita Herbey ha encontrado un padre en el señor Letourneur y un hermano en su hijo Andrés.

Este hermano se convertirá pronto en esposo de la virtuosa joven, cuya felicidad, muy merecida por cierto, deseamos cordialmente.

Ilustraciones de Édouard Riou



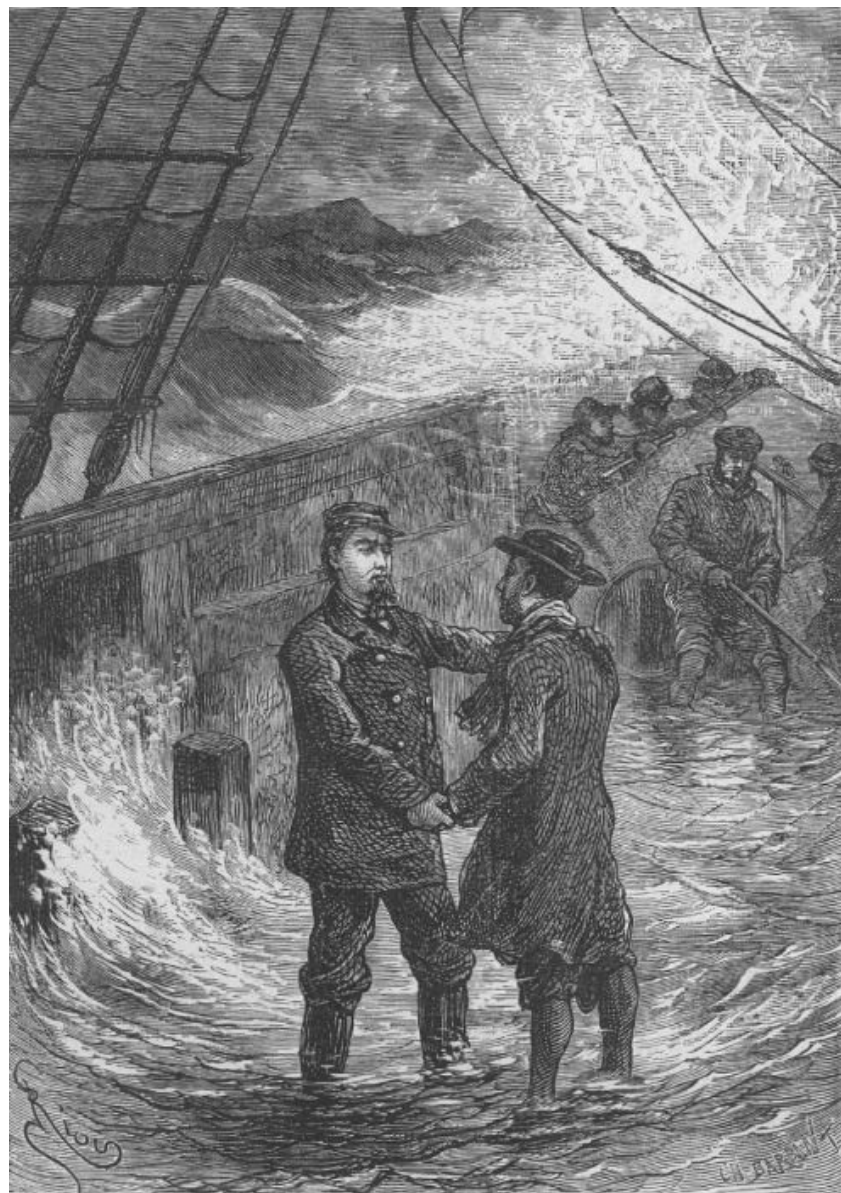


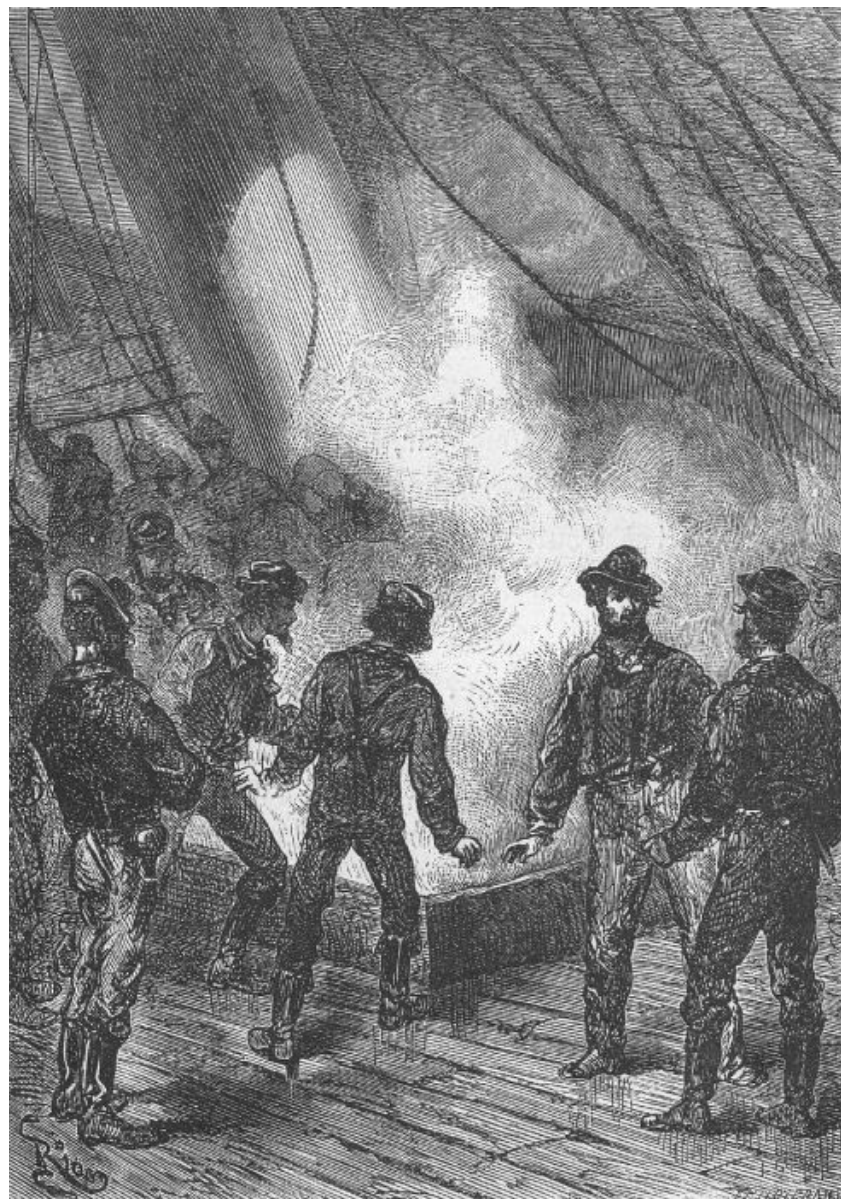


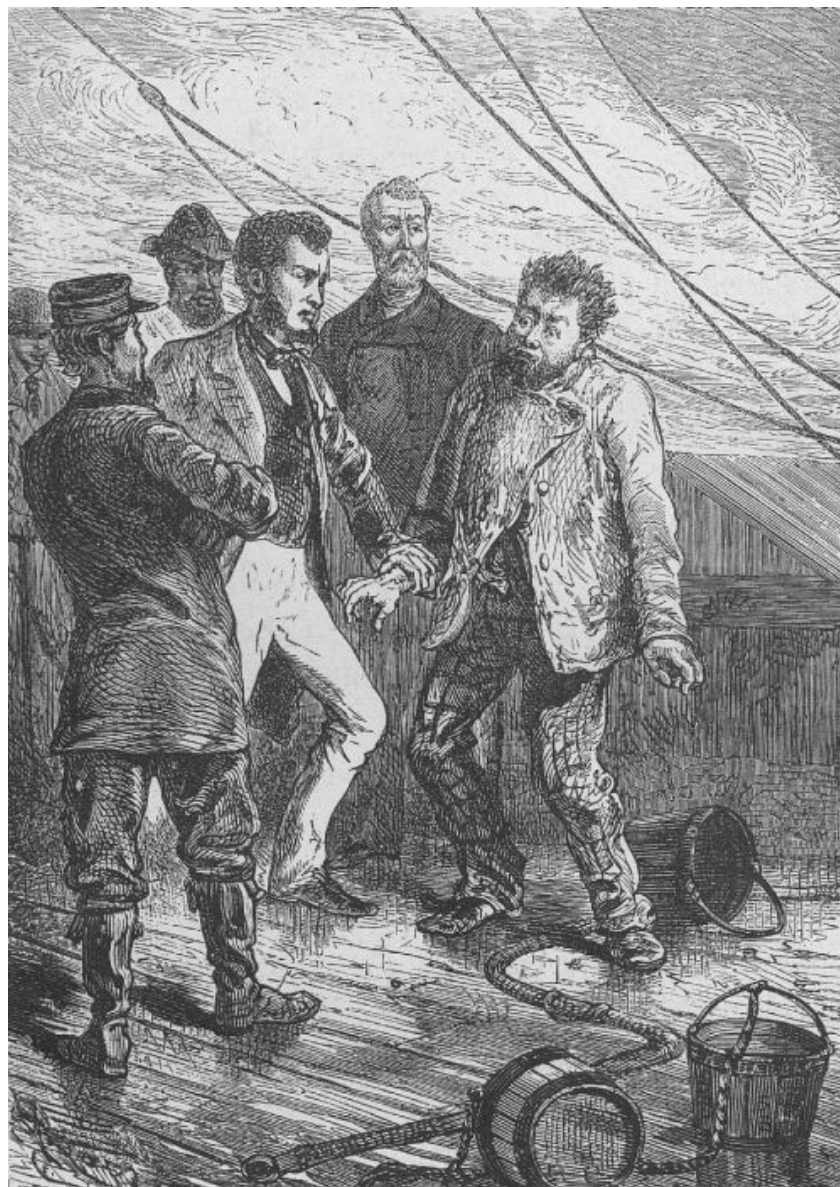


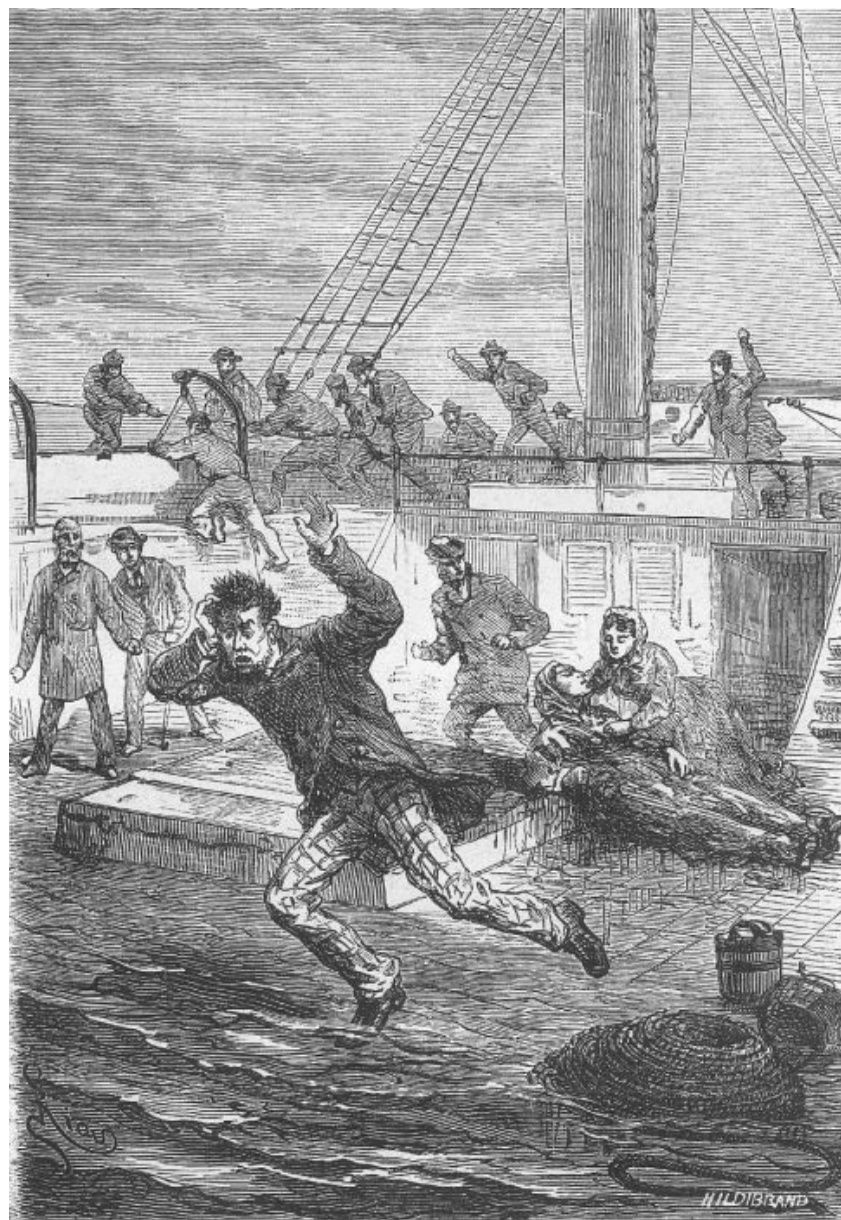




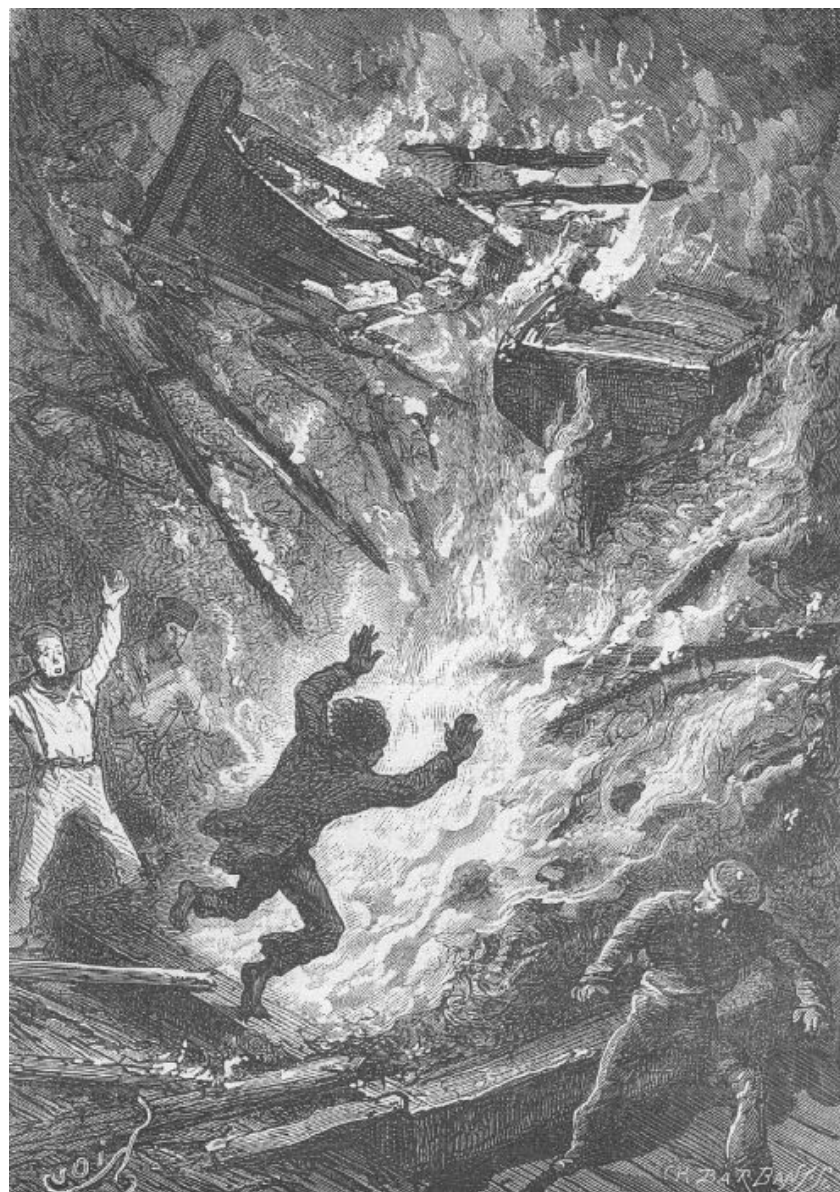




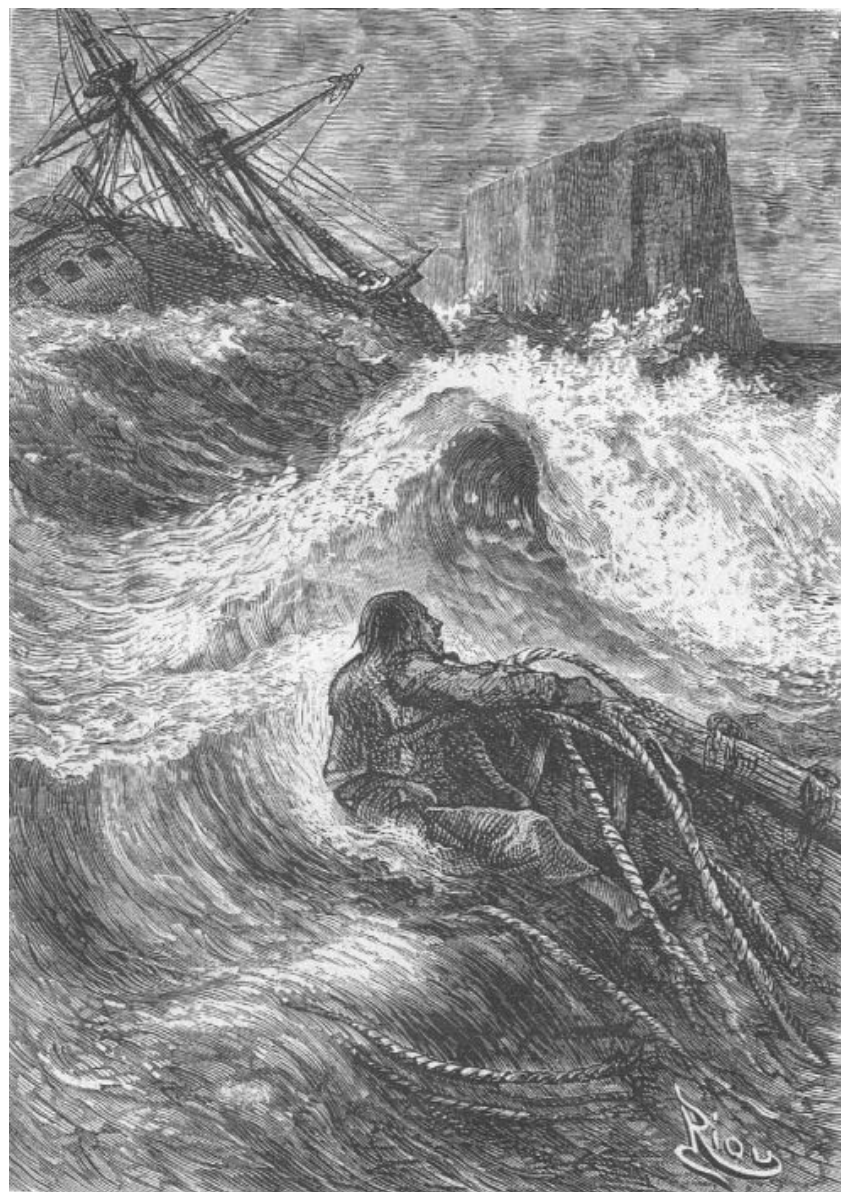


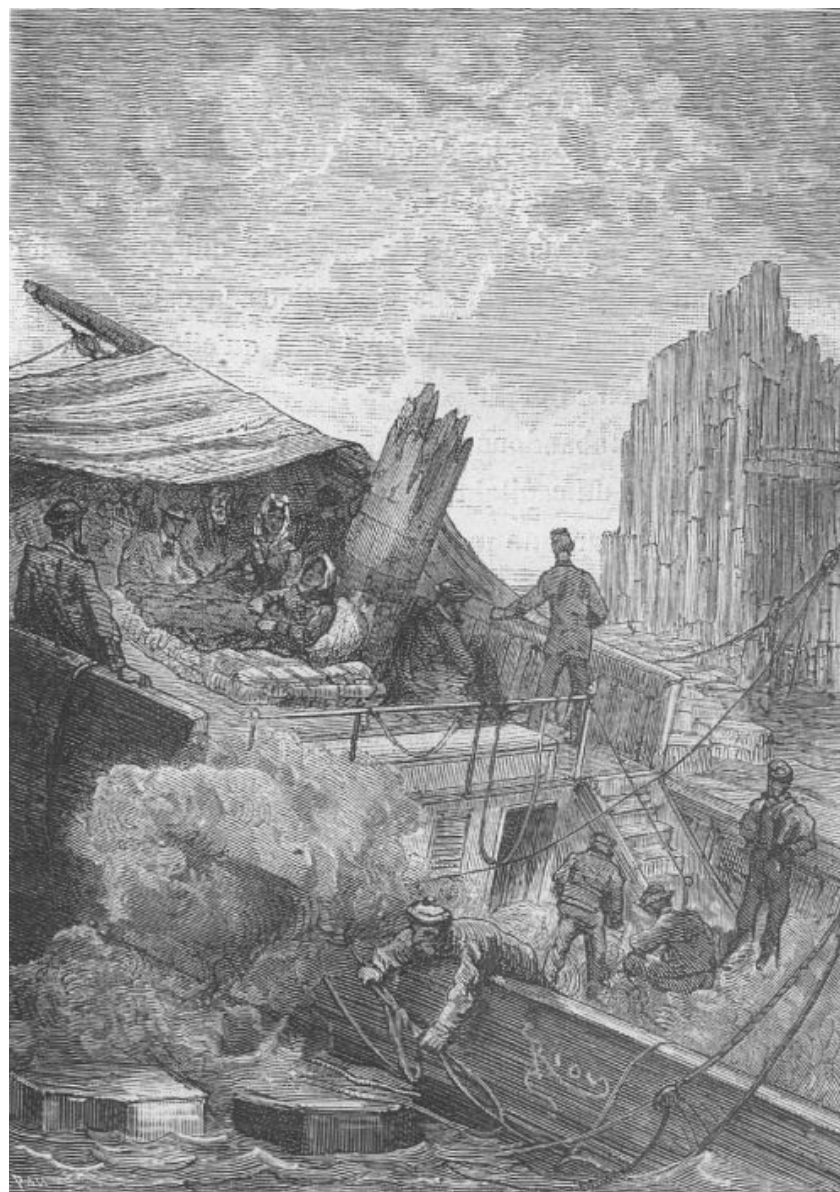


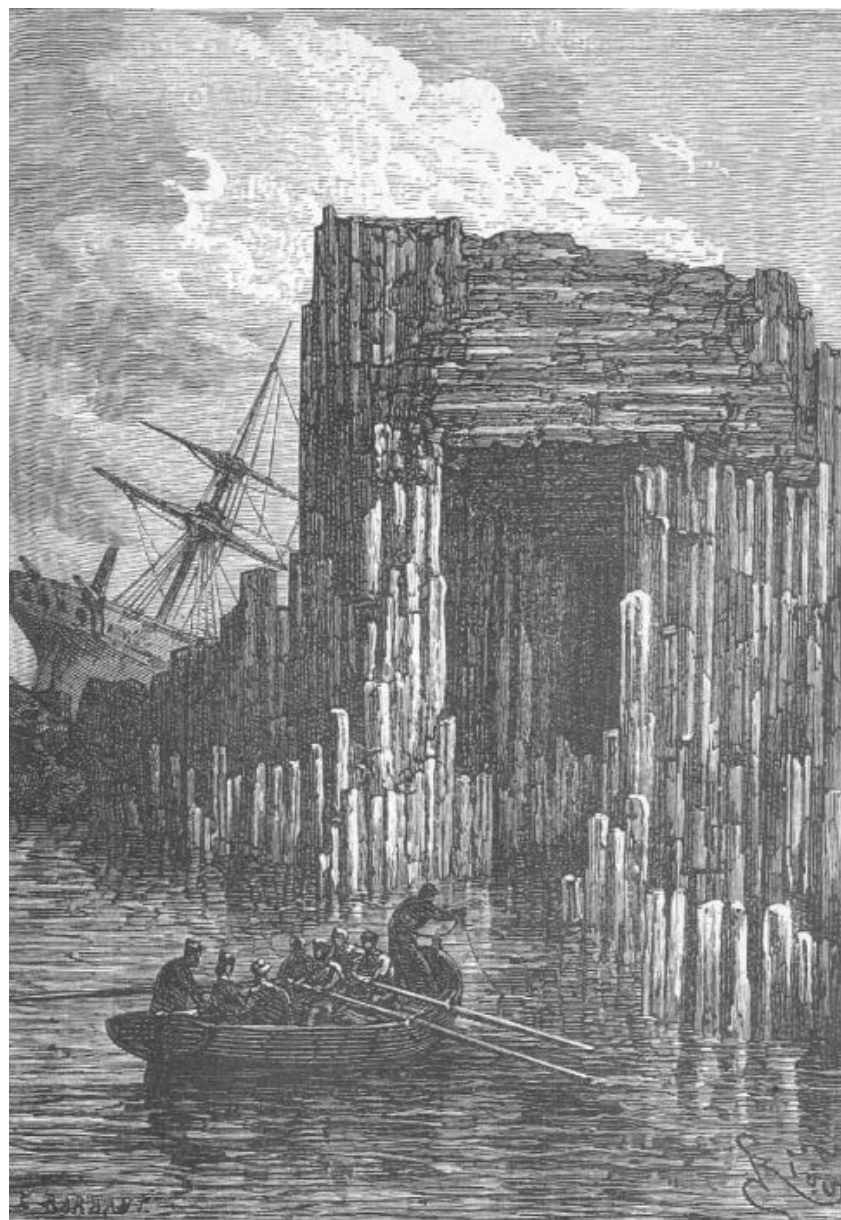






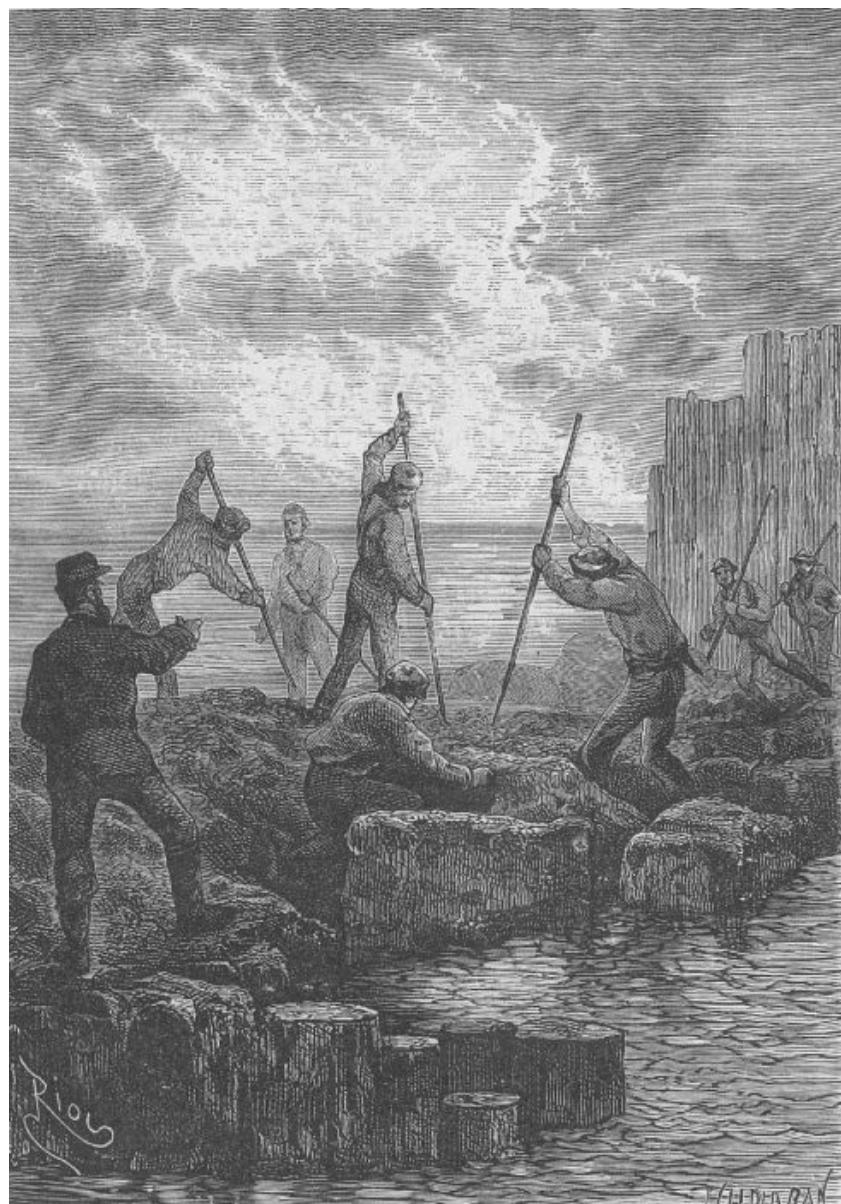


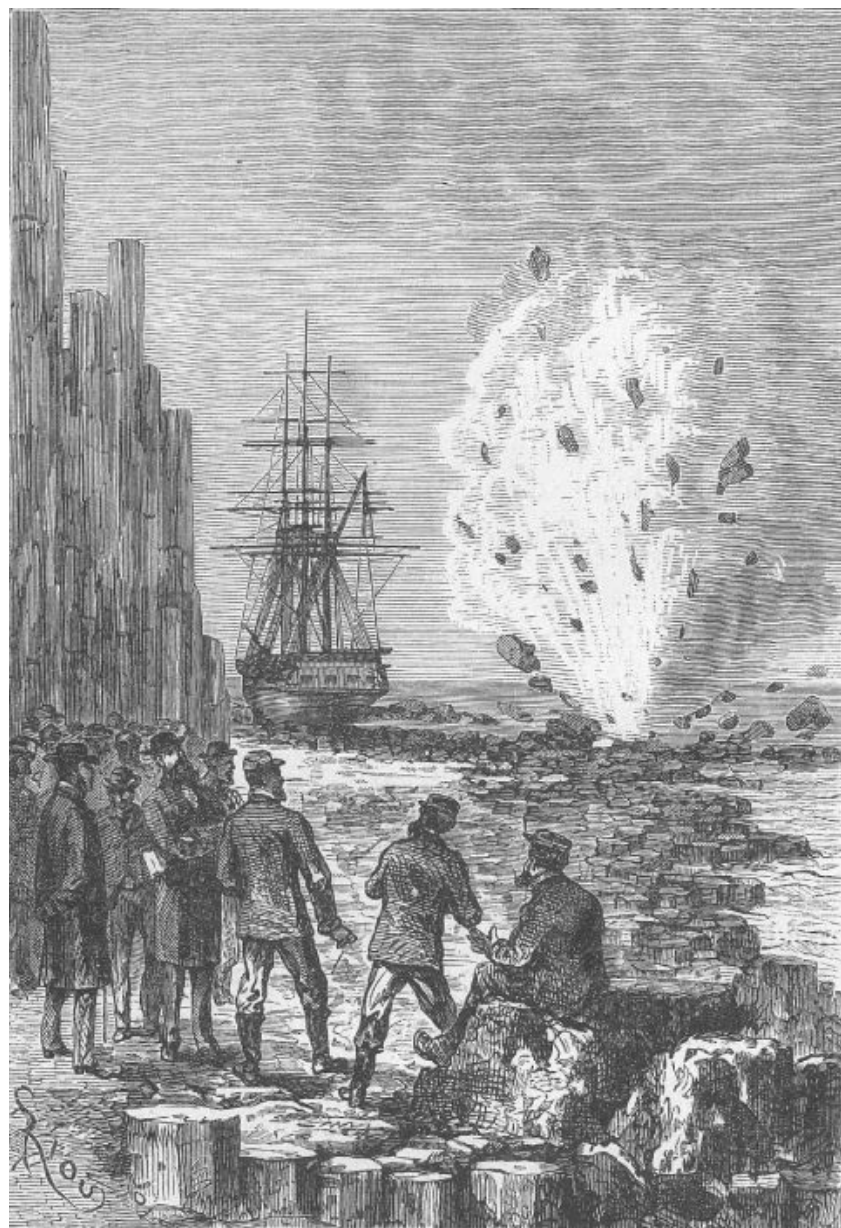


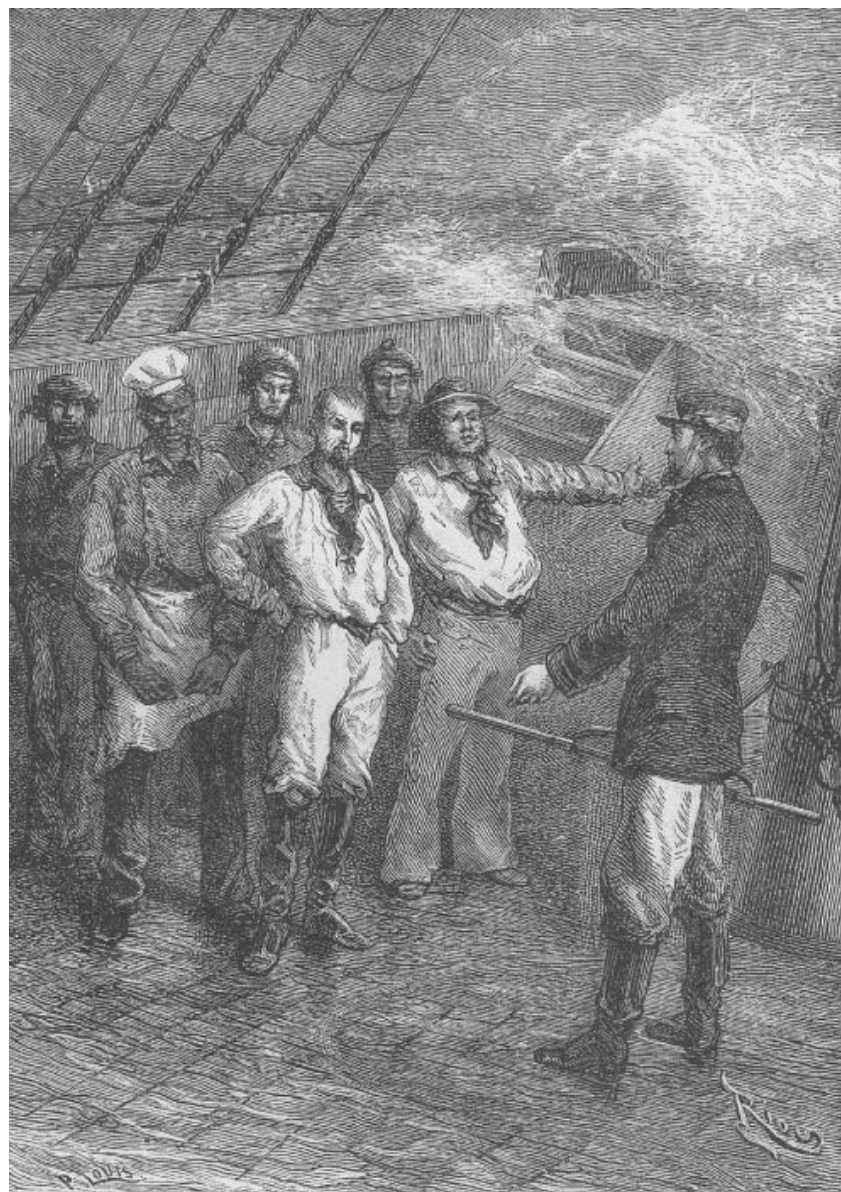


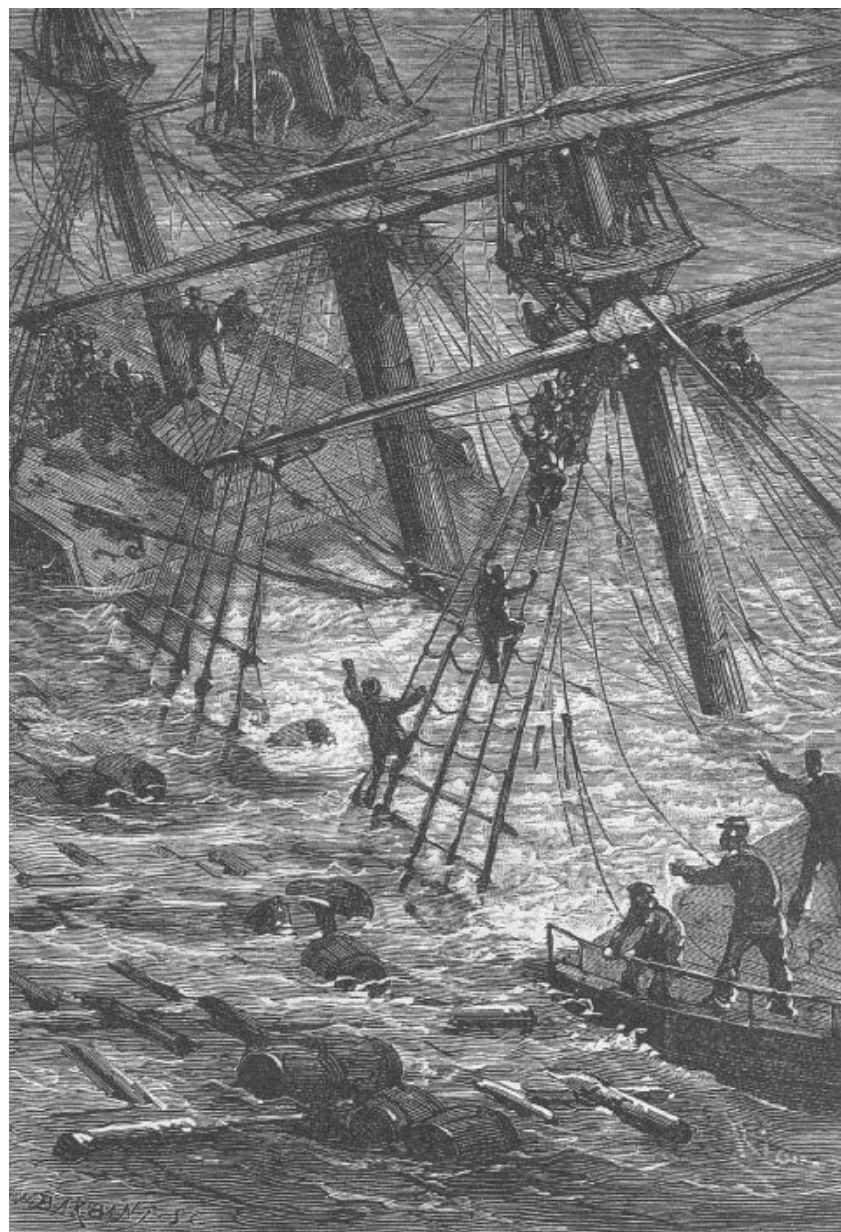




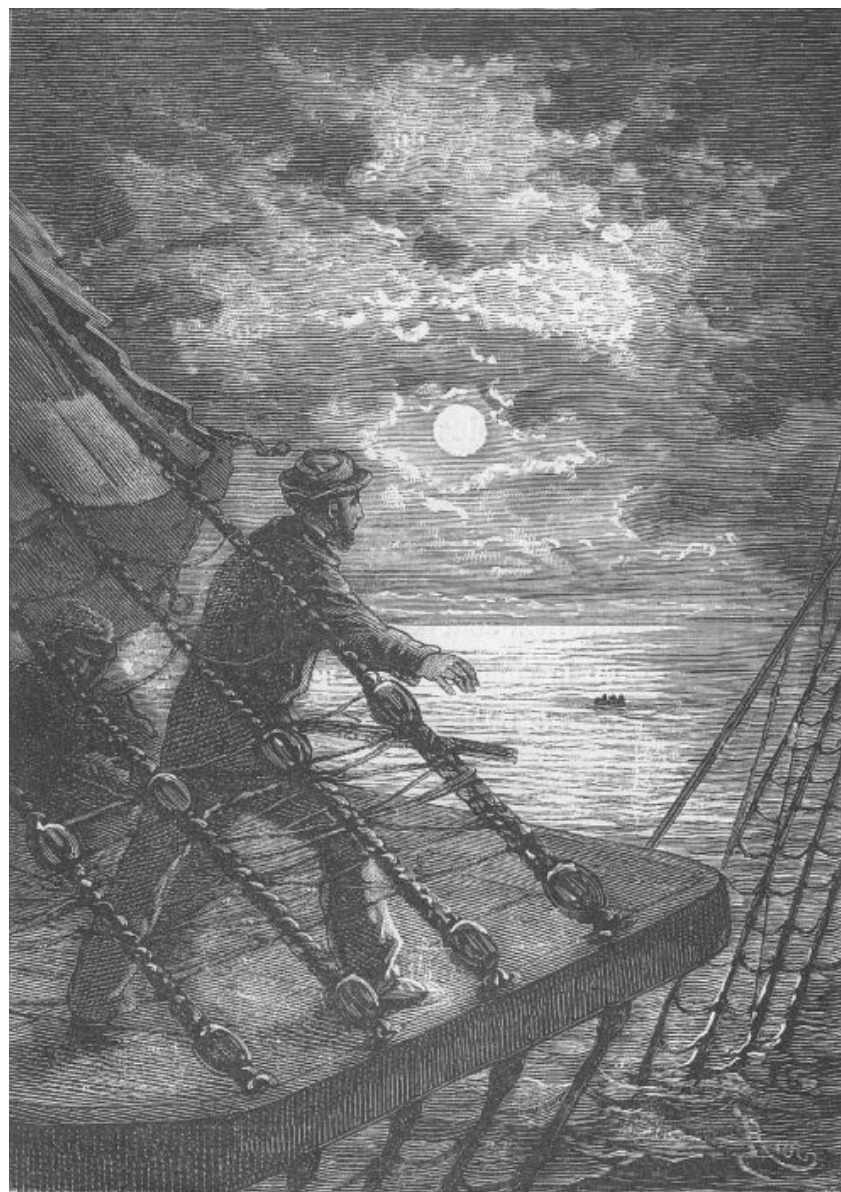






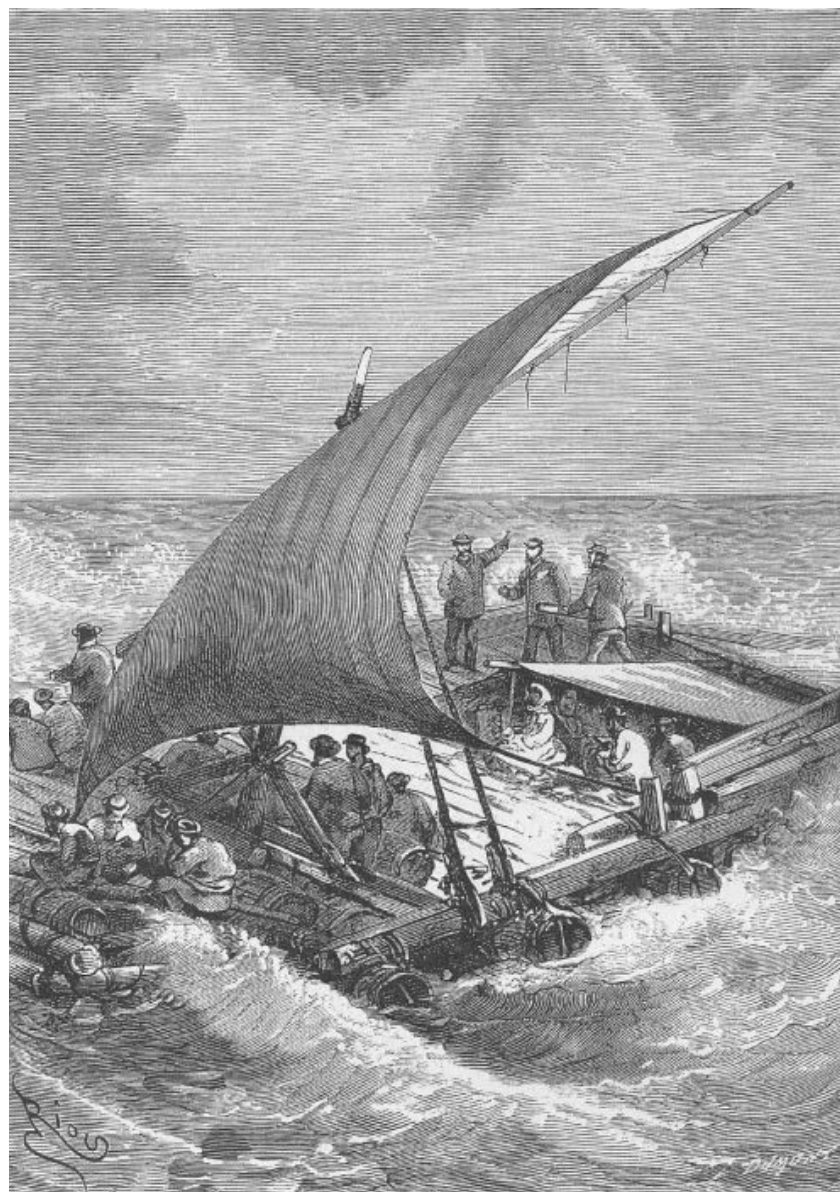






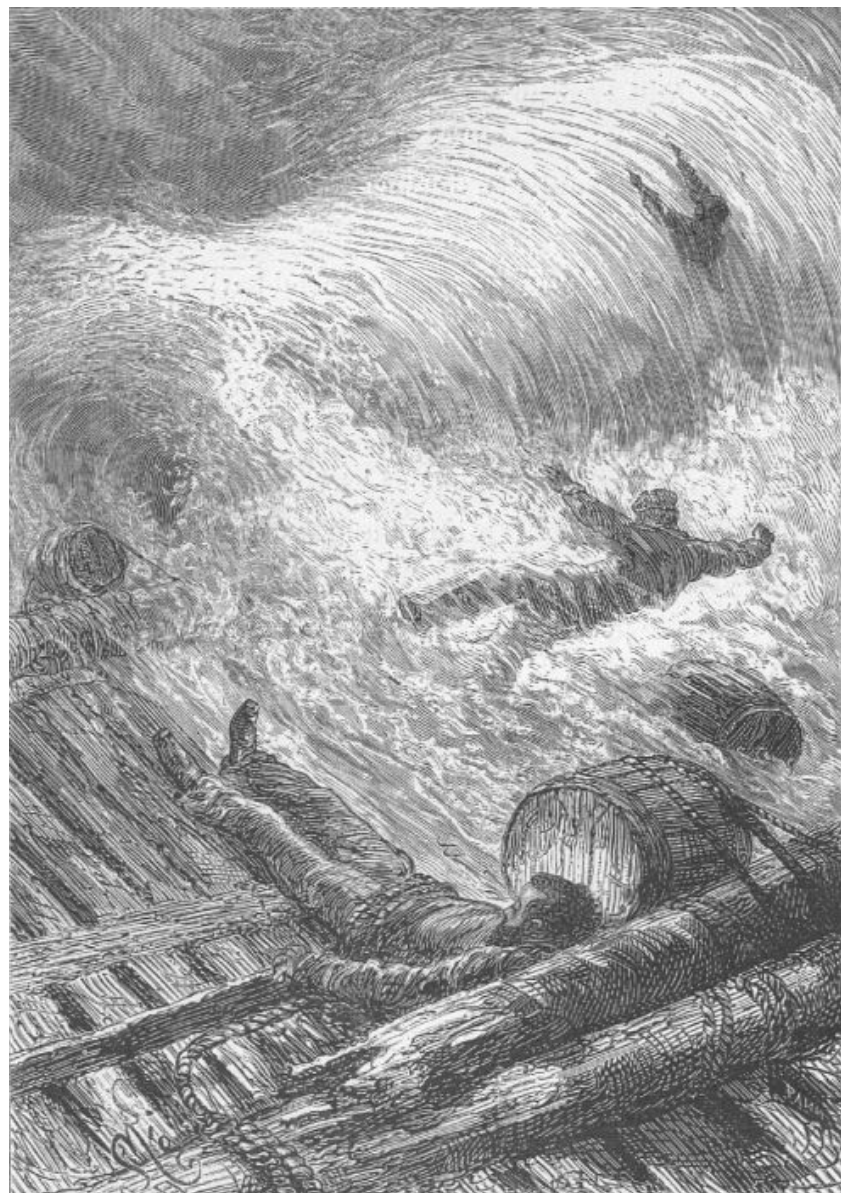






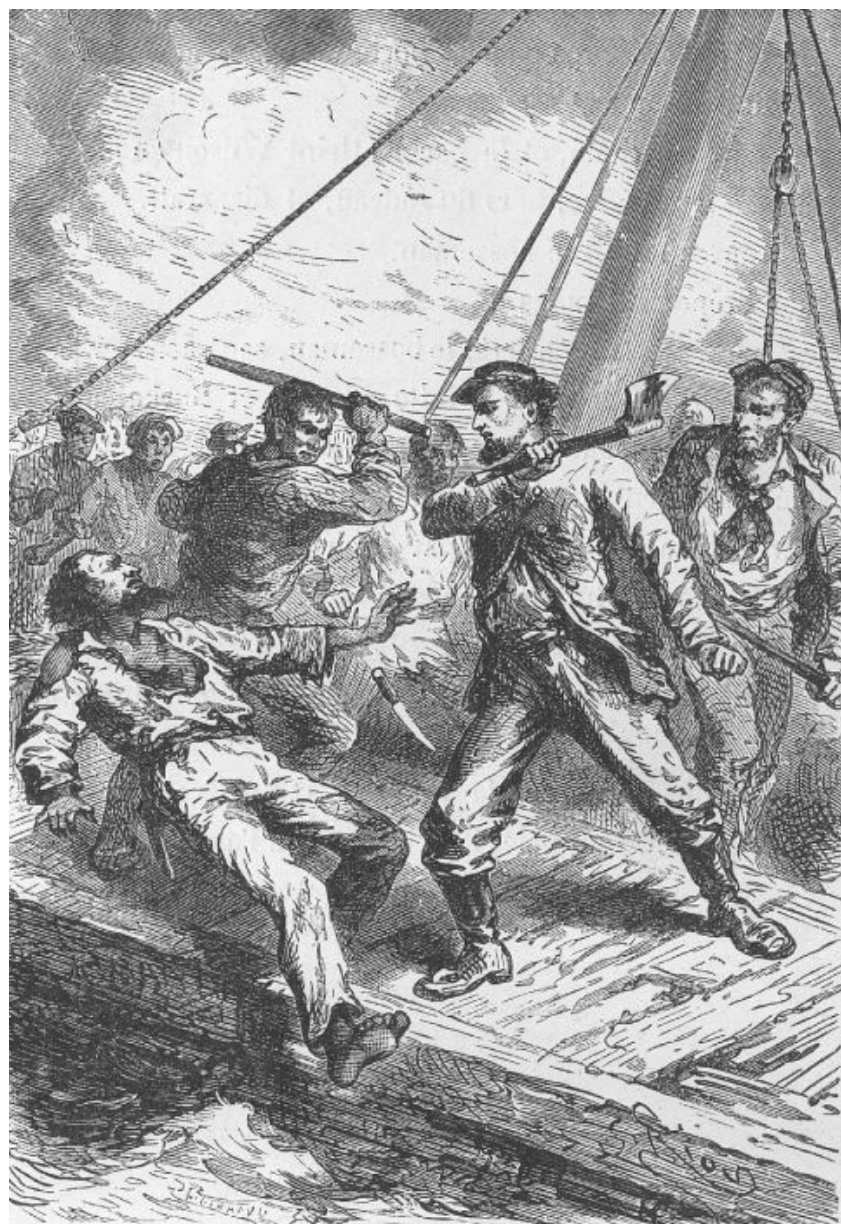


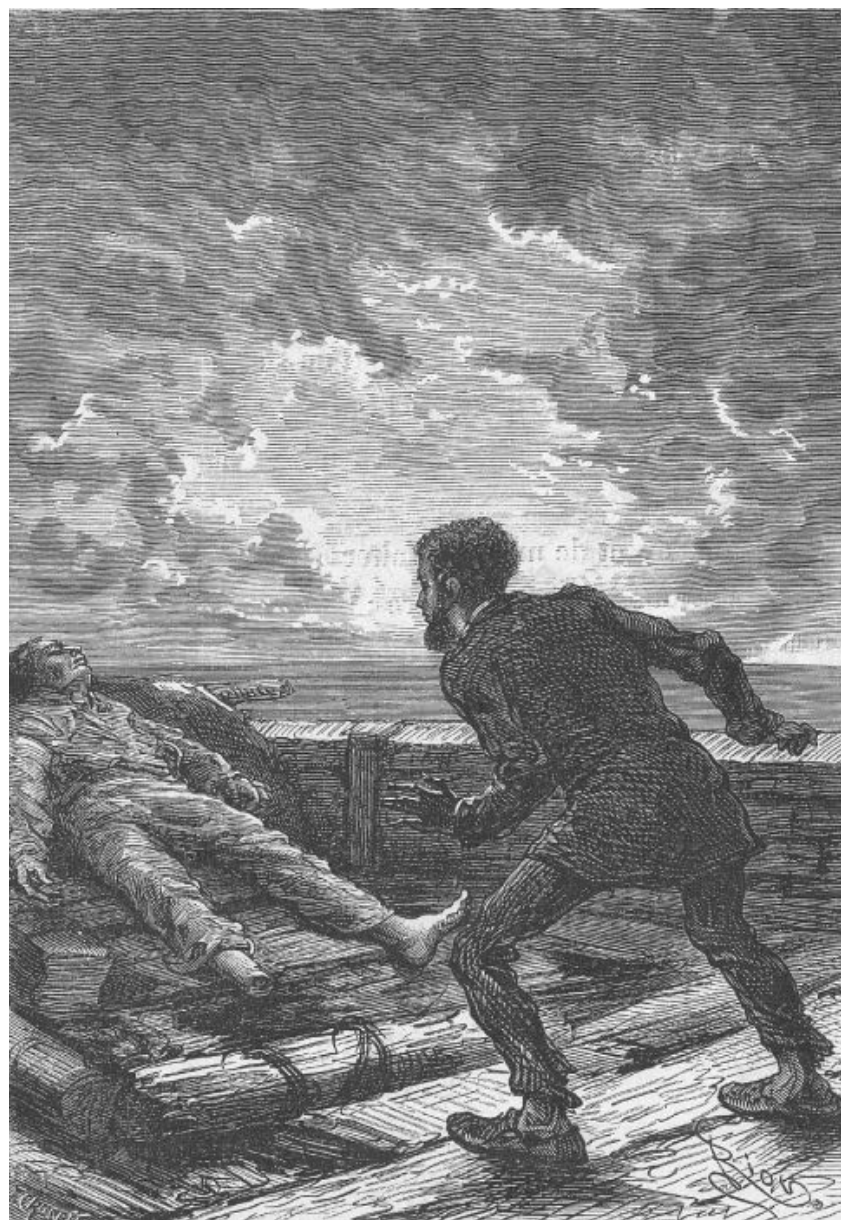








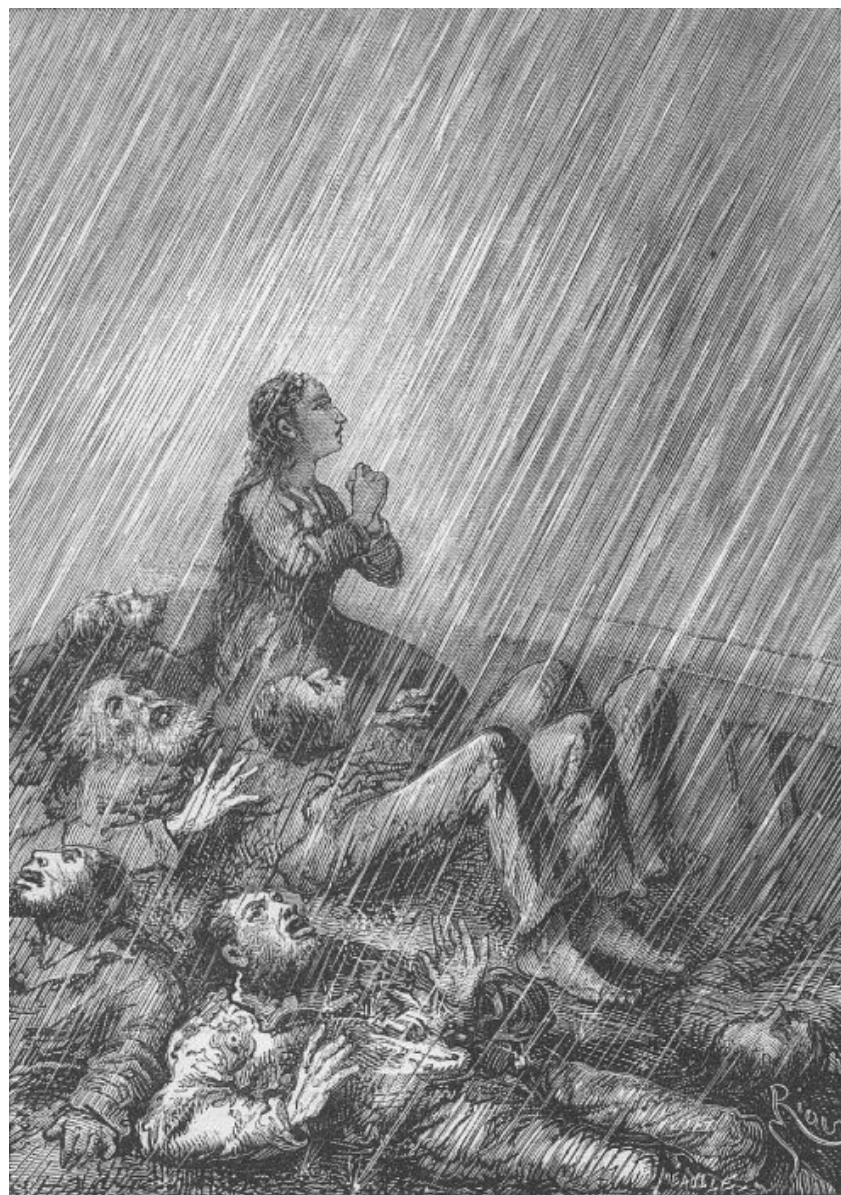




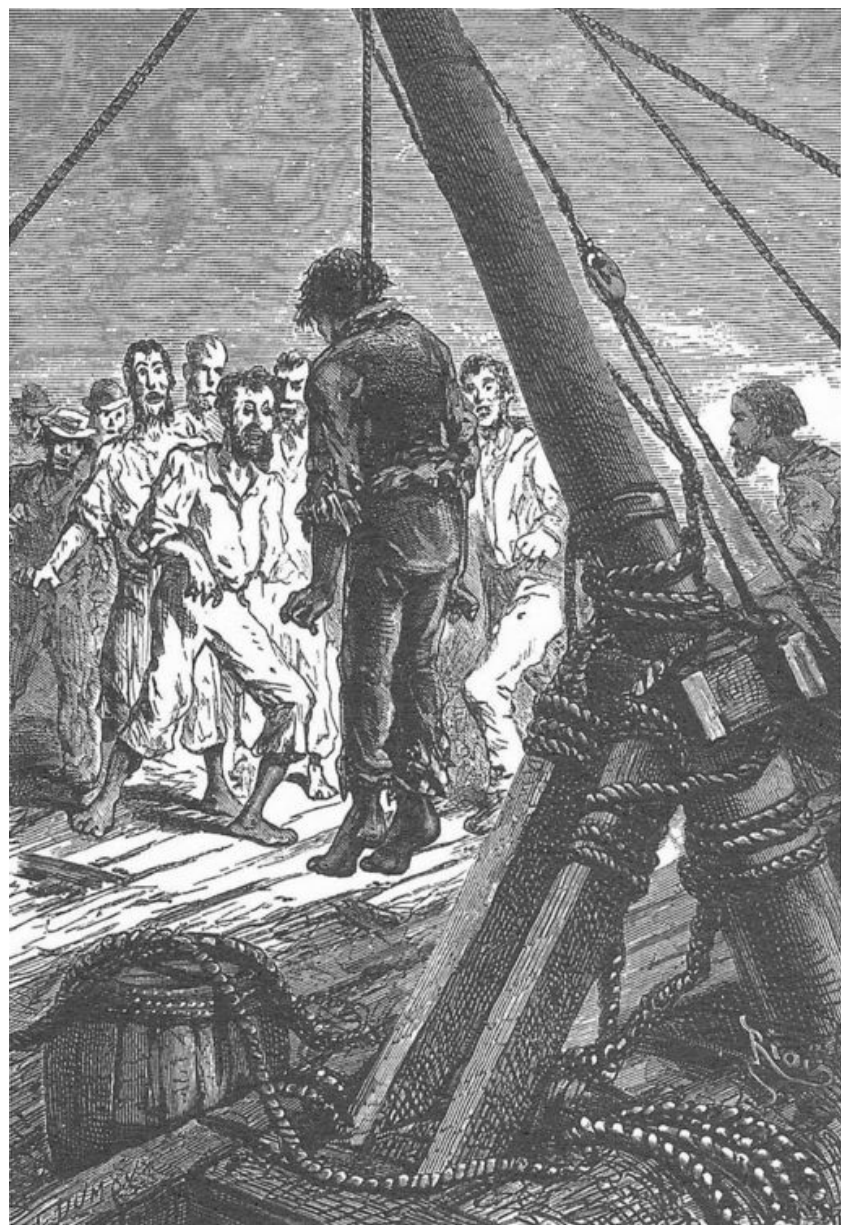


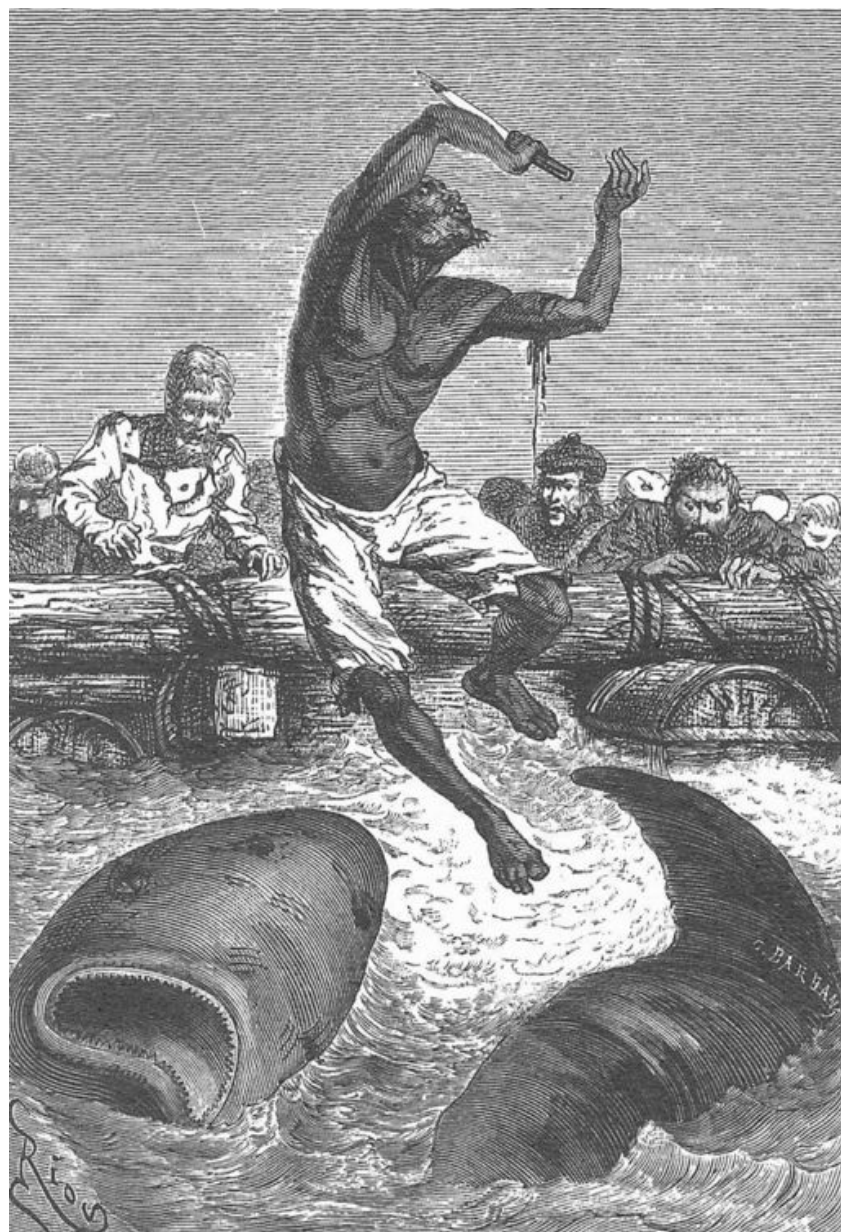






















JULIO VERNE, (Jules Verne; Nantes, 1828 - Amiens, 1905). Escritor francés, considerado el fundador de la moderna literatura de ciencia ficción. Predijo con gran precisión en sus relatos fantásticos la aparición de algunos de los productos generados por el avance tecnológico del siglo xx, como la televisión, los helicópteros, los submarinos o las naves espaciales.

En 1863 publica su primera novela, *Cinco semanas en globo*. Luego les siguen muchas más, superando el medio centenar de títulos. Así, podemos destacar *Viaje al centro de la Tierra* (1864), *De la Tierra a la Luna* (1865), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869), *La isla misteriosa* (1874), *Miguel Strogoff, el correo del zar* (1876) y *El faro del fin del mundo* (1881). Su última novela publicada en vida fue *La invasión del mar* (1905).

Notas

[1] Cerca de cuatrocientos metros. < <

[2] Cerca de 23 litros. < <

[3] Cerca de 600 litros. < <

[4] 56 centilitros. < <

[5] Literalmente adivino del tiempo. < <

[6] Nubes en forma de anillo. < <

[7] 65 Litros. < <

[8] Media pinta —23 Centilitros. < <

[9] Bacalao. < <

[10] Nombre común a varios sulfatos nativos de cobre, hierro o cinc.

< <